

SARAH EVERETT

LO QUE

QUEDÓ

DE TI



LO QUE

QUEDÓ

DE TI

S A R A H E V E R E T T

LO QUE

QUEDÓ

DE TI

Traducción de Scheherezade Suria



**P U C K**

Argentina – Chile – Colombia – España  
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *Everyone we've been*

Editor original: Alfred A. Knopf, an imprint of Random House Children's Books, a division of Penguin Random House LLC, New York.

Traducción: Scheherezade Suria

1.ª edición Agosto 2018

Esta es una obra de ficción. Todos los acontecimientos y diálogos, y todos los personajes, son fruto de la imaginación de la autora. Por lo demás, todo parecido con cualquier persona, viva o muerta, o lugares y organizaciones de diversa índole es puramente fortuito.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2016 by Sarah Everett

*All Rights Reserved*

This edition published by arrangement with Alfred A. Knopf, an imprint of Random House Children's Books, a division of Penguin Random House LLC, New York

© de la traducción 2018 by Scheherezade Suria

© 2018 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

[www.mundopuck.com](http://www.mundopuck.com)

ISBN: 978-84-17180-82-9

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para todas las personas  
que ocupan un lugar en mi corazón.

En la primera vuelta pienso en el uniforme de la orquesta: una falda negra hasta las rodillas, suave y sedosa al tacto.

En la segunda vuelta, en unas partituras; piezas que tengo a medio aprender o que quiero aprender.

En la tercera vuelta, me doy contra el asiento de enfrente. El chico que va tres filas delante también se sacude, pero él sujeta una mochila y no el estuche de una viola.

En la cuarta vuelta, el mundo estalla con un gran estruendo. El cristal se hace añicos con un ruido parecido al de los aplausos. Una niña pequeña grita del miedo. La luz amarilla de las farolas es demasiado brillante, densa y larga. Los árboles giran a nuestro alrededor; cuesta saber si son ellos los que se deslizan sobre una placa de hielo o somos nosotros.

Al final dejamos de girar.

No se oye nada.

**DESPUÉS**

## Una hora antes

A unos cincuenta kilómetros de Caldwell recogemos a los últimos pasajeros. Una pareja mayor asiática y un adolescente que parece de mi edad, diecisiete años. La pareja se sienta en la segunda fila más cercana a las puertas, pero el chico sigue caminando por el pasillo, frotándose las manos y echándose el aliento en las palmas para calentarlas.

Comprueba los asientos al entrar al autobús. Hay cinco o seis pasajeros más; una cantidad lo bastante pequeña como para no tener que luchar por los reposabrazos o invadir el espacio personal de los demás, que es lo peor del transporte público, sobre todo los sábados. Estoy cerca de la parte trasera del bus, por si el número de pasajeros se disparara.

El chico pasa junto a un chaval universitario de aspecto adormilado a la izquierda, cuyo pelo negro como el carbón le tapa los ojos. Se para a unas pocas filas de mi asiento, del lado derecho del pasillo.

Detrás de mí, una madre hace callar a uno de sus dos hijos, que deben ser de primaria.

Veo cómo el chico se quita la mochila de los hombros y la deja en el asiento junto a la ventana. Está medio abierta y sobresalen las patas de un trípode. Levanta la cabeza y me ve justo cuando estoy por apartar la mirada.

—Dios, menudo frío hace —dice, frotándose las palmas sobre los hombros.

—Ya ves, hace un frío que pela —contesto con cierta decepción, como si no me interesara mucho el tema.

Me fijo en que va muy poco abrigado para este frío. Lleva el pelo oculto bajo una gorra negra de lana, pero lleva una fina camisa de algodón arremangada hasta los codos. Ni abrigo ni bufanda. ¿Cómo no se ha congelado?

—Llevar chaqueta no iría mal —espeto algo más tarde de lo que parecería aceptable. Luego añado con un tono algo más normal—: O eso dicen.

El chico me estudia con la mirada y luego, al reparar en cómo va vestido, esboza una sonrisa que le ilumina todo el rostro.

—Mmm. Tendré que probarlo un día de estos. —Su sonrisa me hace sentir algo raro en el estómago. Duda un momento y luego se sienta dándome la espalda, unas tres filas más adelante.

Saco el móvil para ver la hora y veo tres mensajes de mi madre, que me pregunta cómo va el viaje y a qué hora llega el autobús para ir a recogerme a la estación. Le contesto rápido y me guardo el móvil en el bolsillo.

—¿Qué tocas? —pregunta el chico al cabo de unos minutos, girándose hacia mí. Señala con la cabeza el estuche que ocupa el asiento que está a mi lado. Esta mañana, el autobús me dejó en Caldwell cuatro horas antes del concierto, de modo que me llevé la viola por si encontraba un sitio donde ensayar y matar el tiempo.

—La viola —digo. ¿Por qué paso tanto tiempo esperando que alguien me hable si luego no tengo nada que decir?

El universitario gótico se remueve en su asiento y se da la vuelta para mirarme, seguramente para presenciar mi incompetencia verbal. Parpadea varias veces y luego se vuelve a girar.

—No sé nada de violas —dice el chico, sonriéndome. Sé que aún estoy con el subidón del concierto o «fuera de pista», como suele decir mi padre piloto, porque esa sonrisa suya me alborozaba. Tiene una sonrisa tan fácil, un rostro tan abierto, que supongo que debe de sonreír mucho. Eso debería devolverme a mi pista, seguro que sonríe así a todo el mundo.

Pero me mantengo en la pista equivocada, le devuelvo la sonrisa y hablo más bajito por si alguien quiere dormir.

—Bueno, se parecen mucho a los violines, pero no lo son. —Me oigo rozando el tan manido «las violas no son violines», así que cambio de rumbo—. Dicen que Jimi Hendrix empezó tocando la viola.

—¿En serio? —dice el chico y, gracias a Dios, finge estar interesado.

—Sí. De hecho, justo vengo de ver un concierto —digo para que no termine la conversación—. No de Jimi Hendrix, por supuesto.

—*Por supuesto* —repite el chico, con guasa, y algo se remueve otra vez dentro de mí.

—Estoy segura de que los muertos no tocan en conciertos.

Tal vez esté divagando, pero él me sigue el juego.

—A mí nunca me han invitado a uno —dice.

Me río. La risa me sale sola, sin permiso; el gótico se vuelve a despertar y me fulmina con la mirada. Sin embargo, el chico parece contento por haberme hecho reír.

Bajo tanto la voz que apenas es un susurro.

—A menos que sean superexclusivos. Piensa en la de gente que pagaría por ver un concierto del fantasma de Mozart —bromeo. Me sereno un poco y añado—: Era un concierto de cuerda en el auditorio Samberg.

—¿Ha estado bien?

—Increíble —digo.

Vuelvo a pensar en la actuación, sobre todo en el segundo movimiento de la suite para orquesta de Bach. Entiendo por qué se ha vuelto famosa como *Aria para la cuerda de sol*. A pesar de ese auditorio oscuro y reverberante, el sonido llenaba todo el espacio vacío y me atraía como si un largo dedo musical me indicara que me acercase.

Ya la había oído antes, pero esa pieza tenía algo especial. Era algo distinto y potente. Me aferré al reposabrazos hasta que sonó la última nota.

Ahora parpadeo y regreso a la realidad; y me doy cuenta de que el chico sigue mirándome.

—¿Y tú qué? —pregunto, avergonzada por el lapsus de atención—. ¿De dónde vienes?

Mira por la ventana oscura y luego se toca el extremo del gorro.

—Es una larga historia, pero no me arrancaba la chatarra que tengo por coche.

Vuelve a sonreír mientras habla y me pregunto si lo de «chatarra» no será en realidad un código para referirse a un Lamborghini y también por qué me ruborizo cada vez que sonrío.

—Qué mierda —digo.

Se encoge de hombros. Los niños del fondo del autobús se están peleando por algo y su madre los amenaza con confiscarlo. Es algo incómodo esto de hablar a tres filas de distancia,

por lo que el chico se da la vuelta y yo me obligo a sacar *Grandes esperanzas*, el libro que estamos estudiando en clase de lengua.

Paramos a poner gasolina en Riverton y el chico baja detrás del conductor. La madre, una mujer bajita de pelo castaño claro que le llega a la mitad de la espalda, conduce a los niños por el pasillo.

—Que no quiero ir al baño —se queja la niña mientras su hermano las sigue, saltando entre los asientos. El pelo de la niña es casi tan largo como el de la madre y del mismo color. Al pasar junto a mí —sin dejar de empujar a los niños— la madre me mira de una manera que no termino de entender.

Miro rápidamente por la ventana y veo al chico fumando junto al conductor. Ambos mueven los pies en su sitio para tratar de conservar el calor y las volutas de humo se entremezclan con su aliento. Sé que está mal juzgar a los demás, pero descubrir el problema de tabaquismo del Chico Sonriente me ayuda a descartar cualquier conexión que hayamos podido tener. Es un tío cualquiera en un autobús a mediados de enero.

La familia sube primero y noto que la madre vuelve a clavarme la mirada, pero esta vez la aparta cuando yo levanto la vista, como si le diera vergüenza haberla pillado mirándome. Va hasta el fondo del autobús, coge un jersey y una mochila, y luego los tres se colocan en la parte delantera del bus, frente a la pareja.

Me pregunto qué le pasa. Cohibida, le echo un vistazo a la cubierta del libro. ¿Acaso *Grandes esperanzas* tiene fama de ser subidito de tono y yo no estoy enterada?

Cuando el chico y el conductor suben, vuelvo a tener la cabeza metida en el libro, pero las letras se emborronan y se convierten en garabatos sin sentido así que echo una cabezadita durante la hora siguiente.

Me despierto en plenas vueltas de campana.

El autobús da vueltas, descontrolado, y sale de la carretera. Los demás pasajeros gritan. Entre los gritos, ruido de cosas que se rompen y partes del cuerpo —cabezas, codos, espaldas— que se golpean con fuerza.

Entonces salgo disparada hacia delante. Un dolor intenso y agudo me atraviesa un lado de la cabeza.

Todo se vuelve negro.

**DESPUÉS**

Me despierto con una luz fuerte y azul cuya intensidad parece abrirme los ojos a la fuerza. El aire huele a antiséptico y estoy tendida en una cama que no es la mía. Desde una máquina que hay a mi lado se extienden unos cables que parecen finos tentáculos de plástico.

Estoy en una habitación de hospital.

Cuando intento sentarme, siento como si alguien estuviera punteando dentro de mi cabeza como lo haría con un instrumento de cuerdas, pero sin el alivio de la música. Vuelvo a tumbarme y gruño para que pare.

—No pasa nada, cariño —dice alguien con un marcado acento sureño mientras me frota la espalda—. ¿Cómo te encuentras?

El asalto de esas luces tan brillantes se transforma en la imagen de una mujer de mediana edad con uniforme verde.

Emito un sonido incoherente, pero parece que la enfermera habla ese idioma con fluidez, porque asiente y me dice:

—Sí, lo sé. Te has golpeado la cabeza en el accidente. ¿Te acuerdas de eso, Addison?

Mi mente regresa al autobús. A las vueltas de campana. Al chico de unas filas más adelante.

Me toma tres intentos decir alguna palabra.

—S-s-sí. ¿Están todos bien?

La enfermera asiente.

—Habéis tenido todos muchísima suerte. Algunos han sufrido alguna lesión aquí y allá, pero estarán bien. Con lo resbaladizas que están las carreteras esta noche, podría haber sido mucho peor. Maine en invierno no es ninguna tontería.

Continúa hablando y me cuenta que estamos en el hospital de Greenvale, a cuarenta minutos de Lyndale y a unos diez del lugar del accidente. Y que nos trajeron en ambulancia.

—¿Te puedes sentar? —me pregunta la enfermera, Megan, según dice su cartelito, al cabo de unos minutos. Tiene una voz suave y maternal que me hace sentir pequeña y a salvo. Igual que en primaria, cuando mi madre me cuidaba los días que estaba enferma y me quedaba en casa. Me incorporo un poco, me acomoda las almohadas y me hace recostar. Resulta que no estoy conectada a la máquina a través de ninguno de esos cables, así que tengo libertad de movimiento aunque llevo vendada la parte superior del brazo derecho. Un corte, según la enfermera, nada grave.

La enfermera Megan me da un vasito de plástico lleno de agua hasta la mitad y dos pastillas blancas.

—Te irán bien para la cabeza.

Las pastillas son enormes; las siento en la garganta aun después de haberlas tragado.

—Hemos conseguido contactar con tu madre. Estaba preocupadísima al teléfono y creo que ahora mismo está de camino.

En cualquier otra ocasión, hubiera puesto los ojos en blanco. Pues claro que mi madre está

«preocupadísima». Pues claro que se ha subido al coche sin pensárselo, dispuesta a salvarme de mil peligros impredecibles, pero ahora mismo me siento aliviada.

Esta noche podría haber muerto.

—Y... —dice Megan haciendo una pausa para mirar alrededor, coger el estuche de mi viola y dármelo—. Creo que esto pertenece a una tal señorita Addison Sullivan.

—Gracias —digo al tiempo que lo cojo. Nunca me han alegrado tanto las etiquetas en la parte trasera y las cosidas en el interior. Abro el estuche y examino hasta el último centímetro de la viola y del arco en busca de algún rasguño o abolladura.

—Le ha servido a los paramédicos para identificarte antes de que pudieran encontrar algún documento.

—Ah —digo. Me gusta la idea de que me hayan encontrado gracias a mi instrumento; así me siento cuando toco, me puedo encontrar a mí misma.

—¿Cuál es el diagnóstico? ¿Vivirá? —pregunta Megan con una risita y me entra vergüenza al darme cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Sin embargo, la viola parece estar bien.

—Creo que sí —digo mientras cierro el estuche—. Y los demás pasajeros... ¿también están aquí?

No sé por qué, pero sigo viendo el rostro de aquel chico sonriente. Quiero preguntar por él, saber dónde está, pero caigo en la cuenta de que ni siquiera sé su nombre. Además, ¿no sería raro hacer eso? A ver, es que solo hemos hablado una vez.

—Sí, aquí están. Os hemos traído, a la mayoría de vosotros, en dos ambulancias. ¿Te preocupa alguien en especial?

—Sí. Bueno, no... A ver, nos hemos conocido esta noche. Tampoco es que seamos amigos ni nada. —A pesar del agua que he bebido, siento la garganta sequísima—. Hablamos un rato. Solo quería asegurarme de que estuviera bien.

Si este farfuleo es una muestra de que estoy recuperando mis facultades, no sé si haberlas perdido era tan malo.

La enfermera me mira raro. Me parece una mirada cómplice.

—Veré qué puedo averiguar. ¿Sabes cómo se llama?

Niego con la cabeza.

—Pero es alto. Más o menos de mi edad. Tiene una gran sonrisa.

Megan me sonrío como si acabara de caer en la cuenta de que es un chico «al que acabo de conocer», como si estuviera a punto de marcarse un monólogo sobre el amor adolescente o Shakespeare.

Por suerte, justo entonces la doctora llama a la puerta y entra. La doctora Kennedy, de unos treinta y tantos años, es alta y lleva un peinado a la moda. Detrás de las gafas de montura de carey, sus ojos parecen cansados, como si llevara muchas horas sin dormir. Aun así, me sonrío amablemente y me dice que se alegra de verme despierta. Debe de ser quien me revisó cuando me trajeron. Me hace sentar en la cama y comprueba mis reflejos, luego me examina los ojos con una luz y habla sobre cuestiones médicas con Megan.

—Creo que pasarás la noche aquí, Addison —dice la doctora Kennedy—, solo para

cerciorarnos de que no tengas una conmoción cerebral y de que esta cabecita marche bien.  
—Me examina la sien derecha, que no está vendada ni nada, solo muy amoratada. No saben contra qué me he golpeado y yo tampoco lo recuerdo.

Cuando la doctora se marcha, Megan sale tras ella no sin antes guiñarme un ojo en la puerta.

—Veré si puedo encontrar a tu *amigo*.

—Gracias —digo yo como si nada, pero noto que se me encienden las mejillas. Gracias a Dios, mi piel es lo bastante oscura para que apenas se note si me pongo roja.

Siento curiosidad por saber qué descubrirá sobre el chico. ¿Vive en Lyndale? ¿Cómo se llama? ¿Qué heridas tiene?

Me recuesto, cierro los ojos y me doy cuenta de que el dolor de cabeza empieza a disminuir gracias a los calmantes.

A los pocos minutos, Megan entra en la habitación.

—¡Buenas noticias! Tu chico está bien. Se ha roto el codo, pero ahora mismo se lo están escayolando.

—Ah, gracias —digo, reprimiendo las ganas de decirle que no es mi chico.

—Se llama Bo, por si te lo estabas preguntando —dice mientras se acerca a mi cama. Una vez a mi lado, veo que frunce el ceño—. No es cosa mía juzgar, pero parece un poco amargado, ¿no?

—¿Amargado? —repito mientras se me aparece la imagen de su sonrisa. Dios, espero que no le haya dicho que lo estaba buscando o algo igual de embarazoso. No lo sé, quizá se ha asustado y por eso parecía borde...

—Los piercings en el labio. El pelo negro. Supongo que será culpa de mis prejuicios porque el ex de mi hija... bueno, uno de ellos, era clavadito a...

—¡Ah, el gótico! —digo al recordar la mirada fulminante que me lanzó por estar hablando—. No me refería a él.

—Ah, ¿no? —Se la ve aliviada—. También me ha parecido algo mayor para ti. ¿A quién te refieres, pues?

Se lo vuelvo a describir tan bien como puedo. Le digo que lo recogimos en Raddick cuando se subió la pareja mayor, que era alto y tenía acento de la zona, y que no llevaba gafas.

—Mmm. Se me habrá pasado. Tengo que mirar unos historiales, pero luego pregunto en urgencias. Quizá lo hayan llevado a otra unidad.

Megan regresa al cabo de unos minutos sin ninguna otra pista.

—No hay señales de él. A lo mejor estaba bien y no ha hecho falta ingresarlo —dice con cierta decepción al no poder hacer de celestina esta noche—. Lo siento.

Me siento una tonta por haber enviado a la enfermera a una misión inútil: encontrar a un chico con el que solo había hablado unos minutos. Es una tontería seguir pensando en su sonrisa cuando no sé absolutamente nada de él.

Aun así, es triste pensar que nunca sabré su nombre.

**DESPUÉS**

—Ya sabía yo que pasaría algo así. —Esas son las primeras palabras de mi madre al entrar en mi habitación—. Lo sabía.

Parece estar al borde de las lágrimas mientras sorteando la venda que llevo en el brazo para poder envolverme con un fuerte abrazo. Huele al té de frutos rojos que le encanta; cierro los ojos y respiro su aroma. No sé si es por el cansancio o por el susto del accidente, pero de pronto se me inundan los ojos de lágrimas y parpadeo para contenerlas, porque así como mi madre siempre busca motivos para preocuparse, yo los busco para no preocuparla.

—Y tú querías ir en coche hoy —dice luego de soltarme—. Está nevando mucho. Incluso para llegar hasta aquí he tenido que ir a paso de caracol. Habrías quedado tirada en alguna cuneta.

—Lo siento —respondo como si me disculpara por algo que podría haber ocurrido en lugar de por algo que sí ocurrió—. ¿Dónde está Caleb? ¿Has llamado a papá?

—Sí —se limita a contestar—. Caleb volvió a tener problemas con su coche. Después de la llamada no quise perder ni un minuto, así que no esperé a que llegara a casa para salir. Me dijo que se alegra de que estés bien —dice mientras se sienta al borde de la cama.

—Gracias —le digo. Lo que ella no sabe es que eso de tener «problemas con el coche» es el código que utiliza mi hermano mayor las pocas veces que va a alguna fiesta. Suelen ser fiestas de instituto porque las que organizan los estudiantes de su universidad tienen fama de ser horribles. Aunque quizá no haya nada más horrible que no tener otro sitio mejor al que ir un sábado por la noche a pesar de haberte graduado del instituto hace un año y medio. No se me ocurre nada peor que estar estancado como mi hermano, atrapado por una fuerza invisible, con su vida repitiéndose sin cesar, cuando hay tantas cosas por vivir.

—¿Qué te han hecho? —pregunta mi madre, lo que me saca de mis pensamientos—. La enfermera ha dicho que te quedarás en observación esta noche porque has perdido el conocimiento. Y que te han dado algo para la cabeza, ¿no? ¿Cómo va?

—Mejor.

—Cuando me llamaron, pensé... —Le tiembla la voz y parece menuda en esta habitación tan iluminada, al que igual yo cuando desperté. Tal vez las habitaciones de hospital nos empequeñezcan a todos—. Si te hubiera sucedido algo, Addie... He pasado mucho miedo.

—Estoy bien —le digo.

Asiente, pero no parece estar muy convencida. Para mi madre es como si hubiera pasado lo peor. O como si siempre estuviera a punto de pasar.

—Gracias a Dios que estabas cerca de Lyndale —dice, frotándose la espalda mientras me inclino hacia delante—. Tu padre está en Florida esta noche. —Lo dice como si «Florida» fuera el código para el segundo círculo del Infierno y no para donde siempre hace escala. En realidad, antes de que mis padres se separaran hace cinco años, solían hablar de mudarnos allí, ya que mi padre pasaba más tiempo en Florida que con nosotros en Lyndale—. Lo he

llamado, pero me ha saltado el contestador y he tenido que enviarle un correo electrónico para decirle que su hija está en el hospital.

—Quizás esté durmiendo para recuperarse del *jet lag* o algo —digo, pero mamá resopla a medias, como si no quisiera molestarse siquiera en resoplar del todo.

Se acomoda en una cama plegable que la enfermera Megan ha mandado traer para ella, enciende el televisor y empieza a zapear distraídamente. Como es natural, se detiene en Channel Se7en, la cadena para la que trabaja, y miramos un rato hasta que Megan llama a la puerta y le trae una manta a mamá. Le he dicho que se fuera a casa y viniera a por mí mañana, pero lo ha descartado como si no lo contemplara siquiera.

Al cabo de una hora, con la tele apagada, empiezo a sentirme grogui y poco a poco mi mente se va volviendo más lenta. Cuando me duermo, todo está en calma y en silencio, pero pasados unos segundos —o eso me parece— se me abren los ojos de par en par y ya no puedo volver a dormirme.

A oscuras, solo veo autobuses que dan vueltas y más vueltas. Las sombras extrañas de la pared del hospital se convierten en fantasmas.

*Estás despierta. Estás viva. Estás bien*, me digo.

La *Aria para la cuerda de sol* resuena en mi cabeza; toda la tarde ha resonado en mi cabeza. Vuelvo a pensar en el chico y me pregunto dónde estará.

—Duérmete —dice mamá en voz baja desde la penumbra.

—¿Cómo sabes que no estoy dormida?

—Intuición de madre. —La oigo sonreír. Mi madre me dijo una vez que cuando Caleb y yo éramos bebés solía quedarse despierta mirando cómo subían y bajaban nuestros pechos por la noche para cerciorarse de que estuviéramos vivos. Como si al mirarnos pudiera mantener nuestros pechos así, arriba y abajo, respirando. Y lo hacía hasta que papá la apartaba de las cunas y la llevaba a la cama. Saber que estábamos bien la ayudaba a dormir.

Me fastidia que crea que cuanto más cerca de ella nos tenga, más seguros estaremos. Por culpa de ese modo de pensar nunca he ido a fiestas de pijamas, ni montado en columpios, ni subido a esos horrores infravalorados que son los castillos hinchables para ella; a veces, tengo miedo de que me persiga por el resto de mi vida. Si por ella fuera, nos envolvería en plástico de burbujas y nos guardaría en el armario de la porcelana.

No suelo tener mucha paciencia con su obsesión por sobreprotegernos, pero esta noche su presencia me hace sentir estable y a salvo, como el bus que por fin ha dejado de girar, como si todo fuera a salir bien.

—Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, Addie.

Intento dormir para que ella también pueda hacerlo.

**DESPUÉS**

—¡Madre mía, nena! —dice Katy en un acento sureño exagerado (es culpa mía por haberle hablado de mi enfermera) al verme el lunes, manteniendo sus brazos abiertos desde su taquilla hasta la mía, es decir, unas quince taquillas. Cuando llega hasta mí, me aprieta contra ella—. Casi me da un síncope. ¡Tendría que haberte acompañado!

Me río, atragantándome un poco con su perfume de lavanda.

—¿Por qué? Te habrías hecho daño y a tu madre le habría dado un ataque al corazón.

—Qué va —dice indignada, refiriéndose a la insinuación de hacerse daño y no a lo de su madre, porque a la madre de Katy sí que le habría dado un ataque al corazón... y eso a Katy le habría gustado.

Me quito el abrigo y lo embuto dentro de la taquilla.

—Déjame verte bien —me dice, cogiéndome la barbilla con ambas manos—. Parece que te hubieran dado un puñetazo.

—Dormí unas cuatro horas el sábado y unas tres anoche. —Me doy cuenta entonces de que tengo los ojos hinchados. Esperaba que no se me notara tanto.

—Pobrecita —murmura Katy. Ha desaparecido el dolor de cabeza y mi melnaza morena cubre lo que queda del moretón—. ¿Y el brazo? —Lo examina detenidamente y luego dice —: No creo que te afecte al tocar. Te doy unas décadas más.

—Gracias, doctora —respondo, y recojo los libros que necesitaré hasta el descanso.

Katy se lleva el estuche de su violín, aunque tendremos tiempo de volver a las taquillas antes de ir a orquesta; dice que necesita ese tiempo entre clases para socializar. Ahora mismo, mientras vamos a la clase de inglés, saluda y charla con la gente en el pasillo.

A veces me parece un milagro que Katy y yo seamos mejores amigas. Después de cambiar de escuela tras el primer año de secundaria, conocí a un grupito de chicas al que seguí durante dos años, pero nunca me sentí incluida del todo ni llegué a trabar profunda amistad. Katy se fue de Washington con su madre para mudarse aquí en el noveno curso y me odió desde el momento en que me vio en la sección de violas. Enseguida me di cuenta de que estaba celosa de mi forma de tocar e intenté no tomármelo como algo personal. La señora Dubois es un tanto parcial con los solos —he hecho siete en los últimos nueve conciertos aunque la viola no sea uno de los instrumentos más populares en ellos— y no era la primera vez que no le caía bien a otra compañera amante de la música.

Pronto supe que el odio de Katy estaba por encima de los niveles a los que yo estaba acostumbrada. Al fin y al cabo, su primera pasión era la actuación y la música, su segunda, su plan B. Cuando yo entraba a clase, las risas paraban de repente y Katy me lanzaba una mirada de desdén o de culpa, con lo que parecía que habían estado hablando de mí aunque no fuera así. Y si yo preguntaba de qué compás hablaba la señora Dubois, ella se giraba fríamente fingiendo no haberme oído.

Empezó a hablarme tres meses después de haberse mudado, cuando oyó por ahí que yo no

tenía intención alguna de solicitar el ingreso a Juilliard, su Santo Grial. Ese día, el profesor Quinn había puesto un vídeo en clase de biología —algo sobre unos nuevos procedimientos de la memoria que habían revolucionado las neurociencias y la traumatología— y teníamos que tomar notas para hablar luego sobre los pros y los contras éticos. Acababa de garabatear «consentimiento informado» en la parte superior de la página cuando Katy, que estaba sentada detrás de mí, me dio unos toquecitos en el hombro con el lápiz. Al girarme, inclinó la cabeza hacia el profesor Quinn, que se había quedado dormido con la boca abierta en un pupitre vacío cerca de los nuestros; le empezaba a correr un hilo de baba por la barbilla. No pude contener una sonrisa y Katy tuvo que toser para no reír.

Antes de hacernos íntimas a través de la música, Katy y yo nos hicimos amigas gracias a la gente. A la señora Dubois y a los estampados chillones que llevaba, aunque ella era tímida, dulce y hablaba tan bajito que no la oíamos a menos que estuviéramos en silencio.

Hoy, al pasar junto a nosotras, vemos que lleva uno de sus atuendos característicos: una falda turquesa vaporosa con rayas diagonales de un amarillo chillón y una camisa marrón con lunares naranjas. Un ligero arqueado de la ceja izquierda de Katy —su expresión patentada— basta para que ambas nos riamos por lo bajo.

También nos hicimos amigas gracias a Paulie Wentz, un aspirante a surfero de bronceado permanente cuya presencia en la orquesta solo puede explicarse a partir de la firme convicción de la señora Dubois de que la música no va de lo bien que toques, sino con cuánta alegría lo hagas. Paulie es muy alegre y es un buen tío, pero no hay mejor forma de describir su manera de tocar la trompa que el ruido de unos pedos con pretensiones. Katy y yo debemos apartarnos literalmente de él cuando toca o desapareceremos para siempre.

Y también por Gilbert y Sullivan. Katy es Gilbert porque yo me apellido Sullivan, pero sus personalidades también nos encajan. Sullivan compuso una música para operetas increíble y Gilbert escribió las historias que acompañaban la música. Para Katy, la música se amolda a la historia, la cubre, la acompaña, y para mí, la música siempre va primero. Tiene que ser así. Cada vez que hablamos de esto, discutimos.

También tenemos desavenencias por Juilliard. Mi primera opción es la Universidad de Nueva York, con una especialidad aún por escoger, y Katy jura y perjura que ha salido del vientre de su madre deseando ir a Juilliard para hacer teatro.

—El plan era que los médicos me limpiaran un poco, cortaran el cordón umbilical y me enviaran directamente allí. Pero se ve que mi madre no recibió la circular y me retuvo diecisiete años. —Lo dice con tal solemnidad que, por muchas veces que haya oído la historia, me río.

Descubrí la viola en el quinto curso, la primera vez que hicimos una banda en primaria y todo el mundo se peleaba por la flauta, la flauta dulce o el clarinete. La señorita Root nos ponía grabaciones cortas de los distintos instrumentos que componen una orquesta para presentarnos sus «voces» y averiguar así cuál encajaba mejor con las nuestras. Para la viola, nos puso la interpretación de Lionel Tertis de la *Sonata en fa menor* de Brahms y me enamoré de su sonido potente y contundente. La señorita Root dijo que era uno de los pocos instrumentos que usaba la clave de do y pensé que quizá por eso sonaba un poco solitario. Aunque la

melodía que tocara fuera alegre, me gustaba que su sonido tuviera un deje de tristeza y que los espacios entre notas fueran tan profundos, como si en ellos pudieras esconder mundos enteros.

Katy no entendía por qué yo quería ir a cualquier sitio que no fuera Juilliard, aunque paradójicamente, de no haber sido así, nunca se hubiera hecho amiga mía. Ahora que lo pienso, es extraño que considerara que ser mi amiga afectaba sus probabilidades de ingresar o no, algo que aún estaba por verse. Así y todo, nos pasamos horas rellenas juntas las solicitudes y editando la carta que envió a Juilliard en diciembre. Mi solicitud para la NYU era un mes más tarde, en enero, y también la preparamos juntas.

Juilliard —al estar totalmente enfocada en la música— no es algo que haya querido. La música, a menos que tú la compongas, es siempre indirecta. Es decir, la escribe un compositor de una forma particular y con un estilo en concreto. Aunque te sientas identificado, te veas reflejado o incluso te escondas en ella, es la historia de otra persona y no te pertenece. Cada vez que se lo explico me responde algo como: «Vale, pues escribe tu historia, Sullivan». Pero para hacerlo necesitas tener una verdadera historia que contar. Necesitas sus picos y valles, sus crescendos y decrescendos, cosas que te destrocen y que luego te vuelvan a armar. No es que sea como los atormentados chicos emo; tengo una vida bastante feliz, pero aun así, hay algo en mi interior que siempre ha querido algo más.

Me encanta mi viola. Varias veces por semana toco con tanto ímpetu que termino sudando, toco hasta que el mundo se funde en el calor y las horas me parecen segundos, o los segundos, horas. Y, a veces, cuando dejo de tocar, el mundo parece tan vacío y silencioso que lo único que quiero es acurrucarme en la cama y llorar.

Me encanta dejarme llevar por la sensación de tocar, de sentirme más viva que nunca al hacerlo, y por la distracción y la competitividad de la orquesta. Pero quisiera amar alguna otra cosa con la misma intensidad. Algo que forme parte de mi historia. Un nuevo lugar, una pequeña cafetería, una clase en la universidad a la que me apunté porque sí, una persona a la que aún no he conocido.

La verdad es que todo eso podría encontrarlo tanto en Juilliard como en cualquier otro sitio —mi madre quiere que vaya a la misma universidad a la que va Caleb, al menos durante un año—, pero yo quiero ir a algún lugar en el que no pueda esconderme detrás de nada. Ni del pueblo en el que he vivido toda mi vida ni de mis apasionados padres; ni siquiera de la música.

## DESPUÉS

—Entonces, ¿crees que el chico del bus es de Lyndale? —pregunta Katy mientras rebusca en el compartimento ubicado entre los dos asientos del coche. El aparcamiento del centro comercial está demasiado lleno para ser una tarde entre semana, pero tampoco hay mucho que hacer en un pueblo mediano tirando a pequeño; supongo que en esto coincidiré con la mitad de las personas con las que he estado encerrada en clase horas y horas—. ¿Puedes mirar en la guantera, por favor?

Obedezco y revuelvo entre los papeles del seguro, las gomas para el pelo y los botecitos de crema hidratante, aunque no tengo ni idea de lo que busco.

Le dije a Katy que había conocido a un chico mono en el bus, aunque una conversación de un minuto se considere más bien una no-historia. Aun así, lo mejor de las amigas del alma es que te hacen sentir que las no-historias también importan.

—Pues ni idea —digo cuando salimos del coche de Katy. Pone los brazos en jarras y frunce el ceño. No sé si está pensando en dónde seguir buscando o es que no le impresiona la poca información que tengo sobre el chico del bus.

—¿Y cómo vamos a enviar una expedición de búsqueda si no eres capaz de darme una descripción menos genérica que «alto y mono»? ¿Cómo era? ¿Qué es «alto» para ti? ¿De qué color tenía el pelo?

—Pues oscuro, y llevaba gorro —le digo a la defensiva—. Da igual, quizá ni sea de por aquí.

—Qué lástima. Si tan solo me dejaras buscarte un tío bueno. O por lo menos accedieras a ir a sitios en los que podrías conocer a alguno. —Para su decepción, los carnés falsos que consiguió hace dos años siguen sin ser usados. El mío, Kathleen Kelly por el personaje de *Tienes un e-mail*, una de mis pelis favoritas, y el de Katy, Beatrice Lane, por el personaje de la obra *Mucho ruido y pocas nueces*—. A ver, que tienes diecisiete años y actúas como una viuda negra.

—¿La araña o la heroína?

Katy pone los ojos en blanco y abre el maletero.

—Ni la una ni la otra. Haces como si pasaras del amor.

—Esto... Para pasar de él primero tendría que haberlo experimentado y me parece que haberme liado con Grant el Destornillador en séptimo no cuenta como amor.

—A eso mismo me refiero —dice Katy antes de meter la cabeza dentro del maletero.

—Pero ¿qué buscas? —pregunto cuando sale a la superficie a respirar.

—Mi pulsera de plata, la que llevo siempre. Te lo he dicho como tres veces —dice, irritada.

—Ah, ya —contesto, aunque no me acuerdo.

—Igual que te he dicho que quedábamos después de clase y al salir he tenido que perseguir el autobús durante dos manzanas para que no te fueras. Poca broma con el asma que me produce el ejercicio. Además, ¿qué estudiante del último curso pillaba el bus de forma

voluntaria? Por Dios...

Lo dice en broma, pero noto un deje de exasperación en su voz. Hoy he estado algo distraída. Al parecer, no es algo infrecuente si pasas dos noches sin pegar ojo.

—No han sido dos manzanas —me defiendo—. Bueno, da igual, se me había olvidado. Lo siento. Y no he cogido el autobús por gusto; ya te he dicho que mi madre no me ha dejado coger el coche esta mañana. Si es que ayer la tuve pegada todo el día.

—Es un trastorno de apego. Creo que nunca había visto un caso tan grave —dice Katy con voz de sabihonda, meneando la cabeza al tiempo que cierra el maletero—. Cuando una persona está ligada a otra de forma irracional y nociva. —La madre de Katy es psicóloga clínica, de ahí coge ella esas frases que parecen sacadas de un amarillento libro de medicina. Esto tendría que haber convertido a mi mejor amiga en la chica de diecisiete años más centrada de Lyndale, pero no ha hecho más que alimentar su hipocondría. No tiene dolores de cabeza; le dan migrañas. Tiene anafilaxis en lugar de alergias; gripe y no un resfriado común. Cualquier cosa se vuelve un problema psicológico.

Siempre he creído que esto tiene que ver con que el padre de Katy las abandonara, se volviera a casar cuando ella tenía apenas cinco años y solo enviara regalos en lugar de ir a visitarla. Su madre trabaja muchas horas, pero responde bien a sus crisis. Cuando Katy quiere atención, mejor que ella o algún conocido estén a su disposición.

Cruzamos el aparcamiento una al lado de la otra para no perdernos. Hay otro instituto en el pueblo, el Meridian High, y parece que todos sus estudiantes también han decidido ir al centro comercial.

Yo no conozco a nadie del Meridian, pero Katy no puede ir a ningún sitio sin toparse con algún conocido.

A los pocos segundos de haber entrado al vestíbulo del cine, Katy le da una patadita en la pierna a una chica y las dos empiezan a dar grititos, a achucharse y a hablar de cosas del teatro comunitario. Nunca me siento tan fuera de lugar como cuando estoy entre los otros amigos de Katy. Ellos, al igual que Katy, son una raza especial de personas: brillantes, divertidas, seguras de sí mismas. Hablan más alto de lo que deberían; se tocan los hombros, las manos y las mejillas. Exclaman, saltan, lloran y gesticulan. Y por eso me siento sola cuando estoy a su alrededor, como si solo se hubiera presentado una parte de mí.

Algunos de sus amigos son majos; un par de veces ha venido alguno a hablar conmigo como si nos conociéramos, como si Katy ni siquiera estuviera allí. No quería ser maleducada, pero solía limitarme a mirarlos, sin fuerzas, para luego murmurar algo y escaparme. Siempre que se lo decía a Katy, me respondía que eso era típico de fulanito de Meridian y que no me preocupara.

Sin embargo, estos de ahora —una chica de pelo rubio platino y su novio— hacen como si yo fuera invisible, así que le digo a Katy que voy a por las entradas y me acerco a la zona del bar. Miro alrededor para ver cuál es la fila más corta y entonces lo veo.

Esa sonrisa arrebatadora.

Alto. Delgado.

El chico del bus.

Y me está mirando.

Sin pensármelo dos veces, me abro paso hasta llegar a él. Está detrás del mostrador, pero no en la caja.

—¡Anda! —exclamo al llegar—. ¡Eres tú!

—¡Hola! —Me saluda con entusiasmo. Parece igual de contento de verme que yo a él. Vuelvo a sentir esa sensación cálida en el estómago. ¿Dónde se aprende a sonreír así? En cualquier otra persona parecería una sonrisa bobalicona, pero a él le queda de lujo.

Se ajusta la gorra negra con el logo de Cineplex —CINEXPERIENCE— estampado en todo el frontal y en el resto del uniforme.

—¿Estás bien? Desapareciste después del accidente y no estabas en el hospital. ¿Tan rápido te dieron el alta? Te he estado... buscando.

Le brillan un poco los ojos cuando se lo digo. Son grises, lo más parecido al plateado que pueden llegar a ser unos ojos humanos. No me había fijado en ello hace dos días.

—¿En serio?

Me sube el calor a la cara y me arden las orejas.

—Bueno, más o menos. A ver, no yo... La enfermera... Mi... —«Cállate, Addie». Tengo que cambiar de tema ya—. ¿Así que trabajas aquí?

Baja la vista a la camisa negra con CINEXPERIENCE y luego vuelve a mirarme.

—¿Qué tan raro sería que no trabajara aquí y llevara esto puesto?

Me río.

—Bueno, parece un sitio divertido, sin contar los «Lunes de pelis malas» —digo justo en el mismo instante en que alguien me empuja con el hombro.

—Mierda, ¡perdona! —dice esta persona.

Me doy la vuelta y veo que la voz pertenece a un chico indio de pelo negro, corto, con gafas oscuras de montura rectangular. Lleva unas cinco bolsas de palomitas, tres bebidas extragrandes y algodón de azúcar. No me extraña que no viera por dónde iba.

—No pasa nada —digo. Estoy a punto de volverme cuando al chico le cambia la expresión de repente. Abre mucho los ojos, como si se sorprendiera, me reconociera o simplemente estuviera confundido.

—Ah... hola —dice. Ahora me mira boquiabierto y me hace sentir incómoda. Quiero seguir hablando con el chico del bus, que también está presenciando la situación.

—¿Estoy en medio? —pregunto al final, porque no entiendo por qué se ha quedado ahí plantado. Eso lo saca del ensimismamiento.

—No. Esto... no lo estás —dice él mientras se recoloca las bolsas de palomitas en los brazos. Vuelve a dudar—. Bueno, adiós —añade y da un paso atrás.

—¡Tío, que entramos sin ti! —grita una voz masculina al otro lado del vestíbulo, seguramente a él, y luego se echa a reír.

El chico indio pone los ojos en blanco, suspira y por fin se da la vuelta para volver con sus amigos. Hay tanta gente en el vestíbulo que lo pierdo antes de ver el grupito con el que va.

Me giro hacia el chico del bus, que me mira con expresión divertida.

—Perdona. Eso ha sido rarísimo —le digo, mientras una mujer con la misma camisa de

CINEXPERIENCE alarga el brazo hacia él para coger un montón de servilletas de la barra.

—¿Qué dices? —pregunta ella mirándome confundida y con aire impaciente.

—Ehhh, nada —digo, esperando que se dé cuenta de que no hablaba con ella.

Se detiene un segundo, entrecierra los ojos y sigue trabajando. ¿Se ha enfadado porque estoy distraído de su trabajo al chico del bus?

—Será mejor que te deje... —empiezo a decir, pero no termino la frase porque alguien me tira del brazo y me arrastra por el vestíbulo.

—¡Katy! ¿Por qué me pegas estos tirones?

—¿Y por qué estás tú tan empanada en un rincón del vestíbulo cuando deberías estar comprando las entradas? ¡Mira lo larga que es la cola ahora! —Nos paramos al final de una de ellas en el otro extremo del vestíbulo—. Sé que no duermes bien, que seguramente has sufrido una conmoción cerebral y blablablá, pero te juro que es como si tuvieras un episodio psicológico.

—¡Lo he encontrado! —digo, haciendo caso omiso de lo que acaba de decirme—. ¡Al chico del bus! Acabo de verlo.

Katy me suelta por fin la manga de la chaqueta.

—¿Lo has visto aquí? ¿Por qué iba a estar aquí? ¿Has hablado con él?

Asiento, incapaz de detener la sonrisa que ya se me extiende en la cara.

—No mucho, pero sí.

—¿Y cómo se llama? ¿Te ha dado su teléfono?

—Pues iba a ello hasta que *alguien* me ha apartado de allí.

—Pues yo no lo he visto —dice Katy frunciendo el ceño—. ¿Dónde está?

Miro por el vestíbulo, pero hay demasiada gente en medio.

—Está en la otra punta.

—Tenía muchas ganas de ver esta peli, pero podemos saltárnosla para que vayas a ligar con él, si quieres —dice ella arqueando las cejas, provocadora.

Suspiro con aire sufrido.

—No, vayamos a ver la peli. —La mujer de la barra no parecía muy conforme con que estuviera charlando con el chico del bus y no quiero que tenga problemas, pero finjo que me sacrifico por Katy—. La de cosas que hago por ti...

Me da un golpecito en el hombro con el suyo.

—La de cosas que yo hago por ti. No tienes ni idea.

Mientras esperamos, empieza a contarme que ayer salió con Mitch Enns, que lo había llevado a su casa —la interrumpo para preguntarle si eso significa que se «lio» con él—, y que allí se dio cuenta de que no llevaba la pulsera. Me siento culpable por no recordar cuándo me lo ha dicho por primera vez, porque parece estar más molesta por esto que por cualquier otra cosa. Pero se le pasa rápidamente cuando reconoce a alguien en la fila de al lado.

—Addie, es Lena de Act! Out!

La chica —que lleva una chaqueta de invierno sobre un uniforme de voleibol de lycra— y yo intercambiamos los «encantada de conocerte» de rigor, pero son ella y Katy las que hablan mientras las filas avanzan poco a poco. Yo sigo algo molesta por no haber podido despedirme

del chico del bus como es debido, por no hablar de que no he podido averiguar su nombre.

Parece que estamos condenados a conversaciones de un minuto. Aun así, me alivia saber que está bien. Y el hecho de que viva en Lyndale significa que tendré la oportunidad de volver a verlo.

Reproduzco mentalmente la conversación de hoy. Mi mente se detiene al pensar en su sonrisa, que empieza poquito a poco y luego se estira y se agranda en su rostro. Tal vez me esté dando alguno de los episodios psicológicos que menciona Katy, porque esto me hace pensar en la física: ¿a qué velocidad se elevarán las comisuras de sus labios para conseguir esa sonrisa que acelera el corazón?

También me hago otra pregunta: ¿tan falta estoy de atención masculina —soy una viuda negra de cuidado, según Katy— que me da algo cada vez que un chico me sonríe?

Llegamos a la ventanilla y Katy empieza a hacer el pedido. Es entonces cuando me doy cuenta de que no soy tonta ni estoy desesperada, tampoco enamoradilla: su sonrisa me hace sentir algo que no había sentido nunca.

**ANTES**

## Principios de julio

(hace dieciocho meses)

Un aire denso se me pega al cuerpo y se aferra con tanto ímpetu que cuesta creer que existen otras estaciones además del verano. Suspiro aliviada cuando entro al videoclub con aire acondicionado; el móvil vibra en el bolsillo del vestido. Intento apartarme el pelo de la cara, pero es temporada de encrespamiento y no hay tutía. He heredado la aversión de mi madre al calor y los rizos de las hermanas de mi padre de la isla de San Vicente, por lo que julio es siempre una delicia.

La tienda parece desierta; no me sorprende, porque ya nadie alquila DVD. At Home Movies es el último que queda en Lyndale, protegido por la nostalgia de adultos como mi madre, que han vivido aquí toda la vida y se acuerdan de los días de videoclubs, de los camiones de helado y de los niños jugando en las calles hasta el anochecer.

Aunque no hay nadie en la caja, oigo movimiento y murmullos bajo el mostrador. Estoy disfrutando demasiado de la milagrosa frescura que hay aquí dentro como para pensar en el origen del sonido. Saco el móvil y me preparo para encontrar veinte mensajes de mi madre recordándome que coja una cosa u otra para la noche de cine familiar; o con alguno de los veinte mensajes en los que Katy me detalla su viaje (un viaje que, a mi parecer, está durando diez años).

El mensaje resulta ser una foto de cuatro pares de pies descalzos sobre el asfalto, un montón de dedos. Distingo los pies de Katy por el pintauñas negro que empezó a llevar cuando terminaron las clases. En otra foto, está junto a una señal de tráfico que avisa de curvas peligrosas poniendo morritos en plan seductor con los brazos levantados como una vedette. La pulsera de plata que su padre le envió hace tres años y que nunca se quita refleja un rayo de sol; parece que irradia una luz angelical y, al mismo tiempo, mucho *sex appeal*. Es todo muy confuso.

No hay texto. No me dice «Te echo de menos, tía» ni «¿Cómo va?», aunque tampoco espero algo así de Katy, a decir verdad. Pero sí espero algo de solidaridad, un mínimo de consideración por lo mal que lo estoy pasando aquí. Ella está exactamente donde me gustaría estar ahora mismo: en un coche, con la brisa revolviéndome la melena lisa como lamida por una vaca —lo dice ella, no yo—, de camino a Nueva York, para pasar allí tres semanas. Un coche patrocinado por el padre de Katy, claro. Nueva York está a unas siete horas de Maine, pero Katy y sus amigos de teatro se están marcando un superviaje, parando en Hampton Beach y en muchos otros sitios. Yo, por otro lado, estoy por alquilar unos DVD para la noche de cine con mi madre y mi hermano mayor.

Me he pasado todo abril y todo mayo rogando a mis padres que me dejaran ir con Katy y todo junio de morros porque me habían dicho que no, lo que me chafó los planes de pasar un verano fantástico y, posiblemente, de mi única oportunidad de ver Nueva York antes de mudarme allí. Si es que me dejan.

Como si estar encerrada en casa no fuera ya suficiente castigo, fue justo en verano cuando mi padre nos dejó, por lo que en mi familia julio y agosto ya son deprimentes de por sí. Katy dice que es como nuestra propia versión de un trastorno afectivo estacional.

Puede que esto me haga parecer una persona horrible: sé que es triste que mis padres no estén juntos, pero no me siento tan mal como el resto de mi familia. Creo que ya ha pasado mucho tiempo.

Aun así, la semana pasada nos reunimos y la cena en el Café Amore resultó bastante incómoda; celebramos mi decimosexto cumpleaños y la graduación de Caleb del instituto un par de semanas atrás. Mis padres siempre se muestran cohibidos cuando salimos en familia. Antes solíamos recibir miradas extrañas de la gente, conocidos que nos miraban durante largo rato, que le apretaban el hombro a mamá al pasar, o que daban toquecitos a Caleb en la cabeza que no venían a cuento. De pequeña, había veces en las que me preguntaba si eso pasaba porque mi padre es negro y mi madre, blanca. Pero esto también ocurría cuando mis padres no andaban cerca: los padres de mis compañeros de clase me miraban raro y, de vez en cuando, los profes me trataban de un modo especial (con compasión más que con curiosidad). Que mi madre trabaje en la tele, en Channel Se7en, la convierte en alguien medianamente famosa dentro de un pueblecito y la separación de mis padres fue todo un cotilleo durante algún tiempo. Ahora recibimos menos atención, pero recuerdo que mis padres la detestaban entonces y siguen haciéndolo. Así pues, nuestra cena de celebración consistió en una incómoda conversación: Caleb con cara de preferir estar en mil sitios antes que allí y yo compensando en exceso todo eso para que estuvieran todos más relajados.

Durante los próximos dos meses, entre semana y por la mañana, iré a casa de Clarence, una profesora de viola ya jubilada que me presentó la señora Dubois el año pasado. Es, más que nada, una excusa para tocar para Clarence; su artritis ya no se lo permite y dice que las grabaciones no suenan igual. Yo tocaré piezas en las que esté trabajando, ella me dará notas y hablaremos de música durante una hora. El resto del día simplemente pasaré el rato practicando y leyendo —algo de la lista de lecturas del próximo curso para ir adelantada en literatura de cara al otoño— y luego volveré a empezar.

Lo único que me consuela de pasarme el verano en casa es no estar dentro de un coche — como en una lata de sardinas— con Katy y sus amigos de teatro. De Katy me atrajeron su energía y su compromiso por ser ella misma, pero una parte de mí, fea y recóndita, se pregunta si soy su mejor amiga solo porque necesita a alguien con quien no le haga falta competir —por Juilliard, por atención—. Si pasará de mí en cuanto llegue algo o alguien mejor, porque si hay algo que se le da bien a Katy es pasar página y seguir adelante.

Intento no pensar en eso y miro los estantes con películas extranjeras. Las órdenes exactas de mi madre han sido estas: «Algo conmovedor pero inspirador». No tengo nada en contra de la industria del cine extranjero, pero nada en estas carátulas me resulta «inspirador», la verdad. Quizá por no ser un hacha en húngaro.

Mamá lleva ya dos semanas insistiendo inútilmente en organizar noches de cine con mi hermano y conmigo (inútilmente, porque no somos la típica familia a la que le va eso de hacer cosas juntos, compartir un mismo espacio y mantener contacto visual). Esas cosas son

para las familias de la tele. A mi hermano le gusta estar solo, refugiarse en su cuarto, y a mí la música clásica e imaginarme en algún lugar muy pero muy lejos. No coincidimos mucho, la verdad.

Justo entonces oigo un ruido en la caja y cuando me doy la vuelta veo que un chico salta por encima del mostrador y viene deprisa hacia mí.

—¡Hola! —exclama sonriendo y algo faltó de aire—. ¡Bienvenida a At Home Movies! ¿Puedo ayudarte a encontrar algo?

Pestañeo, sobresaltada.

—Sí, busco una película.

El chico se ríe y se le mueve el pelo ondulado de la frente. Se alisa la camiseta y dice:

—Disculpa. Mi padre nos hace saludar a los clientes con entusiasmo, pero no te he visto entrar.

Lo del entusiasmo lo clavaba.

—No pasa nada —digo.

—¿Qué buscas?

Le digo que mi madre ha pedido alguna película extranjera que sea conmovedora pero inspiradora. Frunce el ceño al contemplar la colección de DVD de la pared.

—¿Le gustan las pelis gore? —pregunta al final.

Su respuesta me pillá tanto por sorpresa que me echo a reír.

—Pues no se lo he preguntado nunca, pero imagino que no.

Sin reír, responde:

—Es una pena. —Empieza a andar hacia otra sección y lo sigo, curiosa—. Hay un italiano llamado Rinieri Ciano, ¿te suena? —Niego con la cabeza. No me han enseñado nunca el mundo de las películas gore—. Hace unas películas brutales. Es una leyenda.

Debo de estar mirándolo boquiabierto, porque se apresura a añadir:

—No quiero decir que sean perturbadoras o de miedo. Son brutales por buenas, vaya. De hecho, diría que son comedia. Sátira. Son terromedias, comedias de terror. Las venas son todo ketchup y cordel azul y los intestinos son medias con relleno.

Seguro que ahora sí estoy con la boca abierta porque se echa a reír. Es una carcajada que me hace sentir calor por dentro, como si el aire acondicionado no funcionara, pero no me importa.

—Tienes que verlo. Sabes que es falso y de eso va la cosa. Es la forma que tiene Ciano de comentar el cine y la vida en general.

—¿Y qué dice, exactamente?

—Pues habla de arte, de cómo contar historias —dice tan serio y pensativo que ahora me noto el calor hasta en las orejas. Es casi como si me contara un secreto, como si me lo susurrara—. ¿Le darás una oportunidad?

—Vale —digo y añado—, aunque tal vez no sea para mi madre. Creo que *Le coeur est une montagne* tiene buena pinta.

La cara se me calienta aún más por lo malo que es mi francés.

—Ah, *oui* —dice el chico, sonriéndome al tiempo que se agacha para coger el estuche de

un DVD. Su *oui* a lo chico de Nueva Inglaterra hablando francés (y con esto quiero decir que es casi tan malo como el mío) me hace sentir mejor—. Yo empezaría con esta, *The Sea in the Garden*.

Vuelve a ponerse serio y me doy cuenta de que este chico no se toma a guasa sus pelis gore.

—Estaré aquí toda la semana —dice al cabo de unos minutos, mientras me cobra las películas—. Me gustaría saber qué te ha parecido.

—Vale.

Luego caigo en que tal vez no me guste nada su recomendación, pero nada de nada y, entonces, ¿qué le diré?

—Si alguna vez no me ves por aquí, es que estoy en el almacén, pregunta por Zach.

*Zach*. El nombre le sienta bien a este chico enérgico y amante de las pelis gore.

—Gracias —le digo.

—De nada, señorita Sullivan —dice mientras accede al perfil de mi madre en el ordenador.

—Addie —lo corrijo.

—*Addie*. —Tantea mi nombre para ver si me queda bien, si encaja con esta melenaza negra que se enreda con solo mirarla y con mi forma de ser, aunque él lo hace en voz alta. Imagino que encaja porque me sonrío otra vez.

Es una sonrisa grande y radiante que hace que salir a la calle un día despejado de verano en Lyndale, en medio de esta ola de calor, sea como ingresar en una sombra fresca. Al subir a la bici, veo puntitos blancos.

Esa misma noche veo en el ordenador *The Sea in the Garden* para poder volver al día siguiente.

## ANTES

—¡Addie! —exclama Zach cuando entro a la tienda, sonriéndome como si fuera una vieja amiga. Me acerco al mostrador y lo veo serio—. ¿Cuál es el veredicto?

—Horrible. Horrible con ganas —digo y veo que se le desentaja el rostro.

—¿De verdad? —pregunta en voz más baja, con aire decepcionado.

—¡Casi se casa con su hermana! —digo dramáticamente mientras él empieza a entender.

—¡Hablas de *Le Pontagne*! —En su cara se adivina el alivio y se asoma una sonrisa.

—*Le Nosequé Montagne* —digo mirando el estuche de DVD que llevo en la mano—. *Le Nosequé Mierdagne*. Aunque a mi madre le gustó.

Zach se echa a reír y aunque parece algo que le sale con facilidad, me siento orgullosa. Coge las películas y apoya sus codos sobre el mostrador, inclinándose hacia delante.

—¿Y el veredicto de verdad? Te prometo que no pasa nada. Si no te ha gustado, me lo puedes decir.

No puedo. No con esos ojos bailarines y esa media sonrisa lista para extenderse de oreja a oreja.

—Es buena —digo con cuidado—. Algo confusa. —Zach me mira y asiente lentamente—. No entendí por qué se le fue la olla al tío después de haber estado normal durante toda la peli.

Él vuelve a asentir y entrecierra los ojos para asimilar bien lo que digo.

—Y era falsa. Muy muy falsa. —Ahora sí sonrío del todo—. Creo que vi la botella de ketchup en una esquinita de la pantalla.

—¡Ya! —Zach se ríe, eufórico—. Es fantástica.

Su risa es contagiosa y me hace reír. Se oye una campanilla cuando entra una cliente de mediana edad con una coleta alta y pantalones cortos a devolver un montón de DVD.

—Bueno, ¿y qué más tienes? —pregunto. No le he mentado. La película sí era buena, rara pero buena. Y diferente. Y lo más importante, me ha dado una excusa para volver a la tienda.

—Al verte supe que te gustaría —dice mientras nos acercamos a la sección de terror.

¿Y eso qué significa?

—¿Te parezco una fan de lo gore?

Me examina y se le encienden un poco las mejillas.

—Bueno, alguien que lo entendería.

No sé qué significa, pero me gusta la respuesta.

Lo sigo hasta la caja y se nos une alguien clavado a Zach, pero con treinta años más. Es igual de alto, con el pelo castaño rojizo y una calva incipiente en la coronilla.

—Vaya, lo siento —me dice el hombre—. ¿Ya te está endilgando a Ciano?

—No me lo está endilgando —respondo al mismo tiempo que Zach dice:

—Le gusta, papá.

El hombre, el padre de Zach, levanta las manos en señal de derrota.

—Contra gustos... Pero al menos te ha dado un DVD y no toda la colección a la vez. —Se vuelve hacia su hijo—. Podrías hacerlo. No es que estén muy solicitados precisamente.

—Quiero saber qué opina de cada una —dice, con la vista aún clavada en el ordenador.

—Ah —se limita a responder su padre.

Y «ah» es lo único que pienso mientras Zach me da el DVD con su ya característica sonrisa en los labios. Luego salgo dando tumbos, con el corazón aleteando un poco e intentando averiguar cómo se las ingenian las demás chicas para montar en bici con falda. Rezando para que no me vea.

Y esperando que sí lo haga.

**DESPUÉS**

Enero

Paso la noche del martes en casa de mi padre, que acaba de volver de viaje. Casi nunca lo veo entre semana, pero supongo que quería verme después de enterarse del accidente.

Vive en un diminuto apartamento en el centro, la parte más ajetreada de Lyndale. No suele estar allí, pero incluso cuando está, cuando no está volando, no es precisamente mi lugar preferido. Quiero a mi padre, pero siento como si existiéramos en islas diferentes. Lo mismo me pasa con mi hermano: siempre que estamos juntos en una habitación, siento que hay una extensa llanura entre nosotros, una distancia que nos separa y que nada puede salvar.

Lo triste es que recuerdo que, de pequeña, mi padre era mi persona favorita. Recuerdo que me llevaba en volandas, me dejaba caminar encima de sus pies en el supermercado, me enseñaba a montar en bici en el camino de entrada de nuestra antigua casa, en la parte este del pueblo. Él me compró mi primera viola. Me llamaba «solecito», en lo poco que le quedaba de su rítmico acento caribeño, porque decía que iluminaba toda habitación en la que entraba. Y que no caminaba, sino que estallaba en cada habitación.

Ciertos días, cuando domino alguna de las piezas que estoy aprendiendo —con la melodía aún en la punta de los dedos como si me hubiera pasado la corriente y sintiéndome tan feliz que sería capaz de echarme a bailar—, me gustaría que él viera mi cara. Me gustaría ser la niña risueña que recuerda y que él sea el padre que yo recuerdo. Que ambos podamos reconocernos como reconoces a tu propio reflejo en un espejo. Aunque solo sea un segundo.

«Sabes que papá vuela, ¿no?», me decía Caleb cuando éramos muy pequeños y me hacía creer que era verdad, que volaba como Superman, con la capa, el remolino en la frente y todo el paripé. «Pos sí», respondía yo, como dicen los niños de cuatro años. En ese entonces, mi padre llegaba a casa de sus viajes y me sentaba sobre sus hombros; yo me sentía tan lejos del suelo que cada vez que él levantaba un pie era como si nos tambaleáramos en el aire.

Todos mis recuerdos hasta los doce años —más o menos cuando se separaron mis padres— son así, y de pronto se vuelven distantes, diferentes: están teñidos de tristeza, de una incertidumbre que no logro explicar. Cada recuerdo con mi padre desde entonces es así, como el regusto que queda luego de comer algo amargo; hoy solo sé que me quiere porque recuerdo que en el pasado me quería.

Papá es diferente con Caleb, menos distante, tal vez porque Caleb es el mayor; quizá los padres y los hijos son diferentes a las madres y las hijas. Creo que el divorcio de mis padres nos partió por la mitad: mi madre y yo por un lado, Caleb y papá por otro.

Mis padres se conocieron en una cena, cuando mamá presentaba las noticias en la radio. Papá solía escuchar el pronóstico del tiempo de las seis y media antes de levantarse —cuando era piloto en prácticas— y dice que se enamoró de su voz. Una voz tranquila y natural, que subía ligeramente al dar las malas noticias (un aviso de tormenta, de tornados o de mal tiempo para el 4 de Julio).

Cuando alguien los presentó, papá exclamó:

—¡Eres Sandy Fairweather!

—Sandy Houston —dijo ella, tratando de ocultar que le había gustado que la reconocieran.

—Me da igual si va a hacer mal tiempo si es tu voz la que lo anuncia —recuerdo a mi padre decir al contarnos la historia por milésima vez, antes de que todo cambiara. Antes de que papá dejara de volver a casa y se comprara la suya al otro lado de la ciudad.

Sin embargo, algunas veces lo pillo viendo el pronóstico del tiempo que presenta mamá.

El piso de papá suele estar bastante cargado porque de vez en cuando se compra algún mueble que luego no usa, con lo que va disminuyendo el espacio libre; el tufo rancio del cuero nuevo y el olor a cerrado se mezclan y crean una atmósfera seca y claustrofóbica. Cuando se carga tanto que hasta él se da cuenta, abre todas las ventanas y la puerta que da al balcón; entonces, el piso suena a frenos que chirrían, a parejas que se pelean y a ambulancias con sirenas demasiado fuertes durante todo el fin de semana que paso allí.

Creo que lo peor es que los pisos están tan cerca los unos de los otros y las paredes son tan finas que no puedo practicar aquí. Vemos la tele uno en cada extremo del nuevo sofá de piel que se ha comprado y cada dos horas detiene el programa para preguntarme si he visto la nueva lámpara o el taburete de la cocina que ha conseguido, y yo le contesto que no, aunque ya los haya visto.

Hoy nos damos un atracón de programas de renovación de casas que ha grabado mientras comemos comida tailandesa directamente de los envases de plástico.

—¿Seguro que tu madre no lo usa? —La pregunta de papá me saca del trance y lo miro, confundida—. ¿Addie?

Por el ceño fruncido me doy cuenta de que estoy embobada, así que pestañeo para centrarme.

—Perdona, ¿qué decías?

—Te preguntaba por el reloj del abuelo que teníamos en casa. He pensado que daría un toque chulo al salón. Caleb me dijo que estaba en el ático... que tu madre no lo usaba.

—Ah, sí —digo—. Lo buscaré cuando llegue a casa.

Hoy ha sido el peor día desde el accidente. No tengo dolor, pero siento como si no pudiera concentrarme en nada. Tal vez se deba a que la última vez que dormí tranquila fue antes de ese día. Katy está frustradísima conmigo.

He estado muy tentada de contárselo a mi madre, pero sé que se asustaría y me enviaría a urgencias. Y papá... bueno, no suelo acudir a él cuando necesito ayuda. Además, ¿qué es lo que me pasa exactamente que llevo tres días distraída y olvidadiza?

Niego con la cabeza cuando mi padre vuelve a parar el programa para preguntarme si he visto la nueva alfombrilla de la cocina. A él le gusta hacer el tour más que a mí, convencerse de que su apartamento está tan lleno como solía estarlo nuestra casa. O a lo mejor es una excusa para tener algo que decir. A veces, mientras vemos la tele en el sofá, saco el arco solo para sostenerlo o acaricio el aire con él para evitar la tristeza.

—¿Buscaste las salidas de emergencia cuando subiste al autobús? —pregunta mi padre de repente. Es la primera vez que me pregunta sobre el accidente desde que llegué, luego de salir de la escuela.

—Sí, siempre lo hago.

A pesar de ser piloto, mi padre no confía en los aviones. No le gusta que volemos. Hace años, antes del divorcio, nos fuimos los cuatro de vacaciones a visitar a la familia de papá en St. Vincent —Vincy, como lo llama él—. Creció en los Estados Unidos y sus padres murieron aquí cuando yo era pequeña, pero de vez en cuando lo visita y esa fue una de las pocas ocasiones en que lo acompañamos. En el aeropuerto, papá nos colocó en un semicírculo; llevaba esa extraña camisa hawaiana tropical que tan mal le sienta. Recuerdo que yo iba dando saltos y cantando cancioncitas que hablaban de playas o islas bajo el sol. Papá nos miró a los ojos y nos dijo: «Pensad siempre que el avión se va a estrellar».

Fue el último viaje que hicimos como familia.

Su advertencia, sin embargo, funcionó, porque ahora no subimos a un avión ni a un tren sin saber dónde están las salidas de emergencia.

—Tu madre me ha dicho que todas las universidades a las que has enviado solicitud están en Nueva York —su voz carece de sentimiento y ni siquiera me mira. Nunca me mira—. El índice de criminalidad allí es muy alto.

—Como en muchos sitios —le respondo.

Asiente y vuelve a encender la tele. Lo miro de reojo y me pregunto qué diría si le contara que llevo sintiéndome extraña desde el accidente. ¿Se preocuparía por mí? ¿Me podría ayudar?

—Estar tan lejos de la familia es buscar problemas —comenta, concentrado en la tele y confirmándome lo que ya sospechaba: mi madre le ha pedido que saque el tema.

Reprimo las ganas de contestarle: «¿Perdona? Tu trabajo consiste en estar lejos de la familia», pero me parece un golpe bajo, así que no le respondo y me centro en la pantalla.

En momentos así, estoy algo resentida con mi hermano, aunque no esté aquí y no esté haciendo nada en particular para provocarme. Es dos años mayor que yo, va a un centro formativo superior —aunque sus notas no están nada mal— y sigue viviendo en casa.

No pasaría nada si eso fuera lo que Caleb quiere. Pero sé, aunque él no lo reconozca, que no lo es. Siempre le han obsesionado los aviones como a mi padre y lleva años soñando con volar, pero en lugar de hacer algo al respecto, se ha quedado en Lyndale, va a fiestas y sale con gente que se le ha quedado pequeña.

Mis padres coinciden en una sola cosa: en machacar las ganas que podamos tener Caleb y yo de ir a algún sitio, de mudarnos y poder así estirar las costuras de nuestra vida. Mamá es quien lleva la voz cantante en esto, pero no sé cómo, consigue que papá esté de acuerdo con ella. Está convencida de que puede protegernos de todos los peligros que hay ahí fuera. Tengo diecisiete años y todavía tengo el dichoso control parental instalado en el ordenador.

Por muy exagerada que sea Katy, sé exactamente a qué se refiere cuando dice que siente que ha nacido para un lugar. Creo que yo he nacido para la viola, para hacer música con uno de los instrumentos más tristes que hay.

Sin embargo, yo escogí Nueva York porque quiero otra cosa. Que Juilliard esté en la misma ciudad no significa que deba ir allí necesariamente.

Quiero luces que pasen zumbando, calles bulliciosas, la Filarmónica y gente vibrante,

apasionada y fanática del arte, sitios a los que ir, Broadway, Carnegie Hall...

Sé que es uno de los mayores clichés, pero me encanta pensar en una ciudad que te recuerde cada día que estás viva. Me gusta que sea diferente y más grande que Lyndale en todos los aspectos y quiero creer que mi vida allí también lo será.

He trabajado muchísimo para mejorar las notas y así tener la opción de ir a la NYU.

Ahora papá me da unos golpecitos torpes en la rodilla.

—Bueno, pensémoslo bien, ¿vale? —dice.

Asiento. «Sí, pensémoslo bien», pero yo ya estoy pensando en todas las cosas que podrían frenarme y he decidido que ninguna de ellas lo conseguirá.

**DESPUÉS**

Enero

La noche siguiente practico más de lo habitual para compensar la de ayer, que estuve en casa de papá. En cuanto llegué del hospital el domingo por la mañana, descargué una versión de *Aria para la cuerda de sol* de Bach que estoy escuchando ahora; me vuelvo a enamorar de cómo el intérprete, una y otra vez, ataca las notas para después bajar la intensidad de forma abrupta a la par que elegante. Las miles de historias que imagino ahí escondidas. He empezado a aprender una versión de la canción a viola, pero no suena tan fantástica y plena como debería. En lugar de melancólica y romántica, suena desconsolada. Como alguien que baila un vals a solas.

Decido que ya está bien por esta noche y empiezo a practicar las nuevas piezas de orquesta. Casi he memorizado la *Alla Hornpipe* del segundo movimiento de la *Música acuática* de Händel, pero según la señora Dubois, no hay nada peor que aprender una pieza con errores. La señora Dubois tiene una hipótesis sobre las primeras veces: lo primero siempre sienta el precedente de todo lo que vendrá. Por eso es tan importante la manera en que aprendes una canción por primera vez. La forma en que abor das la primera nota marcará el tono del resto de ese movimiento y de toda la pieza. En un concierto, la primera pieza marcará el tono del resto de la actuación. Y el primer error que cometes en una actuación —así como tu forma de sobreponerte a él— sentará el precedente para los demás errores que cometas. Y como no quiero cometer ninguno, decido tocar hasta que quede perfecto. Lo malo es que me he dejado la carpeta de la orquesta en el coche (mamá me ha dejado conducir hoy).

Son solo las siete de la tarde, pero está oscuro y hace muchísimo frío, por lo que me pongo el abrigo encima del pijama de franela y salgo a la calle. Sigo tarareando la *Aria para la cuerda de sol* mientras busco en el coche hasta encontrar la carpeta.

Cuando estoy por salir del coche veo a alguien al otro lado de la carretera, iluminado por la farola, y casi me golpeo la cabeza contra el techo. Salgo por el asiento del acompañante y lo saludo con la carpeta en la mano sin pensármelo dos veces.

—¡Hola! —Me fijo en su expresión: me ve y una sonrisa, esa sonrisa, se asoma a su rostro. Lleva el mismo gorro de lana, pero por debajo asoman ahora mechones de pelo rojo.

—¡Hola! —dice él, y entonces cruza la carretera y se para frente a mí en el camino de entrada a mi casa.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

Se rasca la nuca.

—De repente me he visto aquí, supongo. Estaba dando un paseo. ¿Y tú?

—Vivo aquí —digo al tiempo que señalo mi casa, pero en lugar de mirarme, sus ojos me recorren de arriba abajo. Se detiene justo bajo mi rodilla, donde termina el abrigo y las perneras del pijama de *La tierra del Arcoíris* se embuten en las zapatillas.

—¿No estarías merodeando de esa guisa? —Le brillan los ojos con un aire pícaro y me aletean las mariposas en el estómago.

—No merodeaba —digo arrugando el ceño, haciéndome la ofendida—. Bueno, ¿y qué

tienes tú en contra de Rubita?

Levanta la mano en señal de rendición.

—Nada, nada. Seguro que es una *persona* encantadora.

—Ya. Oye, ¿seguro que no me estás siguiendo? —pregunto, entrecerrando los ojos. De repente, se me encienden las mejillas por lo coqueta que he sonado. Por una vez me alegro de lo rápido que la sangre me sube a las orejas cuando algo me da vergüenza. Así no les afecta el frío.

El chico del bus se ríe, y voy a contestarle cuando el coche de Caleb se acerca acelerando y casi lo atropella, porque está más cerca del centro del camino que yo. El chico da un brinco, sobresaltado. Pero antes de poder decir nada, mi hermano dice por la ventanilla:

—¿Por qué estás aquí fuera, Addison?

—Por Dios bendito, ¿tienes que conducir como un loco? Estoy hablando con alguien —digo, esperando a que se disculpe por haber estado a punto de atropellar a una persona.

—Estaba cambiando de canción. ¡No me he acercado tanto! —Caleb no para el coche y sigue acercándose al garaje, de modo que se vuelve para gritar—: ¿No puedes hablar por teléfono dentro de casa?

Ni siquiera espera a que le responda y la puerta del garaje se cierra tras él.

¿Qué? ¿Tan predispuesto está a no verme que ni siquiera ha levantado la vista para asegurarse de que estuviera bien y ha supuesto que hablaba por teléfono?

—¿Estás bien? Lo siento mucho.

—Sí —contesta el chico del bus con una sonrisa; no parece afectado.

—Es el capullo de mi hermano —explico.

El chico del bus asiente. Sé que muchos hermanos no son muy amigos y que mi relación distante con Caleb quizá sea de lo más normal, pero muchas veces me gustaría que las cosas fueran distintas. Ojalá no fuéramos solo dos, pero como lo somos, ojalá encontraríamos un término medio. De todas formas, ahora mismo le daría una paliza.

—Oye, ¿tú nunca pasas frío? —le pregunto al chico del bus al reparar en que no lleva ropa de invierno. Otra vez. Lleva una camisa de manga larga, pero eso no abriga lo suficiente para salir a pasear.

—No tengo mucho frío —contesta.

—Pero si debemos de estar a seis grados bajo cero —digo, aún alucinada de que no esté temblando o transformándose en un témpano delante de mí. ¿Acaso no se puede permitir ropa de invierno? No parece malnutrido, ni sin techo ni nada parecido. No le veo agujeros en los zapatos ni en los vaqueros—. No puedes volver a casa así. Acabarás con hipotermia.

—No pasa nada, en serio.

Ahora mismo no sé a quién me parezco más, si a Katy o a mi madre.

—Te dará hipotermia y *la palmarás* —le digo, imitando su vehemencia.

Se ríe. Es una risa intensa y contundente que me hace sentir un poco menos el frío.

—Así podré ir a los conciertos de Jimi Hendrix.

—O no. Seguro que te hará falta una invitación —replico. Vale, estoy flirteando. Es como si me hubiera poseído Katy por haber hablado con ella hace tan solo unos segundos—. Te

puedo dejar un abrigo —le digo de repente al ocurrírseme algo—. Mi hermano, vaya.

A Caleb no le hará ninguna gracia que le preste su abrigo a un extraño, pero es lo que menos me preocupa ahora.

—No pasa nada —dice ya sin sonreír—. Tampoco tengo tanto frío. Además, seguro que no es de mi talla.

—Es una chaqueta, no unos leotardos —le espeto, y los dos nos echamos a reír al pensar en mi hermano o en él con leotardos. *Puaj*. ¿Por qué he dicho eso?

—Espera, ahora vengo —digo.

—No, oye... —Me pierdo la última parte de su protesta porque entro corriendo a casa. Dejo la carpeta de música y cojo un abrigo de color verde hiedra del armario del recibidor que aún está calentito. Debe de ser el que acaba de quitarse Caleb. Como no lo veo por ahí, salgo corriendo por la puerta.

—Vale, puedes devolvérmelo ma... —Me quedo a medias al ver que no hay nadie en el camino de entrada. Miro a la derecha y a la izquierda, y otra vez a la derecha, como si fuera a cruzar la carretera.

Pero ¿dónde ha ido?

Vuelvo al final del camino y miro a ambos lados de la calle, pero no hay rastro de él. Y yo que tenía tantas cosas que preguntarle: «¿Quién eres? ¿Por qué parece que, de repente, no hacemos más que coincidir?».

Me he vuelto a quedar sin preguntarle cómo se llama.

Me quedo ahí plantada, sujetando el abrigo de mi hermano con las manos temblorosas por el frío. No puedo creer que el chico del bus se haya marchado. Solo puedo pensar: *Parecía que estábamos empezando algo*.

**ANTES**

Principios de julio

(hace dieciocho meses)

Cada visita al At Home Movies es como una continuación del debate más largo del mundo sobre las parodias de terror. Empiezo diciéndole a Zach lo que pienso, él contraargumenta, se defiende y al final cede antes de pasar a la siguiente película. Pero al cuarto día seguido que entro al videoclub, devuelvo el último DVD —y el pertinente veredicto— y espero la nueva recomendación de Zach, pero él se inclina sobre el mostrador, apoya los codos y me mira.

—¿Qué? —pregunto sorprendida—. ¿Ya no hay más pelis de Ciano? Pensaba que había bastantes más de cuatro.

—Y las hay —dice él—. Pero tengo que preguntarte algo.

Mientras espero que siga, noto que se me ha secado la boca. ¿Qué querrá preguntarme? ¿Por qué esa mirada fija y penetrante, como si mirara por un microscopio, me hace sentir este calorcito por dentro? Me cruzo de brazos para sentirme más firme.

—Puedes decirme que te he convertido en una superfán de las terromedias, si es verdad —me dice mientras vuelve a incorporarse—. Me encantaría que así fuera. Pero me da que prefieres hacer mil cosas antes que disfrutar de las recomendaciones peliculeras de un tío cualquiera. Si no tuviera que trabajar este verano, estaría fuera escalando, saliendo con mis colegas y... —deja la frase a medias, mirando por las puertas de cristal de la tienda. Tuerce ligeramente los labios y se le escapan unas cálidas carcajadas. Me encanta ese sonido tan franco y desenfadado. Es como si no se le pasara por la cabeza contener la risa. Ojalá yo riera también más a menudo—. Ahora en serio, vería pelis. Sí, haría eso. Pero tú pareces más molona que yo.

—Excelente —digo—. Eso es que te he engañado bien.

Por desgracia, sigue mirándome, esperando una respuesta, conque suspiro y digo tímidamente:

—Digamos que mi mejor amiga me ha dado plantón este verano para irse de viaje a Nueva York y parar en un montón de lugares a los que yo la habría acompañado. No deja de mandarme mensajes y fotos para que vea lo bien que se lo está pasando. Me acaba de enviar una foto del delicioso plato que está comiendo ahora mismo.

Zach arquea una ceja; no parece impresionado.

—Que está comiendo ahora mismo—repite con retintín.

—Sí, ya, pero en el West Village.

Sacude la cabeza y empieza a teclear algo en el ordenador que está detrás del mostrador.

—¿Te has dado cuenta de que las cosas que hace la gente a la que envidias no suelen ser envidiables de verdad? A ver, que está almorzando.

—En un sitio en el que yo también debería estar —digo tercamente—. Un sitio en el que preferiría estar.

—Vale —admite Zach—. A veces lo que hacen sí mola. Venga, está bien, lo que tú digas...

tú ganas. Pero la mayor parte de las veces, la gente hace cosas la mar de mundanas y las hace parecer mucho mejor gracias a su entusiasmo. El truco está en cómo vendes la historia.

Me río y me encojo de hombros.

—Tal vez me apetezca hacer esas cosas mundanas.

—Pues queda con el resto de tus amigos y envíale mensajes con todas las cosas que se está perdiendo ella.

—Sí, es una buena idea. Eso haré —murmuro sin comprometerme, ya que la alternativa es reconocer que, aparte de Katy, no tengo muchos amigos. Conocidos, compañeros de la orquesta y gente con la que me siento a comer si hace falta, sí, pero no amigos que piensan en ti cuando no estás—. Vale, ¿me das el siguiente DVD o qué?

Zach me lleva a la sección de películas extranjeras, coge dos y me resume sus argumentos. Al final, me decido por una en la que a unos aldeanos les salen arañas por todos los orificios: orejas, boca, ojos. Me reservo para mañana la de la máquina poseída.

Con Zach ahí, estoy callada y algo incómoda. Si se ha dado cuenta, no dice nada, solo comenta que espera un informe completo cuando haya terminado de verla y luego me dice adiós con la mano cuando me voy.

La verdad es que no soy de salir mucho ni tengo experiencias tan geniales, así que no sé qué pensar cuando Zach lo plantea a cuatro días de conocernos.

Yo no soy como Katy, que se enamora de todos los tíos, que intenta llamar la atención con sus dramas, que se diagnostica enfermedades a sí misma y a todo el que esté a cinco kilómetros a la redonda. No soy tan chispeante, ni segura de mí misma, ni hablo tan alto, aunque esas son las cosas que me gustan de ella.

De algún modo, es como si estuviera esperando a que mi vida empezara, a que se vuelva tan completa y vibrante fuera de las melodías como lo es dentro de ellas.

A veces creo que me he pasado la vida como una sonámbula, que no me ha pasado nada importante ni extraordinario. Y es hora de que eso cambie.

Esa es la razón por la que, aunque sea lo suficientemente buena, nunca he querido ir a Juilliard. Por la que no quiero estudiar música en ninguna universidad. La música siempre ha sido mi refugio, el escudo tras el que me escondo, y si dejo que me defina, sé que seguiré escondiéndome en ella... Y necesito que mi vida sea un poquito más que eso.

**DESPUÉS**

Enero

Katy está decidida a localizar al chico del bus.

Al día siguiente, jueves, nos plantamos en la entrada del cine del centro comercial.

—No me puedo creer que no me dijeras que trabaja aquí.

Es extraño, pero Katy lleva inquieta desde la hora de comer, cuando le conté que ayer vi al chico del bus en la calle de mi casa. Sé que está nerviosa porque la llamarán desde Juilliard dentro de unas semanas y no ha parado de ensayar cuatro monólogos con la esperanza de que le hagan una prueba, pero me parece que su impaciencia ahora mismo no viene a cuento.

—¿No te dije que trabajaba aquí el otro día, antes de ver la peli?

—No, solo has dicho que estaba aquí. Es diferente si trabaja aquí.

—¿Y por qué? —pregunto, exasperada.

Antes de poder contestar, a Katy la aborda una humana diminuta y revoltosa que caminaba en dirección opuesta; no me sorprende.

—¡Ashley! —exclama Katy, apartando a la chica de pelo negro, ligeramente irritada.

—Ay, madre mía. ¡Ya decía yo que eras tú! Hace mil que no te veía, nena —chilla la chica mientras da saltitos delante de nosotras. Me canso de solo mirarla—. Qué pelo más bonito tienes. Qué suerte que no sea tan encrespado como el mío. Las hay con suerte.

Katy nos presenta.

—Encantada de conocerte— le digo.

Al mismo tiempo, Ashley me pregunta:

—¿No nos conocimos en aquella fiesta en la piscina? Salías con...

—No, esa es otra. Te refieres a Elise —la interrumpe Katy—. Tenemos que irnos, ¿vale, Ash? Pero ya nos veremos.

—Ah, vale —dice la chica, decepcionada—. Mándame un mensaje o algo. Te he echado de menos. ¡Adiós! —canturrea antes de cruzar la carretera y desaparecer en el aparcamiento.

—¿Quién era esa, *nena*? —susurro cuando ya se ha ido y Katy refunfuña.

—Una de tercero, va al Meridian. Una melodramática total. Pero hablando de nenas y nenes, centrémonos en lo que nos traemos entre manos —dice al cruzar las puertas automáticas—. Vamos a conseguir el nombre de este chico, su edad, el grupo sanguíneo, el número de la Seguridad Social y hasta el nombre de soltera de su madre.

—¿Vamos a piratearle la cuenta bancaria o vamos a pedirle de salir?

Katy se echa a reír, pero en un tono algo apagado.

—Ya sabes que me gusta hacer varias cosas a la vez.

Su nerviosismo es contagioso.

—¿Crees que es buena idea? No sé, ayer se escaqueó y no me ha preguntado ni cómo me llamo. Quizá no valga la pena.

—Eso lo decidiré yo —dice Katy—. Solo quiero ver quién es.

Como hay mucha menos gente que el lunes —la última vez que estuvimos aquí— lo veo

casi al entrar, de espaldas a nosotras. Lleva la misma camiseta negra de CINEXPERIENCE y el pelo rojo corto por detrás.

—Es ese —susurro.

Como le saco una cabeza a Katy, se pone de puntillas y mira de izquierda a derecha.

—¿Dónde? ¿Dónde?

La pellizco en el brazo.

—No seas tan descarada.

—Ay —chilla. Luego pregunta con impaciencia—: ¿Dónde?

Señalo la zona de las palomitas. Sigue dándonos la espalda.

Al principio parece aliviada, luego frunce el ceño con aire desaprobador.

—Pensaba que decías que era mono.

Su respuesta me deja pasmada.

—Lo es. A ver, ahora no se le ve la cara, pero...

—Se la estoy viendo. Y tiene unos cincuenta tacos o así. Qué asco, Addie.

—No, no, no —digo al darme cuenta de que está mirando a la izquierda del chico, a un hombre canoso. Le cojo la barbilla con la mano y la obligo a mirar unos centímetros hacia la derecha—. Ese.

Katy se queda inmóvil un instante y luego dice:

—Me estás tomando el pelo.

—¿Por?

—¿A quién estás viendo? —pregunta.

—Al chico alto y pelirrojo.

—¿Pelirrojo? —repite Katy tan bajito que casi ni la oigo.

—Sí.

No veo su reacción, pero la noto. Se estremece y parece que se le cortara la respiración. Y aunque no entiendo por qué, noto un nudo en el estómago: es miedo.

Cuando vuelve a hablar le tiembla la voz:

—Ahí no hay ningún pelirrojo, Addie. No está aquí.

La miro; está temblando de verdad y se le nubla la vista. ¿Está bromeando? ¿Está practicando conmigo alguna especie de técnica dramática? Vuelvo a mirarla, luego a él y otra vez a ella, y de nuevo al chico pelirrojo —con quien he hablado varias veces, quien me hace sentir algo en el estómago y a quien veo coger algo bajo el mostrador—, y no sé por qué lo está haciendo. No sé cómo puede decirme eso cuando él está ahí delante.

—Katy, está ahí mismo —digo, tomándola por la muñeca—. Ven, vamos a hablar con él.

Pero con la fuerza sobrehumana que tiene a pesar de su baja estatura, Katy clava los talones y se niega a moverse.

La dejo allí y me acerco al mostrador.

—¡Hola! —digo con demasiado entusiasmo. El corazón me late a mil por hora y no se trata de una arritmia precisamente. Se da la vuelta, de arriba abajo, con sus casi dos metros de altura, y me sonrío—. Mi amiga quiere conocerte. ¿Vienes a saludarla?

—Hola —dice; se le ilumina el rostro—. Has vuelto.

Asiento.

—¿Puedes acercarte un momento a saludar a mi amiga? —Señalo a Katy, a quien se le van a salir los ojos de las órbitas mirándonos. ¿O mirándome?—. Quiero presentártela.

Hace una pausa. Cuando vuelve a hablar, hay algo en su voz que no logro definir. ¿Una disculpa? ¿Tristeza?

—No puedo.

Entonces se vuelve, se aparta del mostrador y continúa buscando entre un montón de papeles.

Cuando vuelvo junto a Katy, me siento algo mareada.

—No puede venir porque está trabajando —digo. ¿Es mentira? No entiendo lo que pasa.

—Addie. —Katy se seca una lágrima de la mejilla—. Addie. Tienes que dejar que llame a mi madre —me dice mirándome con una desesperación que no recuerdo haber visto jamás en sus ojos—. Por favor. Ella sabrá qué hacer.

Niego con la cabeza y se me escapa una carcajada tan corta como falsa.

—¿Por qué crees que la loca soy yo? Eres tú la que no puede verlo.

—¡No soy solo yo! —dice ella—. Dijiste que la enfermera no pudo encontrarlo después del accidente.

—¡Porque se había ido! No tuvieron que ingresarlo.

—Pareces una zombi últimamente. No duermes. No logras concentrarte. Olvidas cosas.

La miro, incrédula.

—¿Perdona? Me di un golpe en la cabeza en un accidente de autobús.

—¡Por eso! —dice Katy.

—¿Crees que me lo estoy inventando? —Sacudo la cabeza de nuevo y pestañeo varias veces. Él sigue ahí. Sigue enfrascado en un montón de papeles detrás del mostrador. Aún lleva la camiseta negra de CINEXPERIENCE. Aún existe.

—Katy, esto es una locura.

«No puedo», ha dicho cuando le he pedido que se acercara.

—Lo sé. Lo sé —dice mientras se aparta el flequillo de la cara. Cada vez que la miro parece más asustada.

—Vale, vale. Ven.

Me toma de la mano y me lleva a la zona de bares, al otro lado del vestíbulo. No hay nadie en la cola, así que una mujer de pelo castaño claro y gafas —la misma que el lunes me pilló hablando con él— dice que estará con nosotras ahora mismo. Recuerdo esa mirada rara que me echó. Pensé que era por entretener a un trabajador.

Estaba convencida de que era por entretener a un trabajador.

—¿Le ves la chapa? —me susurra Katy y yo asiento—. Dice KARI TOEWS, SUBDIRECTORA.

Cuando Kari Toews se gira hacia nosotras, Katy dice:

—Hola. ¿Trabaja aquí un chico de nuestra edad, más o menos?

La mujer, Kari, entrecierra los ojos, como si quisiéramos que nos ayudara a encontrar novio mientras trabaja. No sé si me reconoce.

—Sí. Hay varios chicos que encajan en esa descripción.

—Vale —dice Katy, volviéndose hacia mí—. Descríbeselo. Es alto...

—Alto —digo y me resulta rarísimo describirlo teniéndolo al otro lado del vestíbulo—. Pelirrojo, algo despeinado.

—Con una sonrisa tan brillante que podría iluminar una ciudad entera —añade Katy, mirando el mostrador. La miro boquiabierta. ¿Lo dice con sarcasmo? ¿Tanto he hablado de su sonrisa estos últimos dos días?

—Mmm. Sí —digo mirándolo. Sigue dándome la espalda—. Muy delgadito.

Kari niega con la cabeza.

—No, a menos que os refiráis a Vic. —Con la cabeza señala a un chico musculoso con pelo largo y rubio que parte las entradas. Parece que no se ha enterado de la descripción que acabo de hacer.

»Pues lo siento —responde Kari, aunque no parece que lo sienta, cuando le digo que no es él—. Llevo un año aquí y no me suena que haya nadie así.

—¿Segura? —le pregunto, algo desesperada—. ¿No está trabajando hoy? ¿No está trabajando ahora mismo?

Kari me mira, sigue mi mirada hasta donde debería estar el chico del bus, donde lo veo yo en estos instantes, y frunce el ceño.

—Estoy segura.

—Si alguien lo sabe es ella, para algo es la subdirectora —dice Katy mientras nos alejamos del mostrador.

—Lo sé —espeto, porque tengo un zumbido en la cabeza, ahora llena de preguntas y sinsentidos. Lo que más me asusta, lo que me aterra, es que creo que tienen razón. Katy. Kari. El problema soy yo.

De repente, estoy en el autobús hablando con el chico por primera vez. El gótico y la madre con sus dos hijos me miran raro. «¿Con quién estás hablando?», dicen ahora sus miradas. Entonces no tenía ni idea.

Caleb, ayer mismo, en la entrada de casa. «¡No me he acercado tanto!», había dicho. Y no, no estaba tan cerca, al menos no de mí. Estuvo a punto de atropellar al chico del bus simplemente porque no lo vio.

El lunes en este mismo cine, el chico indio que se chocó conmigo y no podía dejar de mirarme, y luego Katy, que me arrastró sin ver al chico del bus. ¿Tampoco ellos lo habían visto?

*Ay, madre mía.*

Katy está hablando.

—Mi madre puede...

Contárselo a mis padres, hacer que me corten aún más las alas. ¿Meterme en un psiquiátrico? ¿Procurar, no sé, que no salga nunca más de Lyndale?

—No, no —digo—. Solo es por el golpe en la cabeza.

—Addie.

—Prométeme —le pido—. Por mi vida. Júrame que no se lo dirás a nadie. Solo tengo que dormir más. Voy a intentarlo.

Katy niega con la cabeza.

—No puedo guardar más secretos.

—¿A qué te refieres?

—No sé... mis a-amigas —tartamudea—. De Act! Out! y del instituto y eso. Siento que no hago más que guardar secretos.

Entrecierro los ojos; ella aparta la mirada.

—Por favor —le ruego.

—¿Y si te pasa algo? —pregunta, fulminándome con la mirada—. Entonces, ¿qué diré?

—No me pasará nada —respondo al tiempo que miro al chico del bus—. Prométemelo.

—Vale —promete, pero parece odiarse por haberlo hecho—. Vámonos a casa, por favor.

«Se irá», digo para mis adentros, mirándolo mientras nos acercamos a la salida. No sé si espero que desaparezca ante mis ojos o que se diluya y palidezca como un fantasma. No lo hace.

Nos vamos.

Él se queda.

**ANTES**

Mediados de julio

(hace dieciocho meses)

Suelo encontrarlo siempre en la misma postura: detrás del mostrador del videoclub, ordenando DVD o tecleando en el ordenador. Pero hoy no está por ningún sitio.

Después de nueve películas de Ciano y nueve visitas al videoclub, voy a devolver la última arrastrando los pies. Pensando en formas de alargar esta... ¿amistad? ¿Grupo de debate?

Puede que haya pasado más tiempo de lo normal arreglándome.

Y Zach ni siquiera está.

Estoy mirando los estantes de la sección de estrenos cuando el señor Laird sale del almacén y pasa a mi lado.

—¡Hola, Addie! ¡Qué bien hueles!

*Mierda.* El comentario me ruboriza. Mi madre insiste siempre en que me eche solo en los puntos de pulso, pero —y aquí echo la culpa a la influencia de Katy— me parece más eficaz echarme un poquito por todo el cuerpo... Más eficaz si lo que quiero es atraer a hombres de cuarenta y cinco años.

—Gracias, señor Laird —digo, con la esperanza de que Zach no ande por aquí cerca y nos oiga.

»¿Zach está en el almacén? —Ahí me dijo que estaría si no estaba en la caja.

—No, está afuera, allá atrás —dice su padre, frunciendo el ceño al mirar el cartel de una película y procurar que quede recto. Luego, de repente, se gira hacia mí—. Si lo ves fumando, ven directa a contármelo, ¿de acuerdo?

—Esto... vale —digo. Aunque delatarlo no me hace mucha gracia, me alegro de que el señor Laird me dé permiso para salir por la puerta de atrás del videoclub. Pero ¿Zach fuma?

Sin soltar el DVD, paso por un cuarto oscuro que debe de hacer las veces de almacén y lo encuentro fuera. Da un brinco cuando cierro la puerta y sonrío aliviado, y creo que también contento, al ver que soy yo.

—Hola, Zach —digo y cierro los ojos.

—¿Hola? —La entonación sube al principio, como si fuera una pregunta.

—Te preguntas por qué cierro los ojos.

—¿Sí? —Otra pregunta.

—Tu padre me ha dicho que si te encontraba fumando fuera directa a contárselo. —Zach se ríe y yo me veo riéndome también con los ojos cerrados—. No te he visto fumar.

—No me verás fumar —dice al tiempo que se gira para apagar el cigarrillo, supongo, y luego se me planta delante. Lo noto cerca de mí y también le noto el tabaco en el aliento—. Ya puedes abrir los ojos.

Los abro y me ciega su sonrisa deslumbrante.

—La última —digo, y le enseño el estuche del DVD antes de que se me olvide todo lo demás.

—¿Y?

Zach sujeta la puerta para que yo pase y saca unos caramelos mentolados del bolsillo. Me ofrece uno, pero niego con la cabeza, preguntándome si ha pensado mucho en el estado de mi boca. O, mejor dicho, si ha pensado en el estado de mi boca tanto como yo he pensado en el de la suya.

—La puntúa entre *La máscara que cae* y *Volvo perdido*. El final no tiene sentido.

—Mmm —dice pensativo—. ¿Aun con el retorno de Beppe?

—Sobre todo por el retorno de Beppe.

—Mmm —repite, mirando al suelo, mientras nos acercamos a la sección de terror. Por un segundo creo que piensa en qué recomendarme después, pero en lugar de eso me mira—. Quiero pedirte una cosa.

Me da un vuelco el corazón. ¿Qué digo uno? Dos y tres. Es lo que Katy llamaría síncope cardíaco.

¿Me va a pedir que salga con él?

—¿Qué me vas a pedir? —Me doy cuenta de que me lo ha dicho susurrando cuando yo también pregunto en un susurro.

—Creo que no... —dice, en voz baja pero sin susurrar—, creo que no te he dicho nunca que soy... esto... —Parece avergonzado—. Un cineasta en ciernes.

Me lo quedo mirando. Vale, no me está pidiendo salir.

—Vale, eso ha sonado pretencioso. Pero lo soy.

Pasa un segundo hasta que pregunto:

—¿Como Ciano?

Zach levanta la vista y le brillan los ojos como si lo hubiera entendido.

—Sí—dice con la voz temblorosa por la excitación—. Igual que Ciano.

Decir que se me ha caído el alma al suelo es quedarme muy corta.

—Fantástico. —Espero haberle parecido entusiasmada.

—Bueno, tengo que trabajar el acento. Y el bigotillo a lo Dalí —dice entre risas—. Por cierto, ¿has visto el comentario del director? ¿Te lo imaginabas así? Me gusta que encaje tanto en todos los clichés. Hasta en su aspecto, ¿sabes? El director italiano bajito que se atusa el bigote. ¿Quién se inventa algo así?

Sonríe.

—Querías pedirme algo.

—Sí —dice él—. Estoy trabajando en una peli este verano. Mi amigo Raj y yo escribimos el guion y me preguntaba si querrías salir.

—¿Yo?

Está claro que no hay nadie más allí, pero de todas las cosas extravagantes que me podría haber pedido —una cita, por ejemplo; mi mano en matrimonio, incluso—, esto no me lo esperaba y no dejo de preguntarme si ha aparecido alguien detrás de mí.

Asiente, y me sonrío hasta que se me pasa la impresión.

—¡No sé actuar!

—Exacto. —Se ríe—. A ver, no me refiero a que no sepas actuar. Eso aún está por verse,

pero has visto lo que hace Ciano. No hace falta saber.

—Pero... —intento pensar en alguna excusa, la que sea.

—Creo que serías perfecta —dice él y, uff, me mira a los ojos. No puedo apartar la mirada.

—Podría... bueno, supongo que podría intentarlo.

—Perfecto —dice Zach mientras volvemos a la zona central de la tienda. Lo sigo hasta el mostrador—. Mira, rodaremos en mi casa, así que te escribiré dónde vivo y como hoy es miércoles... ¿Te va bien venir el sábado para hacer una prueba y empezar el lunes?

Saca un papel, un tique viejo y gastado, y garabatea algo. Me fijo en que es zurdo.

Me lo pasa y un cliente —un hombre mayor con traje que debe de recoger una película durante su hora del almuerzo— viene a mirar una pila de películas. Zach se gira para atenderlo, pero el hombre no tiene cuenta con ellos, por lo que tiene que crearle una. Sostengo el tique, esperando a que termine Zach, cuando se me ocurre una idea.

No sé si esto me hace quedar como desesperada o valiente o ninguna de las anteriores, pero decido que, en lugar de preguntárselo directamente, solo hay una manera de saber si le gusto. Quizá sea así de simpático con todo el mundo.

Mientras está ocupado introduciendo los datos personales del hombre, rompo la parte inferior del tique y escribo mi número de móvil. Tal vez ni lo vea. Quizá piense que es solo por si tiene que ponerse en contacto conmigo, aunque no me lo haya pedido; además, tiene el teléfono de mi madre en su base de datos. Pero no tengo tiempo de cambiar de opinión, de convencerme de que normalmente no haría esto, así que le dejo la nota en el mostrador, pongo el boli encima, le digo adiós y me voy.

Por primera vez en lo que va de semana, salgo de At Home Movies sin un DVD. Pero con el número y la dirección de Zach. Un papel protagonista en su peli de terror. Y una invitación a que me llame.

**DESPUÉS**

Enero

Escribo la nota en un trozo de papel que arranco del final de la libreta de Lengua española.

A veces apunto cosas que debo recordar como si me fuera la vida en ello. Tengo las partituras llenas de notas y posdatas para mí.

«Si me lo pregunto, es que no lo estoy», dice esta. «Loca» es lo que no dice.

¿Es verdad que si sospechas que estás loca es que no puedes estarlo?

Eso espero. Llevo la nota doblada al fondo del bolsillo de los vaqueros durante seis días. Para tranquilizarme.

*No puede ser que esté loca.*

Estar loca implica quedarse en este pueblo. Pero también ver a un chico que nadie más puede ver. Una persona que no existe.

No lo veo desde el jueves, cuando fui al Cineplex con Katy, y estoy decidida a no volver a verlo.

Robo dos pastillas para dormir del armario del baño de mi madre y pruebo con una primero y otra después porque sigo sin pegar ojo por la noche; la cabeza no deja de darme vueltas con autobuses accidentados y árboles. Y ahora, chicos invisibles. Las pastillas me ayudan con el sueño, pero no alivian esa persistente sensación de que hay algo que no va bien.

Como dicen que hacer ejercicio es bueno para la cabeza, me subo a la cinta de correr que mi madre guarda, doblada, en la habitación de invitados.

A la hora de cenar, me termino los guisantes de la ensalada que ha preparado mi madre en lugar de apartarlos en el plato como siempre.

No sé si nada de esto funciona, solo sé que estoy agotada.

Me cuesta muchísimo concentrarme en la escuela, seguir las conversaciones durante el almuerzo, estarme quieta en la silla, como si esperara encontrar de repente un puñado de gente invisible en mi mundo. Fijo la mirada en las cosas sólidas, seguras y lo bastante cercanas como para tocarlas; me lleva mucha energía, pero creo que lo estoy haciendo bastante bien.

Hasta el miércoles, cuando el chico del bus se presenta en el instituto.

Solo lo veo por el rabillo del ojo. Una figura alta y desgarbada en la ventana de la sala de música durante el ensayo de la orquesta.

Se me congelan los dedos en el arco y me da un vuelco el corazón al girar la cabeza hacia la derecha para cerciorarme de que no haya sido más que una sombra, un engaño de la luz.

No lo es.

Estoy sentada en la sección de cuerda, cerca del centro de la sala, con Katy y el otro segundo violín a mi derecha. Solo un asiento separa a Katy de la ventana y no puedo apartar la vista del cristal. Pestañeo para no seguir viendo su mandíbula angulosa y el pelo que le sale bajo la gorra negra. Esa nube de aire, de aliento humano, al apoyar la frente sobre el vidrio y mirar hacia adentro.

Tengo que controlarme para no coger a Katy del brazo y obligarla a mirar, para que vea la condensación que deja su aliento en el vidrio y cómo le castañetean los dientes, aunque con la música no se le oye.

«Dime que no puedes verlo», quiero decirle. «¿Cómo puede ser que no lo veas?».

Pero le he dicho que no lo he visto desde el Cineplex, y es cierto. He ido dos veces más sin Katy y no estaba. Le he dicho que ya duermo bien, lo que no es exactamente cierto, y he intentado prestarle atención cuando me habla, recordar las cosas que me dice.

Así que no puedo decirle que está aquí.

Descoloco a la orquesta tres veces en una misma página. Katy arquea una ceja como preguntándome qué me pasa.

Al final dejo la viola y el arco. Pido a la señora Dubois un pase para ir al lavabo y salgo de la sala; dejo a Paulie tocando unas notas particularmente vaporosas en el aire y Katy se ríe a mi espalda.

Cuando llego al pasillo, echo a correr hacia los portones que dan a la parte trasera del edificio, fuera de la sala de música. El frío me azota en las mejillas, el pecho y los dedos, y pienso que tendría que haber cogido el abrigo de la taquilla, pero ya es tarde. Voy a tanta velocidad que no puedo parar ni darme la vuelta. Cuando llego a la ventana en la que lo he visto, ha desaparecido. Ya no hay nadie.

Me detengo antes de llegar a la ventana para que nadie de la orquesta me vea e intento recobrar el aliento. Miro hacia el suelo en busca de huellas o de algo que se le haya podido caer, alguna señal de que ha estado aquí, pero no hay nada.

Y entonces lo oigo. Un sonido no muy lejos de donde estoy, como el crujido de pies caminando sobre la nieve.

Sé que es él al instante. Tiene que serlo.

—¡Oye! —digo—. ¡Oye, espera!

Echo a correr otra vez por el camino despejado, ahora hacia el ruido. Doy la vuelta al edificio tan rápido que no me da tiempo a frenar para evitar chocarme con alguien. Me sujeta de los codos para que no me abalance sobre él.

—¡Eh, eh, eh! —exclama.

Tiene una voz grave, el rostro ancho y curtido por haber pasado demasiadas horas bajo el sol. Y tiene unos cuarenta años.

—¿Dónde vas con tanta prisa?

Pestañeo varias veces para que la imagen que tengo delante cambie, pero no, sigue siendo Bert, el encargado de mantenimiento del instituto. Ni rastro del chico.

—Y encima sin abrigo. ¿Quieres pillar una neumonía?

Niego con la cabeza enérgicamente, sin aliento y tan decepcionada que no puedo ni contestar. «Hace unos días le dije casi lo mismo al chico del bus».

—¿Estás bien? —me pregunta al soltarme, y yo asiento. Sigue mirándome raro, por lo que me esfuerzo en hablar.

—Perdón, pensaba que era otra persona.

Parece que no me cree, pero lo deja correr.

—De acuerdo. Vuelve a clase. —Y empieza a andar hacia el campo de fútbol cubierto de nieve.

Me giro y vuelvo por donde he venido, deteniéndome en la ventana del aula de música para ver si me he perdido algo.

Lo vi. Lo vi de verdad.

Ya sin el subidón de adrenalina, el frío me acaricia la piel y me abrazo para conservar el calor; me castañetean los dientes y recuerdo que a él también, y pienso que no estoy loca. No puedo estarlo.

Me deslizo por el muro y me siento en la nieve para repasar todo en mi cabeza.

De vez en cuando, tengo un sueño que se repite. Estoy en medio de una multitud —la zona de restauración del centro comercial o el parque en un festival de verano, a veces un andén de metro en el que nunca he estado— cuando, de repente, todo empieza a desaparecer. Coches, césped, mesas. La gente. Cuando el sonido también desaparece —el ulular del viento, las risas, la banda de música que toca en los festivales— es cuando empieza a entrarme el pánico. Y me obligo a despertar.

El silencio me aterra.

Me aterra el espacio que dejan las vidas, las personas y las cosas a las que no puedo aferrarme. No sé qué las hace desaparecer ni a dónde van. Solo sé que esa sensación me horroriza.

Regreso al día del accidente, retrocedo al momento en que él sube al autobús, después que yo. Avanzo hasta llegar al hospital, al cine y a esta ventana, cinco minutos atrás. Lo he estado haciendo mucho estos últimos días: repaso todos los detalles que recuerdo.

Solo una vez más. Solo hasta que averigüe qué es lo que se me escapa.

Lo raro es que él se haya subido al autobús antes del accidente, antes de que me diera el golpe en la cabeza. Si él es el resultado de haber sufrido una conmoción, ¿no tendría que haber subido después? Tiene que haber una forma de que todo esto cobre sentido.

Pero no se me ocurre nada, y cuando ya han pasado un par de minutos, sé que me quedaré tiesa si no vuelvo a entrar. Me incorporo y trazo un plan.

No he dicho a mis padres nada de lo que he visto y he dejado de decirle la verdad a Katy porque no quiero que me tomen por loca. No quiero que esto —este manto irritante y enmarañado de mi mente— me quite las cosas que más quiero. Pero tengo que entender qué está ocurriendo.

Tengo que detenerlo, sea lo que sea.

Cuando me levanto, noto los vaqueros empapados.

No puedo hacerlo sola. Tiene que haber alguien a quien recurrir que no sean mis padres.

Empiezo a pensar en un plan y entro corriendo al edificio. Las zapatillas chirrían en el suelo mientras vuelvo a mi asiento en el aula de música. Katy me señala los dedos, arrugados por el frío, mientras paso las hojas hasta la partitura correcta. «Gangrena», articula en silencio. No congelación, sino gangrena.

«¿Todo bien?», susurra. Asiento sin mirarla, cojo la viola y el arco y me concentro en las hojas de papel que tengo delante hasta que entren los instrumentos de cuerda.

**ANTES**

Julio

(hace dieciocho meses)

Aun a riesgo de parecer una rarita, lo mejor de ser la única persona sin vida social de toda la orquesta es que tengo mucho tiempo para ensayar y así estar, posiblemente, un paso más adelante que mis compañeros cuando llegue el otoño y empiece un nuevo curso.

Llevo más de una hora intentando clavar el tempo del concierto para viola de Bartók. Pasa de llevar un ritmo constante y casi lírico, *andante*, a uno absolutamente frenético en el que las notas se tropiezan unas con otras para poder surgir. Y luego, de vuelta a la calma. Dice la señora Dubois que toda buena música es capaz de derribar muros, destrozarse cristales y sacudir cimientos para luego volver a construir la casa desde cero. Pieza a pieza. Ladrillo a ladrillo. Nota a nota. Manejo el arco como si de un mazo se tratase, con violencia. Imagino que es mi casa la que estoy tirando abajo: la ausencia de mi padre, el desapego de mi hermano y nuestra incapacidad para salvar las distancias que nos separan pese a estar tan cerca. Cuando llego al segundo movimiento, me imagino a obreros reparando lo que he destrozado. Me siento muy cansada, como si hubiera estado trabajando con ellos. Una vez terminados los tres movimientos, vuelvo a empezar. El corazón comienza a latirme cada vez más y más deprisa, como si estuviera a punto de doblar una esquina a toda velocidad. Tarda un momento en bajar el ritmo, en caminar en lugar de correr. No me satisface la primera sección, así que me detengo. Cuando me dispongo a volver a empezar, oigo el teléfono. No sé cuánto tiempo lleva sonando, pero cuando lo cojo de la mesa no reconozco el número que aparece en pantalla.

Pienso en dejar que salte el buzón de voz, pero entonces me viene a la mente el trocito de papel que le di a Zach con mi número de teléfono. Cojo la llamada aguantando la respiración.

—¿Hola?

—¡Addie! —A juzgar por la alegría en su voz, parece haberse sorprendido de oírme al otro lado de la línea—. No sabía si este era tu número de móvil; de lo contrario, te hubiera mandado un mensaje.

—¡Hola! Sí, este es mi móvil, así que podrías haberme escrito. Pero me alegra que hayas llamado. —«Por el amor de Dios, cállate la boca», grita mi cerebro—. ¿Qué tal estás?

Dejo la viola en la cama. ¿Qué le digo? ¿Por qué me llama? ¿Qué tengo que hacer para desbloquear la habilidad «ingenio y soltura» en llamadas telefónicas?

Por suerte, no lo he espantado del todo.

—Bien, más que nada porque hoy libro.

—Genial —respondo—. ¿Tienes planes?

—Por eso te llamo. Puede que esto te suene raro... —Hace una pausa, y noto en su voz cierto grado de inseguridad cuando reanuda la frase—, pero como tu amiga te ha dado plantón y yo no curro hoy, he pensado en que quizá te gustaría salir por ahí.

*¿Está invitándome a salir? Parece que está invitándome a salir.*

—¿Addie?

—Eh... sí, ¿por qué no? —Intento sonar natural al decirle que sí, aunque el corazón me late en tresillos sincopados.

—Podemos hacer cosas completamente cotidianas con un entusiasmo totalmente injustificado —propone antes de soltar esa risa tan alegre e indiscreta, y yo le devuelvo una similar. Ignoraba que yo también tenía ese tipo de risa.

—Suenan de maravilla.

—¿Sí? Puedes decir que no si quieres. Imagino que eres más molona que yo y entenderé si no te interesa hacer nuevos amigos.

*Amigos.*

Quizá no me esté pidiendo salir.

—Nunca se tienen demasiados amigos —digo sinceramente. Tiene gracia, porque acabo de poner fin a una amistad.

Se ofrece a recogerme, así que no necesitaré la bicicleta, y le indico la dirección de mi casa antes de colgar. Rápidamente revuelvo el armario en busca de algo que ponerme y acabo cogiendo mi camiseta morada preferida, los shorts vaqueros y las bailarinas. El trabajo de verdad va a ser arreglarme el pelo, que nunca falla a la hora de avisarme de la humedad en el ambiente. Al final, opto por recogerme la mitad en una coleta y dejar que el resto caiga sobre los hombros. Bajo las escaleras a toda velocidad hacia la puerta de entrada y mi madre sale al paso desde la cocina. Había olvidado que tenía libre la mañana del jueves.

El piso de abajo huele a pescado al horno, plato que solemos comer con pana asada, tal y como le gusta a mi padre. La pana es verde, casi tan grande como mi mano, y tiene un sabor muy parecido al de las patatas. Mamá tiene que pedirla en el mercado agrícola, y estoy segura de que, durante los quince años que estuvo casada con papá, ha aprendido a cocinarla de mil maneras: cocida, salteada, frita... Al parecer, la cocina es hoy la distracción que utiliza mi madre para escapar de esta tristeza tan nuestra. Me invade un sentimiento de culpabilidad irritante y muy familiar por no estar tanto a su lado este verano, por no hacer gran cosa por levantarle el ánimo —está claro que Caleb no va a mover ni un dedo— y por no estar tan triste como debería por el aniversario de su divorcio.

—¿A dónde vas con tanta prisa? —me pregunta.

—Viene alguien a recogerme.

Arquea las cejas.

—Pensaba que Katy estaba fuera de la ciudad.

—Es otra persona, mamá —respondo.

Se cruza de brazos.

—¿Alguien que no conozco?

Empieza a disiparse la culpa por no haber pasado más tiempo con ella. En el intento de no poner los ojos en blanco, le digo:

—Recuerda que resultaría un poco incómodo que me acompañaras al instituto todos los días, así que sí, es alguien que no conoces.

—No seas insolente, Addison —dice mamá—. ¿Es un amigo del instituto entonces?

Si en realidad supiera que nos conocimos en el videoclub hace menos de dos semanas, movería cielo y tierra para conocerlo. Y no, no puede haber nada más embarazoso que ver cómo mi madre hace el tercer grado a Zach en nuestra primera cita en potencia.

El universo parece ponerse de mi parte una vez más, pues el teléfono empieza a sonar y mamá va a cogerlo. Estaba esperando una llamada de Bruce, con quien empezó a salir hace pocos meses. Sé que pretende que me quede esperando a que vuelva para zanjar la conversación, pero en cuanto veo que me da la espalda para apuntar algo, aprovecho y me apresuro hacia la puerta de entrada. En efecto, hay humedad en el ambiente, pero no hace tanto calor como estos días. Apenas he puesto un pie en la acera cuando un coche azul claro se detiene frente a mi casa. Zach me saluda al ver que me acerco y seguidamente se inclina para abrirme la puerta.

—¡Hola!

—¡Hola! —Conozco a mucha gente así de alegre, incluida Katy si obviamos su hipocondría, pero con Zach es diferente porque se me pega la euforia con la que me habla. Es curioso, porque me pasa sin pensarlo.

El interior del coche huele un poco a tabaco y a encierro. Los asientos de cuero están calentitos como si hubieran estado al sol durante horas y hay bolsas de papel, botellas y cajetillas vacías de cigarrillos por doquier, además de varios DVD en el espacio para los pies del pasajero.

—Mierda, pensaba recoger eso, perdona —se disculpa cuando los DVD se caen sobre mis pies al entrar.

Me entra la risa al tiempo que los recojo y los dejo en el asiento de atrás, atestado de revistas de cine. Del espejo retrovisor cuelga un pequeño koala de peluche.

—¿Así de ordenada tienes la cabeza?

—Muy a mi pesar, sí —responde con una sonrisa. Lleva una camiseta y vaqueros, como siempre que lo he visto en el videoclub de su padre. Hoy lleva muy bien el pelo: la parte delantera la tiene un poco rizada, como el rabito de la jota minúscula. Se vuelve hacia mí, pero no arranca el coche pese a tener las manos en el volante. Imagino horrorizada que mi madre aparece de repente, furiosa porque la he dejado con la palabra en la boca, y me lleva a rastras hacia dentro—. Bueno, ¿a dónde vamos? ¿Cuál es la acción más cotidiana que se te pasa por la cabeza?

—Mmm. Hacer la colada o las tareas del hogar. Ir a la oficina de correos.

Zach hace una mueca.

—¿Correos? He dicho que sean cotidianas, no muermazos.

Suelto una risa.

—¿Jardinería? ¿Ir de compras al supermercado?

—¡Ir de compras! —exclama, señalándome como si hubiera dicho alguna genialidad—. Es perfecto.

En cuanto nos ponemos en marcha, envío un mensaje a mi madre: *Lo siento, han venido a buscarme cuando estabas al teléfono. ¡Te quiero!*

Estamos cerca del centro comercial, pero decidimos ir hasta una tienda de descuentos que hay más adelante porque creemos que allí no habrá tanta gente. Además, resulta que ambos somos unos tacaños de cuidado. La conversación que mantenemos mientras tanto es fluida y normal, ya que hablamos de los DVD que tiene en el coche y de cuáles merece la pena ver, pero siento un «nosequé» en todo el cuerpo que me hace estar demasiado pendiente de todo: de las miradas de reojo de Zach (cinco), de las risas con las que responde a algo que he dicho (tres), de las veces que se ha tocado el pelo (siete). Me ajusto el cinturón y pongo las manos sobre mi regazo, pero me siento muy rara, como una señora mayor, y finalmente las dejo caer sobre los shorts. Me pregunto qué hace la gente con las manos.

Llegamos a la tienda, Zach coge un carrito y me pregunta:

—¿Has jugado alguna vez a «Mayor y mejor»?

—No. ¿Cómo se juega? —Es mediodía entre semana y solo hay un par de clientes además de nosotros.

—Es fácil. Verás, se empieza con el objeto más pequeño que podamos encontrar, por ejemplo... —Echa un vistazo por el pasillo de papelería, que es donde estamos, coge una goma de borrar y la lanza al interior del carrito—. Entonces tú coges otro artículo más grande y mejor, y seguimos con esa dinámica hasta dar con el mayor y mejor artículo que haya en la tienda. Lo compramos y así nos sentiremos de maravilla.

—Ah, pero eso suena demasiado divertido para tildarlo de cotidiano —le digo con sarcasmo, y Zach se ríe.

—Creo que puede funcionar. Te toca a ti.

Echo un vistazo a los artículos que nos rodean y cambio la goma de borrar de Zach por un paquete de pósits amarillos.

Me lanza una mirada escéptica.

—Está claro que son más grandes, ¿pero son mejores?

—Pues claro —respondo—. A todo el mundo le gustan los pósits.

—A mí no —contesta él—. Y a las Girls Aloud tampoco. —Saca el paquete de pósits y lo cambia por un cuaderno naranja con las cuatro caras del grupo pop femenino más de moda. Niega con la cabeza al hojearlo—. Me retracto, las Spice Girls eran mejores, más picantes.

Resoplo.

—Ah, ¿sí? ¿Y con cuál te quedas, Zach?

Frunce el ceño: intenta recordar algo desesperadamente.

—¿Con la guindilla? —pregunta con inocencia. Parpadea, tapando esos ojos grises, intentando no reírse, y el corazón se me altera—. ¿La cayena?

—Por el amor de Dios. —No puedo dejar que siga—. Me debes estar tomando el pelo.

Antes de entrar en secundaria, una de mis pasiones eran los grupos de música. Me fascinaban las armonías y las historias que me inventaba con cada miembro, cada una diferente y más enrevesada que la otra. Daba igual que fuera un grupo de temas pegadizos con una esperanza de vida fugaz o que se tratara de Queen, grupo con el que mi padre y yo nos poníamos a cantar en el coche. No había quien pudiera rebatirnos que contábamos con todas las voces necesarias para el comienzo coral de *I Want It All*. Hacía años que no recordaba cosas

como esta y me duele volver atrás para revivir esos momentos divertidos con mi padre; porque entonces aquella infame cena familiar vuelve a aparecer en mi cabeza y lo único que me apetece es irme a casa y poner canciones de Queen a todo volumen para intentar salvar a mis padres, a mi hermano, a mí misma. Para procurar salvarnos de nosotros mismos. Me gustaría despertarnos a todos con Freddie Mercury.

Cojo un libro de crucigramas para cambiarlo por el cuaderno, pero Zach se niega a dejarlo.

—No vale. ¿Crucigramas? Está claro que este cuaderno está por encima.

Aprovecho un despiste suyo para quitarle el cuaderno de las manos. Y justo entonces nuestros dedos se rozan y ese «chas» como de corriente eléctrica vuelve a recorrerme entera. Se me enrojecen las orejas, pero aun así cojo el cuaderno y dejo el libro de crucigramas en el carrito. No sé qué ha sido exactamente o si él lo ha sentido, así que elijo fingir que examino otros pasillos de la tienda para no cruzarme con su mirada.

Llegamos al pasillo de decoración de hogar y Zach elige un cojín de sofá con unas palabras en francés troqueladas en una cursiva negra y rizada: *L'amour fait les plus grandes douceurs et les plus sensibles infortunes de la vie.*

Este es mi intento de traducir la frase:

—El amor, el futuro... ¿pies? Grande... ¿dos?

Veo que Zach está conteniendo la risa metiéndose un puño en la boca.

—Sigue, sigue. Vas muy bien por ahí.

—Una vida sensata y miserable —termino de traducir.

—Está clarísimo. —Zach tarda unos segundos en formular mejor la frase—. El amor está hecho para todos, hasta para el yeti.

—Resulta un tanto repetitivo hablar de dos yetis con los pies grandes —sugiero.

—Claro, porque llamarían aún más la atención —apunta él.

—Pero un yeti solitario estaría abocado a una vida miserable.

—Exacto —subraya él—. ¿Ves? Acabamos de dominar el francés en cuánto, ¿menos de cinco minutos? —Levanta la mano para chocar los cinco y al hacerlo, noto el sinfín de terminaciones nerviosas de mis palmas.

—Ahora entiendo por qué los franceses odian a los estadounidenses —digo entre risas.

En realidad, es difícil encontrar algo más grande que supere a ese cojín, pero acabo cogiendo un recipiente de plástico de forma ovalada. A Zach no le convence en lo más mínimo.

—Veo tu recipiente de tres al cuarto y subo a esta escoba —propone.

—Eh, ni de broma.

—¿Por qué no? —protesta.

—Ni es más grande ni es mejor; es más larga.

—Creo que eso también cuenta, Addie.

—¡No nos iremos de aquí con una escoba!

Al final cede y seguimos deambulando por la tienda durante varios minutos hasta que volvemos a encontrar algo de su gusto.

—¡Sí! Mi madre tiene uno de estos —exclama mientras se acerca al final del pasillo—. Con

esto me llevo la palma. Desde lejos parece una cosa, pero si te acercas y te fijas bien, es otra muy distinta.

Lo dice con tanto dramatismo que me entra la risa.

—A mí me parece un paraguas, Zach.

—Incorrecto —contesta. Entonces aparta la etiqueta y abre el paraguas, algo que deduzco que estará prohibido. El paraguas se despliega con un silbido y casi hace caer varios percheros situados detrás de nosotros—. Es un pepinazo de paraguas. Es funcional, es mejor. Y... — señala el recipiente que hay en el carrito—... más grande, así que es mayor.

Vemos que un niño aparece en el pasillo en el que estamos, nos señala y le susurra algo a su padre. Zach sujeta el paraguas de modo que su curvatura nos cubra de las miradas del resto de la gente y me sonrío.

—¿Crees que pueden vernos?

Ambos estamos dando la espalda a un estante y cuando habla me doy cuenta de lo cerca que estamos el uno del otro. Casi me estremezco de lo tonta que me siento.

—Creo que les estamos cortando el paso —le respondo en susurros. Zach se ríe y cierra el paraguas para que puedan pasar. Hay un dependiente que no nos pierde de vista, y como no encuentro nada que pueda superar al objeto de Zach, nos dirigimos a la caja para pagarlo.

Zach me lo ofrece a la salida.

—Para ti.

Niego con la cabeza.

—Has ganado limpiamente. No necesito tu compasión.

Aun así, me da con el mango del paraguas en la mano al tiempo que dice:

—No me compadezco de ti. Esto ha sido demasiado divertido como para considerarse cotidiano: queda eliminado.

Desconozco si las palabras que acaba de decir han sonado con la misma intención que él tenía en mente, ya que la situación cambia de repente y me veo sonriendo mientras él aparta la mirada, como si quisiera retirar lo dicho. En cualquier caso, cojo el paraguas.

—Gracias.

Llegamos al coche y veo que, en nuestra ausencia, alguien ha puesto un folleto amarillo de OVERTON INC.: LO ÚLTIMO EN PROCEDIMIENTOS NEUROCIÉNTÍFICOS PARA CAMBIAR TU VIDA. Se lo muestro a Zach, que arruga el trozo de papel y lo tira en la papelería más cercana.

Una vez nos hemos subido al coche, Zach concluye:

—Ya hemos completado la primera parte de nuestro empeño eufórico por hacer cosas mundanas a lo grande, aunque nos queda lo más importante.

—¿El qué? —le pregunto.

—Presumir de ello —dice él.

Nos quedamos en el aparcamiento con las ventanillas bajadas mientras escribo el mensaje ideal para enviarle a Katy, tomando como inspiración el estilo de los estados que publica en Internet.

*Cuando pasas una hora de compras en un Todo a cien y lo único que te llevas es un pepinazo de paraguas. ¡De locos!*

Zach se queda maravillado con mi prosa, pero la respuesta de Katy es para enmarcar. Cabe destacar que esta vez ha sido extraordinariamente rápida en responder si tenemos en cuenta que a veces tarda horas en hacerlo.

¿¿¿???

¿Qué?

Ambos nos partimos de la risa durante un instante, tras el que pregunto:

—Bueno, ¿y cuál es nuestro siguiente pasatiempo cotidiano? ¿O es que nos limitaremos a uno al día?

—Bueno, mi coche está pidiendo un lavado a gritos.

Dicho y hecho. Nos dirigimos al túnel de lavado y ayudo a Zach a tirar la basura; mientras él lo limpia, yo me encargo de quitar las revistas y los DVD.

No puedo resistirme: le envío a Katy otro mensaje: *Espuma. Agua. Todo huele a cera. El mejor lavado de coche de mi vida. La vida me sonríe.*

Tampoco me he alejado tanto de la realidad.

¡¿QUÉ COJONES?! me responde.

Zach y yo nos desternillamos de la risa y seguimos limpiando el coche. Él se niega a deshacerse del DVD de *Mask of Life* —que está roto y, por lo tanto, no se puede reproducir— por si da con la forma de arreglarlo. Mi cuerpo bulle como si un relámpago lo hubiera estado atravesando durante las últimas tres horas. Temo que algo me pase si respiro con demasiado ímpetu o si hago algún movimiento brusco. Creo que así es como se siente uno cuando está verdaderamente despierto.

Vuelvo a escribirle a Katy nada más llegar a casa. Sé que recibiré otra respuesta en mayúsculas, aunque no sé cuándo, así que decido enviarle lo siguiente: *A ver... es que hay un chico.*

**DESPUÉS**

Enero

Me está mirando fijamente con el ceño fruncido.

El chico del bus.

Hoy hace bastante viento en Bentley Lake y la hierba sigue cubierta de nieve. Después de una nevada como la que cayó la semana pasada, la nieve se queda amontonada durante siglos, excepto en las carreteras y autovías —donde se ha esparcido sal— y en las aceras —que han sido despejadas con palas—. Aun así, hoy es uno de los días más cálidos que hemos tenido durante las últimas semanas, por lo que la gente ha salido a pasear por las zonas despejadas del parque. Y ahí está él, sentado en un banco, con sus largas piernas extendidas y las manos en los bolsillos de los vaqueros. Ni abrigo ni suéter ni nada; eso sí, lleva el mismo gorro negro que cuando apareció hace algunas horas al otro lado de la ventana del aula de música para luego desaparecer.

Me ajusto el gorrito de lana, helada y algo cohibida, mientras compruebo por tercera vez si lo estoy viendo de verdad.

He venido aquí para resolver qué hacer con el hecho de que quizá me esté volviendo loca. Para decidir a quién acudir, ya que no puedo contar con mis padres. Y para despejar la mente y respirar un poco de aire fresco.

Pero él no me da tregua.

Me ha seguido hasta aquí.

O se ha presentado sin más.

O lo que sea.

A medida que me acerco al banco, fijo la mirada en él con la intención de no dejar que se me escape otra vez sin darme alguna respuesta convincente. Como trato con todas mis fuerzas de no parpadear, por si se desvanece de nuevo, me escuecen los ojos cuando lo alcanzo.

—¿Quién demonios eres tú? —siseo en cuanto me planto delante de él. Tengo tantas preguntas que me salen a borbotones—. ¿Qué quieres? ¿Por qué nadie más puede verte? ¿Qué pasó en el bus aquella noche?

Él parpadea a modo de respuesta.

—¿Qué narices está pasando?

Sigue sin dirigirme la palabra, pero continúa mirándome fijamente. Estoy a nada de cogerlo por los hombros y empezar a zarandearlo.

—¿Hola? ¡Respóndeme!

—No lo sé. —Sigue con el ceño fruncido; vuelvo a toparme con la seriedad de sus ojos grises—. Ni siquiera sé cómo me llamo.

—¿A qué te refieres con que no lo sabes? —pregunto alzando la voz. Doy un paso amenazante hacia delante hasta estar casi encima de él—. Juro por lo más sagrado que si no empiezas a hablar, si no me lo cuentas todo... llamaré a la policía.

En realidad, soy yo la que tendría más papeletas para acabar detenida, pues él

probablemente sea un síntoma de mi psicosis. En lugar de retarme a hacerlo de verdad, se limita a decir:

—Addison, si lo supiera te lo diría. Lo juro.

Respiro hondo mientras intento encontrarle sentido a sus palabras.

Entonces, sucede lo más extraño y frustrante que podía ocurrir. Y lo más terrorífico también, ya que creía que, si hablaba con él, si me encaraba con él y lo hacía hablar, todo volvería a la normalidad. Pero lo que sucede es que le creo.

Me está diciendo la verdad; me lo han dicho la sinceridad de sus ojos, la tenue fragilidad en su voz y la franqueza de su rostro.

Es como un mazazo que me obliga a sentarme junto a él en el banco para no perder la compostura. Intento permanecer en calma y respirar con normalidad.

Me vuelvo hacia él.

—¿Cómo sabes mi nombre si no recuerdas nada? ¡Acabas de llamarme Addison! ¿Cómo sabes eso?

—Así te llamó tu hermano aquella noche en la entrada del garaje de tu casa.

—No...

Espera. Sí lo hizo.

—Mis amigos me llaman Addie —le suelto.

Tarda unos segundos para tratar de pronunciarlo igual que yo. De hecho, parece como si quisiera retarme, a juzgar por la forma en que me sostiene la mirada.

—Addie.

Tal como lo dice, parece estar revelando un secreto.

Se me va el santo al cielo al intentar dejarle en claro que no es amigo mío.

—¿Qué eres? ¿Un fantasma? ¿Es eso, estás muerto? ¿O no eres más que un producto de mi imaginación?

De repente se ríe y, al oírlo, me sube una cálida sensación por los brazos. Pero es una risa corta que esconde un poco de tristeza.

Y así, casi al instante, vuelve a fruncir el ceño.

Nos quedamos callados un momento, sentados uno junto al otro. Vemos a la gente pasar a nuestro lado y a los coches fuera del parque.

—¿Qué sucede? —pregunto a regañadientes. No debería importarme la razón de su descontento.

—Recuerdo haber estado en tu instituto esta mañana y también recuerdo haber estado en el cine el otro día. También recuerdo tu casa y, por supuesto, el bus. Pero no soy capaz de recordar nada más entre todas esas cosas —dice mirándose las manos en el regazo.

—¿Y eso qué significa? —le pregunto.

—Significa que no sé cómo me bajé del bus, si es que llegué a hacerlo. —Se pasa la mano por la parte del flequillo que sobresale del gorro. Su voz ha sido tomada por la angustia—. Significa que mi existencia depende de tu presencia.

Me quedo mirándolo en silencio, viendo la nube que su respiración forma en el aire, y siento una inesperada punzada de pena por él.

—Quizá se trate de algún extraño tipo de amnesia —apunto tibiamente. Me resulta imposible dar con otra explicación por culpa de la impotencia y la furia que me provoca... lo que quiera que sea todo esto. De repente, una mujer se acerca y deja su bolso en el espacio del banco que queda libre para agacharse y atarse los cordones. Acaba de dejar su bolso justo donde está sentado el chico y solo nosotros podemos ver que el bolso morado está encima de su regazo. La escena resulta tan ridícula e incoherente que no puedo evitar estallar en carcajadas, y eso hace que el chico del bus también se parta de la risa. La mujer da un respingo a causa de mi risa, me mira como si estuviera loca (correcto, señora), y no tarda en coger el bolso del banco y salir disparada, como si fuera a atacarla, a robarle el bolso o algo parecido.

»Creo que al final no ha podido atarse los zapatos —digo, provocando otra risotada en el chico del bus.

Tras calmarme, pongo la mano cerca de donde la mujer había dejado el bolso, en su regazo, y ahí hay una persona. Hay carne. Cubierta de unos pantalones vaqueros. Acabo de poner la mano en el regazo de un desconocido.

La retiro inmediatamente y siento calor en las orejas. Él se limita a toser.

—Supongo que no eres humano del todo —digo, pese a haberlo visto respirar y pese a haber comprobado que tiene temperatura corporal. Pese a haberlo tocado.

No responde a eso, pero dice:

—Cuando te marches, desapareceré de nuevo. Y si te olvidas de mí, lo más seguro es que desaparezca para siempre.

Lo dice como si estuviera bromeando, y no sé si lo que le hace temblar es el leve frío del ambiente o el miedo. Aunque no sea real, él debe de sentirse así.

Me pregunto si tiene razón en lo que dice. No se aparece siempre que quiero, pero es verdad que casi todas las veces que lo he visto estaba pensando en él, además de la primera noche en el autobús. ¿Es verdad que desaparecería si dejara de pensar en él? ¿Así de fácil? Y aunque lograra deshacerme de él, ¿cómo sé que no volvería a aparecer de manera espontánea?

—Al menos podrías intentar averiguar cómo te llamas. Tal vez seas el fantasma de una persona, pero para saber qué pasa necesitaremos más datos.

—Tal vez sea un Matthew —dice él.

Lo miro de frente: intento ver si el nombre va con él.

—O quizás un John —añade—. ¿Luke?

—¿Estás diciendo nombres bíblicos por alguna razón?

Se ríe, aunque esta vez sin ese deje de tristeza de hace un momento.

—Ese hombre de ahí tiene pinta de llamarse John. El que está corriendo con un perro.

Lo observo: treintañero, chaleco de invierno y chándal gris, corre sujetando la correa de un Jack Russell terrier muy nervioso.

—Es posible —digo.

—Y puede que el perrito se llame *Apolo*.

—¿Cómo se llama esa señora? —le pregunto, indicando con la cabeza a una mujer rubia que acompaña a un niño de secundaria.

—Suzanne. O tal vez Lorelei.

Alzo una ceja.

—Si tan fácil te resulta, deberías ser capaz de averiguar tu propio nombre.

«Inténtalo», me gustaría pedirle. «Tan solo inténtalo».

Se encoge de hombros, pero la tristeza vuelve a hacer mella en él. Al ver que me acomodo en el banco, levanta la mirada. Seguramente pensó que iba a marcharme y, por tanto, que él desaparecería. Pero al darse cuenta de que aún no me voy, vuelve a relajarse un poco.

No siento los dedos; la temperatura ha bajado bruscamente en cuestión de minutos, así que me froto las manos para calentarlos. Es ese frío que se ensaña especialmente con las puntas de los dedos, la nariz, las rodillas y los pies.

—¿Tienes frío? —me pregunta.

—No, solo...

Antes de que pueda continuar, se acerca y estira el borde doblado de mi gorro para que me cubra mejor. Sus dedos me rozan el borde de las orejas, que se calientan más de lo que ya están. No aparta las manos, y tengo que apartarme yo —con el corazón latíendome en el pecho con toda su fuerza— para que él también lo haga.

—Eh, gracias —digo muerta de vergüenza. «¿Cómo algo de lo que veo o siento puede ser real si esto —el sonido de su respiración, el roce de sus dedos sobre mi piel— no lo es?».

—De nada.

Por una parte, siento tanta frustración que rompería a llorar. ¿Qué hago sentada al lado de la persona... de la aparición que no ha dejado de atormentarme estos días sin saber nada aún sobre él? ¿Cómo ha llegado aquí? ¿Por qué está aquí? ¿Qué papel se supone que tengo yo en todo esto?

Por otra parte —la parte inesperada—, me siento mal por él. En cierto modo, me recuerda a mí cuando estoy con los amigos de Katy o con la gente del instituto. Además, tengo una familia en la que nadie mira a nadie de verdad. Sé que no es lo mismo que ser invisible, pero pienso que sentirse solo se parece mucho a no ser capaz de recordar tu propio nombre.

Por eso sigo junto a él otro rato, adivinando los nombres de la gente que pasa hasta que el sol se hunde en el horizonte y ya hace demasiado frío para estar en la calle.

Tampoco siento que sea un completo extraño. Me siento cómoda, me resulta normal estar sentada junto a él. Lo que también noto son las miradas de los transeúntes que pasan a nuestro lado y que pretenden averiguar con quién estoy hablando. En cuanto me levanto y le dedico un torpe adiós, soy consciente de que las extrañas sensaciones de entendimiento y consuelo que hemos compartido esta tarde no cambian nada.

Sigo necesitando ayuda.

Sigo convencida de que lo más seguro es que me haya vuelto majara, con todas las letras.

**ANTES**

Mediados de julio

(hace dieciocho meses)

—No me dijiste que era tan alta.

Es sábado por la mañana, han pasado dos días desde nuestro día de «hacer algo mundano a lo grande», y Raj, el mejor amigo de Zach, me mira con el ceño fruncido, como queriendo decir: «Olvidaste mencionar que era un trol».

—Tampoco es tan alta —contesta Zach mientras busca mi perdón con una miradita antes de fruncir el ceño a Raj.

—¡Es más alta que yo! —protesta, haciendo caso omiso a la mirada de Zach.

—¿Y? —pregunta este, exasperado.

Raj resopla y se deja caer en el sofá del sótano de Zach, que por suerte cuenta con aire acondicionado. Tiene el rostro redondo, la piel oscura y un cabello liso de color negro que le llega hasta las orejas. Zach y él se visten de forma prácticamente idéntica.

Cuando llegué —había llegado en bicicleta antes que Raj—, Zach me abrió la puerta casi sin aliento porque había subido corriendo las escaleras. Intercambiamos unas tímidas sonrisas y luego Zach dijo:

—Mis padres no están en casa, pero a mi padre ya lo conoces. Kevin vendrá ya mismo, así que iré presentándote al resto mientras tanto.

Doblamos una esquina del pasillo y Zach se agachó para acariciar a una gata persa gris que se escabullía por la pared.

—Esta es *Macy* —me dijo. La gata se quedó mirándonos con el rabo alzado y unos sentenciosos ojos verdes.

—Hola, *Macy*.

—Este es Diego Maradona —dijo, al tiempo que señalaba el póster enmarcado en la pared de un jugador de fútbol, justo al lado de una foto en la que se distinguían dos parejas de personas mayores, que deberían de ser, según deduje, los abuelos de Zach. El póster estaba firmado en negro, aunque el garabato no era muy legible, y se podía leer LA MANO DE DIOS debajo de la firma—. Sería lo primero que salvaría mi padre en caso de incendio.

Me reí.

—Vaya, creo que nunca he conocido a nadie famoso. ¿A tu padre le gusta ese fútbol?

—Sus padres pertenecían a la primera generación de inmigrantes irlandeses, así que sí.

—A mi padre también le encanta el fútbol. Dice que los norteamericanos son los únicos que subestiman ese deporte.

—Oye, oye, que México sí aprecia el *jogo bonito* —contesta Zach—. Y que mi padre no te oiga llamarlo «ese fútbol».

Mi padre me contaba muchas historias sobre cómo creció jugando a ese fútbol en su casa, en la calle y en descampados junto a su hermano, el tío Mark, que murió antes de que yo naciera. Sus padres los dejaban jugar porque en Vincy los niños no tenían otra cosa que hacer.

Pero ya no me cuenta esas historias; ahora solo hablamos de muebles.

Andamos un poco más y entramos en un comedor diáfano, donde Zach me guía hasta una pecera rectangular color turquesa con varias plantas y piedras en el fondo. Entornó los ojos y luego señaló el cristal.

—Ahí está *Goldie Hawn*, el pez de Kevin. Mi madre le puso ese nombre al pececito.

Una cola anaranjada se agitó detrás de una frondosa planta verde. Me pareció que me saludaba.

—¿Es macho? —le pregunté a Zach.

—Qué va, para peces dorados *Goldie* es un nombre neutro.

Ambos nos reímos.

—Y dime, ¿vives con alguien que te dirija la palabra de vez en cuando?

—Juro que sí —aseguró Zach—. Kevin está por ahí, es que has llegado muy pronto.

Bajamos las escaleras que conectan la cocina de Zach con una sala de estar en el sótano atestada de cámaras, y esperamos al resto hablando de cosas sin importancia.

Ahora que todos están presentes, Zach nos da diez hojas grapadas a Raj y a mí.

—Este es el guion final. Perdón por el papel a rayas, pero se nos había acabado el blanco. —Raj suspira con pesadez al recibir el suyo. Yo había leído la copia que Zach me envió ayer por correo, por lo que la escena del comienzo me parece exactamente la misma.

—¡Kev! —dice Zach en voz alta y me quedo sin palabras cuando aparece una versión suya más delgada, más bajita y no tan vivaz, pero con el mismo pelo.

»Te presento a mi hermano Kevin.

Kevin me dedica una sonrisa de la misma familia que las de Zach, pero más... ¿cómo decirlo? Repulsiva.

—¿Qué paaasa? —masculla. A su saludo le sigue un capón tan sutil que me lo habría perdido si hubiera parpadeado.

—Tiene catorce años —añade Zach con énfasis. Yo me limito a sonreír, disfrutando del afán de proteccionismo de Zach, a pesar de la incomodidad que me produce su hermano el raro.

—Casi quince —puntualiza Kevin, lo que le hace parecer aún más pequeño. Frases como esta eran la moneda de cambio que usaba con mi madre para obtener ciertas libertades, pero hace relativamente poco me he dado cuenta de que es de tontos andar recordándole a tus padres que no sabes contar (nueve meses no cuenta como un «casi») y que aún no tienes equis años.

—Encantada de conocerte —digo a Kevin. Vuelvo a dirigirme a Zach—: ¿Cuántos hermanos tienes?

—Tres. Los otros dos son mayores y viven a unas pocas horas de aquí. Tú solo tienes un hermano mayor, ¿no?

Asiento.

—Debe de ser fabuloso tener una familia numerosa. A mí me encantaría.

—Créeme, a veces desearía no tener más que un solo hermano.

Dicho esto, Zach se va directo al sofá y hace un hueco entre los equipos fotográficos.

Yo me siento en el otro extremo, y entonces Zach dice:

—Creo que esta vez necesitamos organizar los horarios de grabación y edición.

—Lo que yo creo es que necesitamos un sueldo. No pienso trabajar gratis como el verano pasado —se queja Kevin mientras va pasando las páginas del guion—. No ahora que tengo un trabajo de verdad.

—No podemos permitirnos pagarte —le dice Zach.

—Pues entonces no podéis permitirnos tenerme. —Pero sigue hojeando el guion sin moverse de su sitio. Al rato, sin embargo, cambian de tema y pasan a hablar de los sets y del maquillaje que, al parecer, es de lo que se encarga Kevin.

»¿Por qué no podemos usar el trampolín como la última vez? —se queja Kevin.

—Pues no podemos porque era de Lindsay —responde Zach, intentando no perder la paciencia.

Se hace el silencio hasta que Raj pregunta:

—¿Y no puede prestártelo?

—No —contesta Zach en voz baja—. No quiere tener nada que ver con... nosotros.

Hubiera jurado que terminaría la frase de otra manera.

—Menuda zorra —suelta Kevin.

—Cállate, anda, Kevin —le espeta Zach sin levantar la voz.

—Solo digo que, si fuera yo el que te hubiera dejado, te prestaría el trampolín de todos modos. Sabe que lo necesitamos. ¿Acaso es necesario recordar en cuántas películas hemos tenido que incluirla? Qué cabrona.

—Kevin —increpa Zach de nuevo.

—Esto... —digo en voz baja—, ¿quién es Lindsay?

Hay un silencio incómodo, hasta que Raj vuelve a romperlo:

—La ex de Zach.

Más silencio.

Me aferro a la palabra «ex». La ex de Zach. Por un lado, eso significa que ahora está libre y que nuestra cita en potencia del otro día sigue teniendo esa connotación particular. Por otro lado...

—¿No sería Lindy, mi personaje? —pregunto.

—Claro que no —Zach responde y me mira como si me hubiera crecido una segunda cabeza.

—Tu personaje es una monja —añade Raj, haciendo ver que la tal Lindsay no sería tan santa en comparación—. Zach se deshizo de ella como de la peste.

Se ríe de su chiste; es la primera vez que veo en Raj una pizca de humor desde que lo conozco. Kevin, en cambio, estalla a carcajadas y se da una palmada en el muslo.

—¡Qué buena!

Zach no se ríe.

—Pues mamá y yo la vimos en el centro comercial el otro día, la saludamos y ella hizo como si no nos conociera de nada —cuenta su hermano, sacudiendo la cabeza.

—Tal vez no os vio —explica Zach, y Raj le contesta resoplando.

—Ya te digo yo que sí nos vio —insiste Kevin—. La muy cabrona.

—Os estáis pasando un poco, ¿no? —Me sorprende a mí misma al defender a alguien que ni siquiera conozco. Alguien que fue novia de Zach. Y eso no es excusa. A mí no me gustaría que me pusieran verde por la espalda.

Raj se me queda mirando sin expresión en el rostro.

—Lindsay no es una cabrona porque no quiera estar con Zach —argumenta—. Nadie quiere estar con Zach. Es una cabrona porque es mezquina.

Zach carraspea e intenta reconducir la conversación al guion que ha repartido, aunque yo sigo pensando en Lindsay. ¿Cómo es? ¿Cuánto tiempo salió con Zach? Parece que todos la conocen en profundidad. ¿Acaso es más guapa o más lista que yo?

Los tres chicos siguen hablando de las películas que han hecho antes en busca de ideas para el atrezo y las escenas. Mañana es día de pruebas, es decir, ensayaremos la iluminación y repasaremos el maquillaje.

Zach sugiere hacer una lectura previa del guion, pero yo empiezo a preguntarme si todo esto es buena idea. Raj, que hace de Solomon, y yo, que interpreto a Lindy, somos los actores principales. Kevin es «el carpintero», mientras que Zach pondrá voz a los personajes recurrentes como «el desconocido 1», «el tío con un hacha en la cabeza» o «el exorcista».

Empezamos a leer y me pongo cada vez más nerviosa, lo cual es bastante estúpido. Estoy acostumbrada a tocar delante de mucha gente que sabe identificar cada nota, cada cambio de tono y cada fallo. Aun así, me quiero morir de la vergüenza —y no recuerdo haber sentido tanta en otras actuaciones— cuando Zach dice:

—Vale, Lindy entra aquí.

—Mmm. —Trago saliva—. ¿Es cierto que anda buscando a la pequeña...? ¿Georgia? Georgie, al pequeño Georgie. Recogieron a todos los niños el viernes pasado.

Me arden tanto las orejas ahora mismo que no podría oír nada por mucho que quisiera.

Para mi sorpresa, cuando miro a Zach, este me guiña el ojo. No soy tonta: seguro que ha sido una de las peores lecturas de guion de la historia y me da por pensar: *Si Katy estuviera por aquí, él no se fijaría en mí ni de lejos.*

Porque esto se le daría de miedo a mi mejor amiga.

Pero al mismo tiempo me alegro de que Katy no esté aquí partiendo la pana. Me alegro de que Zach me haya elegido a mí para aparecer en su película, que me haya guiñado el ojo. Dicho esto, continúo con mis lecturas inexpresivas del guion.

Aunque, para ser sinceros, si yo sueno acartonada, Raj suena casi metálico:

—Oh, no. Mi bazo.

Río para mis adentros y luego un poquito más alto cuando veo que a Zach le tiemblan los hombros de la risa.

Cuando terminamos de leer el guion, me siento un poco más segura de mí misma. Kevin intenta tirarme los tejos otra vez y veo que el medidor de pena ha bajado a límites insospechados.

Raj, en cambio, sigue igual.

—Entonces, ¿cuánto mides exactamente? —me pregunta.

—Un metro setenta —respondo.

Suspira.

Imagino que Lindsay debía de ser más bajita.

**DESPUÉS**

Enero

Mis padres son mi último recurso. Si se enteran de lo que he estado viendo, estaré en un psiquiátrico en menos de lo que canta un gallo. Me había planteado acercarme al hospital yo sola, pero después de la noche que pasé allí tras el accidente, haría cualquier cosa para no volver. Para evitar la mirada de preocupación de mi madre, la comida de plástico, el hedor a desinfectante que esconde el olor de cosas peores.

Así pues, cuando salgo del parque, me voy corriendo a casa y enciendo el ordenador. No sé qué buscar. ¿Alucinaciones? ¿Psicosis? Me decanto por lo primero, pero pronto me encuentro inmersa en artículos sobre desórdenes ilusorios y un escalofrío me recorre la espalda de arriba abajo.

Busco el trozo de papel que llevo en el bolsillo, la nota a mí misma.

«Si me lo pregunto, es que no lo estoy».

Cierro las páginas rápidamente y frunzo el ceño, esforzándome por pensar. En el instituto me enteré de que hay un centro de neurociencia cerca de Lyndale y he visto algunos anuncios. Sin embargo, no recuerdo cómo se llama, así que tecleo «centro de neurociencia Lyndale» en el buscador. Nada.

No puede ser. Sé que existe.

Después de pasar un rato devanándome los sesos, recuerdo el nombre.

*Overton.*

Lo pongo en el buscador, pero no sale nada.

*Quizá quisiste decir: «Over town» u «over a ton».*

Estoy casi segura de que era Overton.

Cojo el móvil y pruebo de nuevo, pero me salen los mismos resultados; no tiene ningún sentido. ¿No es ese el nombre?

Ni el móvil ni el ordenador me aportan nada útil. No es la primera vez que no encuentro algo, gracias a los absurdos controles parentales que puso mi madre cuando yo estaba en secundaria y en Channel Se7en echaban alguna historia de depredadores de niños y seguridad en Internet. Nunca he descubierto cómo evitarlos.

Al abrir la puerta de mi habitación oigo a mi hermano abajo, cenando, por lo que recorro el pasillo de puntillas.

No solo evito la habitación de Caleb porque no nos llevamos muy bien, la evito porque aprecio mi vida. Casi me rompo la pierna en los escasos cinco pasos que separan la puerta de su ordenador. Hay ropa por todas partes, tres platos con cereales mohosos a medio comer y libros y papeles que cubren hasta el último centímetro del escritorio. La pared está forrada de fotos de diferentes tipos de aeronaves y un póster del capitán Chesley «Sully» Sullenberg, el piloto que consiguió hacer un aterrizaje de emergencia en el río Hudson.

Tiro al suelo los vaqueros de Caleb, que están en el reposabrazos, me siento en la silla giratoria y abro el buscador. Tecleo «Overton» y sale inmediatamente su página web. Él no

tiene instalado el control parental, pero no me explico cómo en el mío no ha aparecido ni un solo resultado. En la página que tengo delante, me asaltan palabras como «nanotecnología» y «neurociencia cognitiva», pero escucho que Caleb se mueve abajo, así que solo me da tiempo a leerlas por encima. «¿Tienes problemas de memoria?», pregunta el título en la parte superior de la página.

«Sí», susurro. Por lo que veo, ayudan a la gente con problemas de memoria y asuntos sentimentales. Incluso mencionan por ahí algo de dormir; es perfecto. Cojo un boli del escritorio y me apunto el número en la palma de la mano. Oigo a Caleb fregar abajo, lo que significa que ya ha terminado de comer. Cierro la ventana y, muy rápido, voy al historial del buscador; no quiero que se entere de lo que he estado buscando. Mientras borro las páginas en las que he entrado, la curiosidad me lleva a mirar las últimas búsquedas de Caleb.

Siento un pequeño cosquilleo de placer al ver que, entre una decena de páginas de videojuegos, Caleb ha buscado «Academias de aviación» esta mañana. ¿Habrá sentido por fin el gusanillo de salir de Lyndale? A lo mejor ha decidido, finalmente, hacer lo que le dicta el corazón.

Estoy tan maravillada que no me doy cuenta de que Caleb está subiendo las escaleras hasta que ya es demasiado tarde.

—Addison, ¿qué haces en mi cuarto?

Pego un salto de la silla.

—Solo estaba, eh... buscando cosas de Nueva York. Cosas de clase. No se me abrían algunas páginas en el mío por culpa del control parental.

Me mira impasible.

—Podrías habérmelo pedido.

—Ya. Lo siento —le digo, acercándome a la puerta, pero entonces me paro. Sé que no debería hablar sobre lo que he visto, pero no puedo evitarlo—. Esto, mmm... Has estado mirando academias de aviación, ¿no? ¿Estás pensando en matricularte en alguna?

—No, no me lo estoy pensando. ¿Quién cojones te ha dicho que puedes usar mi ordenador? —Ahora se está enfadando.

—¿Y por qué no? —pregunto, cabezona—. Está claro que es lo que quieres hacer.

—Irse de Lyndale no arreglará nada, Addie.

Ya no sé de cuál de los dos está hablando. Caleb odia que quiera irme a Nueva York, quizás incluso más que mamá. Como él mismo no se atreve a irse, no le cabe en la cabeza que los demás sí queramos.

Además, por muy encantados que estén nuestros padres con cortarnos las alas, no les hacemos mucha falta por aquí. Papá solo pasa algunos ratos en su triste apartamento; el resto del tiempo se dedica a hacer lo que le gusta. Mamá lleva dos años saliendo con el presentador de las noticias de las cinco en punto de Channel Se7en, más conocido como Bruce Zorro Plateado Landry o, para Caleb, Bruce Capullo Landry. Creo que nunca le he oído llamarlo Bruce excepto cuando están cara a cara, entonces mi hermano es la viva imagen del respeto.

—¿O sea que es mejor quedarte aquí, resignándote a vivir una vida que ni siquiera quieres? —le pregunto.

Caleb se queda callado y entonces, con el tono de voz más frío que es capaz de emplear, me dice:

—Sal de mi habitación, Addison.

—Vale —le espeto. Apenas he llegado al pasillo cuando cierra la puerta de un portazo. Sé que lo que le he dicho le ha tocado la moral y quiero sentirme culpable, de verdad. Pero solo me siento enfadada.

A pesar de todo, Caleb y yo estamos de acuerdo en algunas cosas. A ambos nos encantan los plátanos fritos, como los que comía mi padre cuando éramos pequeños. También coincidimos en que el novio de mamá es bastante majo y nos alegramos de que la haga feliz, pero esperamos con todas nuestras fuerzas que no se case con él, porque eso le rompería el corazón a papá y porque Bruce lleva zapatos de cuero sin calcetines y va a blanquearse los dientes cada dos fines de semana. A veces, cuando surge, nos decimos la sobreactuada despedida de Bruce el uno al otro:

«Siento tener que dejaros colgados, amigos, pero volveremos a vernos dentro de veintitrés horas en las noticias de mañana».

De pequeños estábamos muy unidos, pero cuando cumplió trece, justo al convertirse en adolescente, Caleb empezó a alejarse de todos. Tal vez estaba enfadado por el divorcio o era la pubertad, o ambas cosas; esa sensación estremecedora de impotencia cuando todo cambia al mismo tiempo. Cuanto más intentaba incluirlo en mi vida, más se alejaba de mí. Parece estar cabreado conmigo desde que le dije que quería ir a la universidad en Nueva York. Por irme, supongo. Lo que no tiene ningún sentido dado lo poco que interactuamos viviendo bajo el mismo techo.

Cuando íbamos al colegio, siempre que los amigos de mi hermano de la casa de al lado venían a preguntar si podía jugar al tenis con ellos en el jardín, Caleb gritaba: «Le diré a Addie». Aunque ellos no me hubieran invitado.

Victor hacía una mueca y decía: «Caleb solo está chuleando. Quiere demostrar que nos puede ganar, aunque tenga una chica en su equipo».

Victor y Job tenían la misma edad que Caleb y, sorprendentemente, Victor se las había arreglado para llegar al séptimo curso a pesar de tener un cerebro de mosquito. Siempre que podía, yo procuraba apuntar a su cuerpo al sacar; Caleb ponía los ojos en blanco y le decía que se callara. Y al final lo hacía, solo cuando le sacábamos una gran ventaja... incluso con un chico en mi equipo.

Cuando jugábamos al básquet en la canasta de la casa de Victor, Caleb también decía: «Llamaré a Addie». Me preguntaba si era por papá, que volaba a la otra punta del mundo y antes de irse siempre miraba a Caleb y le decía: «Cuida de las cosas por aquí, ¿vale?». Yo pensaba que mi hermano me cuidaba por ese motivo, por cumplir su promesa de ser bueno conmigo. O tal vez me evitaba el dolor de tener que formar equipo con Victor o Job.

Si sus amigos no venían a jugar y solo estábamos él y yo en el jardín con las raquetas, me preguntaba: «¿Nosotros contra la pared?». Y entonces golpeábamos la pelota contra la puerta del garaje y nos turnábamos para pasárnosla.

Mientras jugábamos, Caleb me contaba datos curiosos e inconexos.

«¿Sabías que el piloto y el copiloto casi siempre toman comidas distintas, por si a uno de ellos le da una intoxicación alimentaria? Me lo ha contado papá».

«¿Sabías que cada hora hay más de sesenta mil personas en el aire en los Estados Unidos? Eso es más gente de la que vive en Lyndale».

«El vuelo más largo del mundo va desde Forth Worth a Sídney, Australia. Dura casi diecisiete horas».

«¿Sabías que el Concorde volaba a más del doble de la velocidad del sonido? De hecho, al romper la barrera del sonido hacía un ruido de mil demonios. Aunque, en realidad, la primera aeronave que la superó fue un Douglas DC-8 en 1961».

Desde que nos mudamos aquí hace cuatro años, no ha vuelto a haber partidos de tenis en el jardín. Solo quedan los recuerdos de la época en la que congeniábamos.

A veces me pilla desprevenida lo mucho que echo de menos la relación que teníamos antes. Como cuando Caleb y yo nos burlamos de la despedida de Bruce. O cuando mamá nos obliga a ver vídeos de las vacaciones —que vemos cada año desde que llevamos pañales— y sin querer recitamos las mismas líneas al mismo tiempo. Es como encontrar algo importante que habías perdido y no te habías dado cuenta. Como si, en esos momentos, quitáramos el polvo en plan, «ah, pero si estás ahí».

«Ahí estamos».

Y luego volvemos a perderlo.

**ANTES**

Mediados de julio

(hace dieciocho meses)

Caleb está medio dormido cuando baja a desayunar el lunes por la mañana. Con la excepción de las efímeras noches de películas en familia, nuestros caminos no se han cruzado mucho este verano. En lugar de celebrar el fin del instituto y de hacer planes para el resto de su vida, ha estado encerrado en su cuarto. Hoy lleva un pantalón de chándal y una sudadera de aspecto acartonado, pero lo más desagradable de su imagen es la sombra de la barba.

—¿Nuevo *look*? —le pregunto, incapaz de esconder mi descontento.

Sin mirarme, mi hermano se da una palmadita en la barbilla.

—Solo quiero probar algo.

—Pues creo que no funciona —digo. No contesta, solo mastica en silencio, molesto, su bol de cereales Lucky Charms. La mayoría de sus amigos se largó pitando de Lyndale en cuanto acabó el instituto, como pienso hacer yo. Lo miro y me pregunto si se sentirá solo, si en el fondo no detesta quedarse aquí. Quiero preguntarle *por qué* se queda, aunque dudo que me lo cuente. Nunca nos contamos nuestras cosas.

Recuerdo cuando tenía catorce años y esperaba con anhelo que Caleb me incluyera en todo lo que hacía. Una tarde después de que se sacara el carné y heredara el viejo coche de mamá, lo vi preparándose para salir y quise ir con él, pero se negó. Estaba decidido a hacer lo que fuera que iba a hacer, con la mandíbula tesa y la mirada resuelta. Estuvo fuera durante horas y cuando volvió se fue directo arriba. Lo seguí a hurtadillas, curiosa.

Me lo encontré en el baño, con la camiseta levantada, mirando el espejo y encogido como si algo le doliera. Me acerqué sin hacer ruido para que no viera mi reflejo, y lo vi tocándose las costillas, con cuidado. Parecía a punto de llorar.

Entré en el baño sin que le diera tiempo a bajarse la camiseta.

«R». Eso era lo único que decía su tatuaje.

—¡Madre mía! —exclamé—. ¿Te has hecho un tatuaje?

Se le torció el gesto. Pensé que me diría que me fuera a la mierda, que me amenazaría con que si decía una palabra sería la última vez que hablara, pero, para mi sorpresa, se aterrorizó.

—Por favor, no se lo cuentes a mamá —me suplicó—. Ni a papá, por favor.

—Vale —respondí. Estaba impactada por lo que había hecho y, sobre todo, por su reacción. Me gustaba la idea de que tuviéramos un secreto, pero quería que me incluyera.

—¿Y quién es ella? —pregunté—. ¿R?

Caleb no contestó.

—¿Rachel? ¿Rebekah? ¿Rrrrrrandy? —dije, alargando las erres. Lo reconozco, estaba celosa. Ojalá hubiera algo o alguien en mi vida que me gustara lo suficiente como para grabármelo en la piel.

—Addie, por favor —se limitó a decir Caleb. La falta de desprecio en su voz también me sorprendió. Le prometí que no diría nada.

Unas semanas más tarde, sin embargo, rompí la promesa y se lo conté a mamá para vengarme de una tontería: Caleb había estado demasiado rato en la ducha. Pero en cuanto vi su cara, y luego la de mamá, deseé no habérselo contado. Ella estaba furiosa con él e, inexplicablemente, conmigo.

—Lo siento —le dije a Caleb cuando él y mamá acabaron de gritarse en la habitación de mamá, a puertas cerradas—. ¿Es porque eres menor? No pasa nada, mucha gente se hace tatuajes. Perdóname.

Se marchó ofendido a su habitación y cerró la puerta de un portazo.

—Lo siento —le dije desde el otro lado, pero no me respondió. Sabía que, de alguna forma, me había pasado de la raya, que había hecho algo que no podía arreglar, por mucho que lo deseara.

A la mañana siguiente, lo abordé mientras iba al baño.

—Caleb, lo siento. Solo es un tatuaje. Mamá lo superará. ¿Hablo con ella o algo?

—Déjalo ya, Addie —dijo, tan rotundamente y con tanta frialdad que me asusté—. Déjalo.

Pensé en cómo lo había encontrado en el baño, cómo trazaba la curva de la *R* con los dedos, como si fuera algo precioso o doloroso. Tal vez era ambas cosas.

«¿Quién es *R*?», quise preguntarle cuando por fin volvió a hablarme, semanas más tarde, pero no pude. Todo entre nosotros parecía frágil, incierto.

De algún modo, todavía lo parece.

Aun así, ahora me fuerzo a intentarlo.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Tarda tanto en contestar que al principio no creo que lo haga, hasta que al final responde:

—Nada. —No me lo creo mucho—. El verano, ya sabes —añade, desanimado.

—La gente todavía se baña y tiene contacto humano normal en verano —le digo, aunque podamos vagar por la casa y pasar aquí el rato tranquilamente.

Me entran ganas de preguntarle si quiere hacer algo, como solíamos hacer cuando éramos pequeños, pero ya no hacemos esas cosas. En cambio, me retiro y voy a prepararme para la clase de viola. Al poco rato Caleb está otra vez en su habitación, otra vez una puerta cerrada entre nosotros.



Después de la clase de viola voy a casa de Zach.

—¿Por qué no me lo habías contado? —pregunta Zach, con la boca abierta de la sorpresa, a poco de llegar a su casa. Es nuestro primer día oficial de rodaje y mira mi viola fijamente.

—No ha salido en la conversación —respondo, encogiéndome de hombros.

Acabo de llegar de clase y, como he ido en bici, al acabar he metido la viola en la funda, la he puesto en la cesta y me he acercado directamente a su casa para nuestro primer día.

Después de darle bastantes vueltas, Zach ha conseguido elaborar un horario de grabación que nos venga bien a todos. Esta semana él trabaja por las tardes en el videoclub. Kevin, que acaba de empezar a trabajar en el Pizza Hut de friegaplatos, empieza a las cuatro cada tarde. Y como mis clases terminan a las diez y media todas las mañanas salvo los fines de semana, no puedo empezar hasta las once, lo que le va genial a Raj, que no quiere despertarse, bajo

ningún concepto, antes de las diez.

Lo mejor de todo es que mi madre está en el trabajo, por lo que no puede merodear ni pedirme conocer a toda la familia de Zach o algo igual de embarazoso.

—Íbamos a usar el iPod de Raj para la banda sonora —dice ahora Zach.

—A Rajesh le gusta el *honky tonk* —añade Kevin, con asco—. No es el tipo de música que a mí me gusta.

—Kev —dice Zach, cansado. Se vuelve para mirarme, todavía con el gesto de sorpresa de antes—. ¿Nos tocas algo?

—Eh... Claro —digo, aunque estoy pensando «no, por Dios». Quizá sean los nervios del rodaje, pero me pongo nerviosa cada vez que Zach me dedica toda su atención. La prueba del otro día fue bien, pero me di cuenta de una cosa: Zach es distinto cuando se pone detrás de la cámara. Está muy tranquilo y concentrado, casi siempre frunciendo el ceño con intensidad, absorto. Tengo miedo de decepcionarlo. No tengo problema con sus ojos grises y brillantes; a lo que no me acostumbro es a la sensación de calor que me sube a la cara aunque haya una lente entre nosotros.

Me siento en uno de los sofás con cuidado de no aplastar ningún objeto del equipo de cámara de Zach, desperdigado por todas partes. Abro la funda, saco el instrumento y empiezo a tocar.

Toco durante un minuto, como máximo; es una melodía alegre que espero que reconozcan.

Al acabar, Kevin estalla en aplausos.

—¡Bravo! ¡Bravo!

Zach y Raj se quedan un momento en silencio; los observo, sonrojada por haber tocado ante ellos, e intento no sentirme mal por la descafeinada reacción que tienen.

Entonces, a la vez, dicen en voz baja:

—Madre mía.

El día que conocí a Raj, además de que iba informalmente vestido y que parecía estar relativamente comprometido —aunque a la vez un poco distante— con la película, me costó entender por qué Zach y él eran amigos. Pero poco a poco veo sus similitudes. Ambos podrían estar hablando de las películas de Ciano durante horas; Zach es un experto, Raj también, aunque no a su nivel. Raj, a pesar de las apariencias, tiene un sentido del humor bastante seco y toda la melancolía y los suspiros con que llena la habitación se equilibran con la vivacidad de Zach.

—¿Qué pasa? —pregunto, mordiéndome el labio.

—Es el puto Super Mario —dice Raj, con un amago de excitación en la voz. ¡Increíble!—. ¡Toca Super Mario!

Kevin se ríe. Le gusta dar golpes a lo que tiene alrededor cuando se ríe: su muslo, el reposabrazos del sofá. Ahora le está dando a Zach en la espalda.

Yo también me río, aliviada.

—Es que mi hermano estaba obsesionado cuando era pequeño, así que aprendí a tocarla.

Raj sigue alabándome, como si fuera una diosa.

—Esto tiene que ser nuestra banda sonora.

Me doy cuenta de que Zach todavía no ha hablado, pero ha empezado a montar el equipo.

Yo empiezo a guardar la viola cuidadosamente, porque me obsesionan los arañazos, y pronto me doy cuenta de que ha dejado de hacer lo que fuera que estaba haciendo y me está mirando.

—¿Qué? —pregunto, apartándome un mechón de pelo de la cara. Esta mañana me lo he recogido en una trenza un poco deshecha, para que no me moleste en la cara, aparte del flequillo, claro.

—Tocas como si estuvieras enamorada.

Me río, pero tiene una mirada tan seria que me arden las orejas.

—Puede que lo esté —respondo en voz baja, para que Raj y Kevin no me oigan. Zach no dice nada más, solo me observa en silencio durante un par de segundos.

Los cuatro nos ponemos a mover los muebles para despejar el centro del sótano. Zach pone un montón de sábanas en el suelo que luego usamos para tapar los sofás, por si acaso. Raj reparte hojas de periódico por la alfombra y yo lo ayudo, asombrada de lo eficientes que son. La de veces que habrán hecho esto.

—Vale, ahora el maquillaje —dice Zach—. Kev, mamá quiere que hagamos eso fuera.

—Pero si fue el gato el que se metió en el cubo de pintura aquella única vez —protesta Kevin.

—Ya lo sé, Kev —le dice Zach, paciente—. Y luego la esparció por toda la casa.

Kevin se vuelve hacia mí.

—Pues sígueme, nena.

—Kev.

Dejo que Kevin se me adelante un poco, esperando que interprete este gesto como el rechazo a sus insinuaciones amorosas. Mientras subo las escaleras, oigo unas voces en el sótano. Zach y Raj están hablando en susurros.

No capto qué están diciendo y no quiero escucharlos a escondidas, pero, por un momento, me quedo helada. Kevin ya ha salido del sótano, así que debe de estar fuera.

Al suponer que Kevin y yo ya nos hemos ido, Zach y Raj alzan un poco la voz.

—Anda que no se nota —está diciendo Raj.

Me siento culpable por escuchar y Raj seguro que está a punto de subir para prepararse, conque empiezo a subir los escalones de dos en dos hasta que llego a la cocina y me acerco a la puerta lateral que lleva afuera.

Pero justo antes de salir oigo a Zach decir:

—Ese violín es un cabronazo con suerte.

De mí. Están hablando de mí.

Casi paso por alto que Zach lo llame violín en lugar de viola.

Raj se está riendo tanto ahora mismo que su risa me sigue hasta la parte de atrás, donde Kevin ha plantado el campamento.

Darí lo que fuera por saber qué más están diciendo y qué piensa Zach de mí.

Hace un calor insoportable fuera, pero casi no lo noto porque me quema todo el cuerpo.

**ANTES**

Los dos primeros días de rodaje pasaron sin incidentes, si no tenemos en cuenta que nos quedamos sin ketchup en medio de una escena en la que clavaban un hacha en un estómago.

Es la tarde del tercer día de grabación. Raj ha salido a comprar ramen y machetes de plástico para mañana.

—Habría tenido más posibilidades de encontrar todo esto si estuviéramos en octubre, por ejemplo —le oigo gritar al otro lado del teléfono de Zach cuando llama.

Kevin ya se ha ido a trabajar y yo estoy en el jardín trasero, limpiando con la manguera las cosas que usamos hoy antes de que lleguen los padres de Zach.

—¡Hola! —dice Zach al salir de la casa. No hemos estado solos de verdad desde nuestra cita a medias del jueves pasado, pero noto unos pequeños estallidos en el pecho cada vez que me mira. He intentado con todas mis fuerzas que no se me note.

—¿Ya has acabado ahí dentro?

Él asiente, se saca un cigarrillo del bolsillo y lo enciende.

*¿Lo ves? No todo en él es perfecto, me digo y miro hacia otro lado. Debe de tener los pulmones cubiertos de alquitrán.*

Me limpio las piernas con la manguera, ya que prefiero no volver a casa chorreando ketchup.

—Creo que me he hartado de los perritos calientes. Para siempre —digo, y Zach se ríe, exhalando una nube de humo.

—Perdón —me dice—. Te aseguro que cuando hayamos acabado, echarás de menos todo este ketchup.

—Puede —digo, escéptica. Llevo dos días poniéndome la ropa más vieja y andrajosa que tengo. Hoy me he puesto unos vaqueros cortos y una camiseta vieja de tirantes, con la parte de arriba del bikini debajo. Tengo la camiseta calada, gracias a que Kevin no me dijo cómo iba la manguera antes de irse a trabajar. No puedo esconder mi sorpresa cuando a Zach se le agrandan un poquito los ojos al darse cuenta. La sangre me sube rápidamente a la cabeza.

»¿Sabes? —digo cuando el silencio me resulta ensordecedor—. Es como si, de los cuatro que somos, tú te llevaras lo mejor del trato.

Zach sonríe desde el último escalón del porche, donde está sentado entornando los ojos por el sol. Aplasta la colilla en el suelo.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Estamos todos hechos *tripas* en este punto. Nuestros personajes. Y tú —doy un paso hacia él, empuñando la manguera como si fuera un arma— no tienes ningún rasguño todavía. —Le rocío un pie con la manguera.

Zach se ríe, levanta los pies y los brazos.

—Está bien, tranquila. Los actores descontentos deberían dirigir sus quejas al director con calma.

—En realidad estoy muy muy tranquila —digo, subiendo rápidamente la manguera unos centímetros—. ¿Y tú?

—Ah, ¡mierda! —exclama cuando le rocío la camisa. Se pone en pie de inmediato, sin parar de reír. Ahora le apunto a la cara y retrocedo unos pasos cuando él corre hacia mí.

Me río como una loca, echándole agua directamente a los ojos. Está demasiado desorientado como para venir hacia mí.

—¿Dónde está el ketchup cuando lo necesitas? —balbucea entre chorros de agua.

El exceso de confianza y el hecho de que Zach sea tan rápido y que no le desagrade mojarse como yo esperaba me dejan agotada. Enseguida coge un trozo de la manguera y nos ponemos a luchar por ella. Me mojo por completo, estoy empapada, y ahora soy yo quien grita y busca el ketchup.

Después de suplicar clemencia —y de que Zach me pregunte varias veces si me rindo— acabamos sentados en el escalón más bajo del porche, respirando con fuerza. Zach tiene la camiseta pegada al pecho, tan ajustada como la mía. Todavía nos estamos riendo cuando nuestras rodillas se tocan, y entonces, poco a poco, nos quedamos en silencio, oyendo cómo pasan los coches al otro lado de la verja de su casa y cómo pían los pájaros en algún lugar lejano.

Mi corazón late a toda velocidad a pesar de haber recuperado el aliento y, aunque es el truco más viejo del mundo, pongo mi mano sobre la madera que hay entre nosotros, para que él sepa que puede tocarla, que puede cogerla.

No lo hace.

—Anoche acabé de grabar el CD —le digo a Zach, tras unos minutos sin hablar—. Puedo traerlo mañana.

—¿Qué? —dice él, como si se hubiera perdido una conversación entera. Que esté nervioso me hace sentir un poco mejor, tal vez esté pensando en cogerme la mano.

—¿La banda sonora? —digo, girando la mano en el espacio que hay entre nosotros, como para recordarle que sigue ahí.

Hace un par de días, Zach, Raj y yo escogimos algunos fragmentos de música clásica de películas de miedo que querían que tocara y grabara para usarlas en la nuestra. No canciones completas, sino algunos compases de *Tiburón* y de algo llamado *La noche de los insectos eléctricos*, muchos acordes menores y frases musicales sin acabar.

—Ah, sí. Genial, gracias. —Zach asiente—. Addie —dice de repente, y lo miro—. Lo he estado pensando y... bueno, que estuvo bien, pero supongo que no le das mucha importancia a lo de haber salido juntos la semana pasada. Echabas de menos a tu amiga y yo... —Se le apaga la voz un segundo y luego vuelve—. Tal vez debería pedirte disculpas por ello.

—¿Qué? —pregunto confusa.

*¿Pedir disculpas? No, no, no.*

—Lindsay y yo lo dejamos hace solo tres meses.

Clava sus ojos grises en los míos. Debería preguntarme por qué saca este tema, pero me sorprende lo de «hace *solo* tres meses». Katy ya ha empezado y acabado tres «relaciones» en lo que lleva de viaje. Me escribe todos los detalles de un tío y a veces se le olvida mencionar que

es uno distinto antes de meterse en la descripción de otra relación que le destroza la vida en muy poco tiempo.

—Solo creo que lo más justo para ambos sería que fuéramos amigos y nada más.

—Oh.

*Oh.*

El corazón se me hace añicos. No puedo mirarlo. Arranco una brizna de hierba del césped. Después otra.

Zach fija su mirada en un punto diferente del jardín mientras habla.

—No soy idiota. Y no estoy ciego. Eres preciosa y me gusta estar contigo. Es decir, me *gustas* —dice, mutilando la poca esperanza que me queda igual que hago yo con la hierba de su césped. Le echo un vistazo rápido y veo que se está ruborizando. Al fin y al cabo, acaba de reconocer que le gusto. Me acaba de llamar *preciosa*. Pero.

»Pero —dice— creo que seré mejor amigo que novio ahora mismo.

Tiro de una brizna de hierba más y la pongo en mi regazo.

—¿Por qué rompisteis? —pregunto—. ¿Tú y Lindsay?

—Llevábamos juntos desde que teníamos la edad de Kevin y supongo que... Ella dijo que nuestro amor era asfixiante. Que, literalmente, le estaba consumiendo la vida. No sabía que pudiera pasar algo así. Quiero decir, si el amor es de verdad. —Lo dice con ironía, pero está serio. Nos miramos a los ojos y después volvemos a apartar la vista. Como estoy a punto de hundirme, no le digo que estoy de acuerdo. Que creo que el amor despierta a la gente, que estar enamorado te espabila. Incluso si es solo la idea. Solo basta con que se te pase por la cabeza.

Me tiembla todo el cuerpo al ritmo de los timbales del deseo, la decepción y la vergüenza.

—Supongo que acabó con la relación por el bien de los dos —dice Zach—. Pero todavía es muy reciente.

Espera que yo diga algo, pero no lo hago. El silencio es mi único recurso.

—Solo quiero ser sincero, Addie —dice suavemente, y yo asiento, sintiéndome la mayor idiota del mundo. Me siento imbécil por querer decirle que esos tres meses son ya el pasado, por querer preguntarle qué tiene Lindsay que la hace tan increíble. Lindsay, que se negó a dejarnos el trampolín y que hizo que Raj, justo esta tarde, resoplara con fuerza mientras Kevin y él me levantaban (vestida de monja) cada vez que Zach contaba hasta tres y que, cuando eso falló, tuvieron que traer un colchón de muelles de la habitación de invitados para que yo saltara y pareciera que estaba volando por los aires.

Pero en vez de eso digo:

—Gracias por decírmelo, Zach. —Se lo digo como me ha enseñado mi madre. Después pienso, palabra por palabra, lo que le escribiré y enviaré por la noche, para informarle que me ha atropellado un camión de correos de camino a casa, que me he roto demasiados huesos y que no puedo seguir grabando. O, si no, que de repente me ha entrado una alergia fortísima a cualquier cosa roja (el ketchup, su pelo) y que, por eso, ya no puedo formar parte de nada que tenga que ver con él.

**DESPUÉS**

Enero

Lo primero que hago por la mañana es llamar a Overton para pedir una cita después del instituto. La recepcionista, una mujer con un marcado acento europeo, me pregunta para qué quiero ver al doctor y solo se me ocurre decirle que necesito una revisión. Espero que me pregunte algo más, pero se limita a preguntar mi nombre y me dice que tengo que estar quince minutos antes para la cita de las cuatro. Si tengo que pagar algo, tendré que utilizar mis ahorros.

Salgo rápidamente por la puerta comiéndome el último trozo de bagel, y entonces lo veo. Es el chico del bus. No me sorprende del todo, ya que he estado pensando en él, preguntándome a dónde va cuando no está conmigo. Porque, a ver, supongo que tendrá que ir a algún sitio, ¿no?

Salgo y lo veo andando por la acera con un cigarrillo en la mano. Al verme se para y sonrío. Es la misma sonrisa resplandeciente del autobús, una sonrisa de las que despiertan las mariposas del estómago y le dan un vuelco al corazón.

«Contrólate, Addie», me regaño cuando me doy cuenta de que le estoy devolviendo la sonrisa.

Precisamente por eso necesito ayuda médica.

Del cielo caen unos pequeños copos. Es esa nieve que no cuaja y que parece sal rociada por un salero.

El chico del bus le da una última calada al cigarrillo antes de tirarlo al suelo.

—Hola —dice.

—Hola —contesto—. ¿Quieres que te lleve?

—No sé cómo llegar a ningún sitio —bromea.

El silencio incómodo que le sigue mientras entramos en lados opuestos del coche apesta a *demasiado pronto*.

—Así que, esto... ¿qué tal has dormido? —dice.

Arranco el coche, salgo del aparcamiento marcha atrás y pongo los limpiaparabrisas para que quiten toda la nieve acumulada.

—Bien —miento. Anoche no tomé pastillas para dormir, pero la sensación de mareo e inquietud que sentí nada tuvo que ver con el accidente, sino con la cita en Overton. Para empezar, me preocupaba que no me la dieran, y también que me dejaran ingresada en el hospital al acabar el día.

Le echo un vistazo al chico del bus y me planteo echarlo del coche. La manifestación de mi locura no debería gustarme tanto.

El persistente olor a tabaco hace que se me seque la garganta.

—¿Te importa si pongo música? —pregunto para no tener que seguir hablando y así prepararme para cuando deje de verlo, que espero que sea después de la cita en Overton.

El chico parece decepcionado, como si supiera que quiero distanciarme de él, pero dice:

—Adelante.

El coche se llena con el sonido del *Viola Concerto* de Bartók. Al cabo de unos segundos, susurra:

—Vaya, te empleas a fondo con el violín, ¿eh?

Casi puedo oír la risa en su voz.

—Es una viola —corrijo y cambio de carril.

—Claro. Jimi Hendrix —dice—. Lo siento.

Cuando llegamos al aparcamiento del instituto y salimos del coche, parece preocupado; sabe que su desaparición es inminente.

—¿Nos vemos luego? —pregunta, mientras me cuelgo la mochila al hombro.

—Sí, claro —respondo, al tiempo que me alejo del coche—. Adiós.

—No... no te olvides de mí —dice con timidez, lo que me obliga a girarme.

Nuestras miradas se cruzan. Nos quedamos así durante un rato; sus ojos transmiten un mensaje que ninguno de los dos puede entender. Noto un hormigueo en la piel, como si me tocaran con una pluma, y no sé qué me pasa. Es invisible, por el amor de Dios.

Sus palabras me destrozan, pero ya llego tarde, así que me doy la vuelta y sigo andando. Justo antes de entrar en el instituto, miro hacia el coche: se ha ido.

Tengo que controlarme durante todo el día para no contarle a Katy lo de mi cita en Overton y pedirle que venga conmigo, pero últimamente ha estado muy rara: irritable y distante, preocupada todo el tiempo por algo o por *alguien*.

Le he dicho que no lo he vuelto a ver. No sé si me ha creído o no, pero parece que no quiere volver a hablar del tema. ¿Pensará que la locura es contagiosa?

Después de clases, busco en el móvil cómo llegar y subo al coche sola. Aparte de alguna nevada ligera, no parece que vaya a caer una gran nevada hoy, si no mi madre no me hubiese dejado coger el coche esta mañana. Aun así, conduzco despacio los veinticuatro kilómetros hacia las afueras de Lyndale y los conductores impacientes no dejan de adelantarme.

Finalmente, llego a un grupo de anodinos edificios grises con una *O* gigante delante de cada uno. Estoy tan distraída tratando de averiguar a qué edificio debo ir que no veo la gigante valla verde que me bloquea el paso hasta que la tengo justo delante.

Un encargado de seguridad con barba saca la cabeza por la ventana de una caseta.

—¿Tiene cita?

—Ehhh, sí —digo, mirando de nuevo los edificios.

—¿Nombre? —pregunta.

—Addison Sullivan.

Trago saliva al verle escribir algo en el ordenador y entonces asiente. La valla verde se mueve hacia la izquierda y me permite pasar. De repente, todo me resulta un tanto inquietante. Quizá debería haber acudido a mi médico de cabecera o a la enfermera del instituto, aunque luego se lo contasen a mi madre.

—Gracias —digo, y entro al complejo.

Inmediatamente veo una flecha verde que señala dónde está la clínica. Sigo otras señales parecidas hasta que llego al aparcamiento. Salgo del coche y camino hacia la entrada, nerviosa.

Tal vez debería haber investigado más antes de venir.

A diferencia del impenetrable cemento gris de los edificios que la rodean, la clínica es casi toda de vidrio. Parece acogedora. Desde aquí alcanzo a ver la recepción, en la que hay una mujer sentada hablando por teléfono.

Me tiemblan los dedos del frío y de los nervios. Antes de detenerme, las puertas automáticas de vidrio se abren, indicándome que debo entrar.



El interior de la clínica Overton es como cualquier otra consulta médica en la que haya estado. Varias sillas apoyadas contra la pared y una mesa con revistas viejas en el centro. Un hombre y una mujer están sentados juntos; la mujer al teléfono y el hombre, hojeando una revista de deportes.

Aun así, noto algo distinto en el ambiente, algo que me hace sentir incómoda.

La recepcionista que está detrás del mostrador es una mujer de mediana edad, amable y con el mismo acento europeo que escuché por teléfono. A su lado hay un muchacho de unos veinte años. Debe de ser nuevo, ya que la mujer le explica lo que está haciendo mientras introduce mi nombre en el ordenador. Unos segundos después, me da una carpeta con dos formularios. Me pongo a un lado y relleno el papeleo con mi información de contacto, alergias y número de la Seguridad Social. Por suerte, no me dice que haya que pagar nada.

Le entrego los formularios, me pide que me siente y me dice que el doctor Overton me atenderá dentro de un momento.

Me siento. Estoy nerviosa. Una pieza musical barroca de un compositor que no conozco suena a través de los altavoces colocados en las esquinas de la habitación. No sé por qué ponen música clásica en las salas de espera, en ascensores o como música de espera al teléfono. Me hace sentir intranquila, con ganas de hacer algo, pero como no hay nada que hacer, tamborileo los dedos sobre mis rodillas imaginando que toco este concierto.

Espero que esta cita me sirva y que el doctor no me aconseje algo como: «Toma vitaminas» o «Haz ejercicio». Ese es el tipo de clichés que suelen recomendar para fortalecer la mente.

Una enfermera vestida con uniforme y un mechón morado entre su cabello castaño oscuro viene a por la pareja. Me sonrío mientras espera a que se levanten y luego los acompaña por un pasillo.

En la mesa que tengo al lado, junto a un montón de revistas, hay una serie de panfletos, con las mismas *O* ovaladas que tienen los edificios. Me fijo en el eslogan que hay debajo del logotipo de la compañía: «Porque tu pasado no debería interponerse en tu futuro».

Paso a la segunda página.

**PREGUNTA A TU MÉDICO SOBRE EL AJUSTE LÍMBICO** dice en negrita, del mismo modo que los folletos de mi médico de cabecera dicen cosas como: **PREGUNTA A TU MÉDICO CÓMO CONTROLAR EL COLESTEROL**. O los del oculista: **PREGUNTA A TU MÉDICO SOBRE LAS GOTAS LUBRICANTES**.

Giro el panfleto y en la parte de atrás leo: **BREVE HISTORIA DE OVERTON**. Aparecen dos hombres que rondan los sesenta, con batas de laboratorio y sonriendo.

*Hace más de treinta años, dos respetados neurobiólogos que trabajaban en la Universidad de Maine concibieron*

*una cura para tratar al personal militar que sufría trastorno de estrés postraumático. Investigaron, experimentaron y llevaron a cabo estudios longitudinales. Cuando terminó la primera Guerra del Golfo a principios de los 90, ya era más que una idea. La teoría: los soldados no se sentían atrapados por el TEPT, sino por los recuerdos. La cura: el empalme de memoria, una técnica que podría eliminar los malos recuerdos conservando los buenos. Después de años de minuciosos ensayos clínicos, la técnica Overton —tan milagrosa como precisa— llegó al público general. Desde entonces, se han implementado un gran número de variaciones precisas y adicionales a la técnica Overton, incluido el ajuste límbico: una alteración de los componentes emocionales de los recuerdos, los sentimientos o las connotaciones de algunos recuerdos.*

Un escalofrío me baja por la espalda. ¿Pueden cambiar la forma en la que sientes un recuerdo?

¿Qué es este lugar? Pensaba que me ofrecerían ejercicios de memoria o que me enseñarían algunas técnicas, que me darían consejos sobre cómo mejorar mi concentración. ¿No era eso lo que ponía en su página? ¿Algo sobre mejorar la memoria y la calidad del sueño?

Levanto la vista y la recepcionista me ve y me sonrío. Siento como si me hubieran pillado haciendo algo malo y rápidamente miro hacia otro lado y sigo leyendo:

*Desde su creación, la clínica Overton ha salvado y mejorado una innumerable cantidad de vidas y continúa haciéndolo. Desde 2013, un equipo de doctores muy cualificados liderados por Stephen Overton, gestiona la clínica privada cofundada por su padre.*

Paso a leer la parte inferior del folleto:

*El doctor Rhys Overton y el doctor John Salisbury continúan supervisando el departamento de investigación de sus instalaciones. Más de veinte clínicas de empalme de memoria que siguen fielmente el método Overton han abierto sus puertas en el mundo.*

Empiezo a sentir claustrofobia. Cuando nos hablaron de la clínica Overton en el instituto, nos contaron que ayudaba a la gente que tenía traumas y problemas de memoria. También vi en su página que podían ayudarte con los problemas de sueño y de cognición. Pero ¿eliminar algunos recuerdos por completo? ¿Alterarlos?

Ahora me doy cuenta de que aquí todo tiene su razón de ser. Quieren que todo sea lo más parecido posible a un centro al que acudirías para vacunarte contra la gripe, por ejemplo.

Me tiembla la mano al oír mi nombre.

Levanto la cabeza y veo a un hombre con camisa, gafas y mocasines que me sonrío pacientemente. ¿El doctor Overton... hijo? Tiene que serlo. Es más joven que los fundadores que aparecen en la foto, debe de tener, como mucho, unos cuarenta años.

—Hola —digo, mientras me levanto. No puedo huir y ya, ¿verdad?

—¿Cómo te encuentras? —Me tiende la mano y me la estrecha. Un enfermero le entrega un historial (mío, supongo) y le susurra algo al oído. El doctor asiente y lee durante unos segundos, tras los cuales me pide que le siga hasta su consulta al final del pasillo. Una vez allí, se sienta detrás de un escritorio y me invita a mí a sentarme. Parece un poco distraído mientras lee el historial. ¿Todos los médicos tienen acceso a tu historial completo? Porque el documento que está leyendo es mucho más grueso que los formularios que acabo de rellenar.

Finalmente, levanta la vista y sonrío.

—Dime, ¿en qué puedo ayudarte?

Coge una barrita de cereales a medio comer y se la termina de un solo bocado. La música de la sala de espera —una pieza de piano de Schumann— se filtra en la consulta por debajo de la puerta.

—Lo siento —dice mientras arruga el envoltorio y lo tira a la papelera que está pegada a la pared—. Tengo bajo el azúcar.

Me sorprende lo informal que es. Lo simpático que parece. Me relajo en mi asiento, frente a él, tratando de que se me pase el nerviosismo de hace unos minutos. No me va a operar.

—He tenido algunos problemas de memoria últimamente —le digo—. Sufrí un accidente de autobús hace doce días.

Se endereza.

—No será el de Greenvale, ¿no? Oí que fue aterrador. ¿Qué tal lo llevas?

—No muy bien —digo—, por eso estoy aquí. He tenido...

Aún oigo ligeramente la música de piano que suena afuera, los cambios de ritmo en el tempo. ¿Es normal que se oiga la música de la sala de espera dentro de la consulta? ¿Quieren asegurarse de que la cita sea tan calma y tranquila como la espera?

—No duermo bien desde el accidente. Pierdo la concentración continuamente y olvido algunas cosas.

—¿Y esto comenzó justo después del accidente? ¿No era habitual? —pregunta.

—No —digo—. También he estado viendo cosas.

Ahora frunce el ceño.

—¿Qué cosas?

La música sigue colándose por debajo de la puerta. Me estoy clavando las uñas en la palma de la mano. ¿Por qué he venido?

«Es un chico de mi edad. Alto. De gran sonrisa. Solo *yo puedo verlo*».

En vez de darle la descripción que le di a Katy o a la encargada de Cineplex, digo:

—Solo, ehh... cosas.

—Mmm —murmura, mirándome con preocupación. Entonces me pregunta si tengo dolores de cabeza.

—No.

—¿Náuseas? ¿Auras? ¿Visión borrosa?

—No.

—Mmm.

Se queda en silencio durante unos segundos y entonces me explica que se especializan en tratamientos para la memoria, no en problemas generales como el mío. Y que, de todas formas, no podrían hacer nada sin el consentimiento de mi tutor legal, ya que solo tengo diecisiete años.

—Puede que tengas una conmoción cerebral que no hayan detectado en el hospital —dice —, podría hacerte las pruebas básicas, pero sería mejor que pidieras cita con tu médico de cabecera.

—¿Usted no es médico? —pregunto.

Al oír la preocupación en mi voz, el doctor Overton se ríe.

—Sí. —Señala el diploma de medicina y una decena más que están colgados en la pared de la izquierda—. Pero aquí no practicamos medicina general y la comunidad médica es bastante crítica o, mejor dicho, rigurosa, con estas cosas.

—Ah.

—Aun así, te haré un examen rápido —dice.

Me hace sentarme en el borde de la camilla y me apunta una luz a las pupilas, tal como hizo el doctor en Greenvale tras el accidente. Me comprueba los reflejos, me hace leer una tabla optométrica y me hace algunas preguntas básicas al azar: qué día es hoy, quién es el presidente y cuándo nací.

Cuando termina me dice que no tengo signos de sufrir una conmoción.

—Un TAC nos daría más seguridad, pero... —Se echa hacia atrás, pensativo—. Será mejor que lo haga tu médico, le mandaré una nota. Tu médico es el doctor Langley, ¿no?

Asiento y entonces me doy cuenta de que no podré seguir ocultárselo a mis padres. Si él no puede ayudarme, ¿qué hago?

—Ojalá pudiera serte de mayor ayuda —dice el doctor Overton, esbozando una sonrisa arrepentida cuando me voy.

Cuando vuelvo a la recepción, hay un señor mayor en la sala de espera que hojea una revista. De repente, pienso en que hay gente en esta ciudad que viene a sitios como este. Trato de imaginarme un mundo de gente que parece normal pero que ha visitado Overton. Intento imaginarlos aceptando sin rechistar lo que leí en el panfleto: los empalmes, las eliminaciones y los ajustes de memoria.

El chico en prácticas está al ordenador mientras la recepcionista está ocupada con la cafetera, al otro extremo del mostrador de la recepción. Me ve y hace el amago de acercarse, pero él niega con la cabeza.

—Ya lo hago yo —le dice—. Hola, Addison. ¿Te ha atendido el doctor Hunt hoy?

—No, creo que era el doctor Overton.

El chico frunce el ceño y mira la pantalla, concentrado mientras navega por el ordenador.

—Ah, debe ser un error mío. El doctor Hunt te atendió la última vez. Vale, así que el doctor Overton te ha dado...

Todo se congela a mi alrededor.

—¿La última vez? —digo.

El chico abre mucho los ojos y sin darle tiempo a pestañear, la otra recepcionista vuelve y lo aparta.

—Brendan, has abierto el expediente de otro paciente. —Mira la pantalla y luego me sonrío. Es la misma sonrisa cálida, que, no sé por qué, me hace sentir que estoy haciendo algo malo—. Tenía el expediente equivocado —repite, arrepentida—. ¿Te ha dicho el doctor Overton si necesitabas seguimiento?

Sacudo la cabeza, pero noto un nudo en el estómago.

—¿Qué ha querido decir con lo de «la última vez»? ¿He estado aquí antes?

Ella sigue sonriendo. En su tarjeta de identificación pone HEIDI.

—Como ya he dicho antes, era el expediente equivocado. No podemos divulgar

información de otros pacientes.

—Era el expediente equivocado —dice rápidamente Brendan.

—Encantada de conocerte, Addison —dice Heidi con una gran sonrisa, pero ahora es algo más forzada. Hay algo raro en ella.

«Encantada de *conocerte*». Lo dice con mucho énfasis, como si quisiera decir más de lo que en realidad dice.

«Esta es la primera vez que vienes. Nos acabamos de conocer».

Me despido entre dientes, salgo y cruzo el aparcamiento. Me siento en el coche y contemplo el atardecer mientras en mi cabeza resuena lo que ha dicho Brendan: «El doctor Hunt te atendió la última vez».

No era el expediente de otro paciente. Lo noté en sus reacciones. En la frialdad repentina de Heidi, en el pánico de Brendan.

El expediente del doctor Overton era más grueso de lo que debía ser.

He estado aquí antes.

He estado antes en Overton.

**ANTES**

Mediados de julio

(hace dieciocho meses)

No sé si es porque me gusta sufrir o porque es verdad que soy «concienzuda», como han escrito diecinueve veces en mi boletín de calificaciones a lo largo de los años, pero no le envío a Zach un mensaje diciéndole que voy a dejar su película. Sí, quiero cumplir mi palabra, pero también imagino a Zach decepcionado por tener que buscar a una nueva Lindy, a Raj suspirando por tener que ponerse el traje de monja y a Kevin llamándome «traidora» por haberlos dejado tirados cuando más me necesitaban. No tengo buenas razones —aunque la más convincente es que me he divertido mucho con ellos y que me he sentido a gusto durante este verano sin Katy—, pero las que tengo bastan para hacerme volver los dos días que quedan. No me moriré por otras diez o doce horas de rodaje y, lo más importante, en el tiempo que queda tampoco voy a enamorarme más de Zach, ¿no?

El jueves, después del rodaje, entrego a Zach el CD y lo pone mientras recogemos todo.

—¡Es genial! —dice con los ojos bien abiertos.

Se acerca y me abraza; es un abrazo de tres segundos, un típico abrazo de agradecimiento, pero mi cuerpo lo interpreta como una señal para calentarse y estremecerse. Cuando se aparta, me sonrío radiante. Y entonces me doy cuenta de que estaba equivocada: sí puedo enamorarme todavía más de Zach y no me hacen falta diez horas.

—Me gustan las mujeres que saben tocar —dice Kevin arqueando las cejas, al tiempo que ayuda a Raj a colocar los muebles en su sitio.

—Kev —dice Zach suspirando.

El viernes, la última mañana de rodaje, me embarga la nostalgia. Raj me pregunta si quiero quedarme el disfraz de monja cuando terminemos o si quiero «quitarme el hábito». Le digo que sí, que quiero quitármelo. Kevin me pregunta si lo echaré de menos cuando ya no pasemos tantas horas juntos en el sótano todos los días.

Siento una punzada de tristeza. Mañana, cuando Zach haya editado toda la grabación, veremos la película juntos: no es un adiós, todavía. Pero, aun así, me pregunto cuándo volveré a verlos, si es que alguna vez los vuelvo a ver. Hemos pasado tanto tiempo juntos que Raj, e incluso Kevin, son ahora mis amigos. Y Zach... bueno, no creo que lo de ser amigos sea buena idea, pero tampoco me gusta la idea de no verlo todos los días, aunque solo sea para recomendarme una nueva película gore, para lavar su coche o para convulsionarme en el suelo mientras él se agacha para grabar cada espasmo, cada tic. Ya ni siquiera siento vergüenza.

Y a pesar de la horrible charla que tuvimos, estar cerca de él aún me hace estremecer, temblar como la vibración de las cuerdas de mi viola. Es una canción tan baja que nadie puede oírla excepto yo. Cuando suena, me siento verdaderamente despierta.

Zach parece distante mientras preparamos todo para el último día, hoy. Me pregunto en qué estará pensando y si estará pensando lo mismo que yo.

Cuando Raj y él están sentados en el suelo, montando el equipamiento de la cámara, dice:

—¿Crees que debería mandarle el DVD a Lindsay?

—¿Estás de coña? —pregunta Raj.

—Bueno —dice Zach—, ella pagó la mitad del ketchup.

—¿Y? —dice Raj.

—¡Ni siquiera nos prestó el trampolín! —interrumpe Kevin.

—No se lo pedí —dice Zach en voz baja—, quizá nos lo hubiera prestado.

—No lo hubiese hecho —bufa Raj.

—Vale, pero ha visto todas las demás —continúa Zach.

Me mantengo ocupada cubriendo los muebles con sábanas; las aliso, envuelvo el mueble y las vuelvo a alisar.

Raj da el suspiro más largo e intenso que jamás le haya oído y eso significa mucho.

—Tío, sería muy raro, déjalo.

—¿Sería raro? —repite Zach, sorprendido.

—¡Rarísimo!

—Kevin.

—Sí, sería raro —confirma Raj, que entonces se gira para mirarme—. Pregúntale a Addie, ella es imparcial. ¿Sería raro o no?

—¿Mandarle un DVD? —pregunto, como si lo hubiese oído por casualidad. Katy debería verme actuando ahora. Una semana en el género de las terromedias y ya estaba hecha toda una actriz.

Raj asiente, pero Zach se limita a mirarme, escrutando mi expresión con interés.

—Si yo fuera Lindsay —digo lentamente y midiendo mis palabras—, llamaría a la policía.

Kevin se ríe.

—No puedes mandarle a tu ex una película gore en la que casi decapitas a una chica muy parecida a ella. No puedes hacer eso —termino.

—Lindy no es... —Lindsay, intenta decir Zach por decimoquinta vez desde que empezamos a grabar, pero se contiene y se calla—. Es la única que sobrevive.

—Excepto la parte inferior de su cuerpo —le recuerda Kevin, golpeando la alfombra con las palmas.

—¿Ves? —dice Raj, triunfal—. Sería raro. Mándale una caja con todas sus cosas rotas, como haría cualquier otro ex con el corazón roto.

«Corazón roto». Es una locura asociar esa expresión con Zach, con su sonrisa resplandeciente y sus ojos vivaces. Lo veo cuando menciona a Lindsay, cuando habla de ella: sus ojos pierden el brillo, se le hunden los hombros y se le apaga la sonrisa. Lindsay debe de ser una zorra. ¿Quién es capaz de hacerle eso al mundo?

Noto que Zach sigue mirándome y digo con firmeza, pero en voz baja:

—Eso es lo que yo opino, vaya, pero no soy Lindsay.

No lo miro a la cara para ver si lo pilla. En vez de eso, le ofrezco el codo a Kevin y le digo:

—Estoy lista.

Y subimos para empezar a maquillarme.

Cuando está mezclando las pinturas para la cara —con muchos tonos negros y azules

porque mi personaje, Lindy, está en las últimas—, digo:

—Kevin, ¿cómo es Lindsay?

—Mmm —dice, concentrándose mientras me extiende el maquillaje por la frente—, tiene cara de caballo.

—¡Kevin!

Moja la esponja en la pintura y después me la extiende por la mejilla.

—Mira, yo solo digo —pronuncia lentamente—, que tu mandíbula le da mil vueltas a la suya.

No sé si es verdad o no, pero Kevin sonrío de una forma parecida a la de Zach y, aunque procuro quedarme quieta, me siento un poquito mejor.

**ANTES**

El sábado, como no hay clases ni rodaje —solo falta recoger y asistir a la fiesta para ver la película de Zach esta noche—, decido levantarme tarde. Han pasado las once cuando me levanto y salgo al pasillo para ir al baño. La puerta de mi madre está abierta y parece que está hablando con una amiga por teléfono, así que me asomo para darle los buenos días. Al principio no me ve, sigue en la cama con el teléfono apoyado entre la cabeza y el cuello. Lo que me pilla desprevenida es el temblor en su voz, como si hubiera estado llorando.

Me alejo en silencio y escucho lo que está diciendo.

—Estas fechas siempre son muy duras. —Hay una pausa y entonces dice—: Lo sé. Y a veces creo que no vamos con suficiente cuidado.

Sigo escuchando, pero la conversación cambia a un proyecto que está haciendo en el trabajo y me pregunto por qué en estas fechas no deja de revivir su divorcio.

Es raro, porque mamá es la que tiene novio; ha pasado página mucho mejor que papá: ¿por qué la sigue afectando el divorcio después de tantos años? ¿Será porque papá la dejó?

Sobre las seis de la tarde, me acerco a casa de Zach en bici, emocionada por ver el producto final, pero triste porque el rodaje ha terminado. Entro por la puerta principal y bajo al sótano. Zach me está esperando al final de las escaleras.

Tengo el pelo mojado todavía por la ducha y los rizos húmedos caen en cascada sobre el vestido. Zach pestañea y se sonroja cuando se da cuenta de que me está mirando fijamente. En ese momento, recuerdo que se ha acostumbrado a verme con un hábito lleno de ketchup, el pelo pringoso, encrespado y horrible. Si no me viera mejor ahora, debería preocuparme. Además, puede que me haya esforzado más de lo habitual; llevo un poco de rímel y mi brillo de labios preferido, sabor sandía.

—Eh, ¿dónde están los demás? —pregunto, mirando alrededor.

—Kevin está haciendo una hora extra, pero Raj debería estar al caer, debería estar aquí ya. —Mira el teléfono como si esperara que su amigo saliese de él—. Lo he llamado hace una hora y se había olvidado completamente.

—Ah, vale —digo y echo un vistazo al sofá, donde el portátil de Zach está rodeado de un amasijo de cables y CD—. ¿Has terminado de editar?

—Sí —responde, orgulloso—, no quise acostarme hasta no haber terminado.

—¿Y? —pregunto—. ¿Cuál es el veredicto?

—Me gusta —dice—. No es Ciano, pero es mucho mejor que las que había hecho antes. Se acerca al sofá, deja el portátil en el suelo y aparta los CD y todo lo demás.

—¿Te sientas?

—Gracias.

Me acerco al sofá y me siento.

—De nada, mujer. ¿Quieres palomitas o alguna otra cosa? —pregunta mientras recoge las cosas y se mueve. Está extrañamente inquieto.

—Las palomitas estarían bien —digo—. ¿Te ayudo?

—No —dice rápidamente—, tranquila. Ahora mismo vuelvo.

Mientras no está, miro algunos de los CD que tiene por ahí y al ver que no tienen carátula me doy cuenta de que son los DVD de sus otras películas.

Vuelve junto con el aroma a palomitas de mantequilla y un gran bol que coloca delante de mí.

—Aquí tienes —dice. Y casi de inmediato, parece que va a hacer algo más, a mover otra cosa. Casi como si le diera vergüenza estar a solas conmigo, y no sé si sentirme dolida o halagada.

—¿Puedo ver alguna de estas mientras esperamos? —le pregunto con un DVD en la mano.

—Buena idea —dice.

Los gira todos, intentando decidir con cuál empezar. Entonces me percató de que está buscando uno en el que no salga Lindsay y me pregunto si esto ha sido una buena idea.

Al parecer, encuentra uno, porque lo pone en el reproductor de DVD. Antes de que empiece, dice:

—Es uno de los primeros que hicimos.

—Vale.

—Y —dice con el mando en la mano— el argumento es un poco desastroso. También sale mi hermano mayor, Rob, que no se siente muy cómodo frente a la cámara precisamente.

—Vale. —Me río.

—Y —dice Zach antes de volver a pulsar el botón de reproducir— la música es horrible. Es de Raj.

—¿Algo más? —pregunto. Zach va a contestar, pero nota que lo digo con sarcasmo, así que se ríe y se sienta a mi lado.

—No me juzgues —dice.

—No lo haré.

El hermano mayor de Zach aparece en pantalla caminando por lo que parece ser su calle, con un traje demasiado grande para él. Mueve el maletín de un lado a otro, de una forma demasiado brusca y nada natural, y mira directamente a la cámara mientras camina.

Zach y yo nos reímos.

Se oye un golpe y, de repente, un Kevin mucho más joven cae de un árbol. Muerto y bañado en ketchup.

—Dios mío —digo.

Echo un vistazo a Zach. Me está mirando, está escrutando mi expresión con una pequeña sonrisa.

Tengo que esforzarme para volver a mirar a la pantalla.

—¡Oh, no! —grita el hermano de Zach y se inclina sobre Kevin tratando de resucitarlo. De repente, alguien grita. Es una chica. Contengo la respiración, pensando que tal vez sea Lindsay, pero en el plano aparece una chica algo más pequeña que Kevin, que señala el cuerpo sin vida.

—¡No! ¡No lo toques! ¡No lo toques!

—¿Por qué no? —pregunta el hermano de Zach sin mostrar ninguna expresión.

Río.

—Ya te dije que era mala —dice Zach, riendo también.

—Calla, estoy viendo al próximo Ciano —digo.

La película dura unos veinte minutos e incluye un cameo de un Zach unos años más joven. Cuando termina, comienzo a aplaudir.

Zach ríe por mi reacción y noto un nudo en el estómago. ¿Tan fácil es? Si va a seguir riendo, pienso aplaudir hasta que la habitación se llene con su sonrisa.

—Tenías el pelo mucho más corto —digo sobre su cameo.

Se toca el pelo con cierta timidez.

—No tan encrespado —añado.

—Encrespado —repite él como si fuese la primera vez que lo oye. Se ríe, todavía tocándose el pelo—. Es un horror.

Me endezco, sorprendida.

—A mí me gusta tu pelo.

Zach me mira a los ojos y no quiero dejar de mirarlo.

—Y a mí me gusta el tuyo —dice.

—No —digo con convicción, negando también con la cabeza—. No lo digo por ser amable. Tu pelo tiene carácter.

—Me gusta tu pelo —dice con suavidad, como si fuera algo demasiado valioso para decirlo en voz alta. Estira el brazo para tocarlo, se enrosca unos mechones entre los dedos y yo me quedo sin aliento.

Me inclino hacia él y Zach se inclina hacia mí.

Respira sobre mis labios y me besa despacio, con un mechón aún entre sus dedos. Se detiene, con sus labios pegados a los míos y cuando abro los ojos, veo que tiene el ceño fruncido. Me sorprende porque estoy acostumbrada a verlo sonriendo.

Sigue frunciendo el ceño cuando volvemos a besarnos, como si estuviera intentando averiguar algo, pensando y explorando. No ha dejado de tocarme el pelo; con las manos me acaricia la melena y sus dedos se pierden entre mi cabello, con cuidado pero con confianza. Al tocarlo así, sé que realmente le gusta mi pelo.

Yo le toco el suyo, que es sorprendentemente suave.

—¡Zach!

Nos separamos de sopetón cuando oímos la voz de Raj, que, por suerte, viene de lo alto de las escaleras que bajan al sótano.

—Mmm, estoy aquí abajo —dice Zach, que se recoloca. Yo me levanto, me paso una mano por el pelo y me aliso el vestido, pero justo entonces me doy cuenta de que Zach también se ha levantado y se está tocando el pelo. Nos sentamos demasiado rápido. Nos sentimos culpables.

—Hola, Raj —digo.

—Hola, tío —dice Zach.

Raj mira de reojo a su amigo.

—¿Estás enfadado porque llego tarde? Tenía que esperar a que me prestasen el coche. Además, mi madre estaba haciendo *rajma*, porque mis primos vienen mañana de visita y quería probarlo.

—No, no estoy enfadado —dice Zach como si nada, lanzando el mando hacia arriba y volviéndolo a coger.

Raj nos mira a ambos de soslayo. No sé bien qué ve, pero se deja caer sobre el puf cerca de la pared y suspira.

**ANTES**

Para haber estado tan implicada en la película, no tengo ni idea de lo que está pasando. Menos mal que salgo en ella.

Los padres de Zach, que han bajado para ver el «estreno mundial», se ríen, se encogen de miedo y reaccionan junto con Kevin y Raj. Después, ponemos algunas terromedias que Zach ha pedido por Internet y que ninguno ha visto todavía. El estómago no deja de darme vueltas, gira y gira, y se me hace un nudo. Zach y yo nos mantenemos sospechosamente callados toda la tarde, aunque consigue ocultarlo mejor que yo. Espero que por ser la nueva hagan la vista gorda conmigo.

Sobre las ocho de la tarde, me llega un mensaje de mi madre en que me pregunta si sigo en la dirección que le he dado —mamá tiene la regla de que debemos dejar la dirección de donde sea que vayamos apuntada en la pizarra de la nevera— y si tiene que ir a recogerme o no. Sabe que mi nuevo amigo es un chico y que trabaja en el videoclub. Conoce al padre de Zach porque ha ido allí a por películas los últimos años. Es curioso, su reacción fue mirarme fijamente y después de un buen rato en silencio, decirme: «Pareces feliz». Yo me escabullí a mi habitación antes de que sacara de la manga alguna regla y quisiera verlo, conocer su número de la Seguridad Social o pedirle los antecedentes. Que mi madre conozca a Zach y a sus padres ahora no me hace gracia, aunque no creo que le caigan mal. Así que les explico que debo volver a casa y como voy en bicicleta, quiero salir antes de que anochezca.

—¿Conduces, Addie? —pregunta la madre de Zach. Tiene el pelo cano y parece un poco mayor que el padre, un rostro amable, unos ojos que parecen ver todos tus secretos y una risa fácil. No podría decir de quién ha sacado Zach su sonrisa, pero ahora me fijo en que, si juntas la del señor y la de la señora Laird, podrías obtener la de Zach.

—Tengo el carné, pero mi madre quiere esperar a que tenga diecisiete para comprarme un coche.

—Bueno, Zach puede llevarte —dice.

—En su coche de mierda —apunta Kevin.

—¡Kevin! —lo reprende el señor Laird.

—No hace falta, me gusta ir en bici —digo.

—Te acompaño fuera —dice Zach a la vez que se levanta.

Todos se despiden de mí, pero por suerte están tan concentrados en la película que Zach ha puesto que no ven nada fuera de lo normal y tampoco se ofrecen a acompañarnos.

Me agobio al salir en silencio del sótano y luego de la casa. Me da miedo que Zach decida que todo ha sido un gran error y que no tendría que haber pasado, porque, aunque aún me tiemblan los labios, cargados de electricidad desde entonces, creo que ya he olvidado lo que se siente al besarlo.

—Esto... —dice Zach cuando me ve quitarle el candado a la bici y ponerme junto a ella—. Gracias por participar en la película.

—Gracias por dejarme participar. Me he divertido mucho.

*Mierda.* ¿Es una despedida? ¿Ya no vamos a quedar nunca más?

—Yo también.

Estamos delante del garaje, viendo cómo unos tonos rosas y naranjas empiezan a impregnar el cielo. No puedo creer que algunas veces piense que parece vacío.

—Addie —dice Zach.

—¿Sí?

Estoy preparada para replicar a lo que sea que vaya a decir y para decirle lo que debería haberle dicho antes: «Tres meses es una eternidad. Me gustas. No es tan complicado».

—Creo que me gustaría volver a besarte —dice en voz baja, mirándome.

*Oh.*

Me pongo de puntillas y lo beso enseguida por si le da por cambiar de opinión. Y, joder, de qué manera me devuelve el beso.

Su beso es más apremiante esta vez, tengo la espalda apoyada en la puerta del garaje, su rodilla también. Me sujeta suavemente la nuca y yo lo beso con fervor; no se detiene y me pregunto por qué hace tres días dijo que sería mejor que fuéramos amigos.

No me está besando como si fuéramos amigos.

**DESPUÉS**

Enero

De camino a casa, me tiemblan tanto las manos que apenas puedo sujetar el volante. Es como si hubiese salido de mi propio cuerpo. Mi cabeza todavía está en Overton, reflexionando sobre todos y cada uno de los detalles de ese lugar. Las paredes grises del complejo. Las O que marcan cada edificio por si se te olvida dónde estás. La estructura tan premeditada de todo lo que hay allí, desde la música en la sala de espera a las sonrisas cálidas e ilegibles de todo el personal. La enfermera con el mechón morado... ¿me conocía? ¿Había estado allí antes? ¿El médico era así de agradable porque me reconoció? Al parecer, no había sido mi médico la vez pasada, pero ¿y la recepcionista, Heidi? Me hizo rellenar todo ese papeleo al entrar, como si fuese nueva.

Me devano los sesos en el intento de dar con cualquier cosa que pudiera recordar de allí dentro: el diseño de la alfombra, la disposición de la sala de espera, lo que sea. Pero no, nada me llama la atención.

Aun así, allí *borran* la memoria. ¿Significa algo el hecho de que no pueda recordar?

En cuanto aparco en el camino de entrada, saco el móvil y marco el número de Katy.

«El doctor Hunt te atendió la última vez». Esto me resuena continuamente en la cabeza, por encima del sonido de la línea telefónica.

Me desanimo cuando salta el buzón de voz de Katy.

Hola, has llamado a Katy. Ahora no puedo contestar, déjame un mensaje y te llamaré en cuanto pueda. A no ser que seas Jason, o Mason, o Grayson del Music Fest. Solo te di mi número porque no se me ocurrió otra forma de librarme de ti. Pues eso... ¡adiós!

Mientras dice adiós, se oye de fondo cómo me río a carcajadas.

—¡Madre mía, Katy! —dije cuando tiró el teléfono.

—¿Qué? —Se encogió de hombros, haciéndose la inocente—. Al menos soy sincera.

La cosa es que ambas sabíamos que no lo era. Jason (no Mason ni Grayson) era un chico mono del Music Fest, un festival de música regional al que asistió nuestra orquesta en diciembre. Varios grupos musicales desde Lyndale a Raddick se reunieron durante dos días para «compartir nuestro amor mutuo por la música». O, en el caso de Katy, esconderse entre las sombras fuera de la sala recreativa y enrollarse con el mejor fagotista del área triestatal. Y le *gustaba*; estuvo hablándome de él día y noche en el bus de vuelta a Lyndale, entre susurros y las mejillas coloradas. Hablaron de quedar y se intercambiaron los teléfonos para grabarse los números con tanta solemnidad que parecía que intercambiaran anillos de compromiso. Pero a la semana de volver, Jason seguía sin llamar a Katy, y ella insistía en que tenía que ser él quien la llamase a ella. Después de una semana sumida en la miseria, el chaval pasó a ser este Jason o Mason o Grayson y ella grabó aquel mensaje en el buzón de voz. Katy estaba dolida, pero no destrozada. Pasó página y a las dos semanas conoció a un chico de la edad de mi hermano que trabajaba en una tienda de música del centro y, como por arte de magia, olvidó el nombre de Jason. Así de fácil era para ella: la gente iba y venía de su mundo como un elenco de

personajes en constante rotación en el que todos son reemplazables.

Temblando en el coche mientras espero a que me devuelva la llamada, tengo la impresión de que, aunque he durado bastante, puede que yo sea la siguiente.

Vuelvo a marcar su número y salta otra vez el buzón de voz.

Le escribo un mensaje: *Llárame lo antes posible.*

Me quedo en el asiento del conductor, esperando, con las manos temblorosas mientras miro la pantalla del teléfono, pero no me devuelve la llamada.

Con lo distante que ha estado estos días, imagino que este silencio puede ser tan intencionado como su mensaje del buzón de voz o como la música de la sala de espera de Overton.

Estoy sola en esto.

Salgo del coche y entro a casa repasando una vez más todo lo que ha pasado en Overton.

Me han dicho que necesito el permiso de un tutor para cualquier procedimiento. Eso significa que... ¿Tal vez mis padres...?

Son las cinco pasadas, pero mi madre no ha vuelto del trabajo.

Subo los escalones de dos en dos y, cuando quiero darme cuenta, estoy llamando a la puerta de Caleb. Entro sin más.

Está al ordenador, pero se da la vuelta en cuanto entro.

—¿Y a ti qué te pasa?

No me pregunta por qué he entrado en su habitación, sino por qué estoy temblando, por qué estoy andando de un lado para otro.

—¿Addie?

No suelo acudir a mi hermano cuando tengo problemas. Es como si ni siquiera estuviésemos en el mismo bando.

Y sin embargo...

Me mira fijamente, confuso. De hecho, parece preocupado.

—He salido del pueblo hoy —digo.

—¿A dónde has ido?

—A Overton. Ese centro de investigación cerebral y procedimientos de la memoria. —La última parte la digo entre dientes, porque no te ayudan a recordar: te hacen olvidar.

Paseo por su habitación mientras hablo, pisándole ropa, zapatos, libros, maquetas de aviones y puede que hasta restos humanos.

—Habrás oído hablar de él, ¿no?

Mucha gente ha oído hablar de él, pero yo he estado allí. Como paciente.

*Dios.*

Tengo que sentarme.

—Supongo. —Caleb se encoge de hombros. Está mirando al suelo, a esa alfombra que ni siquiera se puede pisar. Se oye un ruido que viene de la planta inferior; es la puerta del garaje que se abre—. ¿Será mamá?

Tiene que ser ella, pero estoy demasiado inmersa en lo que estoy diciendo y no le hago caso.

—Creo que ya he estado allí antes —digo. Mi voz suena como un globo cuando pierde aire—. Y que me han hecho alguna operación. Me lo dijo el recepcionista. Creo que se le escapó, pero estaba de prácticas y... —me callo.

Mi hermano no me está mirando.

—Caleb.

No levanta la vista. Está como hipnotizado por la alfombra que hay a sus pies.

—¿Caleb?

Doy un paso hacia atrás.

—¡Tú sabes algo! —exclamo con la voz entrecortada.

—Addie, tienes que hablar de esto con mamá —dice y niega con la cabeza. Sigue mirando al suelo.

—Entonces sí he estado allí. —Ni siquiera lo niega. Me apoyo en la pared; necesito sentir algo estable. De repente, parece que el mundo da vueltas y que el suelo gira a mis pies—. Dime lo que sabes.

—Addie, en serio. Ve... habla con mamá. Cierra la puerta cuando salgas. —Si no hubiese estado tan petrificado, me hubiese echado de su habitación y me hubiese cerrado la puerta en las narices.

—No. —De repente me oigo tajante. Es mi hermano. ¿Por qué no estamos nunca en el mismo bando?—. No quiero que me lo diga mamá. Dímelo tú.

—Por el amor de Dios, Addie —dice Caleb, molesto, casi sin salir del ensimismamiento.

*Bien, déjalo que se enfade. Ahora estamos igualados.*

—No sé nada de Overton, ¿vale?

—Sí que sabes —digo—. Y quiero que me lo cuentes todo. Ahora mismo.

Niega con la cabeza.

—Addie, yo...

—Por favor —le suplico—. Por favor.

Es el mismo tono que usó él hace tres años cuando me suplicó que no le dijese nada a mamá del tatuaje que se había hecho, y el mismo que usé yo cuando le supliqué que me perdonase. No sé cómo, pero caigo en la cuenta de que hace años que hablamos de lo mismo, es como la continuación de una misma conversación. Solo que yo no la entiendo.

«¿Por qué no estamos en el mismo bando?». Es una pregunta tácita, pero parece que mi hermano la oye y entonces se incorpora. Se acerca al armario, hurga un poco, abre una caja y saca algo.

Una foto. Es pequeña, como las de una Polaroid.

Cuando me la da, le tiemblan las manos.

Es una foto nuestra. Estoy inclinada sobre Caleb detrás de un sofá que no reconozco y mi hermano está sentado en él, sosteniendo con cuidado a un bebé de mejillas regordetas y ricitos negros. Tiene la piel del mismo tono marrón claro que nosotros.

Al instante se me acelera el corazón.

Debo de tener once años y Caleb unos doce o trece. Sí, está claro que somos nosotros, pero no me acuerdo de nada. No reconozco dónde estamos ni qué estamos haciendo.

—¿Qué es esto? —le pregunto.

—¿Tú qué crees que es? —Lo pregunta de verdad.

—Somos nosotros —digo. Paso los pulgares por encima de nuestras caras, pero sin rozarlas. Mi madre dice siempre que no hay que tocar las caras en las fotografías porque se manchan y después la foto acaba siendo de un grupo de personas borrosas sin cabeza, solo cuerpo.

—¿Quién es el bebé?

—Dale la vuelta.

Lo hago; tengo las manos pegajosas por el sudor. En la parte de atrás, con tinta negra, pone *Rory*.

*R.*

*¿Quién es R?*

El mundo empieza a girar más deprisa.

—Es clavado a ti —digo al recordar todas las fotos que he visto de mi hermano cuando era un bebé.

—Sí —dice al fin.

—Es... No recuerdo esta foto. —Se me empieza a quebrar la voz, está a punto de romperse.

—Lo sé.

¿Qué es esto? ¿Quién es el bebé?

—¿Qué leches es esto, Caleb? —Todo tiembla a mi alrededor. No sé si soy solo yo o es el mundo entero. No sé si estoy pisando el hielo o si sigo en el autobús, a punto de chocar contra algo horrible.

Necesito sentarme. *No lo entiendo.*

—Pregúntale a mamá, ¿vale? Yo... yo ya no puedo decirte nada más.

—Caleb, es igual que tú. —Se me está nublando la vista—. ¿Es tuyo?

—Addie, ¡no! —exclama, y suelta una carcajada. Risotada. Conmoción—. Por Dios.

—¿Es mío? —Caleb se vuelve a reír. En esa foto aún no he llegado a la pubertad, pero no bromeo del todo con esa pregunta. Durante esta última hora ya no distingo lo inverosímil de lo verdadero o de lo imposible.

—No —dice.

Entonces, ¿qué?

¿Qué?

—Pregúntale a mamá —dice, mientras me empuja hacia la puerta, pero ahora también a él le tiembla la voz—. Que te diga la verdad.

**DESPUÉS**

—Mamá. —Estoy en la puerta de su dormitorio y me tiembla la voz. También tiemblo de arriba abajo. Está ordenando un montón de documentos del trabajo, de espaldas a mí—. No me mientas. Háblame de Rory.

Se queda helada.

«Rory». La palabra me resulta extraña y se me antoja cargada, como si fuera una bala con un objetivo. Ella se encoge al recibirla.

Se vuelve lentamente hacia mí.

—¿Cuándo lo...? ¿Cómo...?

—He descubierto lo de Overton. Y después Caleb me ha enseñado una fotografía.

Se le dilatan las pupilas y su rostro se vuelve un libro abierto en el que pueden leerse los sentimientos. Primero se enfada. Con Caleb. Con Overton. Se supone que no me tenían que decir nada. Después se pone a la defensiva, lo niega absolutamente todo, y después parece preocupada. Al final respira hondo, mucho y lentamente. Se sienta al borde de la cama, con una postura impecable y la espalda erguida.

—Es mi... ¿hermano? —pregunto. Mi voz es apenas un susurro. Casi me la imagino riéndose y preguntándome si he perdido la cabeza. «Di que es un primo del que no me acuerdo. Todavía estás a tiempo».

—Sí —dice, mientras entrelaza las manos en el regazo.

Doy otro paso hacia la habitación y me siento de gelatina.

Su rostro y su postura impecable se desmoronan.

—Murió de bebé. Tenía ocho meses.

No logro procesar lo que me está diciendo: tengo otro hermano aparte de Caleb.

Tenía.

—¿Qué pasó? —Sigo susurrando.

Niega con la cabeza.

—No puedo...

—Dejad de mentirme. Al final lo acabaré sabiendo igual. No pienso parar hasta que lo averigüe. Tienes que decírmelo —insisto, feroz, enfadada, asustada.

Pestañea varias veces.

—Fue un accidente, Addie. No fue culpa tuya. —¿Culpa mía? Me siento al borde de la cama; la habitación da vueltas—. Tu padre no estaba en casa, estaba trabajando. Caleb tampoco estaba esa mañana. Y yo dejé a tu hermano, Rory, en la cuna y me fui a echar una siesta rápida. Fueron diez minutos, como mucho.

»Tú estabas en el sótano de nuestra antigua casa, practicando una melodía. —Me imagino nuestra antigua casa, de paredes verde claro, un ventilador de techo en el rellano y mi habitación junto a la de Caleb. Solía ponerme en lo alto de las escaleras y cantar canciones a voz en cuello. No recuerdo por qué nos mudamos—. Acababas de empezar las clases de

música después de meses suplicando. Y bueno, tu hermano empezó a llorar y yo no lo oí. Así que fuiste a su habitación, lo sacaste y... —Inspira de forma casi dolorosa y se nota que no me lo quiere decir, pero le salen las palabras a borbotones. Siento como si yo fuese un cura y ella se estuviera confesando.

«Pero ¿qué hice?». Me da miedo preguntarlo en voz alta.

—Lo sacaste de la cuna para jugar con él porque sabías que yo estaba cansada y que no había nadie más en casa. Lo dejaste en el suelo de la cocina para coger algo. Justo empezaba a gatear. No te acordaste de que la puerta del sótano estaba abierta.

Traga saliva y empieza a llorar.

—Te oí gritar —dice, sacudiendo la cabeza. En sus ojos veo reflejada la angustia, como si todavía oyera ese grito después de todos estos años. Y yo me la imagino encerrada en una habitación en la que se repite ese sonido una y otra y otra vez. Y me pregunto cómo es posible. ¿Cómo puede ser real? Me daría cuenta si me estuviese contando la verdad, ¿no?

Se me acerca y me agarra las muñecas; parece desesperada por que la mire a los ojos.

—No es culpa tuya. Nunca fue culpa tuya, Addie, pero tú te culpabas. Por mucho que te dijéramos o que hiciéramos, no dejabas de culparte. Los meses siguientes fueron un infierno. —De repente, empieza a sollozar y parece ahogarse en sus propias palabras—. Una noche en que tu padre tampoco estaba en casa, yo estaba limpiando el armario de las medicinas en el baño y me di cuenta de que sus pastillas no estaban. Eran las que tomaba todos los días por depresión. —«Vitaminas», creo, o eso recuerdo que me dijo cuando yo era pequeña y le pregunté. «Hacen que me sienta mejor», me dijo—. No estaban, al igual que las que tomaba para la migraña y cuando sufría *jet lag*. No había ninguna y, no sé cómo, pero sabía que las encontraría debajo de tu cama.

Siento que cada palabra que dice me desgarran por dentro, como si me estiraran los ligamentos y los tendones en direcciones opuestas y estuviese a punto de explotar de dolor.

—Te pregunté y solo me dijiste que te dolía demasiado y que pensabas que las pastillas de tu padre te podrían ayudar. Te podrían haber matado, Addie —dice—. Eras tan pequeña. Todavía eres mi niña. Y entonces decidí que no podíamos dejar que soportaras esa carga. No quisimos que lo soportaras. —Niega con la cabeza con tanta fuerza que solo puedo mirarla, impasible, intentando recordar cómo encajan todas las partes de mi vida, todo lo que he conocido. Me pregunto si encajan de verdad o si alguna vez lo han hecho.

Tenía doce años cuando mi padre se fue. Cuando dejó de tener algo que decirme, cuando tuve que empezar a recordarme que me quería. Cuando Caleb y yo dejamos de ser aliados.

—¿Así que, decidiste *borrarlo*? —Apenas puedo respirar mientras lo pregunto. Es como si estuviera en un sueño, en un sueño dentro de un sueño, o en un programa de televisión de dudoso guion.

Continúa llorando.

—Usamos el método del doctor Overton contigo.

Durante un segundo, todo se queda en silencio. Ninguna de las dos respira. El aire no se mueve.

Ya lo había deducido, pero me duele oírla admitirlo. *Mis padres me borraron la memoria.* Me

falta el aire.

—Por eso se fue papá —digo en voz baja—. Por lo de Rory...

Ella se mira las manos y después baja la vista a la alfombra, mira cualquier cosa menos a mí y entonces sé que estoy en lo cierto.

—Es mucho más complicado que eso, Addie —responde—. Se opuso muchísimo a la operación. Hasta la fecha, cree que... —Se le va apagando la voz y niega con la cabeza, como si así pudiera librarse de un recuerdo. Uno que yo no tengo—. Causó muchos roces en la familia. Pero creo que entiendes por qué era necesario, ¿no? La muerte de Rory era imposible de superar. Para cualquiera de nosotros.

«Rory».

Vuelvo a sentirme como en el accidente del autobús, cuando todo daba vueltas a mi alrededor. Me hundo más en el borde de la cama.

—Y lo que le pasó a tu hermano pequeño no fue culpa tuya —repite, como si eso fuera lo más importante, como si tuviera que entenderlo. Pero no, no entiendo nada.

»Mucha gente... —dice mi madre tras un momento de silencio, en el que parece ella misma otra vez—. Mucha gente se somete a este método hoy en día. Y por cosas más pequeñas. Es seguro, es asequible y algunas veces es la mejor opción. Puede que muchos lo desapruében, que digan que es antinatural o que finjan que no existe, pero funciona.

Habla como si esto fuera la teletienda y estuviera anunciando un producto en el que ha estado trabajando durante años o uno que ha probado y que por fin le ha curado el acné.

Yo sigo atascada en lo que dijo hace unos cuantos segundos.

Yo sigo atascada en «tu hermano pequeño».

En dos personas, en dos vidas que no sabía que existían: la de Rory y la de mi antigua yo.

—¿Caleb lo ha sabido siempre?

—Caleb estaba sufriendo tanto como tú... perder a su hermano, verte sufrir a ti. Pensé que también tendría que someterse al tratamiento, pero insistía en que no quería olvidar. Pero la operación parecía la única forma de ayudarte a ti. Y quisiste probarlo. Estabas destrozada, Addie. No comías ni dormías nada. Era como convivir con un fantasma. Me mataba verte cada vez más sumida en tu dolor.

La mataba, a ella. ¿Dónde estaba papá?

Ya se había ido. Casi inmediatamente, supongo.

Habla durante un buen rato, puede que durante horas, y cuando termina, espera a que le pregunte algo o a que haga algo significativo.

Pero solo puedo susurrar un «¿Qué?».

Y dejo que vuelva a empezar. Otra vez.

Tuve un hermano que se llamaba Rory.

Mis padres me lo borraron de la memoria.

Soy el motivo por el que se derrumbó mi familia.

**DESPUÉS**

Salgo de la habitación de mi madre y todo está hecho pedazos.

El mundo entero parece haberse hecho añicos, como tiras de papel con las frases desordenadas.

Pronto la conmoción se vuelve ira y luego paranoia.

No puedo concentrarme en los deberes. No puedo comer. No puedo mirar ni a mi madre ni a Caleb.

¿Cómo puede ser verdad todo esto?

¿Acaso importa que lo hicieran para protegerme? ¿Que piensan que no tenían alternativa? ¿Que yo estuviera de acuerdo con la operación?

*¿De verdad quise olvidarlo?*

*No.*

*¿No?*

No tengo respuestas. Ni siquiera conozco a la niña de la que hablaba mi madre. La niña cuyo hermano murió por su error.

Pero lo peor de todo es que tiene sentido. Eso explicaría la nebulosa que envuelve mis recuerdos después de los once años. Explicaría lo de mi padre, mi madre y mi hermano mayor. La forma en que mamá reacciona algunas veces cuando hay niños cerca. Los veranos en que parecía que nuestra casa se inundaba de tristeza... Mamá ha dicho que Rory murió en junio, hace cinco años.

¿Cómo no lo intuí?

¿Cómo?

Horas después de la revelación de mamá, Caleb me encuentra en la cocina con un vaso de agua en la mano y la mirada perdida.

—Addie, lo siento —dice, aunque es mamá quien deambula por la casa con los ojos hinchados y la sombra de un bebé muerto. Hace años que lo hace. Caleb también, a su manera. Pienso en la *R* de su pecho. La recuerdo recién tatuada, con un color entre negro y morado por la piel magullada, y siento entonces que estoy hecha de piel tatuada. Duele. Quiero volver atrás, antes de eso.

R no es de Rachel, Rebekah o Randy.

Es de Rory.

Mi otro hermano.

—¿Cómo pudiste? —pregunto, aunque no estoy segura de lo que pregunto.

¿Borrarlo? ¿Mentirme durante seis años? ¿Decirme la verdad?

Me suda la mano con la que sostengo el vaso de agua.

—¿Me llevó mamá a rastras? ¿Me dijeron lo que iban a hacerme? —le pregunto.

Caleb asiente.

—Mamá se sentó a hablar contigo antes de pedir cita y te dijo para qué era y por qué lo

necesitabas.

—Y le dije que no quería, ¿verdad? Seguro que lo dije.

Se pasa una mano por el pelo.

—Le dijiste que podrías esforzarte, que intentarías ser más fuerte, que no querías olvidarlo, pero entonces te preguntó... Recuerdo que estábamos sentados a la mesa del comedor, nunca lo olvidaré. Te preguntó qué preferías: sentirte mejor y seguir adelante o recordarlo.

*Elegí seguir adelante.*

—Después de que te operaran, quise decírtelo, pero la muerte de Rory te había destrozado, Addie —dice, mirando hacia el suelo, el remordimiento reconocible en su voz—. Es lo único que hicieron bien, necesitabas otro tipo de ayuda, aun después de varios meses de terapia no avanzabas. Mamá estaba convencida de que era la única manera de salvarte... y ¿qué iba a hacer yo? Solo tenía trece años.

—En vez de eso, me odiaste en silencio.

Frunce el ceño.

—Yo no te odiaba... ni te odio. Odiaba la falsedad, que no pudiésemos hablar de Rory. Todos esos cumpleaños... Ahora tendría casi siete años. No me gustaba tener que fingir que todo estaba bien. Y que después de toda la mierda y todo el dolor, solo quisieras librarte y vivir como si nada hubiera pasado.

—Ya estaba viviendo como si nada hubiese pasado.

—¿De verdad crees que es cierto? —pregunta él.

Pienso en todo lo raro de estos últimos años. El divorcio de mis padres. La sobreprotección de mamá. El chico invisible.

*Dios mío, el chico invisible.* ¿Cómo va a ser una coincidencia, una casualidad, después de todo esto? ¿Está...? ¿Podría estar relacionado con Rory?

La gente no aparece y desaparece repentinamente, hay algo que lo provoca. Y, en cualquier caso, de algún sitio tiene que venir. Por ejemplo, del pasado.

¿Quién es ese chico?

Miro a Caleb.

Quiero decirle: «¿Sabes por qué he ido a Overton hoy? Porque estoy viendo cosas. Porque al igual que todo lo que está fuera de mí, también hay algo roto en mi interior».

Pero lo miro y, aunque lo conozco desde siempre, esta vez no lo reconozco.

No pienso hablarle del chico del bus.

Paso junto a él y subo a la planta de arriba.

Mi mente se mueve a millones de kilómetros por hora y ni siquiera pienso en dormir, aunque son más de las diez y tengo clase mañana.

Me planteo volver a mandarle un mensaje a Katy, pero ¿qué le diría?

«¿Sabes qué? Mis padres están más locos de lo que pensábamos. Han borrado de mi memoria a un hermano pequeño que murió».

Por las reacciones de mamá y de Caleb deduzco que no ha sido fácil, que les duele nombrarlo después de no haberlo hecho durante tanto tiempo. ¿O lo harían en la intimidad, cuando yo no estaba? ¿Pensarían en él en sus cumpleaños, días que para mí eran como

cualquier otro pero que para ellos eran un suplicio y en los que quizá solo tendrían ganas de esconderse debajo de la cama? Verme feliz y normal cuando ellos no podían serlo, ¿los hacía odiarme? ¿A eso se refería Caleb cuando decía que yo vivía como si nunca hubiese pasado nada?

Me duele el pecho de pensar en las cosas a las que yo nunca he dado importancia y que a ellos les destrozaban.

Pero ya no me queda espacio para la lástima. No cuando parece que mi habitación se está haciendo cada vez más pequeña.

No cuando se desatan en mi cabeza pequeñas tormentas, cuando pienso en hacer las maletas y salir de casa para no volver jamás. Cuando me pregunto en qué y en quién puedo confiar... y todo parece una mentira.

Tengo ganas de llamar a mi padre y gritarle, gritarle y no tener que ver el dolor en sus ojos.

*Por eso dejó de quererme.*

Pero puede que esté volando ahora.

Me pongo los auriculares y escucho mi pieza favorita del concierto: *Aria para la cuerda de sol.*

La melodía me envuelve. Cada parte de un instrumento se enreda y se entrelaza con las demás, como dos manos que se entrelazan con fuerza. Una mano resiguiendo las líneas de la palma de la otra; los surcos entre los dedos húmedos de sudor. Esta canción me hace sentir cerca de algo, de alguien sin nombre y sin rostro.

Pero esta noche no quiero sentirme cerca de nadie. Quiero ser inalcanzable.

Así que cojo mi viola, a pesar de la hora, y toco una canción diferente.

Toco muy alto y alocadamente. Toco con ira y durante tanto tiempo que logro empujar las paredes de la habitación que me oprimen, y las sostengo ahí. Mamá no se atreve a pedirme que pare, aunque tiene que levantarse temprano para el informativo de las seis y media.

Me tiemblan los dedos, no sé si por la música, por la rabia o por el miedo, pero sigo tocando. Alejo al fantasma de un hermano muerto que no sabía que tenía, alejo todas las preguntas para las que todavía no tengo respuestas.

Sigo pensando en el chico del bus, en aquella noche dentro del bus. Tengo la sensación de que todo lo que ha sucedido esta noche, todo lo que ha sucedido desde el accidente, comenzó cuando ese chico subió al autobús.

¿Tiene algún sentido?

Rory debería tener seis años, no diecisiete. ¿Cómo pueden estar conectados?

No tengo respuestas. Me limito a alejar las preguntas con música. Caleb da dos golpes en mi puerta para que deje de tocar. Toco más fuerte.

Y entonces paro.

**ANTES**

Mediados de julio

(hace dieciocho meses)

Decir que floto al entrar en At Home Movies el día después de nuestro beso es pasarse. Además, es impreciso.

Entro con el viento, ligera como el aire, etérea bajo la luz del sol que me acarició la cara mientras iba en bici hacia allí. Llevo una cancioncilla pop enredada en el pelo que agita el viento, se me mete en los oídos, en la cabeza y en la garganta. Estoy animada.

Encuentro a Zach en la sección de comedia, junto a un montón de DVD en el suelo. Está arrodillado ordenándolos.

Espero a que se dé cuenta de que estoy ahí. Tengo el pelo alborotado por el trayecto y llevo unos pantalones cortos de color melocotón. Cuando me los vio Caleb esta mañana en el pasillo hizo una mueca.

Por el camino, me dio un poco de miedo que mi vida fuera un sueño, que lo de anoche no hubiera pasado nunca, o que Zach se arrepintiese y volviera a colocarnos en la categoría de amigos, pero esos miedos desaparecen casi inmediatamente al verlo.

Zach me ve los pies primero y después me recorre con la mirada; le brillan los ojos al mirar los míos y esboza una sonrisa.

—¿Papá? —grita por toda la tienda—. ¡Voy a hacer el descanso ahora!

Y entonces me coge de la mano y me lleva a la parte trasera de la tienda, tropezando con los DVD que había en el suelo.

—¡Eres un peligro andante! —exclama cuando salimos corriendo por la puerta de atrás, ambos riéndonos.

—Hola —dice una vez fuera. Tiene una sonrisa enorme.

—Hola. —Le devuelvo la sonrisa y noto cómo se me estiran los músculos de la cara, algo que ya empieza a ser normal.

Y entonces nos besamos detrás de la tienda de su padre. Casi igual que anoche, pero esta vez contra la pared del edificio en vez de contra la puerta del garaje. Hay mucha humedad y mucho aire, pero es perfecto. Zach pone una de sus manos en mi nuca al tiempo que la otra juega con el borde de mi camisa. Su roce me quema la piel del vientre.

No quiero dejar de besarlo nunca. Y, por suerte, parece que él tampoco quiere dejar de hacerlo. Todo lo contrario.

—Esto, mira... —dice sin dejar de jugar con mi pelo, cuando tomamos un poco de aire—. Si vamos a seguir haciendo esto, creo que deberíamos tener una cita.

—¿Estás diciendo que quieres seguir haciendo esto? —pregunto con el aliento entrecortado y señalo el espacio que nos separa. No me puedo creer las palabras que salen de mi boca. Palabras seguras. Palabras coquetas.

Zach responde haciendo el amago de besarme otra vez, pero me aparto un poco y le pregunto:

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? Sobre lo de ser amigos y todo eso.  
Se rasca la cabeza y sonrío.

—Intentaba que fuésemos amigos, pero anoche... Anoche me di cuenta de que no me interesaba que fuéramos solo amigos. Creo que el primer beso lo cambió todo.

—Es curioso, creo que cada vez se nos dan mejor —digo en voz baja.

—¿Quieres que pongamos en práctica esa teoría?

Nos volvemos a besar, le rodeo el cuello con ambos brazos y la mano de Zach parece fuego en la parte baja de mi espalda.

Al cabo de un rato, que en realidad parecen segundos, la puerta trasera se abre de par en par. Nos separamos.

—Zach —dice el señor Laird con una voz plana—. Te voy a mandar a Tombuctú de un capón.

—¡No estoy fumando! —protesta Zach con la cara y los labios rojos.

—Más te vale —dice su padre—. Y tampoco harás un descanso de veinticinco minutos mientras yo esté aquí.

¿Veinticinco? Zach y yo nos miramos, incrédulos.

—Vale —contesta Zach, pero sonrío cuando su padre vuelve a entrar. Seguimos al señor Laird, aún cogidos de la mano, y noto un hormigueo por todo el brazo.

Ayudo a Zach a terminar de ordenar los DVD y luego él se pone detrás del mostrador mientras su padre almuerza y ve la televisión en un cuarto. Deja la puerta abierta, seguramente para vigilarnos.

—¿Puedo preguntarte algo? —Zach hace inventario y yo estoy apoyada al otro extremo del mostrador. Asiente y le pregunto—: ¿Qué es eso de fumar?

Me mira como si le sorprendiera la pregunta.

Deja el bolígrafo antes de responder.

—Fui a un internado a principios de noveno curso. Fincher. Es solo para chicos, está a las afueras de Raddick. Mi padre y mis dos hermanos también fueron.

»Todo el mundo fumaba. Todos mis amigos, los profesores. Los alumnos no podían fumar en las instalaciones del colegio, pero nos alejábamos un kilómetro, hasta el letrero de la escuela, y fumábamos frente a él. Mientras no estuviéramos detrás, no pasaba nada.

Me reí.

—La primera vez que mi compañero de habitación, Dean, me ofreció un pitillo después de un par de meses de estar allí, lo probé para ver de qué iba la cosa. Fue horrible. Pero horrible en plan «me acaba de perforar un pulmón».

Vuelvo a reír.

—Más adelante pillaron a Dean fumando en el vestuario y le dijeron que si volvían a verlo fumar lo expulsarían. Escondí sus últimos dos paquetes en mi maleta, con la esperanza de que eso lo disuadiera.

—¿Y fue así?

Zach niega con la cabeza.

—Me hizo esto. —Se inclina para señalar una pequeña cicatriz cerca del ojo derecho. La

cicatriz no está abultada y parece antigua, pero extendiendo la mano para tocarla.

»Un chico violento. —Zach chasquea la lengua—. La cosa es que olvidé que tenía los dos paquetes y vine a casa para las vacaciones de primavera. —Baja un poco la voz, como si no quisiese que su padre oyera esta parte—. Y entonces mis padres me dijeron que no podían permitirse la matrícula de otro año en Fincher.

Vuelve a hablar más alto, pero no tan alto como cuando empezó a contar la historia.

—Me quedé hecho polvo porque estaba haciendo muchos amigos. Mis hermanos habían ido a Fincher y se habían graduado allí; era como un rito de iniciación en mi familia.

—Menuda faena —digo, y él asiente. Abre una bolsa de gominolas y la pone entre los dos.

—Pues sí. Pero al menos estuve ese año. —Mastica un osito de gominola—. Lo más seguro es que Kevin no tenga ni eso. —Es el primer deje de tristeza no relacionado con Lindsay que oigo en su voz y se me encoge el corazón—. Aunque puede que a Kevin no le haga falta porque ya fuma como un carretero.

Me río y busco más gominolas.

—Aprendí todos los malos hábitos en Fincher. —Coge el bolígrafo y tacha algo del papel—. Como iba diciendo, eran las vacaciones de primavera. Papá me dijo que no podía volver en septiembre. Intenté hacer como si nada, pero me pasé toda la semana en mi cuarto, deprimido. ¿Y sabes qué encontré? Los dos paquetes de cigarrillos. Me fumé los dos en un fin de semana.

—Zach —le regaño, como si estuviera sucediendo ahora y no hace más de un año.

—Quiero dejarlo. Ahora es mucho mejor que antes —dice, orgulloso—. Papá ha prometido comprarme una Sonic CXX si fumo menos de dos al día cuando comience la escuela este año.

—Vaya, eso es... —Hago una pausa, para buscar la palabra correcta—. Eso es tener una mente muy abierta. —A mi madre le daría una embolia si me pillara con un cigarrillo en la mano.

—¡Él es peor que yo! —Zach se ríe—. O lo era. Lo dejó a finales del año pasado, después de muchos años, tras engancharse en Fincher.

—Bueno, pues espero que lo dejes —digo, incapaz de ocultar el tono reprobador.

—¿Y tú, qué? —pregunta Zach—. ¿Cuál es tu vicio?

—Mmm. —Finjo que me lo estoy pensando—. Tengo una extraña adicción a los ositos de gominola. Esto es caza furtiva, casi. —Me meto uno en la boca mientras hablo.

Zach sonrío, pero me examina seriamente antes de decir:

—Quieres a tu viola más que a la gente.

Me pilla tan de improviso que tardo un rato en responder. Recuerdo que me dijo algo parecido en su casa la semana pasada:

—Solo me has visto tocar una vez.

—Lo sé —dice.

Hay una pausa larga y luego digo:

—Bueno, tal vez no haya encontrado a la persona adecuada a quien querer.

Zach esboza una media sonrisa.

—Todavía —dice.

—Todavía —digo, y me como otro osito de gominola.

**DESPUÉS**

Enero

Cuando Caleb y mi madre apagan las luces, me pongo unos vaqueros, una sudadera, un abrigo y unas botas, cojo las llaves y salgo por la puerta principal, cerrándola con cuidado detrás de mí.

A diferencia de esta mañana, el chico del bus no está en la acera de casa. El cigarrillo que tiró al suelo tampoco está, pero puede ser que alguien lo haya mandado al césped de una patada o que un golpe de viento lo haya llevado hasta otra calle. Tal vez nunca haya existido siquiera.

Me están empezando a doler la cabeza y los ojos de lo poco que he dormido durante las últimas dos semanas. Me froto las sienes e intento recordar en qué estaba pensando cuando apareció él antes de entrar al instituto —Overton, el *bagel* que me comí para desayunar, lo real que parecían sus muslos cuando lo toqué ayer en el banco del parque—, pero no consigo acordarme de nada, conque decido acudir a él.

Primero me acerco en coche al instituto —hasta la ventana del aula de música, para ser exactos— porque no se me ocurre ningún otro plan. Pero allí no hay nadie.

Sigo dando vueltas con el coche por las inmediaciones de Bentley Lake y el parque que lo rodea, pero allí tampoco encuentro nada.

El siguiente lugar al que voy es al centro comercial donde «trabaja». Podría estar allí ahora mismo, aunque sea casi la una de la madrugada. Salgo del coche y camino de un lado a otro frente a la puerta del centro comercial, ahora cerrado.

Ni rastro de él. El aparcamiento, completamente vacío, está cubierto por una capa de nieve y huellas de neumáticos.

Llegada a este punto, estoy confundida.

«¿Chico del bus?», susurro.

Como era de esperar, no obtengo respuesta alguna. Asustada por mi tono de voz —aunque estoy algo aliviada de que nadie haya contestado—, doy un brinco y me dirijo rápidamente hacia el coche.

No tengo ni idea de dónde ir a buscarlo. De cómo encontrarlo.

En realidad, nunca he intentado hacerlo aparecer. ¿Será que no me estoy esforzando lo suficiente?

¿Qué fue lo último que me dijo?

«No te olvides de mí».

Con la puerta del coche abierta, cierro los ojos y trato de recordar la noche en que lo vi por primera vez. Pienso en el concierto y en el autobús. Y en esa sonrisa brillante y contagiosa.

De repente, oigo unos pasos que hacen crujir la nieve. Me meto en el coche de un salto y bloqueo todas las puertas. El corazón me da un vuelco al ver que se acerca el chico pelirrojo y sonriente —ese que solo yo puedo ver— tras aparecer de la nada. Lleva las manos metidas

en los bolsillos de los vaqueros, una camisa demasiado fina para el frío que hace y una expresión despreocupada en la cara.

Es como si me hubiese estado esperando desde siempre. Como si no lo hubiese invocado yo por arte de magia.

Da dos toquécitos en el cristal de la ventanilla. Después de respirar hondo un par de veces, bajo la ventanilla unos centímetros. Tengo la piel de gallina.

—¿Estás bien? —pregunta.

*No, pienso. Estoy de todo menos bien.*

Sin embargo, lo que me sale decir en ese momento es:

—Dime que al menos ya lo has descubierto. Que sabes quién eres. Algo.

Niega con la cabeza con aire arrepentido.

—¿Nada? —pregunto, desesperada—. ¿Ni lo más mínimo?

En el fondo, sé perfectamente que él no tiene la culpa. Es cosa mía. Si puedo invocarlo para que aparezca; si solo yo puedo verlo y nadie más; si puedo hablar con él y oírlo, aunque realmente no esté aquí... es todo cosa mía. Soy yo quien debe averiguar qué está pasando.

Me quedo mirándolo, intentando encontrar en este chico alto y pelirrojo algo de aquel bebé que Caleb me enseñó. Ni siquiera tienen el mismo color de piel. Aun así, tienen que estar relacionados de alguna manera.

¿Será él una señal o algo? ¿Una señal para cuestionarme mi salud mental, ir a Overton y así conocer la verdad sobre mi familia? Pero entonces, ahora que ya la sé, ¿por qué se me sigue apareciendo?

Aparte de que no se parece en nada a mi hermano, no puede haber ninguna relación entre nosotros porque siento mariposas en el estómago cada vez que estoy cerca de él y me pongo nerviosa cada vez que sonrío. Sé que estoy loca, pero estar enamorada de alguien que es, supuestamente, de mi familia, sería una locura de un nivel extremo. Y, cuanto menos, asqueroso.

Si existe alguna relación entre el chico del bus y el hermano que perdí, tiene que ser de otro tipo.

—¿Puedo entrar? —Se puede apreciar el vaho que produce al respirar y tiene la nariz de un color rojo brillante. Tengo que dejarlo entrar porque está esperando inquieto a que le abra junto a la puerta del pasajero. No dejo de preguntarme si todo esto es producto de mi imaginación: verlo, hablar con él, abrir la puerta y dejar entrar a un desconocido invisible... Tengo la cabeza llena de pensamientos y lucho para contener las ganas de gritar.

El coche parece mucho más pequeño con él dentro, como si nos separasen apenas centímetros en vez de medio metro. Sus piernas largas ocupan demasiado espacio y oigo cómo mueve las manos en la oscuridad para intentar echar el asiento hacia atrás. Me inclino hacia él y levanto la palanca de debajo del asiento para ayudarle mientras trato de no inhalar su olor a detergente, sudor, humo de tabaco.

—Gracias —dice. Pienso que se refiere a lo del asiento, pero entonces añade—: Por volver.

Me carcome una mezcla de confusión, culpabilidad, pena y qué sé yo, por cómo lo hago aparecer y desaparecer, y lo único que me nace hacer es mirar hacia adelante, más allá del

parabrisas.

—Esta noche me he enterado de que tenía otro hermano —digo en voz baja. No sé por qué lo he soltado, pero lo he hecho. Y me siento bien. Me siento muy bien.

—¿Qué le pasó? —pregunta el chico del bus con desenfado.

—Murió —contesto—. Hace casi seis años.

—Lo siento —añade. Me pone una mano en el hombro y, a través de todas las capas de ropa que llevo puestas, siento cómo se me calienta el brazo de repente. Por la caricia de un chico imaginario.

Me quedo callada durante unos minutos. Mientras tanto, la cabeza me da vueltas y vueltas, hasta que llego a una conclusión incuestionable: *No es fruto de mi imaginación.*

De repente se cuele una fuerte corriente de aire en el coche. Al girarme hacia él, veo que tiene un cigarro entre los labios, un mechero en la mano, los ojos como platos y la ventanilla bajada.

—¿Qué? —pregunta.

—Qué asco —digo lentamente. Mi tono de voz aumenta conforme hablo—. Si vas a fumar, sal de mi puto coche.

Sí, estoy enfadada, pero no es solo porque esté fumando. Por lo que me hace sentir verlo de nuevo. Es por la manera en que mi vida se está desmoronando, como las piezas de un rompecabezas que se desarma a mi alrededor, y por no poder hacer nada para evitarlo. ¿Qué debo creerme? ¿Qué hago ahora?

Para mi sorpresa, abre la puerta y sale del coche.

Veo cómo empieza a alejarse con el cigarro en la mano y me pregunto dónde piensa ir.

«Si cae un árbol en el bosque y no hay nadie allí...».

Sabe que, una vez ya no esté al alcance de mi vista, habrá desaparecido de nuevo. Quizá lo he enfadado tanto que ya no le asusta desaparecer en este momento.

Pero entonces caigo en la cuenta de que, si se marcha —y por primera vez será por su propia voluntad—, no podré volver a encontrarlo. Puede que el vudú que hice para que aparezca fuese solo cuestión de suerte y todavía tengo muchas cosas que preguntarle como para dejar que desaparezca para siempre.

—¡Eh!

Salgo del coche y empiezo a caminar hacia él, pero va demasiado rápido y hace todo lo posible por no hacerme caso.

—¡Eh! ¡Vuelve!

—¿Por qué? —grita por encima del hombro sin detenerse.

—Creo que sé quién eres —le contesto a gritos yo también. En ese momento, se queda inmóvil de espaldas a mí y, a los pocos segundos, se gira y me mira fijamente.

Ambos contenemos la respiración; lo noto, por muy lejos que estemos el uno del otro.

—¿Quién soy? —pregunta. Me está desafiando.

No se lo digo a voces porque estoy convencida. Porque tengo miedo. Porque lo intuyo.

«No te olvides de mí», dijo aquel día.

—Un recuerdo —susurro.

**ANTES**

Principios de agosto

(hace diecisiete meses)

Nuestra primera cita es en Schiavoni's. Como ya hemos dejado claras algunas cosas —los besos, que es una cita real, el lugar— estoy emocionada y nada nerviosa por esta noche. Elegir modelito es lo peor y por poco necesito hacer una llamada de emergencia a Katy, pero luego recuerdo que sigo gustándole a Zach después de haberme visto con la cara llena de ketchup, así que decido ponerme un vestido azul marino con rayas marineras por arriba y por abajo. Combino el vestido con mis cuñas favoritas y me dejo el pelo suelto.

Zach pasa a recogerme a las seis. Lleva puesta una camisa estilo Oxford, unos pantalones ajustados marrones y deportivos. El pelo lo lleva peinado hacia atrás y está casi irreconocible, excepto por un pequeño mechón rebelde que se le queda levantado justo por encima de la frente.

Mi madre está en un evento de Channel Se7en, pero, sorprendentemente, Caleb está de muy buen humor esta noche. No está encerrado en su cuarto y, aunque no se ha afeitado, al menos lleva ropa limpia. Mientras bajo por las escaleras, Caleb se acerca corriendo a la puerta principal.

—¡No me dejes en ridículo! —le digo, preocupada, mientras voy hacia él a toda prisa. Cuando no está aislado en su habitación, deja de ser un buen hermano mayor para convertirse en un gilipollas, y me preocupa cómo se comportará esta noche. Cuál de los dos Caleb será cuando llegue Zach.

Cuando por fin llego a la puerta, mi hermano ya ha dejado entrar a Zach y le está preguntando:

—¿Qué intenciones llevas con mi hermana?

—¡Caleb! —le digo, enfadada. Él se echa a reír. Zach también se ríe, pero está rojo como un tomate. Le doy un puñetazo en el brazo a mi hermano. Simpático. Va a ser simpático con él.

—Estoy de coña —contesta Caleb y se apoya en la pared con los brazos cruzados. Está disfrutando la situación y, de pronto, siento que lo entiendo muy poco. *¿Qué lo hace sentir triste, feliz y furioso?*, me pregunto.

—¿Así que vas al instituto Meridian?

—Sí. ¡A por ellos, Titans! —contesta Zach. Intenta aparentar tranquilidad, pero parece nervioso. Aunque son más o menos de la misma estatura, Zach parece más menudo y sumiso en presencia de Caleb.

—Respuesta incorrecta. West Lyndale Wildcats —dice Caleb.

—¡Os dimos una paliza el año pasado, eh!

—Un partido... Ya ves tú —contesta Caleb—. ¿Y qué opinas de la racha de tres años seguidos que os ganamos antes de eso?

Zach se ríe.

—¡Hasta os pusimos nombre! «El Régimen del Terror».

—Ya te digo.

—Bueno, me alegro de que hayáis podido hablar un poco. Nos vamos. Buenas noches — digo y aparto a Caleb para poder ir hasta la puerta principal.

—Ahora en serio, ¿dónde vais y a qué hora vais a volver? Mamá querrá esa información cuando llegue... A menos que quieras que mande a un equipo de rescate a buscarte.

Zach le cuenta el plan que tenemos y, finalmente, Caleb nos deja marchar. Miro a mi hermano al cerrar la puerta detrás de nosotros. Parece haberse quedado con las ganas de hacer mil preguntas más.

—¡Hola, tú! —me dice Zach ya fuera de casa. Se me acerca y me da un beso en la mejilla —. Estás muy guapa.

—Tú también —contesto. Él se ríe. Está realmente guapo con su pelo a lo Zach, su sonrisa a lo Zach y sus ojos a lo Zach. Se ha convertido en un sintagma propio.

Espero que consiga relajarse y volver a ser el chico burbujeante de siempre después de haber conocido a mi hermano. No obstante, todavía está algo colorado y parece nervioso mientras conduce. Pienso *Está nervioso por la cita*, y eso me hace sentir bien por dentro, de una manera entre sádica y maravillosa. Cuando llegamos al restaurante, nos bajamos del coche y le tomo la mano, entrelazando mis dedos con los suyos. Los suyos son más grandes y están más calientes que los míos, también son bastante ásperos y están curtidos, como las manos de mi padre.

Al entrar, siento como si todo el mundo nos mirase. Zach da su nombre para que nos asignen la mesa que había reservado. *Ha reservado una mesa*. Por supuesto, todo el mundo está ocupado cenando y hablando de sus cosas. Zach se pone un poco tenso cuando la camarera se acerca a nuestra mesa. Si ya estaba nervioso antes, ahora parece que libra una batalla interna. No sé qué pensar, así que me quedo mirando a la mujer que está frente a nosotros. Es rubia, bajita y más joven que mi hermano, pero mayor que Zach y yo.

—¿La mesa de siempre? —pregunta.

Entonces caigo en la cuenta.

Solían venir aquí antes.

Él y ella.

Este es su sitio.

*Lindsay.*

Ya no le agarro la mano con tanta fuerza.

Zach sacude la cabeza.

—Esto... no. —Mira fijamente a un punto al otro lado de la sala. La camarera me mira, se da cuenta de que no me conoce, sonrío para tratar de arreglarlo y nos lleva hasta la mesa para dos.

Me siento frente a él. Las lámparas dan mucho calor y parece que me estuviera ardiendo la cara. O quizá llevo demasiado maquillaje. Nuestra camarera, Taryn, nos da dos cartas. Zach coge la suya rápidamente y empieza a leerla, pero aún parece nervioso y distante. Segundos más tarde, Taryn vuelve con un plato de pan de ajo recién horneado y, aunque el estómago

no deja de rugirme, no cojo ni un solo trozo.

Noto cómo se me calientan las orejas y el cuello. Qué vergüenza, seguro que parezco estúpida.

—No hace falta que sigamos con esto —le digo, sorprendida de haberlo dicho enfadada.

—¿Seguir el qué? ¿Pedir la comida? —contesta Zach con rigidez—. No creo que sepan leernos la mente. A menos que tú sepas algo que yo no, claro.

No me río, aunque sé que quiere que lo haga.

—Nada de esto. No hace falta que hagamos esto —le digo y señalo la mesa y a nosotros dos—. Si es así, prefiero saberlo ahora.

Esperaba que se hiciese el tonto o algo, pero, en vez de eso, deja la carta en la mesa y suspira.

—Lo siento, Addie —dice—. Este es el mejor restaurante que se me ocurrió y ni siquiera se me pasó por la cabeza que... No sé, me siento un imbécil.

Zach se acerca a mí sobre la mesa y me pregunta con toda seriedad:

—Si quieres... Nos vamos, si quieres.

Me lo pienso durante un par de segundos. Todavía tengo la cara y el cuello ardiendo; el brillo de las lámparas es demasiado fuerte. Pero me quedo mirando a Zach a los ojos, grises, profundos, sinceros y arrepentidos. Aunque estoy enfadada con él, sus ojos me hacen sentir un escalofrío por todo el cuerpo.

Si le armo un escándalo y hago que me lleve de vuelta a casa, estropearé algo que he buscado prácticamente desde el momento en que lo conocí: no solo tener una cita con Zach y pasar tiempo con él sabiendo a ciencia cierta que nos gustamos, sino ese deseo vibrante e ineludible que me recorre las venas cada vez que estamos juntos.

Es como si su sonrisa, sus caricias y su presencia me abrieran los ojos.

—¿Y dejar que se eche a perder ese pan de ajo que tiene tan buena pinta? —contesto, un poco molesta todavía. Poco a poco se dibuja una sonrisa en su cara y parece aliviado.

—Soy un imbécil —dice.

—No te lo voy a discutir —contesto y él se ríe. Pido la cena de los dos: la especialidad del chef, un plato que ninguno de los dos ha probado nunca. *Corzetti stampati al limone*. La pasta es redonda, plana, con forma de moneda y tiene salsa de limón y queso por encima. Está caliente, el queso está fundido y tiene un toque ácido por el limón. Es lo mejor que he probado en este último tiempo.

—Mmm.

—¡Mmm!

Nos turnamos para murmurar de una forma cada vez más cuestionable lo buena que está la comida. Mientras lo hago, me doy cuenta de que normalmente no suelo actuar así; no suelo soltarme la melena y dejarme llevar por el momento, aunque para ello tenga que hacer el tonto.

Hago un esfuerzo para disfrutar, para sumergirme en este momento tan agradable, tan feliz, tan Zach.

—Qué rico.

—¡Está buenísimo!

—Deberías dedicarte profesionalmente a pedirle la cena a la gente en los restaurantes.

—Solo si yo también puedo comer todo lo que pida.

—Pues claro —dice Zach.

—Probaría algo nuevo cada día —digo.

—Eso es algo que me gusta de ti.

—¿A qué te refieres? —Levanto la vista y lo observo. Aun así, apartar la mirada de la comida durante mucho tiempo es como un pecado, así que vuelvo a mirar el plato rápidamente.

—Que pruebes cosas nuevas. Que no te cierres a nuevas experiencias —dice—. Cuando te propuse ver una terrormedia no te lo pensaste ni un segundo. No todo el mundo habría reaccionado igual. Hay personas que se van con la película que han venido a buscar y ya. Pero tú la viste y luego viniste a por más.

Empiezo a masticar despacio.

—La verdad es que estaba bajo tus efectos... Quiero decir, no sé si hubiese hecho lo mismo si me hubieras parecido feo.

No es del todo falso, pero Zach me ha puesto sensible con lo que acaba de decir.

Nunca me he considerado una persona decidida, precisamente. Creo que soy más bien el tipo de persona incompleta que está desesperada por encontrar aquello que la llene y la haga sentir viva.

Pestañeo deprisa porque, ¡venga ya!, no puedo ponerme a llorar aquí. En mi primera cita con Zach. Y menos por una estupidez.

Por suerte, no ha notado nada y está sonriendo por lo último que he dicho.

—Y después cuando te pregunté si querías formar parte de mi película, no te lo pensaste dos veces. Y estabas dispuesta a todo. Incluso a ayudar a Raj a subir el colchón. Que, por cierto, quería pedirte perdón por haber tenido que hacerlo.

Y, como si la única forma de canalizar las ganas de llorar fuera convertirlas en lo contrario, empiezo a reírme sola. La risa comienza a formarse poco a poco en el pecho para terminar explotando en la garganta. Por desgracia, todavía estaba masticando, así que me atraganto con un trozo de comida. Ahora no solo me estoy riendo, sino que también me estoy ahogando. Zach se parte el pecho y eso me hace reír más.

Me bebo un vaso de agua de un solo trago, pero el agua ha decidido irse por donde no es y ahora sí que me estoy ahogando de verdad. La cara se me pone cada vez más y más roja —tanto por la tos como por saber que estamos dando el espectáculo— y me muero de la vergüenza. Zach se está riendo tan fuerte que parece que se está ahogando él también, pero entonces para de golpe y, con los ojos bien abiertos, dice:

—Espera, estás bien, ¿no? ¿Te estás ahogando en serio?

Pero entre la tos y la risa, no puedo más que asentir con la cabeza. La pareja que está sentada en la mesa de al lado se nos queda mirando y yo vuelvo a perder la compostura. Creo que la última vez que me puse así de tonta fue en quinto de primaria. Es como si tuviese un bote lleno de carcajadas que se ha abierto y que no puedo volver a cerrar. No sé dónde está la

tapa. No sé cómo contener la risa sin que se salga.

Zach ya no se ríe y añade:

—No te vas a morir aquí mismo, ¿verdad?

Digo que no con la cabeza mientras recupero la calma. La tos desaparece un poco, pero no me atrevo a hablar todavía.

—¿Eso significa que estás bien? ¿O que no lo estás?

Digo que sí con la cabeza y, al ver su mirada de preocupación, me parto de la risa de nuevo y vuelvo a toser. Zach se levanta y trae su silla a mi lado; están prácticamente pegadas y aprovecha para ponerme una mano sobre el brazo. Entonces, dice:

—Quiero que asientas con la cabeza si estás bien o que la muevas de un lado a otro si no lo estás.

*Compórtate, Addison*, me digo.

El ataque de risa remite un poco y, aunque se me siguen cayendo los lagrimones, asiento con la cabeza.

—Vale —contesto con un resoplido, aunque parece que digo «val». O quizá «va». Ni siquiera suena la ele.

Él me mira y sacude la cabeza. Todavía me toca y sigo sintiendo cómo la energía me recorre la piel desnuda.

—Shhh —me ordena para que deje de hablar—. Bien. Ahora mismo, eres mi chica favorita —añade en un tono más suave. Le brillan los ojos y se le dibuja una sonrisa de oreja a oreja.

Se me paran las neuronas por un momento y me alegro de tener que estar callada porque ahora mismo el corazón me late con muchísima fuerza y siento cómo la sangre me recorre todo el cuerpo. Seguramente sonaría ridícula si intentase hablar. Me saldrían las palabras a borbotones y solo conseguiría producir una serie de sonidos extraños e incontrolables. ¿Siempre he tenido tanto dentro de mí?

No es que no me sienta yo misma, porque sí que lo siento, pero es como si fuera otra versión de mí misma en este momento.

Así pues, en lugar de hablar, le enseño tres dedos.

Zach frunce el ceño, tratando de entender qué quiero decir.

—Tres..., ¿los tres mejores?

Lo señalo a él y vuelvo a enseñarle tres dedos.

—Yo —dice—, ¿entre los tres mejores?

Me encojo de hombros y Zach se parte de la risa.

Su risa intensa e incontrolable desprende el mismo calor que el sol que calienta mi piel.

—Madre mía, te cabrea este restaurante, ¿eh?

**DESPUÉS**

Enero

—Bueno, ya veo que empiezo a recordarte, pero... ¿por qué así? ¿Eres un fantasma? —le pregunto al tiempo que pongo la calefacción del coche al máximo cuando volvemos a estar dentro.

Supongo que las piezas del rompecabezas han empezado a encajar hace un momento, mientras tocaba la viola en mi habitación. Cientos de preguntas y acertijos moviéndose de un lado a otro hasta que por fin chocaron, hasta que por fin el día más tormentoso de mi vida empezó a cobrar un poco de sentido

—El tú de verdad —aclaro ya que no contesta.

Por supuesto que no recuerdo al chico del bus. Al chico del bus de carne y hueso.

Pero sé que estoy haciendo las preguntas acertadas. Es la única versión de los hechos que tiene sentido y que no me hace parecer loca de remate.

Sin embargo, si estoy en lo cierto —si él es un recuerdo—, ninguno de los miles de recuerdos que tengo se parece a lo que está ocurriendo aquí. No son recuerdos a escala real, al menos no lo bastante reales como para hablar con ellos, o tocarlos. ¿Podría ser un fantasma?

Le lanzo una mirada rápida. Tiene las piernas encogidas porque apenas cabe en el coche, y me pregunto qué significó para mí. Qué signifiqué yo para él. La sangre me sube a la cabeza y me enfado conmigo misma. Está clarísimo: estoy enamorada de un chico invisible. Pensar que no es totalmente fruto de mi imaginación me alivia un poco, pero no tanto como me gustaría.

—¿Y bien? —pregunto, impaciente por su respuesta.

—Bueno. —El chico del bus hace una pausa, pensativo. Estira el brazo, flexiona la muñeca y empuja la fría ventanilla con los dedos—. No puedo atravesar objetos, pero puede que no signifique nada. No soy experto en fantasmas.

*Ni en fantasmas ni en nada*, pienso con resentimiento. Vamos a ver, si sumamos las cosas que sabe, sobre todo de sí mismo, el resultado sería un cero grande como una casa.

Me cruzo de brazos.

—Entonces, ¿es posible que estés muerto?

—Sí, supongo.

—En ese caso, serías un fantasma.

—Pues... sí, podría ser —contesta él, cauto. Pongo los ojos en blanco y suspiro; el corazón empieza a pesarme como una piedra en el pecho.

¿Y si el verdadero chico del bus está muerto?

¿Sabían mis padres que existía? ¿Se deshicieron de todos mis recuerdos sobre él como hicieron con los de Rory?

Pero, si así fuera, ¿por qué mi madre nunca me habló de él cuando me contó que tuve un hermano pequeño?

Sentados en el coche viendo cómo empañamos los cristales al respirar no vamos a llegar a

ninguna parte, así que arranco y pongo rumbo de regreso a casa. Nos despedimos después de aparcar el coche en mi acera. El chico del bus se baja del coche y empieza a caminar calle abajo. Me quedo mirando cómo se marcha; cómo se va haciendo pequeñito hasta que, en un pestañeo, se funde con la oscuridad. *¿Ha desaparecido? ¿O simplemente está demasiado lejos para poder verlo?*

Me fastidia no saberlo.

Me bajo del coche y entro en casa sin hacer ruido, preparada para otra noche de dar vueltas en la cama gracias a todas las cosas que me rondan por la cabeza.

Por la mañana, el ambiente en mi casa es casi tan frío como el de anoche. Ni mamá ni Caleb parecen saber qué decirme, conque me marchó sin decirles nada, incluso sin desayunar.

Acorralo a Katy junto a su taquilla antes de la primera clase del día. Sé que tiene la costumbre de determinar la duración de sus relaciones, pero no puede hacer lo mismo con la nuestra. No lo pienso permitir. Además, necesito apoyo. Necesito a mi mejor amiga.

—¡Vaya! ¡Hola! —Se hace la sorprendida al verse acorralada en la taquilla—. Perdón por no haberte llamado anoche. Preparar los dichosos monólogos me está matando. Literalmente. Tienes mucha suerte de no tener que actuar ni hacer nada para la NYU. Has echado la solicitud y ya está. Pero mi proceso de admisión acaba de empezar... Por eso estoy tan ocupada. —Me cruzo de brazos y dejo que siga enterrándose con sus excusas—. Además, he estado bastante mal de la garganta. Debe de ser por practicar tanto. En cualquier caso, le he pedido a mi madre que se asegure de que tengo la vacuna contra las paperas porque no estoy del todo segura de habérmela puesto. De lo que sí estoy segura es de que no es un resfriado común.

—Tengo que hablar contigo —le digo.

—No, en serio. Las pastillas para la tos no me hacen ningún efecto. ¿Tengo fiebre? —Me coge la mano y se la lleva a la frente.

—No, no tienes fiebre. Estás bien.

—¿Bien? ¡Estoy fatal! —contesta. De repente, se pone a saludar con demasiada energía a Mitch Enns, que va de camino a clase con su pandilla de fútbol. Mitch hace ademán de abrazar a Katy. Ella se ríe y hace un gesto con la muñeca como pasando de ellos.

—A lo mejor Mitch te ha dado algo —digo a conciencia. Me mira fijamente, molesta por mi tono impaciente, pero decide pasar de lo que acabo de decir.

—¿Te he contado que Mitch encontró mi pulsera? Estaba en su coche.

—Pero, ¿no habías dicho que llevabas tu coche el día que salisteis? —pregunto con tono acusador.

Katy se pone roja.

—Eso fue otro día. —Se coloca el pelo por detrás de la oreja—. La buscó por todas partes, incluso por los vestuarios de Act! Out! porque no sabía cuál era el mío. Se quedó después de clase para mirar en todas las aulas y en los baños de las chicas, y le explicó al conserje que se me había perdido. Yo no tenía ni idea de la que estaba liando para encontrarla, pero al final apareció en el coche. ¿Puedes creerte que...?

—Katy, me has estado evitando —le digo, cortándola.

—He tenido mucho lío —contesta. En todo momento evita el contacto visual, lo cual confirma mis sospechas.

—Necesito tu ayuda. Urgentemente —continúo. Se me cierra la garganta al acordarme de todo lo que ha pasado últimamente.

«Rory».

El chico del bus no son imaginaciones mías.

Ya tengo algunas piezas, pero necesito ayuda para ordenarlas y saber dónde van las esquinas.

Frunce el ceño como si tratara de comprender mi expresión seria y directa.

—Está bien. ¿A dónde quieres ir? —pregunta y echa un vistazo al pasillo.

En cuanto suena el timbre, salimos del edificio a escondidas y nos metemos rápidamente en el coche. Katy se sienta en el mismo lugar donde estaba sentado el chico del bus hace apenas unas horas.

—¿Qué te pasa? —pregunta y deja la mochila a sus pies—. ¿Por qué está este asiento echado tan para atrás?

Me viene a la mente la imagen fugaz de las largas piernas del chico invisible aprisionadas aquí dentro y contengo las lágrimas como puedo.

—Toda mi familia es una puta farsa, Katy —le digo. No tenía pensado empezar por ahí, pero ahora mismo me parece un buen momento.

—Oye —contesta con dulzura y se inclina hacia mí para darme un abrazo—. ¿Qué ha pasado? ¿Va todo bien?

—Tuve un hermano pequeño. *Rory*. —Es como si su nombre fuera venenoso, insignificante, pero al mismo tiempo muy doloroso... Significa todo y nada al mismo tiempo—. Yo solo tenía once años cuando murió por un error mío. ¿Conoces Overton? ¿El centro de investigación cerebral que está en las afueras? Pues mis padres, bueno... mi madre, me llevó allí para que lo eliminaran de mi memoria. *Lo borraron*.

Siento cómo Katy se tensa. El brazo que tiene apoyado en mi hombro se vuelve de piedra. Tras un segundo, lo deja caer y descansa las manos sobre su regazo.

—Dios mío —susurra—. Dios mío.

—Ya... —contesto—. Ayer he ido allí para preguntar si podrían ayudarme a solucionar mis pérdidas de memoria y mis problemas para dormir.

Me mira sorprendida. Está pálida.

—¿No me habías dicho que estabas mejor? ¿Que ya dormías? ¿Que ya no lo veías?

—Te mentí —confieso, avergonzada.

—Joder, Addie... —susurra una y otra vez.

—Ya lo sé —contesto. Quiero abrazarla de nuevo por comprenderme. Porque es mi mejor amiga y la única persona a la que podría contarle esto; la única persona a la que podría confesarle que mi vida siempre ha sido un engaño y que comprendería cómo duele... cómo me siento por dentro.

—Bueno, el caso es que creo que el chico del bus está relacionado con Overton y con Rory. Por un momento pensé que quizás él era mi hermano, pero es imposible. Es demasiado mayor y no se parecen en nada. —*Además, creo que me gusta*. Ya vuelvo a divagar.

Ahora mismo solo sé que Katy se ha quedado blanca como la leche—. Ahora creo que también lo eliminaron de mis recuerdos cuando tenía once años, como hicieron con Rory. A ver, puede que me equivoque. Quizás en el accidente sufrí daños cerebrales, quizá sea un brote psicótico y me he inventado a un tío de la nada, pero no creo que sea eso. Me suena de algo. Creo que estoy empezando a recordarlo.

—Addie —dice Katy. La miro y veo que está llorando. Ese llanto que apenas te deja respirar. Estoy confundida... Entiendo que esté afectada por todo lo que le acabo de contar, pero no entiendo del todo su reacción.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

Katy niega con la cabeza, intenta coger aire y encontrar las palabras adecuadas. Al final, ambas cosas salen a borbotones.

—Te pedí que me dejaras contárselo a mi madre. Por Dios, Addie. Hasta me hiciste prometértelo. No sabía nada de Rory y está claro que tú tampoco. De haberlo sabido, jamás te habría dejado hacerlo. Creíamos que era la primera... la primera vez. Querías hacerlo para superar todo lo que había pasado.

Dice palabras, las tartamudea, pero nada de lo que dice tiene sentido. Le agarro el brazo para tranquilizarla.

—¿De qué hablas, Katy?

—No lo sabíamos, Addie —contesta entre sollozos—. No sabíamos que ya te lo habían hecho antes.

—No entiendo —le digo. No obstante, lo que dice se me graba en la cabeza.

«No lo sabíamos. Pensábamos que era la primera vez».

—No lo entiendo —repito.

Katy respira hondo y me mira.

—Volvimos allí, Addie —dice finalmente con voz y palabras claras—. Te volvieron a operar.

**ANTES**

Principios de agosto

(hace diecisiete meses)

—Addie, ¿qué sabes de los pececitos dorados? —pregunta Zach en lugar de saludar cuando descuelgo el teléfono.

—Que tienen memoria de pez, ¿no? —contesto—. ¿O es solo un mito?

—Creo que es un mito, sí —dice él. Son las once y media de la mañana. Acabo de llegar de la clase de viola y me he puesto a escuchar algunas piezas de William Primrose en bucle. La mayoría de las grabaciones que hay en Internet son bastante antiguas porque murió en los 80, pero probablemente sea el violista más expresivo que haya escuchado en toda mi vida. Toca como cualquiera utiliza los dedos o las cuerdas vocales: de manera inconsciente, natural, como si la viola fuese parte de su cuerpo. Mataría por ser tan prodigiosa como él. Cuanto más fluida quiero que suene una pieza, más tengo que practicarla. Pero merece la pena si al final consigo tocar la pieza completa de una sola vez y sumergirme de lleno en ella sin pensar en los conocimientos técnicos.

—Bueno... —continúo, tratando de desconectarme de la viola y de contestar a la pregunta de Zach—. Son doraditos, a veces anaranjados. Son peces. De agua dulce, creo. Y tú tienes uno.

Zach suspira.

—Tenía —dice—. Esta mañana, al despertar, lo he encontrado en el fondo de la pecera, como si estuviera descansando. Di unos golpecitos al cristal para ver si se despertaba y después lo cogí con la red, pero no sirvió de nada. Las branquias no se le movían. Además, tenía los ojos peculiarmente grises y como metidos hacia adentro. He buscado información en Internet y todo apunta a que ha muerto.

—Vaya mierda... —contesto—. Parecía un pez... majete.

—¡Qué va! Era malísimo —replica Zach—. De hecho, compramos dos peces. El otro era un molly amarillo que se llamaba *Molly*, pero *Goldie* se lo comió a las seis horas de tenerlos en casa.

—Joder —me río—. Igualmente. Es una mierda.

—A ver, era el de mi hermano, pero... sí. —Oigo movimiento al otro lado del teléfono—. Bueno, mira. Kev aún no sabe lo de *Goldie* y está en casa de un amigo suyo. ¿Me ayudarías a buscar una réplica exacta de *Goldie Hawn* antes de que vuelva? Siento darle tanto bombo al asunto; va a ser algo bastante mundano, la verdad.

Me río.

—No lo sé. Iba a pasarme el día de tranquis, tal vez practique un rato para después seguir holgazaneando —contesto—. Pero venga, vale. Creo que podré encontrar un hueco para ti en mi apretada agenda.

—Perfecto —dice Zach. Por su voz, sé que acaba de sonreír.

Media hora después, cuando pasa a recogerme, lleva puesta una camiseta verde como

descolorida con un agujerito en el cuello y el pelo más revuelto de lo normal. La combinación es tan desastrosa y graciosa a la vez que siento mariposas en el estómago. Le acaricio el pelo, porque puedo, mientras le doy un beso después de entrar en el coche.

—A las cuatro entro a trabajar —me dice mientras mira el reloj del coche. Marca las 9:12, así que imagino que serán las doce y algo. Suele ir con tres horas de retraso, por muchas veces que Zach lo ponga en hora—. Tendremos que darnos prisa.

Lo miro algo confundida.

—Pensaba que íbamos a comprar un pez, no una casa. Tenemos tres horas.

Pero Zach tiene razón. Tres horas no dan para tanto. Más que nada porque, según parece, no vamos a buscar un pecesito dorado sin más. Estamos buscando al hermano gemelo de *Goldie Hawk*. La primera tienda en la que entramos está llena de peces y cuando pegamos la cara a la pecera, Zach hace un gesto de disconformidad con la cabeza.

—No. *Goldie* tenía una raya blanca justo debajo del ojo.

—¿Rayas blancas? ¿Seguro que lo que estás buscando es un pez dorado y no un pez payaso? —pregunta el vendedor de la tienda. Es un adolescente con el pelo de punta.

Zach lo mira con desdén.

—Claro que estoy seguro. No era una raya larga. Y tampoco era muy grande, de hecho. Era más bien una manchita blanca.

Decidimos probar suerte en otra tienda. El encargado es altísimo, como el típico mariscal de campo, pero con unos cuarenta tacos. Sabe mucho de peces dorados y parece algo sabihondo.

—Ya —dice tras escuchar nuestra explicación sobre lo que estamos buscando exactamente—. Voy a enseñaros el cardumen que tenemos, a ver si hay alguno que cumpla vuestros requisitos.

—¿Cardumen? —repito.

—Un banco de peces dorados es un cardumen. Como un rebaño de vacas. —Nos mira sorprendido, como si se preguntara qué nos enseñan en la escuela. La verdad es que yo no tenía ni idea. Pensaba que todos los grupos de peces eran «bancos»—. Seguro que no lo teníais en una pecera lo bastante grande. Ese es siempre el motivo. Y pensar que hay gente que los mete en peceras claustrofóbicas... Pueden crecer más de un metro. ¿A vosotros os gustaría vivir en una minipecera toda la vida?

Sé que habla en segunda persona para referirse a la gente en general, pero suena bastante acusador. Zach y yo nos miramos y tengo que morderme el labio para no reírme. A mí no me gustaría vivir en una pecera, por muy grande que fuera, pero creo que no hace falta decirlo en voz alta.

Visitar una tienda de mascotas me ha recordado lo loca que estaba por los animales cuando iba a primaria. Antes de la música, los caballos eran el gran amor de mi vida; tenía la habitación y los cuadernos del colegio llenos de recortes de fotos de ponis. Como no podía tener un caballo, siempre que tenía la ocasión, hacía entrar a mi padre a las tiendas de mascotas para convencerlo de que necesitaba un jerbo, un conejo o un loro. Tuvimos un Lhasa Apso pequeño y gris durante unas veintiocho largas horas. Mamá se puso como loca porque Caleb tenía alergia y el perro no era hipoalergénico, por lo que tuvimos que devolverlo. Dijeron

que volveríamos a por otro en los siguientes meses —uno que no soltase tanto pelo—, pero al final no lo hicimos, no sé bien por qué.

Zach examina el enorme acuario lleno de peces dorados. En mi opinión, todos parecen exactamente el mismo pez que vi en su casa la semana anterior.

—¿Qué te parecen? —pregunto cuando el hombre se marcha a atender a otro cliente mientras nosotros decidimos. Empiezo a pensar que Zach está pirado. Quizá sea un disparate pensar que existe algún chico normal y mentalmente equilibrado al que yo le guste como él a mí.

—Está claro que no se parecen en nada a *Goldie*. —Suspira y se va a la otra punta del acuario para observar más de cerca a un pez en concreto; uno que se está comiendo algo.

—Zach —digo tras pensar por qué alguien podría estar así de obsesionado con encontrarle sustituto a un pez—. ¿Le has hecho algo a *Goldie Hawn*? —pregunto en voz baja, para que el dependiente listillo no me oiga, aunque está dos pasillos más allá—. ¿Lo has matado?

Zach me mira con incredulidad.

—¿Qué? ¡No! —contesta, y yo me río, porque no me lo creo—. No, te lo juro —insiste—. Me lo he encontrado así esta mañana, de verdad.

—Vale, vale. Solo preguntaba porque, para no haberle hecho nada, te veo demasiado interesado.

Zach niega con la cabeza y me mira.

—Te juro que yo no he tenido nada que ver —dice—. Es solo que... Mira, por muy irritante y contestón que parezca Kev, en realidad es un niño muy sensible. Mucho. No te extrañes tanto.

—No me extraño —miento.

Endereza la espalda y se pasa la mano por el pelo. Ahora sí parece que se ha electrocutado con un enchufe.

—A ver, Kevin tiene catorce años y evidentemente sabe lo del ciclo de la vida y todo ese rollo, pero hasta yo me he puesto triste al ver a *Goldie* en el fondo de la pecera. Es una mierda ver cómo algo pasa de estar vivo a estar muerto. Sin previo aviso. Sin término medio. Y llevaba con nosotros tres años. Solo quería que no se enterase.

Zach contesta que no con la cabeza cuando el encargado vuelve para preguntarnos si hemos encontrado lo que andábamos buscando.

Nos vamos y lo intentamos en otra tienda más, la última de la ciudad. La parte de los peces está cerca de la ruidosa sección de los pájaros, lo que no me parece una buena idea si a los pájaros les da por escaparse. Damos vueltas y vueltas alrededor del acuario en busca del pez perfecto. Sin embargo, Zach no deja de fijarse en uno que parece haber subido hasta la superficie para observarnos. Juntamos las cabezas y Zach huele un poco a una mezcla de detergente de limón, sudor y un ligero tufillo a tabaco. Me quedo mirándolo mientras hace un gesto con la cabeza para señalar al pez. Preocupado, se pasa la mano por el pelo y se inclina sobre el mostrador de la caja mientras paga, todo esto sin quitar ojo a la bolsa con agua donde llevaremos al gemelo de *Goldie Hawn*. No deja de preguntarme si hay algún problema en que este pez tenga la marca blanca más cerca de la boca que del ojo. Creo que es lo más

mono que he visto nunca.

Sin embargo, cuando se lo digo, contesta:

—Qué va. Tú harías lo mismo si tuvieras un hermano pequeño.

Se le dibuja una sonrisa.

No sé si tiene razón, no sé cómo sería yo de hermana mayor, pero mantengo mi opinión respecto a lo mono que es.

Más tarde, después de aclimatar a *Goldie Hawn* (II) en la pecera, Zach se va a trabajar y yo vuelvo a casa. Mientras discuto con Caleb sobre a quién le tocaba limpiar el cuarto de baño, me llega un mensaje de Zach.

*Bueeno. Pues resulta que mamá vio a Goldie esta mañana antes que yo y cuando fue a recoger a Kev al salir del trabajo, le dijo que se había muerto.*

Le contesto:

*¡¿QUÉ?! Espero que hayas hecho como si hubiese resucitado milagrosamente o le hayas contado que es un fantasma que ha vuelto para cerrar asuntos pendientes.*

Él contesta:

*¡Ja, ja, ja! Tendría que haberlo hecho, pero le he contado la verdad... Y va y me dice que habría preferido una tortuga.*

Vuelvo a contestar:

*¡¡¡JA, JA, JA!!! Eres un buen hermano, Zach.*

Y él:

*Vaya, gracias.*

Nos seguimos enviando mensajes durante toda la tarde, mientras cenamos y practico con la viola, y hasta las doce de la noche. Me duelen los labios de tanto sonreír. Creí que necesitaba algo que me espabilara. Como una ciudad llena de cosas de las que enamorarme: personas, lugares, monumentos, sabores, sonidos... No solo una persona, no solo un chico que vive al otro lado de la ciudad. Quiero que mi vida sea un poco más que eso también.

Y, aun así, me siento más boba, más graciosa y hago más el tonto que nunca. El corazón me late fuerte cada vez que vibra el móvil con un nuevo mensaje. Me siento como si estuviera loca, cargada de electricidad y cansada y un poco aterrada con cada mensaje que Zach tarda en contestar. O cuando contesta y tengo que pensar rápidamente algo gracioso, ingenioso o sugerente para responderle... o una combinación de las tres cosas.

Es algo horrible. Es como cruzar por un puente que se tambalea hacia un mundo completamente nuevo al otro lado. Sabes que puedes caer en cualquier momento, pero igual quieres saber qué te espera al otro lado. No hay mucho a lo que aferrarse. Tampoco sé si lo haría en caso de que lo hubiera.

**DESPUÉS**

Enero

—Lo siento muchísimo. Por favor, no me odies —dice Katy—. En cuanto me dijiste que trabajaba en Cineplex y lo describiste, supe que era a él a quien veías. Por eso te pedí que me dejaras contárselo a mi madre. Pensé que algo había salido mal.

*Por eso empezaste a evitarme*, pienso, pero no se lo digo. Estoy inclinada con la cabeza apoyada sobre el volante y los ojos cerrados intentando aferrarme a la realidad.

—Esperaba que solo hubiera sido un fallo. Algo temporal provocado por el golpe que te diste en la cabeza. Después de todo lo que hicimos para que pudieras olvidar lo que pasó, sabiendo lo destrozada que te dejó aquello, no iba a soltarte toda la verdad. Y entonces me dijiste que habías dejado de verlo y que empezabas a encontrarte mejor, así que pensé que todo iba bien..., no lo sé.

Sigo teniendo mil preguntas.

«¿Quién es él?».

«¿Qué ha pasado?».

«¿Lo sabías? ¿Todo este tiempo pensando que estaba loca y tú sí sabías quién era?».

¿Cómo puede ser cierto? ¿Cómo puede algo de todo lo que ha pasado en las últimas veinticuatro horas ser verdad?

—¿Quién es él? —pregunto, yendo por orden.

—Zach —dice ella.

*Zach.*

De repente, oír ese nombre me remueve algo por dentro. Como un chispazo, como un nervio pinzado.

Se llama Zach.

Me vuelve a la cabeza el chico del bus: esa ropa tan impropia para la estación actual, su amplia sonrisa... Su nombre me resulta como un bálsamo aplicado sobre una quemadura.

Y, aun así, Katy no me ha dicho gran cosa. ¿Quién narices es Zach?

—¿Qué pasó? —pregunto.

Parece vacilante, insegura.

—Estabas tan triste... Nunca te había visto así. Me dabas miedo. Por eso, cuando fuiste a Overton y quisiste que te borrarán los recuerdos que tenías de él... A ver, estaba asustadísima, pero quería que fueras feliz. Eres mi mejor amiga, Addie. Nunca he conservado a una amiga tanto tiempo. Te apoyé en todo lo que querías.

Me quedo callada.

*¿Qué?*

Esta no es mi vida. No puede ser.

¿Quién es Zach?

—¿Cómo lo hicieron?

—¿El método? No estoy segura. Sé que usan electrodos, esos parches negros que se

conectan a una máquina. Espera, ¿o te refieres a cómo conseguimos que lo hicieran sin que se enteraran tus padres? —Hace una pausa, pero no respondo, aunque contesta la segunda pregunta—: Usamos nuestros documentos de identidad falsos. Tú eras Kathleen Kelly. Pensaban que tenías diecinueve años.

Levanto la vista al oírlo. Así que *sí* los hemos aprovechado, como ella quería.

—¿Quién fue mi médico? —Es una pregunta estúpida. Mundana.

—Overton. El viejo.

Seguramente el doctor Hunt fue quien me operó a los doce años. Overton padre borró a Zach. Por eso Overton hijo no me reconoció.

—Pero ¿cómo? —vuelvo a preguntar—. ¿Nadie más lo conocía? Mis padres nunca hablaron de él. ¿Cómo es eso?

—Nunca dijimos a tus padres que te habías sometido al método. Estabas muy disgustada después de todo lo que había pasado con él, y ellos lo sabían. Así pues, cuando pediste a tu familia que no volvieran a hablar de él, lo hicieron con mucho gusto. Ninguno de nuestros amigos de la escuela lo conoce. El mayor problema fueron los capullos de sus colegas que se te acercaban e intentaban hablar contigo, sobre todo al principio.

Personas que yo creía que eran amigos de Katy.

La chica del centro comercial, Ashley, que dijo que nos conocíamos.

*Dios. Ay, Dios.*

Aún apoyada sobre el volante, hundo la cabeza entre las manos y lloro en silencio. Las lágrimas me brotan del pecho y acaban en mis ojos.

Esta no es mi vida. Nada de esto puede ser cierto. Sin embargo, las piezas empiezan a encajar y las cosas van cobrando sentido.

Toda mi vida es una mentira.

—Lo siento mucho —se disculpa Katy—. Solo quería que no estuvieses tan triste. No quería que te hicieras la operación, pero estabas muy convencida. Nunca te había visto tan disgustada.

No puedo ni contestar. Sigo estremeciéndome entre sollozos.

*Ay, Dios.*

¿Y ahora qué hago?

—Te diré todo lo que quieras saber —dice Katy, apretando mi hombro—. Todo lo que recuerde. Cosas que tú me hayas dicho. Te diré todo lo que me has dicho.

Todo lo que recuerda.

¿Qué queda de mí?

En cierto modo, Katy posee un pedazo gigante de mi vida; y mis padres, mi familia, el otro. ¿Qué me queda a mí?

¿Qué he hecho?

—No —digo levantando la cabeza del volante—. No quiero que me cuentes lo que ha pasado.

—Va... vale. —Katy parece sorprendida—. Addie, de verdad que lo siento. Te juro que no sabía nada de lo de Rory y debería habértelo contado en cuanto empezaste a ver a... a Zach,

pero yo... no sabía cómo manejarlo ni si era lo correcto.

Asiento sin decir nada.

Me siento rara, una extraña en un mundo completamente nuevo y ajeno. Katy me da lo más parecido a un abrazo que puede estando yo ahí sentada, catatónica, inclinada sobre el volante y mirando a través del parabrisas.

—¿Estarás bien? —pregunta.

Vuelvo a asentir y entonces abre la puerta, a regañadientes, y sale del coche. Yo me quedo ahí unos minutos, tal vez horas, mirando por la ventanilla. Intentando encontrarle sentido, por segunda vez en veinticuatro horas, a una versión completamente nueva de mi vida.

**ANTES**

Principios de agosto

(hace diecisiete meses)

Zach trabaja hoy y yo he venido directa de la clase de viola. Como su padre tenía visita con el dentista y la tienda está muerta, estoy sentada con las piernas cruzadas sobre el mostrador mirando con nostalgia las últimas fotos que Katy me ha enviado de su viaje.

—¿Tu padre siempre ha querido tener un videoclub? —pregunto mientras Zach trabaja con el ordenador un poco más allá. Está pidiendo terrormedias nuevas.

—Qué va. Esto antes era una tienda de música, pero solo los CD se venden peor que los DVD. Ahora todo es digital. Mira esto —dice Zach y miro extrañada una foto de un hombre con traje de negocios, con las perneras del pantalón subidas hasta las rodillas, que sujeta un maletín en una piscina que es, por supuesto, de ketchup. Evidentemente.

—Es un británico llamado Moyer. Fue número uno en la lista que publica *Cinema Tomorrow* con los directores más prometedores. Su primera peli era bastante buena, pero no tan buena como las que hacía Ciano en sus comienzos, claro. ¿Sabes qué es lo mejor de Ciano, así, concretamente? —dice Zach.

—¿Qué es lo mejor de Ciano, así, concretamente? —pregunto.

—Que casi la palma. —Eso no me lo esperaba—. *Rotary Windclock*, ya sabes, la tercera peli que te dejé, fue la que lo inspiró. Cuando tenía diecinueve años y estaba en la universidad, salió una noche solo y cuatro tíos lo asaltaron y le robaron. Le dieron una paliza y lo dejaron tirado, creyéndolo muerto.

—Joder —digo.

—Ya. No había nadie alrededor y cuando lo encontraron, estaba inconsciente. Tuvo que volver a aprender a caminar. Es decir, anda con bastón desde aquello.

»El caso —continúa— es que cuando hizo la película, decidió que no sería conmovedora ni depresiva, ni una historia de superación. Ni siquiera buscó lo gracioso, que sería al menos el respetable primo lejano de lo tonto. —Zach abre otra página del navegador mientras habla, se detiene a leer la sinopsis de una película y la cierra—. Dijo en una entrevista que su socio de producción quería hacer un documental sobre su recuperación, en el que se viera cómo volvía a andar o yo qué sé, pero se negó.

—Eso hubiera sido bastante interesante —digo.

—Sí, pero ese no es el caso. —Zach me mira fijamente ahora, con ojos intensos y una voz que se vuelve apasionada, como cada vez que habla de cine—. Él hace hincapié en su poder. Coges lo peor que te haya pasado nunca y lo cuentas como quieres. Lo haces estúpido. Te lo apropias. El caso es que es tuyo. Todo lo que te pasa, no solo lo malo, es igual. Haces con ello lo que te sale de las narices. El artículo, toda la entrevista, en realidad, es una revelación. Tengo que buscarlo y enviártelo —dice.

—Hazlo —respondo, alcanzando mi teléfono, que acaba de vibrar en mi bolsillo.

Le enseño una foto que me acaba de enviar Katy.

—Estaban literalmente fuera de Carnegie Hall.

Zach mira mi teléfono y después se levanta y se estira. Se le levanta la camiseta, y se le ven el vientre y la tira elástica del calzoncillo, que asoma sobre la cinturilla de los vaqueros.

—No estés triste —dice, jugando con un mechón de mi pelo. Descruzo las piernas y las dejo colgando; Zach se coloca entre ellas—. Quizá Katy lo esté pasando fatal, pero está siguiendo los consejos de Ciano: hace que parezca bonito.

Pongo los ojos en blanco, pero le agarro la camiseta y me lo acerco.

—No estoy tan triste —susurro frente a sus labios.

—Ahora —dice sonriendo. Sus labios son suaves y noto el calor de su lengua caliente en la boca. Su aliento sabe un poco a tabaco, pero últimamente mastica chicles de menta para quitarse ese sabor. Le rodeo la cintura con las piernas y lo beso con más fuerza. Si esto es tristeza, quiero estar triste el resto de mi vida; quiero morir de tristeza.

Estamos enredados el uno con el otro cuando, de repente, se abre la puerta de la tienda; es una brisa apagada, la primera señal del verano colándose allí.

Me giro y veo a Raj mirándonos con la mandíbula un poco más abierta de lo normal.

—Hola, tío —dice Zach como quien no quiere la cosa.

Vuelvo a girarme y a subir las piernas al mostrador; ya no apreso a Zach contra mí.

—Hola, Raj.

Se queda ahí de pie durante unos largos treinta segundos, sin abrir la boca, hasta que dice:

—Bueno, pues me he chocado con un poste de electricidad de camino hacia aquí.

—Mierda. ¿Está bien el coche de tu madre? —pregunta Zach.

—He venido andando —dice su amigo con un tono bajo y aturdido que no le había oído nunca—. Bueno, ahora me doy cuenta de que debe de haber sido contra una persona.

Zach y yo nos miramos, perplejos.

—Una persona, sí —repite Raj—. Hace tiempo que no voy al oculista y la vista me juega malas pasadas. Me está ocurriendo ahora mismo. —Oh. Está hablando de nosotros. Imagino que Zach no le ha dicho aún a Raj que somos algo más que amigos.

Zach evita mirar a su amigo a los ojos y se fija en el ordenador. Sin emoción alguna, dice:

—¿En serio?

—En serio —repite Raj, que sigue mirándome, estupefacto. Noto que se me calientan las orejas. Parece que se le pasa el desconcierto y se acerca al mostrador dando zancadas—. Anoche estuve jugando a *Dungeon World 2* y creo que se me ha ocurrido algo para nuestra próxima película.

—Qué guay, ¿qué idea tienes? —pregunta Zach.

Raj se lanza a contarnos una historia sobre dragones y un guardia de seguridad de un centro comercial y un animal marino escupesangre que tiene la habilidad de vivir sobre la tierra siempre que esté emparejado.

—Es muy inquietante —digo levantando la vista del mensaje cargado de exclamaciones (*¡¡¡Dioooooos, qué guaaay!!! ¡¡¡Cómo te lo tienes que estar pasando!!!*) que le estoy enviando a Katy.

—¿Verdad? —dice Raj, que parece no entender mi uso de la palabra «inquietante»—. Es una genialidad.

—Es casi el mismo argumento que *Truth or Troll* de Van Durgen —comenta Zach.

—Esa peli era una mierda —responde Raj y no estoy totalmente segura, pero creo que lo dice como insulto.

—Aun así, fue la película sueca más taquillera del año pasado.

—Pues entonces, ¿es un no? —pregunta Raj.

—Un no rotundo. Si vamos a seguir los pasos de alguien, podríamos aspirar a algo más que a Van Durgen. Sobre todo si vamos a tener una CXX en septiembre —dice Zach.

—Vaya, ¿ya has bajado a dos cigarros al día? —pregunta su amigo.

—Estoy en ello —dice Zach.

—Bien. —Raj asiente—. Pero ahora en serio, ¿es un no rotundo de verdad?

—Rotundo de verdad, sí —repite Zach—. Lo siento.

El teléfono del fondo empieza a sonar y Zach va rápidamente a cogerlo. Sigo absorta en la pantalla del móvil cuando noto que Raj me mira.

—¿Qué pasa, Raj? —pregunto intencionadamente.

—Así que Zach y tú, ¿eh?

—Sí —digo, procurando que no se me escape una sonrisa—. Pareces... en shock.

—Sí y no. —Se encoge de hombros—. No, porque este chaval no es nada sutil. Sabía que le gustabas en cuanto me preguntó si podías unirme a la película. Y se puso celoso de tu viola. Me río.

—¿De verdad?

—Sí, porque no creí que llegaría el día en que Lindsay no estuviera por aquí. Eran uña y carne incluso cuando Zach estuvo un año en Fincher.

No me sorprende esa información, pero aún me estremezco un poco al oír su nombre. ¿Por qué siempre aparece, de un modo u otro?

—No parece que te caiga muy bien —le digo a Raj. Desde donde estamos, se oye la voz de Zach al teléfono.

—Soy yo quien no le cae muy bien a ella. A ver, entiéndeme, no nos matamos. Está bien. Pero no le gusto ni yo, ni Kevin ni ninguno de los amigos de Zach. No le gustan ni las terromedias.

—Pero ha salido en casi todas las películas de Zach —señalo. ¿Y cómo puede ser que no le guste Kevin? Es el hermano de Zach.

—Por la experiencia como actriz y porque respeta su ética de trabajo al hacer una película. Sí, eso dijo. —Raj menea la cabeza—. Detesta *Dungeon World 2*, el olor de la comida india y los cachorritos.

—¿Los cachorritos? —repito con incredulidad.

—Vale, eso último no.

Frunzo el ceño y me inclino sobre el mostrador.

—Entonces, ¿qué vio Zach en ella?

Me esperaba una respuesta del tipo «quién sabe», pero Raj suspira.

—No es mala persona, solo que no le da oportunidades a nada. Se crea una opinión muy rápido y luego no hay manera de hacerla cambiar. —De repente recuerdo lo que me dijo

Zach en Schiavoni's, que lo que le gustaba de mí era que probaba cosas nuevas, que no tenía una opinión formada sobre todo. ¿Al contrario que Lindsay?

—Y también se cree un poquito mejor y más madura que el resto. Piensa que somos una mala influencia para Zach, cuando, para que conste, Lindsay fumaba sin parar cuando estaba con él.

—¿Lindsay fuma? —No sé por qué me sorprende.

Raj asiente.

—Si hay humo, ahí está Lindsay. Cree que es algo sofisticado. Y le gusta que le deje la voz rasgada.

—Vaya.

Antes de que pueda preguntarle, reaparece Zach.

—La próxima semana vienen a actualizar los sistemas. Mi padre ha conseguido por fin el dinero suficiente para dar el salto.

Zach busca un par de películas más que quiere pedir y lee las sinopsis. Al cabo de unos minutos, Raj suspira con fuerza y pregunta si puede abrir una bolsa de algodón de azúcar.

En lo que tarda en ir a por ella, Zach se me acerca y me planta un beso en el lóbulo de la oreja. Siento cosquillas por todo el cuerpo.

—¡Para! —Me retuerzo riendo.

—¿Te das cuenta de que te tiras de las orejas cuando te sonrojas? —susurra. No me había dado cuenta, pero es porque se me calientan constantemente cuando pasa algo emocionante. Katy cree que es una enfermedad.

Se me calientan cuando me enfado o me da vergüenza algo. *Cuando me miras, pienso. Cuando me tocas.*

Pienso en lo que me ha dicho Raj y me pregunto si conseguiré que Zach la olvide... Lindsay. Me pregunto también si eso me gusta o lo odio.

Pero me limito a contestar:

—Eres la primera persona que se ha dado cuenta.

**ANTES**

Agosto

(hace diecisiete meses)

Salimos casi todos los días antes de que Zach entre a trabajar o cuando tiene el día libre y yo he terminado de practicar. Para no desatender por completo mi viola, me he puesto la norma de no quedar con Zach hasta no haber practicado por lo menos una hora ese día. Tratamos de hacer las cosas mundanas que hacen los que no son violistas o cinéfilos empedernidos. Cosas veraniegas y al aire libre.

Le he descubierto los batidos de fresa y kiwi que venden en el Shake Attack —la clave son los trocitos de Oreó—, aunque solo los hacen en verano, y Zach pronto se convierte en víctima de mi adicción. Vamos unas cinco veces a la semana y una vez fuimos dos veces en el mismo día.

Cuando voy a ver a Zach al videoclub, jugamos a «Mayor y mejor». Ciano siempre acaba ganando, lo que prueba que el juego tiene muchos fallos y que hay gato encerrado.

Hacemos un pícnic sobre la hierba en el lago Bentley, aunque se vuelve un tanto traumático porque unos pájaros grises no dejan de posarse cerca de nosotros para mendigar unas migajas. No llegan a acercarse a la cesta, pero eso no quita que Zach y yo nos asustemos cada vez que se lanzan en picado desde el cielo y aterrizan cerca de nuestra manta.

—Bueno —dice Zach—, al final solo son pájaros y ni siquiera están tan cerca.

—¿Crees que les basta con quedarse ahí mirando cómo comemos?

—¿Les doy un poco de mi bocadillo? —pregunta Zach.

—¡No! ¿Y si de repente bajan todos a por él o eso los envalentona para acercarse más? Mejor pasar de ellos.

Lo que resulta imposible, porque hacen su entrada triunfal al aterrizar uno a uno para luego quedarse ahí parados mirándonos desafiantes. Al poco tiempo, se forma un grupito de siete pájaros a nuestra izquierda.

—Ay, estoy a punto de ceder, Addie. Creo que les daré una galletita al menos, para que nos dejen en paz —dice Zach.

—Ni se te ocurra.

—¡Tengo que hacerlo! Es como ese abusón mayor y más grande que tú que te quita el bocadillo en el colegio.

—Exacto. Pasa de él y se marchará.

—Es un consejo horrible —ríe Zach negando con la cabeza—. Tengo que hacer caso a mi corazón. Lo siento.

—Madre mía, ¡no lo hagas! —ordeno, pero él sigue intentando partir una galletita salada, así que me lanzo hacia él para evitarlo. Empezamos a reír y yo trato de quitarle la galletita de las manos antes de que la lance. Él, al mismo tiempo, intenta alejarla de mí y la desmenuza con la mano. Nos estamos riendo tanto que nos caemos constantemente el uno encima del otro. El sol me calienta la piel mientras estamos tumbados en la hierba boca arriba. Tengo que

entrecerrar los ojos para no deslumbrarme. ¿A quién le importan los pájaros?

Si un desconocido pasara a nuestro lado, pensaría que nos está dando un ataque de asma a la vez. Me duele el estómago como si hubiera estado haciendo abdominales. Aún temblando de la risa, encuentro la mano de Zach, caliente, a tan solo unos centímetros de la mía. Su tacto siempre me hace estremecer. Entrelazo la mano derecha con su mano izquierda, en la que ha roto la galletita, pero no me importa. Él acoge mi mano; nuestras manos, calientes y sudorosas, se unen con cientos de trocitos de galletita entre ambas.

Podríamos estar así unos minutos, quizá toda la tarde hasta que Zach se marche al trabajo, riéndonos con tonterías, soltando una carcajada tras otra. El sol me adormece; podría quedarme dormida con la cabeza sobre el pecho de Zach. Justo entonces aterriza un pájaro más cerca que el anterior y nos levantamos de un brinco. Rápido y sin pensarlo, empezamos a recoger las cosas del pícnic.

Metemos la comida en la cesta de la madre de Zach y la cerramos, esperando que al no ver la comida los pájaros desistan en su intento de quitárnosla, al menos de camino al coche de Zach. Doblamos la manta y me la coloco debajo del brazo. Zach coge la cesta y corremos hacia el aparcamiento.

—Ya llegamos, ya llegamos —dice Zach mientras corremos, con la cabeza agachada y protegiéndonos con una mano como si corriéramos bajo una tormenta. Cuando llegamos sanos y salvos al coche, nos decimos que quizá no se nos dé bien salir de pícnic.

»¿Sabes qué nos podría haber ido bien? —pregunta Zach—. Un paraguas que flipas de grande. Uno del Todo a cien.

Es tentador, pero no nos rendimos. Queremos seguir saliendo a hacer actividades veraniegas.

Cruzamos la ciudad en bici poniéndole nombre a la gente que nos cruzamos, como Otis, Horatio o Michelle, solo por sus risas. Probamos también ir de senderismo por Calamore, un paseo muy largo y duro, pero entretenido a la vez. Una vez salimos en barco con la familia de Zach. Piden prestado el barco a sus vecinos y lo llevan al lago, a dos horas de Lyndale. Raj se apunta, aunque se pasa todo el tiempo sentado con un sombrero de paja en la cabeza que le hizo poner la madre de Zach porque él no se había traído ninguno. Se queda sentado, impasible, como si la naturaleza no lo sorprendiera; ni el brillo verdoso del agua, ni los chistes verdes de Kevin ni Zach y yo cogidos de la mano. Se limita a suspirar profundamente.

—Tío —dice Zach calándose el gorrito de lana que lleva para que no se le descontrola el pelo—, te lo digo yo porque nadie te lo va a decir, pero ahora mismo me recuerdas a una señora mayor de las que no hacen más que quejarse.

—Una señora mayor en una rave —añado—, o en una fiesta universitaria.

Zach se ríe, pero Raj pone los ojos en blanco.

—Solo he venido porque mis primos siguen en mi casa y necesitaba mantener la cordura. —Levanta el ala del sombrero para dar pena—. Pero creo que he elegido mal.

Probamos algunos restaurantes que no tienen que ver con Lindsay y lavamos el coche de Zach (no le aguanta limpio ni un suspiro). Hablamos por teléfono, nos enviamos mensajes y salimos por ahí con su hermano. Todo es cotidiano y normal y poco a poco el verano da paso al otoño. Una vocecita en mi cabeza se pregunta si la gente como Katy finge al publicar

sobre su fantástica y exuberante vida normal. Quizás estén embelleciendo esa felicidad. O quizás ese entusiasmo esté justificado.

Quizás el mío, el que acabo de descubrir y al que aún no me he acostumbrado, también lo esté.

**DESPUÉS**

Enero

Un buen rato después de que Katy saliera del coche, dejo de llorar, salgo del aparcamiento del colegio y conduzco en círculos alrededor de Lyndale. Apago el teléfono para que nadie me moleste y pongo la música alta para no pensar. No funciona. En mi cabeza no paran de rondar los mismos pensamientos: *Lo has borrado. El chico del bus. Zach. Elegiste borrarlo. ¿Cómo has podido? ¿Por qué lo has hecho? Lo has borrado...*

Una y otra y otra vez.

*No lo sé, no lo sé. ¿Por qué lo hice?*

Reflexiono sobre lo que me dijo Caleb anoche sobre Rory, sobre cómo decidí pasar página.

También borré a mi hermano.

Paso por el lago Bentley y por el parque. Me dirijo al lado este de la ciudad. Serpenteo por las calles hasta que llego al lugar en el que vivíamos: nuestra vieja casa, con sus paredes de color verde pastel por dentro y los ladrillos de un rojo oscuro por fuera. Justo enfrente, donde Caleb y yo jugábamos al tenis con los hijos del vecino, hay una miniván azul plateado. Quitando la furgoneta, todo sigue igual. Me dan ganas de llamar a la puerta y entrar. Plantarme en el borde de las escaleras, hundir los dedos de los pies en la moqueta y cantar sintonías de programas a grito pelado, como si fuera una niña. Quiero volver a tener once años para poder conocer a Rory y abrazarlo, oler su piel y saber qué es ser una hermana mayor. Imagino que mi familia al completo sigue viviendo aquí, no como ahora, sino como antes. Llenábamos la casa de risas, de los sueños de Caleb en los que volaba, de mi música, del amor que se tenían mis padres; cosas que me gusta pensar que aún existen porque se quedan ahí, justo donde las dejas, aunque la vida cambie. Me gusta la idea de que las cosas que hemos hecho, pensado y sentido son entidades que existen más allá de nuestros cuerpos.

*Mis padres lo borraron. ¿Por qué lo hicieron? ¿Por qué les dejé hacerlo? ¿Cómo he podido volver a hacerme esto?*

Cuando finalmente decido volver a casa, la escuela ya lleva cerrada dos horas y es casi de noche.

Al llegar, me encuentro el coche de mi padre justo enfrente, junto al coche de mi madre y el de Caleb, lo que significa que me están esperando.

Entro en casa tan en silencio como puedo, con la esperanza de subir a hurtadillas sin que me vean.

Casi lo consigo. Mi padre está de espaldas a mí, hablando tranquilamente con mi madre. Su voz suena cansada y áspera; como si no hubiera dormido desde su llegada esta mañana. Mi madre está sentada en el sofá más alejado, con la cara entre las manos.

Es raro ver a mis padres sentados en el salón, es como retroceder cinco años. Lo que ha cambiado es que el secreto que tanto han guardado, ese peso que ha hecho que mi familia se desmorone, ahora está en el centro del salón, expuesto y a la vista de todos.

Así las cosas, me pregunto cómo pude pasarlo por alto. La forma en la que la gente nos miraba... Yo lo atribuía a que mi madre era famosa o a su divorcio. Pero ahora sé que era porque la gente todavía recordaba la tragedia. La mayoría era demasiado educada como para decir algo. En un primer momento, quizá mencionaran a Rory, pero ese nombre no me decía nada. O tal vez dijeran las cosas de tal manera que yo no pudiera entenderlas.

«Si necesitas algo, dínoslo. ¿Cómo están tus padres?». Podría significar cualquier cosa. Y yo que me preguntaba cómo sabían que mi padre llevaba tres semanas sin pasar por casa.

La pregunta ahora es: ¿cómo pude no descubrirlo? La respuesta, por supuesto, me golpea en la cara, como lo ha estado haciendo durante todo el día.

Mis padres me la escondieron, literalmente; la habían borrado de mi mente.

Y después, yo me lo volví a hacer.

—Addie, ¿cómo has podido! —exclama mi madre antes de que pueda subir sin que me vean. Es la misma pregunta que me obsesiona—: ¿Fuiste a Overton sola? ¿Mentiste para que te borrarán la memoria? ¿Sabes lo peligroso que es someterse a este procedimiento sin un historial clínico completo? ¿Sabes todo lo que podría haber salido mal y ni siquiera nos hubiéramos enterado? ¿Durante todo un año? —Se le rompe la voz. Mi madre ha llorado en dos días más que en años.

Quiero puntualizar que el procedimiento parecía perfectamente seguro —y hasta práctico — cuando me lo hicieron, pero me muerdo la lengua.

—¿Te lo ha contado Katy?

Seguro que ha llamado y se lo ha contado todo al salir del coche.

—Katy me ha llamado —dice mi madre—, pero cuando tu padre aterrizó esta mañana ya tenía varias llamadas perdidas de Overton. Al parecer, parte del personal te reconoció cuando estuviste allí ayer. Después de marcharte, descubrieron que habías ido como Addison y también con otro nombre. Se dieron cuenta de que, si ahora tienes diecisiete, el año pasado debías de ser menor; de que la información que tenían de ti con el otro nombre no encajaba. Cuando descubrieron la verdad, solo tenían el teléfono de tu padre y de nuestra antigua casa.

—He venido en cuanto he llegado a la ciudad —dice mi padre.

*¿Quién del personal me reconoció? ¿Fue en la recepción? ¿La enfermera del mechón morado?*, me pregunto.

—No pueden creerse que te sometieras dos veces a ese procedimiento —dice Caleb—. Es muy poco frecuente.

—¿Y ahora tienes alucinaciones? ¿Por qué no nos dijiste lo que pasaba? ¿Por qué has hecho algo así? —pregunta mi madre.

Mi padre mira a la pared detrás de mí. Ni siquiera ahora que todo ha salido a la luz puede mirarme a la cara. Me duele el pecho. Me enfurece.

—¿Y por qué lo hicisteis vosotros? —respondo con brusquedad, dado que no puedo responder a su pregunta. *Yo no sé por qué querría hacerlo.*

A lo mejor, sí es verdad que consiguieron protegerme —no recuerdo la muerte de mi hermano—, pero también me han quitado lo más valioso de todo: la capacidad de saber quién soy.

Me sorprende cuando mi padre empieza a hablar, porque normalmente deja que lo haga

mi madre.

—Addie, las cosas no son como parecen, pero ya llegaremos a eso en otro momento. El doctor Overton quiere que vayas inmediatamente a hacerte un escáner. Cuando llamé a la clínica, me dijeron que no les habías contado lo del chico que ves.

El chico.

*Zach.*

*Zach. Zach. Zach.*

De repente me entran ganas de estar con él, con mi aparición, para decirle cómo se llama y que tenga, de esa forma, un poco más de sí mismo.

Entonces noto en el pecho una punzada de algo que no alcanzo a describir. Mis padres también lo conocen, eso me dijo Katy.

A Zach.

Él es mi recuerdo y, aun así, soy la única que no recuerda qué pasó ni quién es.

—Ni de coña —digo pausadamente— pienso volver a ver al doctor Overton.

—Addie —insiste Caleb—, tienes que hacerlo.

—No tengo que hacer nada.

Doy media vuelta y empiezo a subir las escaleras.

—Deja de dramatizar, Addison —dice mi madre, siguiéndome—. Tenemos que saber por qué lo estás viendo. Podría ser algo muy grave.

—O algo no tan grave —añade mi padre con rapidez. Mi madre siempre se precipita y se pone en lo peor.

—Seguro que tiene algo que ver con el accidente del autobús —dice mi hermano.

—No pienso ir —repito y entro en mi cuarto. Cierro de un portazo y me dejo caer en la cama sin hacer; estoy exhausta. Esta sensación de vacío que siento a veces al ver cómo se desvanece todo cuanto me rodea, me apresa y no me suelta. Me muero de ganas de dormir, de dormir como no he dormido desde el accidente, pero no hay manera.

A oscuras, pienso en coger la viola, pero, por primera vez, estoy demasiado triste como para tocar.

**DESPUÉS**

Mi padre pasa aquí la noche. O viene bien temprano la mañana siguiente para ver si me agota. No estoy segura de cuál de las dos.

Llama varias veces a la puerta y me pide que le abra.

No le hago caso hasta al menos el mediodía. Es sábado, al fin y al cabo.

Por fin dejo de oír su voz, pero veo una sombra por debajo de la puerta y lo oigo respirar. Tiro de la puerta hacia mí y me asomo por la rendija.

Está dormitando sentado en el suelo con las piernas flexionadas y la boca un poco abierta, pero al instante se despierta con brusquedad.

—Necesito decirte algo —dice papá, levantándose. Abro la puerta del todo, aunque estoy casi segura de que no quiero escucharlo.

—Si vas a mentirme, mejor que no tengamos esta conversación.

—No voy a mentirte —dice, mirándome a los ojos. Retrocedo y lo dejo entrar.

Cruza la habitación, se sienta en el borde de mi cama y le echa un vistazo como si no la hubiera visto desde hace años. Creo que así es. Parece un gigante sentado sobre un mueble demasiado pequeño para él, como si la cama fuera a romperse en cualquier momento.

Me apoyo contra la pared, cerca de la puerta. Tengo tantas preguntas que hacerle... Pero me da miedo ponerme a llorar: dejo que hable primero.

—Te pareces demasiado a mí —dice.

Lo miro extrañada. ¿De qué está hablando? No nos parecemos en nada.

—Siempre ha sido mi mayor miedo —continúa— que pudieras pasar por algunas cosas por las que yo he pasado.

¿Yo soy demasiado parecida a él? ¿No ve cuánto se le parece Caleb? ¿Y cuánto desea Caleb volar?

—Papá —digo con impaciencia, pero levanta la mano.

—Déjame terminar —pide—. Me he pasado la vida entera sufriendo depresión. Como mis hermanos. Ya sabes lo del tío Mark. —Asiento y miro para otro lado. Se mató en su segundo año de universidad, antes de que yo naciera—. Yo también he tenido épocas muy duras. Tu abuela solía mirarme y decirme: «Abre los ojos. Despierta». Y me he pasado la mayor parte de mi vida sin saber por qué lo decía. Siempre pensé que era porque tenía cara de estar quedándome dormido.

Me muerdo el labio inferior.

—Después de casarme con tu madre, estuve bien casi siempre. La mayoría de las aerolíneas necesita que permanezcas estable durante al menos un año antes de permitirte volar, y yo lo estaba. Empecé a... bueno, aún sigo tomando pastillas, pero, al final, era feliz. Y cuando vosotros nacisteis, fui muy, muy feliz. Y entonces murió Rory... —Hace una pausa y coge aire como si acabara de recibir un puñetazo.

—Por eso te fuiste —digo—. Me culpabas a mí.

Levanta la mirada hacia mí, sorprendido. Entonces, como si le costara encontrar las palabras, dice:

—Fueron muchas cosas. —Aun así, no niega que le fuera difícil perdonarme. Y al no negarlo, encuentro la verdad más triste y dolorosa que he encontrado desde que me enteré de lo de Rory—. Una especie de niebla nos envolvió durante meses. Estuvimos un año intentando superarlo. Todos nosotros. Caleb, tu madre, yo. Pero tú eras la que peor lo llevabas, Addie. Cargabas con mucha culpa, era como si te hubieras convertido en otra persona. Se te habían vidriado los ojos. Esa niña pequeña tan llena de vida, que lo iluminaba todo con su presencia, ya no estaba. Tu pasión por todo, por la música... había desaparecido. No soportaba mirarte y no reconocerte. Quería decirte lo mismo que mi madre me decía a mí: «Abre los ojos», todo va a salir bien. Creía que estarías bien. Lo creía de verdad. Pensaba que era posible vivir con depresión porque yo lo hacía.

Sacude la cabeza.

—Pero cuando tu madre me contó lo de mis pastillas y dónde las había encontrado... Estaba convencida de que, si no tenías que pasar por ello, lo mejor era que no lo hicieras. Sé que nunca me habría perdonado si te hubiera pasado algo. Y, sinceramente, yo tampoco me hubiera perdonado. Así que dejé que lo decidiera ella.

Vuelve a mirarme a los ojos.

—Caleb no quería operarse y entendí por qué. Si yo no me imaginaba a mí mismo haciéndolo, tampoco podía forzarlo a él.

*Luchaste por Caleb, pero no por mí.*

—Habría sido una traición, algo antinatural —continúa papá—. Un padre no olvida a su hijo. Yo, nosotros, teníamos la responsabilidad de recordarlo.

—Entonces, ¿no fue antinatural que dejarais que yo lo olvidara?

No solo habían traicionado a Rory al hacerlo, a mí también.

—Creo que no hicimos lo correcto, Addie. A veces me reconcome por dentro... —dice, entrecerrando los ojos con la mirada perdida—. Pero fuera lo correcto o no, tu madre y yo queríamos que estuvieras bien. Tuvimos la oportunidad de acabar con tu dolor y lo hicimos. A veces deseo que alguien también lo hubiera hecho por mí.

Se le quiebra un poco la voz al decirlo. Trago saliva.

Quiero gritarle un millón de cosas, gritar lo que la vocecilla de mi cabeza está diciendo: «Podría haberlo logrado». Podría haber pasado por ello y estar bien. Pero me arde la garganta y digo otra cosa.

—Fui a que me lo hicieran otra vez. Opté por ir una segunda vez... sin saber que todo lo había perdido ya —digo, con las lágrimas cayendo por mi mejilla sin querer.

Él duda, por un segundo parece que va a venir hasta mí y me va a abrazar como solía hacer.

—Lo sé. Nosotros te predisposimos. No sabemos qué pasó con ese chico, nunca me contaste los detalles, pero, fuera lo que fuera, te partió el corazón. Se veía a la legua.

Me paso la mano por la mejilla.

—Rory fue la primera gran pérdida que sufriste y luego ese chico...

—Zach —digo yo. Quiero que lo diga, que reconozca la aparición que he estado viendo.

—Zach. Como nunca llegaste a superar el dolor de perder a Rory, este segundo desamor te pareció el fin del mundo. Creo que la forma en que logras atravesar un momento difícil influye luego en cómo abordarás situaciones similares. No recordabas cómo se sentía perder algo y superar esa pérdida. —Me recuerda a lo que la señora Dubois dice siempre sobre las primeras veces y cómo sientan un precedente—. Lo importante es hacerle frente y aprender a vivir con ello.

¿Está diciendo que Zach también está muerto? ¿Muerto... perdido igual que Rory? ¿Por qué no dejé que Katy me contara todo lo que sabía?

—Papá, ¿sabes algo sobre Zach y yo?

Niega con la cabeza como diciendo que ahora no es el momento.

—Addie, tu madre tenía razón cuando dijo que hay varias cosas que puedan estar causando lo que has estado viendo —dice papá—. Averigua por qué tomaste la decisión de que te intervinieran. Descubramos primero qué va mal, por qué lo estás viendo.

**ANTES**

## Principios de septiembre

(hace dieciséis meses)

—Ven aquí, mi pequeña hija de fruta —dice Katy, extendiendo los brazos para estrecharme en un abrazo ineludible—. ¡No vuelvas a abandonarme!

—Pero si has sido tú —matizo yo, riéndome en su hombro mientras la abrazo con la misma fuerza.

—¿Por qué? ¿Por qué lo hice? —refunfuña—. Casi caigo en una depresión de lo muchísimo que te he echado de menos. —Lo cual, por supuesto, es mentira, ya que ninguno de sus cientos de mensajes mencionaba episodios depresivos, ni siquiera que me echaba de menos. Pero su abrazo me transmite todo lo que sus mensajes no dijeron.

Doy un paso atrás y digo:

—Zach, te presento a mi mejor amiga, Katy.

Sin despegar una mano de mi espalda, Zach extiende la otra a Katy y dice sonriendo:

—¡Hola! —Lo dice en voz alta para que se le pueda oír por encima de la música de la fiesta en la piscina en la que estamos—. Addie me ha dicho que eres intérprete.

Me dan ganas de abrazarlo porque si hay una forma perfecta de presentarte a Katy, es precisamente esa. No *actriz*, ya que ella considera que el sufijo es sexista. Además, el comentario de Zach demuestra que le he hablado de ella, lo cual le encanta.

Katy arquea una ceja y le da la mano a Zach, claramente impresionada.

—Lo soy —dice, devolviendo la sonrisa—. ¡Por fin tengo el placer de conocerte! —Zach y yo llevamos ya más de un mes oficialmente juntos, pero como ella volvió anoche de haber pasado tres semanas con sus primos en Long Island, esta es la primera vez que coincidimos los tres.

Katy se pone a mi lado y me dice más alto de lo que seguramente pretendía:

—Vale, tenías razón sobre su sonrisa. Madre mía. Pero, ¿dónde está el amigo?

Zach se ríe, porque la ha oído perfectamente.

—Raj dijo, y cito textualmente: «Prefiero morir despacio y con dolor a manos de uno de los personajes lloricas de Van Durgen a ir a una fiesta en la piscina cuando puedo jugar a *Dungeon World 2*. Además, mi madre está haciendo *aloo gobi*».

Zach y yo nos reímos a carcajadas y ella se nos queda mirando, fascinada, sobre todo por la sonrisa de Zach. Katy me pellizca por debajo de las costillas.

—Solo he entendido como tres palabras de todo lo que has dicho, pero vosotros dos, ¡dais asco! —dice, dándonos a Zach y a mí ese sello de aprobación tan importante.

La mayor parte de la fiesta transcurre con normalidad. Katy es una de las siete personas que se quitan la ropa y entran a la piscina o, mejor dicho, se tira de bomba. Los demás bailan y hablan, sentados alrededor de la piscina o vagueando sobre el césped. Algunos incluso están encaramados al tejado o encima de la verja.

Normalmente voy dos pasos por detrás de Katy en estas fiestas o me quedo hablando sin

mucho entusiasmo con alguno de sus amigos del teatro mientras ella tontea con algún chico, se emborracha o intenta convencerme de que me suelte. («Si vas a Nueva York, tienes que aprender a salir de fiesta como alguien de Nueva York»). Katy me ha diagnosticado con, por lo menos, una agorafobia leve, lo que se conoce como el miedo a espacios públicos y aglomeraciones de gente. Por una vez, puede que tenga un poco de razón.

Por eso, y por la manía de mi madre de tener que saber dónde estoy todo el rato, no suelo asistir a estas fiestas.

Ahora, sin embargo, Zach me presenta a algunos de sus amigos; luego nos sentamos en el patio bajo un árbol deshojado y perdemos de vista a las demás personas de la fiesta.

Estamos jugando a «Aún más», un juego que precisamente Kevin había enseñado a Zach. Es bastante parecido a «Mayor y mejor». Tú dices una cosa que te dé miedo y la otra persona dice algo que dé aún más miedo hasta que no se os ocurra nada que supere lo anterior.

—Ahogarme —digo yo.

—La oscuridad —propone Zach.

—¿La oscuridad? —repito, incrédula.

—No oscuridad como cuando tienes miedo a apagar la luz —dice Zach riéndose—. Me refiero a una oscuridad abyecta. El tipo de oscuridad que puede tragarse cosas enteras. Sinceramente, no se me ocurre nada peor.

—Qué bueno que ahora me toque a mí. Mmm. ¿Cómo supero eso? Déjame pensar en algo realmente aterrador. Ah, ¡ya sé! —digo, sacando con el dedo algo de los bajos de los vaqueros de Zach—. Las pelusas. Son terroríficas. Y tan... esponjosas.

—Vale. Ríete lo que quieras —dice, poniendo los ojos en blanco—. Pero te aseguro que te helaría la sangre llegar a entender siquiera un poco la oscuridad que hay en mi mente.

—Vale, me estás asustando un poco, Zach.

Se ríe.

—Lo pondré en una película alguna vez y entonces lo entenderás.

Zach se pone tenso de repente; se le tensan los hombros y el rostro.

—Mierda —susurra.

—¿Qué pasa? —Me giro, siguiendo la dirección de sus ojos. Está mirando a Katy, que está dentro de la piscina apoyada en el borde, hablando con una chica que lleva un vestido corto negro de verano. Mientras miramos, Katy habla animadamente y entonces da un gritito levantando las manos. La chica, cuyo pelo es negro como la noche y lleva prendida una gran flor roja, se inclina para abrazar a Katy.

La he visto antes, en una de las actividades que hacen de teatro.

La chica se ríe y da un paso atrás; se le ha mojado la parte delantera del vestido por el abrazo de Katy.

—¿Nos vamos? —me pregunta Zach en voz baja. La chica se va andando en dirección a un grupo de chicas tumbadas en toallas sobre el césped. Cuando llega a ellas, chillan y la abrazan. Una de ellas le toca la flor del pelo.

—Vale, como quieras —digo y finjo alegría, a la vez que los dos nos levantamos y nos sacudimos la ropa—. Voy a despedirme rápidamente de Katy, ¿vale?

Zach asiente, todavía distraído, pero ya no mira a la chica. Se está mirando las zapatillas.

Cuando nos vamos de la fiesta al cabo de unos minutos, Zach me coge de la mano, abriéndose paso para no perdernos. Al pasar, saludamos a varias personas que conocemos; Zach a gente de su instituto y yo a gente del mío. De la banda, sobre todo.

Miro una última vez hacia atrás, intentando encontrar la flor roja en la luz tenue que hay en el jardín. La encuentro prácticamente en el mismo sitio donde la vi por última vez y me doy cuenta de que la chica mueve mucho las manos al hablar. Mueve las manos animadamente mientras cuenta historias a sus amigas, una de las cuales parece partirse de la risa con los brazos en jarra.

La alegría o el vértigo por el fin del verano que sentía al entrar en la fiesta esta noche se han disipado por completo.

Por cierto, Lindsay no tiene cara de caballo.

**ANTES**

## Principios de septiembre

(hace dieciséis meses)

—¡Tu madre es tremenda! —susurra Zach mientras mi madre sube las escaleras. Después de varias semanas de salir con Zach, mamá ha insistido en que lo traiga para que se conozcan. Creo que está siendo bastante tolerante porque Caleb le hizo un informe positivo y porque conoce a su padre.

Cuando entró, Zach le dio la mano a mi madre y se presentó. Ella le preguntó sobre su familia y todo fue bien hasta que Zach mencionó a su sobrino —su hermano mayor y su mujer acababan de tener un bebé— y fue a sacar el móvil para enseñarle una foto del bebé, Russell. Juraría que se le puso la cara larga un instante, tras lo que balbuceó que tenía trabajo que hacer y se fue arriba corriendo. Al final resultó que Zach no tenía fotos del bebé en el móvil, pero no entiendo por qué ella reaccionó así. Por lo general, mamá suele evitar a los niños en centros comerciales y así, y cuando le pregunto, dice que es porque le recuerda que hace mucho tiempo Caleb y yo éramos así. O que los niños son agotadores, demasiado activos. Sé que no me dice toda la verdad porque a veces la veo frotarse los ojos al ver anuncios de pañales.

Aun así, si Zach se dio cuenta de su extraño comportamiento, no dijo nada.

Pero sí que mi madre se portó genial con él, y tiene razón. Dudo que papá conozca pronto a Zach. Solo lo he visto una vez en todo el verano, para la cena de cumpleaños y graduación conjunta, y no puedo ni imaginarme teniendo que lidiar con la conversación de «este es mi novio» con él. Demasiada incomodidad a la vez.

—Me hiciste pensar que tu madre daba miedo. ¡Me asustaste muchísimo! —dice Zach.

Me río.

—Es las dos cosas. A ver, es maja, pero puede ponerse un poco rara a veces.

—¿A qué te refieres? —pregunta Zach, dejándose caer en el sofá del salón.

—En plan, demasiado sobreprotectora. Sabes que he estado yendo y viniendo en bici todo el verano, ¿verdad? —Zach asiente y roza el sofá con el pelo cuando levanta la cabeza para mirarme. Meto una película en el reproductor de DVD y vuelvo al sofá—. Hace dos días se puso como loca diciendo que podría darme un golpe en la cabeza yendo en bici y que por qué no podía ir en coche como una persona normal. ¡Si ni siquiera tengo coche!

—Pero ¿ir en coche no es más peligroso que ir en bici?

—¡Exacto! —respondo—. Además, siempre llevo casco. El día de mañana también se quejará de que conduzco, pero la cosa es que de pronto ha decidido que es demasiado peligroso y ya no me deja hacerlo, y yo me he quedado en plan «pero si he estado haciéndolo todo el verano». Sé que todo el mundo piensa que sus padres están un poco locos. Igual los míos lo están de verdad.

Zach se ríe.

—Y tu casa no es tan deprimente como me decías.

—¿Qué te esperabas? ¿Paredes negras y música emo?

—Básicamente —dice Zach. Es verdad que la casa es bastante menos deprimente ahora que durante el verano. Caleb incluso ha salido por ahí con unos amigos. Apoyo los pies en la mesita con la esperanza de que mamá se quede arriba un rato más antes de volver a bajar. Él apoya su cabeza en mi regazo.

—Oye, Zach —digo, jugando con su pelo. Es tan suave que me gustaría ser lo bastante pequeña como para meterme dentro—. Sobre lo de anoche...

—Siento que tuviéramos que irnos así, tan de repente.

«No pasa nada», o eso me gustaría decir, pero no es verdad. Como norma, no hablamos de Lindsay. Odio imaginarme a Zach besándola, haciendo cosas mundanas con ella. Odio pensar que la capacidad que tiene Zach de despertarme y de hacerme sentir especial también haya funcionado con ella.

Escribí a Katy esta mañana contándole lo de anoche y la reacción de Zach al ver a Lindsay. Katy no conocía a Zach en persona, pero había oído hablar de él ya que Lindsay y ella han ido juntas a teatro toda la vida. Ahí es cuando Katy se dio cuenta de que mi Zach es el Zach de su amiga de teatro.

*Parece buena chica*, le dije por mensaje, intentando ser neutral; una forma de empezar una conversación sobre ella y ser respetuosa con la amistad entre ambas.

*Qué políticamente correcta eres siempre, Sullivan. Sé que lo que querías decir con eso era: hostias tía está buenísima ¿qué hago?*

Le respondí: *¡Eso no es lo que quería decir!... ¿Tan buena crees que está?*

*No es mi tipo 😊*

*¿Cómo eran Zach y ella juntos?*

*Mmm... Nunca los vi juntos, pero todos los chicos del Meridian dicen que eran uña y carne. Él siempre la recogía en su coche superviejo y así, y viendo lo chungo que está desde que lo dejaron (aunque ELLA lo dejó a él), parece que él es un partidazo. Estás de suerte! Está soltero su amigo???*

*DEJA EN PAZ A RAJ.*

*Pero está soltero o no???*

*Addie??*

*Uh, qué poco sentido del humor. En fin. Todavía estoy hablando con cuatro tíos que conocí durante el viaje 😊 Aunque ahora me preocupa que uno de ellos haya tenido herpes!??*

—¿Sigues enamorado de ella? —pregunto a Zach, porque necesito saberlo.

—Pues claro que no —responde Zach, muy rápidamente. Demasiado. Quizá se esperara la pregunta—. A ver, tuvimos nuestra historia y siempre la tendremos, pero ya está.

—Vale —digo, sintiéndome un poco mejor que desde anoche. Y entonces, como soy masoquista—: ¿Cómo es ella? ¿Lindsay?

Katy solo me ha contado que Lindsay es buena improvisando, aunque a veces tarda en reaccionar, que no se le da bien la comedia física y que tiene muy buen gusto para las botas. Supongo que pasar un par de horas a la semana juntas las hace amigas, pero no íntimas.

Zach se incorpora y me mira.

—¿Por qué me preguntas eso?

*Porque soy masoca. Porque a veces la siento como un fantasma que nos atormenta.*

Me encojo de hombros.

—Quiero saberlo. La conoces de toda la vida, ¿no?

—Desde tercero —responde. Hace una pequeña pausa, como pensando en si contarme más, y entonces suspira—. Tenía nueve años, pero como si tuviera muchos más. Sus padres son abogados; la dejaban quedarse despierta hasta tarde con ellos, viendo documentales sobre genocidios y calentamiento global o películas antiguas de Hollywood, y luego cuando venía a clase hablaba de eso en las horas de debate. Me dejaba anonadado... bueno, a todos. —Siento que se me eriza todo el vello al escuchar sobre ella. Hay una mezcla de cautela, dolor y respeto en su voz—. Era la niña que se quedaba a cargo de todo cuando los profesores salían un momento del aula. Pero no era solo que los adultos la trataran como a otra adulta; ella actuaba como una adulta. Quería que la tomaran en serio. Siempre ha sido así.

—¿Es verdad que no le caen bien tus amigos? Me lo dijo Raj.

Zach parece sorprendido.

—No creo que ella... es decir, no los odia. Pero, sí, cree que son un poco inmaduros a veces. También lo piensa de mí, pero, por suerte o por desgracia, estaba enamorada de mí.

«Estaba enamorada de mí». A él no le cabe ninguna duda, no lo cuestiona; sabe que ella lo quería.

—Entonces, ¿por qué te dejó?

*¿Y por qué sigue triste al respecto?*

Se pasa una mano por la cara.

—En octavo, la gente se enrollaba o salían juntos un par de días y luego lo dejaban y se iban con otros. A Lindsay no le iban las relaciones de instituto, y en realidad, a mí tampoco. Me gustaba y quería estar con ella. Eso lo tenía claro. —Siento como si algo punzante se me clavara en el pecho. Odio la certeza con la que habla de ella—. Así que empezamos en serio desde el principio. Hicimos planes. Hablamos de nuestras vidas y nuestras familias y, bueno, era algo serio... —Se le apaga un poco la voz—. Pero el año pasado, cuando todo el mundo empezó a pensar de verdad en la universidad y Lindsay quiso informarse de los programas de teatro de las distintas universidades, perdió los papeles, por decirlo de algún modo. De repente se dio cuenta de que tenía, bueno... de que teníamos dieciséis años. Se dio cuenta de golpe de cómo cambiarían nuestras vidas dentro de un par de años y de cuánto tiempo se había pasado intentando ser adulta, intentando ser mayor. Se dio cuenta de cuán serias habían sido su vida y su experiencia en el instituto, de cuán en serio íbamos. Y entonces supongo... supongo que eso la agobió.

Pasan unos segundos y parece que Zach se recupera de la expresión vidriosa que tenía antes y dice:

—Seguramente tenía razón. Porque, a ver, ¿qué sabe sobre amor o relaciones alguien que está en el instituto? Pero, bueno, basta de hablar de Lindsay —dice Zach. Vuelve a tumbarse y a apoyar la cabeza en mi regazo.

»Oye, ¿te he dicho alguna vez que eres mi persona favorita? —dice, ronroneando un poco mientras vuelvo a acariciarle el pelo—. Sobre todo, ahora que estás haciendo lo que sea que

estés haciendo.

Me digo que el que me diga esto ahora no tiene nada que ver con la conversación que acabamos de tener sobre su exnovia.

—¿Te pone que te peinen con los dedos? Quién lo habría dicho, ¿eh? —digo, y los dos nos reímos.

—Ya que estamos, ¿en qué puesto de tu clasificación estoy? ¿Me estoy acercando al primer puesto? —pregunta—. ¿O sigo entre los tres primeros?

—Entre los dos primeros —digo.

Zach finge desesperarse.

—¿Y quién es esta persona misteriosa con la que estoy compitiendo?

—William Primrose. Un violista famoso.

—¿Es viejo? —pregunta.

—Está muerto —respondo. No es verdad que Primrose esté entre los dos primeros de mi lista de personas favoritas; me estoy haciendo la difícil. La verdad es que no sé cómo podría hacer una clasificación de las personas importantes de mi vida. Quitando a Zach, vaya, que está mucho más arriba en la clasificación de lo que insinúo.

Le doy al *play* y empezamos a ver lo que yo llamo mi *Experiencia neoyorquina*. Son las *Historias de Nueva York*, una antología de películas basadas y rodadas en Nueva York por directores famosos; la versión de 1954 de *Sabrina*; y todas las obras de Nora Ephron.

—A mi madre también le encantan —le digo sobre mi amor por las películas de Nora Ephron—, pero creo que a ella le gusta pensar que tiene mejor gusto, porque siempre pone películas sensibleras extranjeras y tiene tan mal la vista que no puede ni leer los subtítulos.

Miro de reojo para asegurarme de que no anda cerca, escuchando a escondidas, y al reírse Zach, me tiembla todo el regazo.

Otra cosa que pasa con las películas extranjeras es que mi madre siempre dice que quiere ir a esos sitios, o que ha oído que la comida allí es excelente, o que Grecia tiene el clima más perfecto del mundo, pero cuando le pregunto que por qué no va, dice que es muy peligroso o que nos podría pasar algo a mi hermano y a mí en su ausencia, como si tuviéramos cuatro y seis años en vez de dieciséis y casi diecinueve.

Hemos acabado *Sabrina* y seguimos con *Historias de Nueva York* (en venganza por todas las de Ciano, le digo a Zach), cuando mi madre baja las escaleras, con lo que Zach se incorpora rápidamente. Hace como que está buscando algo, pero es obvio que nos está espiando. Debe de estar contenta con lo que ve porque vuelve a subir y cierra la puerta.

Voy a la cocina y vuelvo con algo de picar y refrescos.

Mientras comemos, Zach dice:

—He leído en un artículo que escribió Ciano el año pasado que odia todas esas modas antiguas que están volviendo ahora. Las cámaras de mano y las Super-8. Los directores solo lo hacen para conseguir la etiqueta de *vintage*.

—Es nostalgia —digo, aunque no sepa nada de cámaras de mano ni de Super-8.

—Eso es exactamente lo que dice Ciano. La nostalgia es una forma de pretenciosidad.

—Quizá solo les guste ese estilo —respondo, ofreciendo otra perspectiva porque me gusta

escuchar la voz de Zach. Me encanta su pasión por las películas, sobre todo por las terromedias. Parece que nunca pierde esa euforia por las cosas que le gustan.

—Pero esa es la cosa, que los pilla tarde. No puedes sentir nostalgia por algo que no has vivido. ¿Cómo echas de menos algo que no puedes recordar?

—Pero no hace falta que hayas estado allí para poder valorarlo —digo, dando un sorbo al refresco.

—¡Exacto! —exclama Zach, sonriendo como si acabara de darle la razón—. Ese es precisamente el argumento de Ciano. Si te gusta algo, ríndele homenaje. No le quites valor al recrearlo.

Y aunque eso no era para nada lo que yo quería decir, dejo que la conversación acabe ahí porque viene una de mis partes preferidas de la película. Había advertido a Zach de que no era la trama la razón por la que amaba esta película, sino porque es un «Nueva Yorkasmo total», en palabras de Katy.

—Así que estás enamorada de Nueva York y de tu viola —dice Zach, masticando un puñado de frutos secos—. ¿Por qué?

Me encojo de hombros.

—Me gusta cómo me hacen sentir.

Nunca he dicho esto a nadie, pero respiro profundamente y cuando veo a Zach mirándome con esa mirada atenta y paciente, decido contarle que a veces siento como si me faltara algo. Como si no estuviera viviendo del todo la vida que me toca vivir.

—Entonces, cuando empecé a encontrar cosas que no me hacían sentir así —explico—, me aferré a ellas.

Oigo la respiración regular de Zach, que me escucha.

—Después de todos los años que he tocado, sé que supuestamente debería ser una *musicienne* seria —digo con un acento francés horrible—. Se supone que deberían gustarme todos estos compositores clásicos alternativos poco conocidos.

—¿Compositores clásicos alternativos? —ríe Zach—. ¿Es eso un eufemismo porque están todos viejos o muertos?

—No —digo, riéndome también—. Debería haber superado la fase en la que me gustan cosas tan manidas como *Las cuatro estaciones* de Vivaldi, pero me encanta esa obra. Me encanta cómo cambian las estaciones y los diferentes instrumentos y voces entran y salen. Cada estación es diferente, pero tan alegre, vibrante y completa. Si mi vida fuera una canción, querría que sonara así.

—Si tu vida fuera una canción en Nueva York, quieres decir —comenta Zach, haciéndome cosquillas en la planta del pie, hasta que lo aparto entre risas—. Bueno, mantengo lo que decía antes: enamorada de Nueva York. Enamorada de tu viola.

*Y quizás algún día de ti*, pienso, pero no lo digo. Sé que quizás esté empezando a enamorarme de Zach, por lo viva que me hace sentir y porque me encanta estar con él, pero todavía no me he dado permiso para enamorarme de él de verdad. Todavía me preocupa que esto se acabe.

Solo lo conozco de unas semanas.

Algo está ocurriendo dentro de mí, pero quizá no haya una palabra para ello.

Y quizá no necesite una. Todavía no.

Aun así, segura de que mamá no va a bajar de nuevo durante un rato, me inclino y le doy un suave beso. Entonces apoyo la cabeza en su hombro, subo el volumen de la tele y me paso el resto del día enseñándole más cosas que me encantan.

**DESPUÉS**

Enero

El escáner es básicamente un donut gigante, con una cama que lo atraviesa mientras yo miro al techo blanco de plástico. Solo tarda unos quince minutos. Después, el doctor Overton Jr. sonrío y me dice que puedo volver a ponerme la ropa, que nos reuniremos en su despacho con mis padres dentro de un momento. No hay muchos trabajadores ni pacientes hoy porque es sábado y solo abren medio día. Relleno un cuestionario largo sobre mis costumbres de sueño, o falta de él, ya que el doctor está seguro de que ambas cosas están relacionadas.

Mi madre se toquetea el dobladillo de la falda mientras esperamos y dice:

—Solo espero que estén seguros de que la máquina no usa mucha radiación.

Papá suspira, frotándose los ojos.

—Estoy casi seguro de que fue a la universidad para aprender eso.

—Sus credenciales serán muy buenas, pero dejan que venga a operarse una niña menor de edad. Si ni siquiera parece que tenga diecinueve años. ¿Y por qué no la escanearon en cuanto llegó, hace tres días, para cerciorarse de que no había daños?

—Dijo que necesitaban consentimiento, ya que la máquina usa radiación —dice papá.

—Si es tanta, quizá sí que deberíamos preocuparnos.

Con el toma y daca de mis padres, hoy casi no puedo oír la música de la sala de espera.

Entonces llega el doctor, no con una radiografía, sino con muchos papeles.

—Gracias por su paciencia. —Nos sonrío antes de sentarse al otro lado del escritorio—. El escaneo se ve perfecto. Incluso tras las dos operaciones, no parece que haya motivo de preocupación. No hay lesiones ni actividad irregular. Lo único sería monitorizar tus síntomas: los problemas de sueño, las apariciones de ese chico, dolores de cabeza, esas cosas. Pero por lo que vemos, tu cerebro está sano.

—Gracias a Dios —suspira papá.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —pregunta mamá, que no parece dispuesta a tranquilizarse todavía.

—Pues —dice el doctor, con expresión pensativa—, es difícil de decir. Cuesta afirmar que sea un problema, siquiera.

—Ha dicho que nunca le había pasado algo así a uno de sus pacientes —replica mamá.

—Y es cierto —asiente el médico—. No sé si conocen nuestra historia, pero Overton empezó tratando principalmente los trastornos por estrés postraumático. Uno de los principales síntomas del TEPT es volver a experimentar el suceso traumático, ya sea mediante recuerdos recurrentes o espontáneos. Si lo pensamos bien, revivir cosas que nos han pasado no está relacionado con un trauma grave; es algo que todos hacemos. Dependiendo de cada uno, de cómo somos, lo hacemos de determinada manera. Cuando se convierte en motivo de angustia o disfunción es cuando lo tratamos. Nos centramos en el recuerdo en sí.

No puedo evitarlo, tengo que interrumpir.

—Vale, pero Rory no era solo un recuerdo. Estuvo vivo durante siete meses. ¿Cómo

borrarono todo ese tiempo si aún recuerdo cosas de aquel año, de la época en que él todavía estaba vivo?

—Buena pregunta. La respuesta es un poco técnica: tened paciencia —dice—. Verás, todo recuerdo tiene un epicentro. En todos los recuerdos en los que la persona que quieres borrar es el epicentro, es decir, donde tu atención se dirigió en principio hacia dicha persona cuando el recuerdo fue creado, el procedimiento elimina por completo el recuerdo. En recuerdos en los que la persona que se quiere borrar es solo parte del entorno, una figura secundaria, el recuerdo se vuelve un poco difuso. Por ejemplo, puede que recuerdes lo que se dijo, pero no quién lo dijo. O tal vez recuerdes la esencia de cierta situación, pero no detalles específicos sobre ella.

Esto explica por qué mis recuerdos de cuando tenía alrededor de once años son tan vagos y difusos. Por qué no recuerdo a mi madre embarazada. Por qué no recuerdo discusiones entre mis padres después de su muerte ni tengo el recuerdo de verles quitando las fotos de mi hermano pequeño. Solo recuerdo que, de repente, las cosas empezaron a cambiar y que no lograba encontrar el porqué. No me faltan todos los recuerdos de cuando Rory estaba vivo; algunos solo están algo borrosos.

El doctor Overton continúa:

—Mi padre cree, como siempre lo ha hecho, que la memoria es como una cadena de ADN. Bloques lineales conectados entre sí que forman una molécula. Seguro que le interesará muchísimo tu caso.

Lo miramos boquiabiertos mientras sigue hablando.

—Aunque no tengo pruebas empíricas, mi opinión dista algo de la de mi padre. No estoy seguro de que los recuerdos puedan diferenciarse con claridad. Una teoría común es que los recuerdos no residen solo en nuestro cerebro, sino que se distribuyen a lo largo de varios circuitos neurales. Eso quiere decir que, aunque podamos aislar acontecimientos específicos, recuerdos específicos, otros componentes como el reconocimiento espacial, la memoria emocional o incluso la memoria implícita como podría ser en este caso...

Es ahora cuando levanta la vista y se percata de que nos hemos perdido.

—Lo diré de otro modo —dice con una ligera risa—. A mí me gustan demasiado las barritas de cereales con chocolate, hasta un punto casi obsesivo. —Señala un envoltorio arrugado junto a su ordenador—. Obviamente, las recuerdo. Tengo un recuerdo existente y almacenado, una base de datos de barritas de cereales con chocolate.

Miro a mis padres con escepticismo. ¿Lo entienden?

—Y —continúa el doctor Overton Jr.—, si quisiera olvidar las barritas de cereales, podría separar todos los momentos en que me he comido una. Todas las veces que las he probado y que las he visto. Todo recuerdo con una barrita de cereales como foco de atención y todo recuerdo en el que solo formara parte del entorno... todo. Y, teóricamente, no debería saber qué es una barrita de cereales.

No decimos ni mu, y él continúa.

—Aun así, la probabilidad de que, si volviera a probar una barrita de cereales con chocolate —incluso después de borrar los recuerdos— esta me resultara familiar, está ahí. Y eso no

quiere decir que la técnica, el equipamiento o mi mente o lo que sea haya funcionado mal. Es solo una de las formas en que puede funcionar el cerebro. Así pues, puede que olvide las veces, todas las veces, que probé una barrita de cereales, pero quizá no la experiencia en sí. — Ahora me mira a mí—. Creo que esto es lo que te ha pasado a ti, Addie. Has olvidado todos los momentos que compartiste con este chico, pero no lo que sentiste. La pregunta del millón es por qué ahora. Mi principal sospecha sería que el accidente...

—Le dije que empezó antes —interrumpo. El doctor Overton asiente.

—Ya. Bueno, pues eso nos deja con una pregunta: ¿cuál puede haber sido el detonante de ese recuerdo?

El despacho queda en silencio y casi alcanzo a oír las mentes del doctor Overton y de mis padres dándoles vueltas a todas las posibilidades.

Por primera vez, creo que podría tener la respuesta.

La primera noche que vi al chico, antes del accidente de autobús, algunas partes del concierto me habían hecho sentir algo que no podía ubicar; algo parecido a un despertar.

Aun así, no pienso contárselo. No sé por qué, pero creo que todo esto es por un fragmento de música.

**ANTES**

## Mediados de septiembre

(hace dieciséis meses)

—¿Por qué la música de violín siempre suena tan triste? —pregunta Zach, echando un vistazo al gimnasio del instituto Lyndale, que hoy se ha convertido en un auditorio improvisado. La señora Dubois envió un correo a todos sus estudiantes, como hace siempre que hay un acto musical por la zona. Me vio entrar con Zach desde el otro lado del gimnasio, radiante y saludando con la mano con tanto ímpetu que casi oigo el tintineo de sus pulseras desde aquí. Como siempre, soy la única de sus estudiantes que ha venido.

—No siempre es triste. Es emocionante —respondo, moviéndome entre las sillas de plástico que ocupan la mitad trasera del gimnasio.

—¿Emocionante... mente triste? —dice Zach, y me sonrío con una mirada traviesa. Yo le devuelvo la sonrisa, me envuelve la mano izquierda con la suya y nuestros dedos se entrelazan de un modo que parece natural, pero que, aun así, hace que me recorra un escalofrío inexplicable por el brazo y luego por todo el cuerpo.

Desde que le pregunté hace dos noches si quería venir conmigo, he vacilado entre el arrepentimiento y la duda.

Sé que Zach no es el mayor fan de la música clásica y, aunque desearía que lo fuera, la orquesta de un centro de estudios no le va a hacer cambiar de opinión.

Pero también sé qué es lo más importante para él —las películas, las terromedias— y quiero que conozca lo que más me importa a mí.

El concierto dura dos horas y, aunque el cuarteto es algo tosco, tocan bien. Está claro que llevan mucho tiempo tocando juntos.

Lo bueno es que Zach no se duerme. Lo malo es que se mueve bastante, incómodo, intentando atender, pero con poco éxito. Estoy un poco decepcionada. Ya sé que no tienen por qué gustarle las mismas cosas que a mí, ni siquiera tiene por qué entenderlas, y lo está intentando de verdad, pero aun así me entristece. Sobre todo, cuando los intérpretes comienzan a tocar la penúltima pieza del programa, la *Suite para orquesta en re mayor* de Bach. Solo había escuchado el movimiento más famoso —el arreglo llamado *Aria para la cuerda de sol*—, pero escucharlo con la suite completa, de la manera en que la historia se hizo para contarla, me deja sin aliento.

Así que hago algo que nunca pensé que haría.

Rompo una de las normas esenciales de protocolo en conciertos de la señora Dubois. Me inclino y le susurro a Zach al oído, tirándole con suavidad del pelo para acercar su cara a la mía:

—¿Qué te parece esta canción?

—Es, eh... —Zach parece estar buscando las palabras—. Muy buena. Muy violinosa.

Me entra la risa, echo un rápido vistazo a mi alrededor para asegurarme de que no estamos molestando a nadie con nuestros susurros y, después, digo:

—Me recuerda a un chico al que le gustan las películas de Ciano y a una chica a la que le encantan sus nubes de humo.

Juraría que la sonrisa le llega a los ojos y, si no estuviéramos en público, se la besaría enterita.

Pero ni siquiera Zach, ni su cercanía, ni su sonrisa, eclipsan la música. La melodía es esperanzadora y cálida, intencionada pero insegura al mismo tiempo. Es verdad que me hace pensar en Zach y en mí. No porque suene a nosotros, sino porque yo he decidido que sea así. Lo he elegido justo ahora, en este momento. Cierro los ojos y nos imagino sumergiéndonos bajo el arco de la temblorosa cuerda del chelo. Agazapados, quietos. ¿Quién se va a poner a buscarnos allí?

Las eternas y alargadas notas del violín tardan lo mismo que el aire de mi respiración en subir desde la base de los pulmones y salir de mi cuerpo cuando Zach está cerca. Y el movimiento de su pelo, sus alegres y brillantes ojos, también están escondidos en el interior de esta pieza.

Cuando mis padres se separaron, la música se convirtió en el refugio donde guardaba las piezas de mí misma que no podía expresar o que no soportaba que viera nadie. Todos los padres se separaban. Era tan normal y corriente como que a los niños se les cayeran los dientes de leche, que te escogieran la última en educación física o dar el estirón a los once años. Se suponía que si te tocaba a ti, si te pasaba, tenías que quitártelo de encima y seguir adelante. Pero el dolor al pensar en dos habitaciones diferentes y en dos cepillos de dientes distintos, en dos tarjetas de cumpleaños, no era tan corriente. Lo sentía mío con tanta claridad que se me erizaba el vello de todo el cuerpo si lo pensaba demasiado; me escocían los ojos y se me hacía un nudo en la garganta.

Buscaba cosas en las piezas que tocaba. El grito de mi madre cuando mi padre saltaba desde un rincón para sorprenderla si aterrizaba una hora antes gracias al increíblemente buen tiempo en los Cayos. Buscaba esa sensación de certeza, de que todo estaba en su sitio y no roto, desperdigado... mal. No podía explicar el motivo por el que todo se había derrumbado sin aviso y por qué parecía haber agujeros y grietas en mi vida.

Pero, más que nada, encontré otras cosas en mi música. Esperanza. Distracción. Felicidad. Las encontré y me aferraba a ellas tanto como duraban las piezas, para después meterlas de vuelta en una melodía en la que serían inalcanzables.

Se lo explico a Zach después del concierto. Si cree que estoy loca, no lo exterioriza.

Hablamos del segundo movimiento de Bach el resto del camino a casa. Estoy a punto de llamarla «nuestra canción», pero me contengo porque Katy me dijo una vez que compartir una canción con alguien está al nivel de compartir mascota. No debe hacerse y punto. Ninguno de los dos.

—*Aria para la cuerda...* para el hilo de un tanga. Oye, pues me gusta —dice Zach.

Apoyo la cabeza sobre el reposacabezas de su coche al reír.

Pero creo que él también está de acuerdo en que, en algún lugar del segundo movimiento, entre el temblor de las cuerdas del violín, hay un poco de nosotros.

**DESPUÉS**

Enero

Después de volver de Overton con mis padres, me paso las siguientes tres horas poniendo patas arriba mi habitación. Buscando en cada cajón de la cómoda, en cada esquina del armario, debajo del colchón, bajo la alfombra. Saco toda la ropa del armario y busco en los bolsillos de los pantalones que hace años que no me pongo. Busco una nota, una camiseta que no recuerdo, una foto.

Un recuerdo.

El chico del bus ya es algo: una sonrisa radiante, la extraña paz que siento cuando está a mi alrededor. Y quiero verlo, me gusta estar con él, pero aun estando con él me siento incompleta.

Su nombre es un comienzo, pero cuanto más sepa más descubriré. Estoy enfadada conmigo misma por haber ido a Overton voluntariamente. ¿Por qué lo haría? ¿Qué habría pasado?

¿Por qué querría deshacerme de una vida de experiencias reales a sabiendas? Y, si es cierto que lo hice, tengo que averiguarlo por mí misma, me lo debo, tengo que darle sentido a todo esto.

Podría pedir a Katy que me lo explicara, que me contara lo que ella recuerda que pasó, pero no quiero su versión de la realidad. Ni siquiera sé hasta qué punto puedo confiar en ello. Quiero encontrar todas las piezas que han estado esparcidas a mi alrededor todo este tiempo —que todavía tienen que estar por alguna parte— y encajarlas para reconstruir los fragmentos dispersos de mi vida.

Y tengo que hacerlo yo sola.

Sigo rebuscando entre mis cosas, buscando alguna pista.

Quizás el garabato de dos iniciales en la parte de atrás de unas zapatillas o un nombre grabado en la pared detrás del cabecero de la cama.

No encuentro nada. Naturalmente.

*¿Me deshice de todo lo que me recordaba a él? ¿A Zach?*

Hay muchísimas lagunas en mi vida... piezas perdidas. Siempre las ha habido. Y no me había dado cuenta. ¿Cómo es posible?

Son más de las nueve, lo bastante tarde como para acostarme, pero estoy harta de no pegar ojo por las noches, dando vueltas y vueltas en la cama.

Quiero respuestas.

Mi madre está arriba, en su habitación, hablando con Bruce por teléfono, así que no me será difícil salir de casa sin que se entere.

Afuera está oscuro, la noche se asoma por donde estaba la tarde y, aunque la carretera está helada, conduzco más rápido de lo que debería.

No tengo ningún destino en mente. Acabo en un parque al que mis padres solían llevarnos a Caleb y a mí cuando éramos pequeños. Yo me colgaba boca abajo, como si fuera un murciélago, y miraba el cielo, que era del azul más brillante. Me quedaba así hasta que sentía

que la sangre se me subía a la cabeza y entonces me incorporaba e, incluso sin sentir los latidos ni el remolino de sangre entre las orejas, no tenía ninguna duda de que estaba viva.

El parque está totalmente desierto. Salgo del coche y la nieve cruje bajo mis zapatos.

El columpio, ahora ya demasiado pequeño, está mojado, conque lo seco con la manga del abrigo. Se hunde con mi peso al sentarme. En vez de columpiarme, me limito a cerrar los ojos y giro y giro sin parar, mientras las cadenas del columpio se enredan entre sí.

Con los ojos cerrados, doy vueltas y más vueltas hasta que empiezo a marearme un poco y se me revuelve el estómago. El aire es tan frío que me duelen las orejas.

Tarareo una canción cuya melodía me hace sentir perdida, cada estrofa es un nuevo camino y ninguno de ellos me lleva de vuelta a casa. Después, *Aria para la cuerda de sol*, la pieza que creo que hizo que viera al chico por primera vez. En mi mente, en esta noche de ojos cerrados, me imagino que la estoy tocando en lugar de tararearla. Noto el peso de la viola bajo la mandíbula. Y el arco ligero, como un dedo más.

*Zach.*

No hace falta que lo diga en voz alta.

Me detengo y planto los pies en el suelo, a pesar de que el mundo sigue girando a mi alrededor; el parque que me rodea da vueltas como un ti vivo.

En la primera vuelta veo a un chico pelirrojo con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros.

En la segunda vuelta me sonrío y hace desaparecer la noche.

En la tercera vuelta inspiro, adaptándome al mundo inmóvil.

—¿Estás bien? —pregunta él mientras trato de enfocarlo.

*¿Qué haces aquí? ¿Quién eres? ¿Por qué me siento así cuando estoy contigo?*

—Zach —digo en voz alta esta vez, despacio, viendo cómo encaja en su rostro el sonido de su nombre, la armonía de la persona que tengo enfrente.

Me sonrío con sus ojos grises muy abiertos.

—Eso es. Siento que es mío.

Ya sé que no puede decirlo, que es mi mente la que confirma que la cara de este chico que estoy viendo pega con el nombre que me han dicho. Tal vez un atisbo de recuerdo.

Una ola de soledad me inunda entonces, porque no hay chico del bus. Solo estamos mi mente, yo y lo que me ha intentado decir todo este tiempo sin encontrar las palabras. Detalles. Pruebas.

Pero, aun así, el aire que exhala es cálido y sus ojos reflejan la luz de la luna, brillan. Me sigue pareciendo real.

Este chico invisible sigue aquí, para mí.

Aunque sea un producto de mi imaginación.

Aunque sea un fantasma y esté ausente, igual que Rory.

Me tiende la mano; el viento hace que el pelo le acaricie la frente. Yo levanto la mía y dejo que tire de mí y me levante del columpio.

«¿Estás muerto?», quiero preguntarle, pero él no me lo puede decir. Entrelazo mis dedos entre los suyos y los aprieta en su palma caliente.

*No puedes estar muerto.*

Nos sentamos en un banco húmedo y no puedo dejar de mirarlo. Zach. El Zach de mis recuerdos.

—¿Qué? —pregunta, escondido en la oscuridad.

—Me pone de los nervios cómo vas vestido —digo, aunque es lo último que tengo en la cabeza—. Supongo que no tienes mucho frío, que no te vas a morir de hipotermia. —*Sobre todo si ya estás muerto*, pienso—. Pero me resulta extrañísimo que lleves esa camisa con el frío que hace en la calle.

Me bajo la cremallera del plumífero y me lo quito. Después le cedo el lado izquierdo.

—Ven.

Arquea una ceja, divertido, pero obedece. Se acerca. Más cerca.

Me aturde el calor de su cuerpo contra el mío.

Me ciño el lado derecho del abrigo. Él se tapa con el otro como puede, lo que es ridículo porque si ya le queda demasiado pequeño, taparnos los dos es casi imposible. Pero lo compartimos igual; nuestros cuerpos se rozan y nuestra respiración, fuerte y cálida, es indistinguible.

—¿Mejor? —pregunta con un deje divertido en la voz, aunque su expresión es extrañamente seria y parece que tiene los ojos pegados a mis labios.

Me da corte. Me hace pensar demasiado en sus labios.

—Mejor —susurro. De repente, su cara está más cerca que antes. Su aliento huele a una mezcla de menta y tabaco.

—¿Zach?

*Zach. Se llama Zach.* Ayer en el coche, Katy no habló de él como si estuviera muerto. Y tampoco mis padres. No puede estar muerto.

—¿Mmm? —dice, todavía muy muy cerca.

—Quiero encontrarte. A tu verdadero yo.

**ANTES**

Principios de octubre

(hace quince meses)

Cuando empieza el instituto, Zach y yo lo tenemos cada vez más difícil para vernos, sobre todo desde que ha conseguido otro trabajo en el Cineplex del centro comercial. Cuando estoy en clase, él está trabajando en el cine o ayudando a su padre en el videoclub o haciendo algo con Raj, mientras yo ensayo con la orquesta, estoy en clase de viola o paso el rato con Katy.

Así que cuando Zach me dice que sus padres se van de la ciudad el fin de semana, que Kevin está trabajando y que él no tiene que trabajar en el videoclub, parece que el destino nos llama a voces.

Me invento que tengo que ir a estudiar a casa de Katy y salgo a esperar a la chatarra de coche que tiene Zach. He acabado apreciando ese color azul claro tan hortera y los chirridos que suelta cada vez que Zach pisa el acelerador.

—¡Hola! —dice Zach cuando me subo al asiento del pasajero.

Me inclino y le beso.

—Hola. —Me cae una gota de agua por la barbilla y suelto una risita. Después le acaricio el pelo, que lleva mojado y revuelto.

El coche huele a colonia y me arden las orejas cuando me doy cuenta de que se ha pensado bien lo que vamos a hacer hoy. No lo habíamos dicho en voz alta, pero, evidentemente, ambos lo habíamos pensado. Me he traído una bolsita con un cepillo de dientes, un peine, maquillaje y otras cosas imprescindibles.

—¿Y dónde dices que han ido tus padres?

—A Caldwell. Están con Russell que no cagan. —La última vez que fui a su casa, su madre insistió en que Zach me enseñara parte de todas las horas de metraje que rodó del bebé cuando fueron a Caldwell la semana anterior. Zach se puso rojo y sacó su teléfono para enseñarme un bebé de piel rosada y pelo marrón.

—Es adorable —susurré, mirando el vídeo de un recién nacido inquieto y balbuceante. Se me encogió el pecho, un deseo enorme de traspasar la pantalla y agarrarle el meñique pequeñín a Russell. Me gustan los bebés, pero la sola idea de hacerles de niñera siempre me ha dado pavor. *¿Qué pasaría si hago algo mal? ¿Y si pasa algo malo y no hay nadie que pueda ayudarme?* A lo mejor he heredado de mi madre la aversión a los niños pequeños o quizás, al ser la menor, no he tenido mucha experiencia con ellos.

Russell es adorable, aunque solo sea porque su familia está llena de hombres atractivos y algo malo tendría que pasar para que no saliera adorable.

El resto del camino a casa hablamos de las clases, del videoclub de su padre y del solo que la señora Dubois me dio la semana pasada.

—Entonces —dice Zach cuando hace chirriar los neumáticos para detenerse frente al garaje —, ¿qué hacemos hoy?

Esboza una sonrisa con una mirada gris cálida y centelleante; yo me inclino sobre él y deslizo la mano hacia arriba, hacia su muslo.

—Ah. —Ahora sonrío abiertamente—. Voto por esto.

—Madre mía —digo riéndome, inclinándome aún más para besarle el cuello.

—¿Qué? No lo decía por eso —dice, riéndose también. Reclina el asiento hacia atrás para alejarlo del volante, tira de mí hacia su regazo y no pienso en otra cosa que no sea hacerlo.

Y entonces oímos un fuerte golpeteo en la ventanilla del conductor.

Con el volumen justo para que lo podamos escuchar a través de la ventanilla, que está todavía subida, Raj dice:

—¿Qué hacemos hoy?

**ANTES**

Octubre

(hace quince meses)

La vida sigue tratándonos mal y, un día, unas dos semanas más tarde, me llaman de At Home Movies.

Estoy tirada en la cama, rodeada de los deberes de español, pero con cero ganas de hacerlos.

Al final me rindo, me levanto y me pongo a tocar la viola; una elegía de Stravinski, una pieza engañosamente lenta que es agrisulce y suena como una caída, como la visita a un cementerio sombrío o como una fuerte tormenta que se va acercando, nube a nube.

—¿Hola?

—¿Qué hay, nena? Han prescindido de mí en el Pizza Hut, lo que parece ser que significa que estoy despedido.

—¿Kevin? —pregunto tras unos segundos intentando ubicar la voz.

—El mismo, nena.

Oigo a Zach gritar algo de fondo.

—¿Te han despedido? ¿Qué ha pasado? —pregunto.

—Llamé bicho a mi jefa y supongo que no está permitido —dice él, con desprecio.

—Madre mía —digo yo, conteniendo la risa para no animarlo—. ¡Es horrible!

—Ya —responde Kevin. Me lo puedo imaginar encogiéndose de hombros.

Estoy a punto de preguntarle por qué ha llamado, aparte de para contarme que lo han despedido, cuando me dice:

—Zach dice hola.

—Dile que hola a él también —le digo mientras me siento en la cama.

—Dice que hola —oigo a Kevin—. Zach dice que esa amiga tuya, la rubia, está buena y que sería perfecta para mí.

—Kevin —oigo que dice Zach y, entonces, se oye un sonido como de pelea y golpes. Después, una bofetada seguida de las carcajadas de Kevin y más golpes que parecen contra el mostrador.

—Ay, Dios, lo siento mucho —dice Zach casi sin aliento.

—No pasa nada. No me creo que lo hayan despedido —digo.

—¿No? —dice Zach con ironía y me río—. Escucha, mis padres pasarán esta noche en Caldwell y se suponía que yo tenía que vigilar a Kevin hasta que regresaran mañana, pero ahora que lo han despedido, ¡se va con ellos!

—Vale —respondo imitando su tono—. ¡Está bien saberlo!

—No, no —dice. Casi oigo la sonrisa en su voz y me imagino cómo se acerca el teléfono a la boca mientras habla—. Se van hasta el sábado. Con Kevin.

¡Aaaah! Ahora lo pillo.

—¿Y qué pasa con el videoclub?

—Puede que esta noche cierre antes. Nunca se sabe.

Imito una exclamación de sorpresa.

—¿Puedes hacer eso? A tu padre le va a dar un síncope.

—No ha entrado ningún cliente desde hace seis horas. Dudo que en dos horas...

Se oye barullo, la voz del señor Laird, silencio y después:

—¿Por dónde íbamos, nena?

—Kevin, ¡deja de ligar con mi novia! —dice Zach y no puedo evitar sonreír. «Mi novia».

La novia de Zach.

—Zach está atrás, haciendo como que ordena las estanterías —me informa Kevin—. Dice que, por favor, le hagas saber tu decisión.

—Dile que sí —digo yo.

—Dice que sí.

—Zach dice que te diga, solo para que lo sepas... —Hace una pausa mientras Zach le cuenta algo que no oigo—... que le ha enviado un mensaje muy serio a Raj.

Más murmullos de Zach.

—Con amenazas de desmembramiento o —más murmullos— que le hará llevar el disfraz de monja en las próximas diez películas —más murmullos— si se acerca a más de un kilómetro de nuestra casa esta noche.

Me río.

—¿Por qué no puede ir Raj a casa? —pregunta Kevin a Zach.

—Dile —respondo yo— que no apruebo el desmembramiento ni las amenazas de ningún tipo, pero que suena perfecto.

Kevin transmite el mensaje. Yo ya le estoy enviando uno a Katy para que me cubra y finja que voy a pasar la noche en su casa.

*¡Cómo te lo montas!*, responde ella de inmediato. *Pero hecho.*

—Que tengas un buen viaje a Caldwell esta noche —le digo a Kevin.

—Sería mejor si vinieras tú también —dice Kevin.

—Kevin. —Oigo a Zach desde el otro extremo—. ¿No te despidieron por algo así?

**ANTES**

Octubre

(hace quince meses)

No me había puesto tan nerviosa por ver a Zach desde el día en que nos conocimos. Abre la puerta principal y nos quedamos parados sonriéndonos torpemente el uno al otro. Zach me invita a pasar primero sujetando la puerta y eso hago.

Seguimos dedicándonos sonrisas algo incómodas en el vestíbulo hasta que Zach no aguanta más y dice entre carcajadas:

—Suavizar esto es imposible. ¿Quieres que subamos?

Me río yo también, y entonces me lleva hasta su habitación cogiéndome de la mano.

Le cuento cómo me las he arreglado para poder venir. A pesar de lo mucho que me había costado inventarme una coartada con Katy, mamá se arrellanó en la sala de estar y dio unos golpecitos al sofá justo cuando iba a preguntarle si podría coger prestado su coche. Caleb, que estaba sentado en una butaca frente a ella con sus pies peludos apoyados en la otomana, levantó las cejas al oírme farfullar que había quedado con Katy para ensayar juntas para la orquesta, que teníamos un proyecto de Química y que me estaba ayudando con Lengua. No se me daba bien mentir.

—Lengua se me daba bastante bien —dijo Caleb—. ¿Quieres que te enseñe yo?

—No hace falta, gracias —contesté rápidamente mientras lo fulminaba con la mirada. No estaba del todo tranquila: Caleb podría delatarme solo para dejar claro que no estábamos en el mismo barco, pero se limitó a hacerme una mueca. Para mi asombro, fue bastante fácil persuadir a mamá, que me hizo prometer que pasaría el próximo fin de semana con papá porque solo había estado con él una vez en todo el verano, mientras que ya había pasado estos dos últimos junto a Caleb.

»¡Claro que sí, lo prometo! —Lo dije tan rápido y con tanta alegría que no sonaba nada convincente. ¿Cómo me las había arreglado para aparecer en la película de Zach?

Zach se mea de la risa mientras le cuento esto.

Su cuarto está más ordenado que en otras ocasiones. Los DVD que solían estar esparcidos por el suelo están meticulosamente apilados junto a la pared. Algunos de los pósteres que estaban a punto de caerse están ahora bien pegados y tiene la cama bien hecha. Que haya tenido este detalle conmigo me halaga, al segundo me pone nerviosa y después no sé ni qué sentir aparte del inestable *staccato* al que el corazón me late.

Dejo la mochila en la mesa, que está hasta arriba de libros y equipo fotográfico.

—Oye —dice Zach y yo me vuelvo de nuevo hacia él—, tampoco hace falta que pase nada esta noche. —Casi siento cómo se ruboriza: se le han encendido las mejillas—. Podemos poner una peli o...

Le planto un beso en los labios antes de que se le ocurra sugerir otro plan. Lo he pillado por sorpresa, pero se recupera y me devuelve el beso. Retrocedemos hasta que toca la cama con las corvas. Se tumba encima del colchón y yo me coloco encima de él sin dejar de

besarnos.

Nos besamos como si nos faltara tiempo. Él se queda sin aliento, así que yo lo beso y le lleno de aire los pulmones. Entonces me quedo sin aliento yo, por lo que nos vamos pasando una y otra, y otra vez el poco aire que hay en la habitación y que, al parecer, es suficiente.

Cuando paramos para recuperar el aliento, me siento a horcajadas encima de él y Zach se recuesta usando los codos mientras intento quitarle la camiseta.

Me ayuda a pasársela por la cabeza y entonces la tira. Me recorre el cuello entero con los labios al tiempo que intenta desabrocharme el vestido.

—Hijo de perra —bufa tras varios intentos fallidos. Se detiene un momento para concentrarse en quitármelo y yo me río.

Consigue desabrocharlo hasta la mitad y noto sus manos como el fuego en mi espalda desnuda.

Me aparto de sus piernas, me echo para atrás y dejo que se incorpore para aflojarse el cinturón. No dejamos de mirarnos mientras mi vestido cae al suelo; él saca los pies de los pantalones nada más caer por sus caderas.

Me excita que sus ojos admiren mi cuerpo como si tuvieran dedos que me recorren desde la cabeza hasta la punta de los pies, las orejas y el cuello: por todas partes.

Él también se ha sonrojado y pienso que le provoqué el mismo efecto a él, o eso espero.

De repente, Zach aparta la mirada y frunce el ceño. Me deslizo de nuevo en la cama aún con la ropa interior puesta mientras él busca su cartera en el suelo, de la que saca un paquetito plateado. Se mete entre las sábanas también y volvemos a mirarnos mientras respiramos en los labios del otro sin llegar a besarnos.

Se le hace un nudo en el estómago y me dice:

—Eres hermosa. —Lo creo porque su mirada también me lo dice.

Nos besamos de nuevo y entonces se pone encima de mí; ya no llevamos nada puesto. Ya no hay nada entre su piel y la mía.

Se apoya con los codos a cada lado de mi costado.

—¿Lo has hecho... alguna vez? —me pregunta a pesar de que ya hemos hablado del tema. Sabe que es mi primer novio formal e imagino que quiere asegurarse.

—Muchas veces —bromeo, y los dos nos reímos sin dejar de temblar. Ambos somos más pequeños y frágiles sin la ropa puesta. Zach había estado dos años con Lindsay: no necesito preguntarle lo mismo.

»Primero fue con Stu en parvulitos. Me apartó el pelo detrás de la oreja, así que él fue el primero. —Sigo hablando, aunque desearía callar para que pase todo esto. Una voz grita en mi cabeza: *Cállate, cállate, cállate*, pero al parecer he dado rienda suelta a mi boca, pues no dejo de decir chorradas en contra de mi voluntad.

»Luego fue con Grant en séptimo. Grant El Destornillador. Su lengua parecía la de una serpiente —digo.

A Zach se le escapa la risa sin llegar a perder el equilibrio, pues su cuerpo sigue encima del mío, ambos a punto de rozarse.

—También está Eric Johns, que llegó a segunda base y, válgame Dios, no sé por qué sigo

hablando. —Me tapo la cara con las manos.

Zach se ríe de nuevo y me besa en mitad del pecho.

—No me termina de gustar este Eric Johns. —Levanta la cabeza y me mira de nuevo—. ¿Y después de él?

El ambiente de la habitación ha cambiado de nuevo y se ha vuelto más solemne; me da la impresión de que puedo escuchar el latido de nuestros corazones.

—Solo tú —le respondo.

Zach asiente y me besa con cariño. Se preocupa por mí, pues no deja de preguntarme si estoy bien y si lo que hacemos me parece bien, así que me muerdo el labio inferior y asiento a modo de respuesta, aunque en realidad los dos estamos tan nerviosos que no dejamos de temblar.

**DESPUÉS**

Enero

—No tiene sentido alguno que estés aquí mismo —digo, incrédula— y no podamos averiguar nada más de ti.

Ahora que sé por qué está aquí y tengo por dónde tirar, me bastará con hacer las preguntas adecuadas para poder esclarecerlo todo. Por eso no me he rendido ni he optado por la opción más obvia: preguntar a Katy. Estaba convencida de que podía descifrarlo yo sola. Al fin y al cabo, se trata de mi propia memoria. Lo conocí, conocí a Zach. Sigue resultándome un nombre mágico incluso tras días sin saberlo.

No obstante, solo he descubierto una cosa sobre él después de interrogarlo durante una hora. Y ni siquiera me lo ha dicho él mismo; lo he averiguado al intentar recordar con mayor detenimiento, una y otra vez, los detalles de la noche en que empecé a verlo. Es más, ha venido a mi mente al recordar lo que sobresalía de su mochila cuando subió al autobús.

Un trípode plegado.

Llevaba equipo fotográfico en esa mochila.

Estamos sentados en una mesa en Jolley's, una vieja cafetería junto a la autopista, ya muy entrada la noche. Sostengo la taza de café y soplo mientras observo a Zach, sentado al otro lado de la mesa. Al estar tan inmersa en nuestra conversación, no he caído en que soy la única que puede verlo. Tras percatarme de varias miraditas de desconocidos, he fingido que leía el menú en voz alta o miraba algo en el móvil cuando alguien pasaba a nuestro lado.

—Parece que solo puedo contarte cosas que ya sabes —dice, y pongo los ojos en blanco. Lleva repitiendo eso toda la noche. La explicación de por qué sabía que había acertado su nombre y nada más—. Tienes que encontrar aquello que no fueron capaces de borrar por completo. Sentimientos, cosas que asocies con... mi otro yo.

—Ajá. —Ya lo he intentado al escuchar el *Aria para la cuerda de sol* en el móvil y esa sensación evocadora, esa calidez que me embargó al escucharla en el concierto de aquella noche en que conocí al Zach de mis recuerdos, volvió a mí para convencerme de que voy por buen camino. Pero, aunque me haya ayudado a evocar el recuerdo de Zach, dudo mucho de que vaya a proporcionarme su apellido. Estoy perdiendo la paciencia conmigo misma y empiezo a pensar que tal vez necesite acudir a mis padres y a Katy para encontrar respuestas.

Estoy absorta mirando el borde de la taza de café cuando noto que Zach me está mirando.

—¿Qué? —le pregunto. Soy incapaz de interpretar la expresión de su rostro.

—¿Qué crees que pasará cuando lo encuentres? —me pregunta, toqueteando una patata frita desde su lado de la mesa—. Es decir, ¿qué pasará conmigo?

Me encojo de hombros.

—¿Por qué tendría que pasar algo?

Zach sacude la cabeza en un intento de quitarse la ansiedad de encima y se inclina hacia delante.

—Vale, volvamos a lo de la cámara y el trípode. ¿Crees que puedes partir de ahí?

—¿Quizá seas fotógrafo? —pregunto, esperanzada, a lo que Zach responde:

—Quizá.

Resoplo. Es como si estuviera hablando con un amnésico. Alguien que no sabe absolutamente nada de sí mismo. No quiero ni pensar que, en ciertos aspectos, así soy yo. Así he sido yo.

—Vale —digo al tiempo que escribo «Zach Lyndale fotografía» en el móvil en el buscador de Internet. Fotografía. Imágenes. Fotos—. Hay una cantidad sorprendente de personas en Lyndale que son fotógrafos profesionales y se llaman Zach. La mayoría supera los cincuenta.

Zach se ríe y me vuelvo a quedar embobada por la calidez y la plenitud de su voz. Levanto la vista del móvil y lo miro, preguntándome si eso era un recuerdo; si estoy recordando al verdadero Zach de algún modo. Me vuelvo a sorprender al encontrar de frente sus centelleantes ojos, conque aparto la mirada.

¿Algo que me va a poner las cosas difíciles? Enamorarme del recuerdo de un chico al que conocía. El recuerdo invisible de un chico al que conocía. Todo lo que le veo hacer sucede únicamente en mi cabeza y me gusta. Esta noche, sentados tan cerca el uno del otro, era como si nos sobrarian los abrigos y he sentido que algo me oprimía el pecho. Era el hecho de darme cuenta de que estaba a punto de besar a un extraño invisible y desear que hubiera menos distancia entre los dos. Es más, empezaba a tener la sensación, a entender por primera vez, que tal vez amé al Zach de verdad. Ese amor palpitante que te deja sin aliento y del que no puedes recuperarte. Ese amor que no puedes olvidar.

*Entonces, ¿por qué lo borré de mi memoria?*

—No solo hay cámaras de fotos, ¿verdad? —me pregunta el Zach de mis recuerdos, devolviéndome a la realidad. Tardo un segundo en recordar lo que estábamos hablando.

—También las hay de vídeo —respondo y garabateo los nombres de los tres Zachs que he encontrado sin fotos, entre los que posiblemente estará el que busco. Zach Easton, Zach Thomas y Zach Neil—. Puede hasta que vendas cámaras. ¿Vendes cámaras, Zach?

—Vete tú a saber —contesta él.

—Pero ¿tienes algún palpito? —insisto, mientras veo cómo esboza una sonrisa. Las mariposas revolotean en mi estómago y se me enrojecen las orejas.

Vuelvo a mirar la pantalla del móvil.

—Vale, intentémoslo así... —Escribo «Zach cámaras» y no doy con nada útil.

»¡Eh! —exclamo de repente. Alguien se me queda mirando desde el otro lado de la cafetería y agacho la cabeza al tiempo que susurro—: ¿Y qué hay de ese trabajo que «hacías» en el Cineplex aquel día? ¿Qué podría significar eso?

Zach entrecierra los ojos, pensativo.

—Cámara. Cine. ¿Películas?

Escribo «Zach películas Lyndale» y bebo otro poco de café mientras espero los resultados de la búsqueda.

—¿Ocurre algo? —me pregunta Zach. Me quedo congelada con la mirada fija en la pantalla del móvil—. ¿Addie?

—Creo que hemos dado en el clavo.

Se trata de un artículo de hace unos tres años sobre un muchacho de quince años de la localidad con un gran interés por la cinematografía. Sobre todo, por las películas de terror.

Un pie de foto reza: «Zach Laird, estudiante del instituto Meridian, celebra junto a su mejor amigo, Raj Gupta, el tercer puesto en un concurso nacional de cortometrajes».

Sin embargo, es la foto lo que me deja sin aliento. En ella se ve a un muchacho hindú de expresión solemne mirando a la cámara. Es el chico que se tropezó conmigo y no dejaba de mirarme en el cine aquel día. A su lado, al lado de Raj, un muchacho alto y pelirrojo me mira directamente con una amplísima sonrisa.

—¿Estás segura? —pregunta el Zach invisible mientras rodea la mesa para ponerse a mi lado y poder ver.

Le respondo mirándolo boquiabierto, intentando mantener la calma y la respiración antes de fijarme de nuevo en el chico de la foto que tiene el mismo aspecto que él. Que es él.

«Zack Laird».

El nombre se materializa en mi mente y encaja de una manera familiar y extraña al mismo tiempo, lo que me confunde.

Miro de nuevo la foto.

No sé nada de él, del verdadero Zach, pero el *tic-tac* constante de mi pecho, esa bomba destinada a una explosión inevitable, confirma algo que solo había sospechado o temido.

Algo que se abre paso con aplomo.

Yo amé a este chico.

**ANTES**

Finales de octubre

(hace quince meses)

Zach y yo no nos vemos casi nunca. Un puñado de minutos entre los ensayos de viola, en el videoclub, en el Cineplex, en el apartamento de mi padre y en sus viajes a Caldwell. Como es él quien está más ocupado, soy yo la que suele ir a verlo a uno de sus dos lugares de trabajo o a su casa.

Decido pasarme por el Cineplex un día después del instituto y, cuando uno de sus compañeros me dice que ha ido a sacar la basura, me dirijo a la parte trasera del cine y me abalanzo sobre él.

Lo encuentro de espaldas a mí, así que al abrazarlo por la cintura pega un brinco.

—¡Hostia, qué susto! —dice antes de volverse.

Como suelta el humo del tabaco delante de mi cara, toso y me lloran los ojos.

—Perdón —dice, dedicándome una amplia sonrisa—. Estaba maquinando un plan para secuestrarte. —Y seguidamente me besa el labio superior.

No le devuelvo el beso, sino que me quedo quieta con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre? —pregunta Zach.

—Hueles fatal, eres una chimenea andante.

Con una mano, aleja el cigarrillo de él con un gesto dramático y con la otra me tapa los ojos.

—No me has visto fumar.

—Sigo oliéndote, y apestas a tabaco —replico, apartándome sus manos de la cara—. Pensaba que lo estabas dejando. Tu padre te compró una CXX. —Y eso que a su familia le ha costado mucho mantener At Home Movies en marcha durante los últimos meses.

Zach parece sorprendido, pues se le abren los ojos más de lo normal.

—No sabía que te molestara tanto. —Vuelve a apartar el cigarrillo, ahora de verdad.

—Es asqueroso —contesto, deseando que estuviéramos enrollándonos tras una semana sin vernos, pero ahora mismo no me apetece nada besarlo. Curiosamente me da por recordar lo que Raj me dijo una vez: «Si hay tabaco de por medio, Lindsay está detrás».

Zach asiente sin dejar de mirarme.

—Perdona. —Se pasa una mano por el pelo—. Te juro que llegué a fumar solo dos al día, pero entonces empezó el instituto. Además, Raj sigue insistiendo en que hagamos algo para participar en el concurso de cortos de la Valley Con, así que lo evito porque no habla de otra cosa. Y me siento fatal por ello.

Doy un paso hacia delante y pongo la mano sobre su camiseta.

—¿Y por qué no quieres participar?

—Sí que quiero —reitera Zach—, pero es que... no se me ocurre nada bueno. —Señala la puerta—. Y ahora viene mi padre y se gasta la friolera de ochocientos pavos en una CXX que no puedo ni usar.

—Quizá... —le digo pensativa—, quizá no lo estés viendo en perspectiva. Mira, no hace mucho me harté de mi forma de tocar la viola, cogí prestadas varias piezas de música de Katy, las cambié una quinta más abajo y me aprendí un par de temas suyos. Se me dieron bastante mal, la verdad, pero me sentí mejor conmigo misma.

—No lo entiendes, Addie. —Noto impaciencia en su voz—. Creo que necesito un poco de tiempo para mí, para pensar en ello.

—Creo que tienes bastante ya —le contesto.

—¿Qué quieres decir? —Frunce el ceño.

—Que tienes tiempo para ti. ¡Solo te he visto dos veces durante las últimas dos semanas!

—He estado ocupado con los estudios —se excusa él.

—Yo también voy al instituto, ¿sabes? Y también tengo ensayos y muchas otras cosas que hacer.

Parece que está a punto de lanzar el argumento en su defensa de que, además de estudiar, tiene dos empleos, pero rectifica y su rostro se relaja.

—Tienes razón, lo siento. ¿Qué me estabas contando de las canciones de Katy?

—Que tal vez deberías intentar algo diferente —digo, dejando que la tensión abandone mi cuerpo y mi tono de voz. Acto seguido, añado, más calmada—: A ver, las terromedias son geniales y Ciano es brillante, pero podrías probar a hacer algo nuevo.

Zach atrapa un mechón mío entre sus dedos.

—¿Tú crees?

—Sí.

Le rodeo el cuello con los brazos y me pongo de puntillas para besarle la barbilla.

—Perdón por mi aliento a tabaco —dice Zach, mirándome a los ojos, y yo me encojo de hombros como si no fuera gran cosa. A decir verdad, he empezado a llevar perfume en el bolso para echármelo cuando estoy con Zach para evitar que mi madre me interrogue. Obviamente, sabe que estamos juntos, pero no saber que fuma no le va a hacer ningún daño.

—Quizá tengas razón —dice ahora más pausado, mirando por encima de mi cabeza—. Es que me siento... bloqueado.

Lo rodeo con los brazos por la cintura y nuestros pechos se mueven a la vez antes de ponerle la mano en el bolsillo trasero de los vaqueros y prometerle:

—Te ayudaré. —Y entonces añado—: ¿Cómo quieres que te desbloquee, Zach?

**DESPUÉS**

Enero

Es lunes, y apenas puedo prestar atención en clase.

Después de un ajetreado fin de semana y por culpa de mi insomnio implacable, el cerebro me va a hacer cortocircuito.

Me noto tan inquieta y hambrienta de respuestas que tengo que obligarme a no asaltar a Katy a preguntas cada vez que la veo. Eso sí, lo único de lo que estoy segura, lo único que tengo claro, es que quiero obtener esas respuestas a mi manera, por lo que no acudo a ella directamente.

Me acaba abordando ella antes de ir a ensayar con la banda, momento en el que suele socializar.

—¿Te has enfadado conmigo por haber llamado a tus padres? —me pregunta al tiempo que juguetea con su trenza.

—No. —*Pues sí.* No. No sé si debería importarme que mis padres supieran que opté por borrar a Zach de mi memoria. Lo que me importa es que lo hice, el mero hecho de haber tomado esa decisión. Y eso me pone mal; cada vez que me miro en el espejo quiero huir de mí.

—Entonces, ¿podemos hablar? —pregunta Katy, que después añade con un tono más dulce —: Echo de menos a mi mejor amiga.

Asiento titubeante.

Por primera vez desde que el mundo es mundo, Katy y yo nos saltamos el ensayo de la banda y nos apiñamos en mi coche con el calefactor puesto.

—Y dime, ¿qué piensas hacer? —me pregunta.

Le cuento que Caleb me dijo dónde habían enterrado a Rory y que quiero hacer acopio de valor para ir allí pronto. También le cuento el plan de hoy: ir al Meridian después de clase y buscar al verdadero Zach. Katy no parece muy convencida, pero yo sí: creo que verlo me ayudará a recuperar los recuerdos. O eso espero. Como mínimo, llegaré a entender lo que pasó entre nosotros, y me convenzo, además, de que si lo averiguo, lograré llenar este enorme vacío que la verdad ha abierto en mi vida.

Desde que llegué hoy al instituto, no he dejado de cuestionármelo todo. Cada mirada inusual y cada conversación extraña que he entablado con otra persona. ¿Habrá algo más de lo que no me acuerde? ¿Sabrá la gente algo que yo no sepa?

¿Sabré yo algo que ellos no sepan? Puede que me haya cruzado con personas que también se hayan operado en Overton.

¿Sabrán en el instituto lo que he hecho? Me resulta insoportable pensar que sí, que han estado murmurando a mis espaldas, que han estado contando chismes sobre mí durante todos estos años.

—Es todo una... —no termino la frase, y se me apaga la voz.

—¿Grandísima putada? —Katy la acaba por mí, yo asiento y ambas estallamos en carcajadas.

Nos reímos de este momento y de su ridiculez absoluta. Y entonces las risas se transforman en lágrimas.

En la tranquilidad agobiante y anodina de esta ciudad, hay quien sabe que yo tuve un hermano pequeño que murió hace años. Y yo acabo de descubrirlo hace apenas unos días.

También hay quien lo sabe todo acerca del primer y único chico del que me he enamorado y yo, en cambio, acabo de dar con su nombre.

—Me dijiste que nadie más sabe lo de mi segundo... empalme, ¿verdad? —pregunto a Katy. *Por favor, dime que nadie más lo sabe.*

—Lo juro —responde ella—. Nunca te haría eso.

Le creo. Sé que la culpa no es suya —intentaba hacer algo que yo quería—, pero ¿por qué me dejó hacerlo? ¿Por qué me dejó borrar una parte tan importante de mi vida?

Se lo pregunto y ella me responde con tristeza:

—Sé que quieres que te ilumine con un motivo mejor, pero en realidad fue algo que quisiste hacer tú. Algo que iba a ayudarte. En un primer momento me pareció toda una aventura. Pensamos en todo y en cómo lo haríamos: los carnés de identidad, lo que contaríamos a la gente dependiendo de quién se tratase... Limpiamos a fondo tu habitación para deshacernos de cualquier cosa que te recordara a Zach. Yo pensaba en ello como una osadía, un enorme secreto que compartía con mi mejor amiga y me hacía sentir...

—¿Cómo? —la presiono para que termine la frase.

—Especial. Porque estabas confiándome este secreto para el resto de nuestras vidas. —Se muerde una uña—. Y que, incluso cuando ambas entráramos en la universidad, a ser posible las dos en Nueva York —golpea el panel del salpicadero como si fuera de madera—, siempre nos uniría esto.

—Creí haberte oído decir el otro día que ya guardabas mil secretos de tus otros amigos y que estabas harta de tanto secretito.

Katy aparta la mirada.

—Esto... estaba salvando mi propio pellejo. —Comienza a reírse y yo no puedo evitar seguirla con otra carcajada—. Por favor, ¿es que eres nueva, Sullivan? Las mejores amigas siempre van antes que las del teatro. Y eso quiere decir que, por regla general, prefiero tus secretos a los de los demás. —Vuelve a reírse antes de añadir—: Es casi como si fueran míos.

Me gustaría seguir sonsacando más cosas a Katy, pero en realidad quiero que la verdad me la cuente una persona en concreto. El verdadero Zach.

—Hablando de secretos —digo para que me hable de Mitch Enns, de cómo su brazalete acabó en el coche de él, y que me cuente desde cuándo empezaron a salir. Resulta que ya llevan bastante tiempo juntos y ella aún no parece dispuesta a llamarlo ni Rich ni Fitch.

—En cuanto lo vea aburrido, le cambiaré el nombre por «Glitch» —suelta y yo me meo de la risa.

—No creo que se aburra, Katy. —Espero que siga con él lo suficiente para que ella solita se dé cuenta.

—Es cuestión de tiempo —responde, y yo pienso que acaba de referirse a su padre, a Jason y a todos los chicos que ha dejado plantados antes de tiempo, sin que pudieran siquiera

cansarse de ella primero.

—Sabes que puedes desear cosas —le digo yo—, aparte de Juilliard.

—Anda, calla —me contesta disimulando la risa.

—Es verdad —le insisto. Quisiera decirle: «Puedes desear que un chico te llame y llorar cuando no lo hace o puedes llamarle tú. Puedes querer solos y el cariño de tus padres sin tener que inventarte crisis ni ponerte en plan pasiva-agresiva para conseguirlo». Pero en su lugar le digo—: Cuando llegaste a Lyndale, estoy segura de que la señora Dubois te habría dado más solos si se lo hubieras pedido.

—¿Y privarte de tus mil millones, Elegida? Permíteme que lo dude —contesta con tono despectivo—. ¿Te he dicho que Mitch me ha puesto un tono especial en su móvil?

Se sonroja al tiempo que habla de él y vuelve a jugar con su trenza.

Me pregunto si yo también sentía tanta vergüenza cuando le hablé a ella de Zach por primera vez. También me pregunto cuándo me di cuenta de que lo amaba.

—Oye, Addie. Hay más peces en el mar, ¿vale? —dice Katy justo antes de que ambas salgamos del coche y retomemos la rutina del resto del día.

Trago saliva y asiento al tiempo que cierro la puerta del coche. Después la sigo.

Aunque sé que lo más probable es que tenga razón, en este momento solo puedo pensar en un chico. Bueno, en dos si contamos al Zach de mis recuerdos.

No dejo de mirar el reloj durante la última hora de clase. Podría haberme saltado la clase de Lengua española perfectamente a juzgar por el poco interés que muestro. Aun así, decido esperar a que acabe. Cuando veo que quedan treinta minutos, le doy al señor Hilton la nota supuestamente firmada por mi madre sobre mi visita al dentista y salgo del aula. Noto la mirada de Katy clavada en mí, junto con esa ceja perfectamente perfilada que se curva como un acróbata. Ha practicado durante mucho tiempo para levantarla de esa manera en señal de sorpresa o curiosidad, como acaba de hacer ahora en lugar de decir «Conque visita al dentista, ¿eh, señorita?», aunque ella misma ha escrito la nota. Echo a correr conteniendo la risa, aunque más que correr es patinar, gracias a la nieve. En cuanto llego al coche, pongo la calefacción a tope y conduzco durante quince minutos hasta el instituto Meridian. El edificio de ladrillo rojizo está rodeado de árboles gigantes cubiertos de nieve a los que el invierno ha arrancado las hojas. Se ven unos pocos vehículos aparcados frente a la entrada y un par de estudiantes charlando o a punto de coger sus propios coches. Aun así, la jornada no ha terminado todavía.

Se ha desatado una estampida en mi corazón: siento cada latido como si me propinaran en el pecho patadas con botas, y aun así debo contenerme y luchar contra el pánico de poner un pie en la calle. Me obligo a seguir acercándome al edificio, pero me detengo justo bajo un árbol. Para mimetizarme con el ambiente, trato de fingir que soy una estudiante más que ha salido antes de tiempo para esperar a un amigo o a un hermano.

Pensé en traerme al Zach de mis recuerdos, pero sé que la situación se volvería más surrealista aún. No sé si mi cerebro podría resistir ver al verdadero Zach y a su «yo» invisible juntos en un mismo sitio.

Empiezo a pensar en lo que haré en cuanto vea a Zach. ¿Qué le diré? ¿Debería acercarme

yo? ¿Debería dejar que se me acercara él?

Barajo más de diecisiete situaciones posibles cuando de pronto algo me saca de mis ensoñaciones. Las puertas del instituto se abren de par en par y la gente empieza a salir a cuentagotas riendo, hablando o gritando para hacerse oír.

Hay una pareja que va de la mano. Un muchacho muy alto se lanza sobre los hombros de un chico de pelo afro y ambos se tropiezan al bajar las escaleras, incapaces de mantener el equilibrio. Quienes los rodean se echan a reír o se alejan de allí tan rápido como pueden.

Los más pequeños salen a borbotones de la puerta principal, y el corazón me late con tanta fuerza que ni siquiera puedo oírlos.

Y entonces lo veo.

A Zach no, a su mejor amigo, Raj. El chico con gafas que salía en la foto del artículo con una cara muy seria. El mismo que parecía querer contarme muchas cosas aquel día en el cine. Y caigo en la cuenta de que tenía esa misma expresión.

Raj baja las escaleras y contengo el aliento mientras busco a Zach, a ver si se encuentra cerca de él, pero no lo localizo. No hay ningún pelirrojo alto y delgado con una sonrisa radiante de oreja a oreja. Veo que Raj se ha detenido y está oteando los alrededores de la entrada del edificio; tal vez esté buscando a quien haya venido a por él. Una y otra vez, pasa por alto el árbol bajo el que yo me encuentro; parece no encontrar a quien espera.

¿Se tratará de Zach?

Parece que Raj no me reconoce, aunque tal vez sea porque no distingue mi rostro desde tan lejos.

Saca el móvil y sus dedos se mueven a toda velocidad. Acto seguido vuelve a meterse el móvil en el bolsillo y continúa esperando, esta vez sin mirar alrededor.

Estoy a nada de salir de mi escondrijo, hacer acopio de valor y acercarme para preguntarle si sabe dónde está Zach Laird. Desconozco cómo reaccionaría entonces. Está claro que me reconoció aquel día, así que ambos nos conocemos. Pero ¿sabrá lo de Overton? ¿Le habrá contado a Zach que me vio? ¿Nos habremos cruzado más veces? ¿Y qué pensarán que me pasó? ¿Por qué creerán que no lo reconocí?

Respiro profundamente y decido acercarme a Raj.

Sin embargo, no he dado ni el primer paso cuando lo veo a él.

A Zach.

Está saliendo, absorto en el móvil. Se detiene cuando ve a Raj y ambos intercambian unas pocas palabras antes de retomar su camino.

Seguro que el corazón se me oye desde allí.

Los veo cruzar el aparcamiento hasta que Zach lanza a Raj un juego de llaves y se mete en un coche de un intenso color azul que hace un ruido fuerte y quejumbroso cuando lo ponen en marcha.

Se me escapa un lamento al verlos alejarse; un dolor que no logro explicar me oprime el pecho. Quiero que me oigan, que me vean, que me reconozcan.

Quiero conocerlos.

Ya lo he hecho una vez.

Sigo mirando fijamente el sitio donde estaba aparcado el coche.  
Me pregunto cuándo se habrá cortado Zach el pelo.

**ANTES**

## Principios de noviembre

(hace catorce meses)

Voy a casa de Zach el día después de Halloween porque su madre me ha pedido que les ayude a terminar los dulces que han sobrado antes de que acaben en sus caderas. Palabras textuales, según Zach. Este fin de semana lo paso en casa de mi padre, pero como está recuperando horas de sueño y las cosas entre nosotros están más tirantes que nunca, no me importa nada ayudar.

—¡Guapa! —ronronea Kevin al abrirme la puerta.

—Hola, Kevin.

—¿Podrías buscarte tu propia novia? —sugiere Zach, que aparece detrás de su hermano y le alborota el pelo—. Cassie Swinton no deja de hacerte ojitos.

—Puaj. —Kevin frunce el ceño y a mí me entra la risa, sorprendida por su reacción.

—Se cree que es un don Juan —aclara Zach. Me inclino para darle un beso.

—Bueno, bueno, bueno —brama alguien por detrás. Nos separamos y veo que detrás de Zach está su hermano mayor, Rob. Lleva un plato literalmente repleto de comida. Nos mira y dice—: ¿Qué tenemos aquí?

Para mi sorpresa, es menos serio en persona que en vídeo.

Zach se pone rojo.

—Addie, te presento a mi hermano Rob. Rob, Addie.

—Encantado de conocerte —dice Rob—, te daría la mano, pero... —Me enseña los dedos manchados de comida—. La señora Gupta nos ha mandado una tonelada de comida india y me he venido arriba.

—No pasa nada —respondo sonriéndole—, encantada de conocerte. He visto tu... trabajo en las películas de Zach.

Se parte de la risa. Sí, es mucho menos serio que en vídeo.

—Me cae bien esta Addie —le dice a Zach, que todavía sigue rojo como un tomate y no sonrío lo más mínimo. No me da tiempo a preguntarme qué está pensando porque Rob vuelve a hablar—. Esto es muy interesante. Todo este tiempo, cuando te escaqueabas de ir a Caldwell y decías que tenías que trabajar o lo que fuera, pensaba que estabas deprimido... reponiéndote de ese corazón roto.

Por el brillo de sus ojos diría que está provocando a Zach, pero a él no parece hacerle gracia.

—Sí que tenía trabajo —dice Zach en voz baja—. Además, si no dejaras que saltara el buzón de voz tan a menudo, igual te habrías enterado de algunas cosas.

Rob se vuelve a reír.

—Lo pillo. —Primero me mira a mí y luego a Zach—. Aun así, podrías haberme dicho que tenías novia.

Entonces miro a Zach, a punto de preguntarle por qué no le contó nada a su hermano

sobre mí, pero él ya ha empezado a seguir a Rob hacia el sótano, donde sus padres, Kevin y Raj están reunidos. Además de la comida, Raj ha traído *Dungeon World 2* y nos pasamos horas turnándonos para jugar.

Siempre que vengo a casa de Zach me doy cuenta de lo diferente que es su familia de la mía. Aquí se respira paz, esa tranquilidad que me recuerda cómo solía ser mi casa antes de que mi padre se marchara. Se ríen mucho y se preocupan los unos de los otros de verdad.

Tras un par de horas de comer y de gritar —a la televisión y entre nosotros— Zach y yo nos levantamos para ir al piso de arriba.

—Oh —dice Kevin cuando empezamos a subir los primeros escalones—. Para que lo sepáis, la casa no está insonorizada, ¡podremos oír los gritos y los golpes del cabecero de la cama!

—Que te den, Kevin —replica Zach en voz baja, pero lo bastante alto para que se le oiga. Nunca lo había visto tan enfadado con su hermano, y desde luego, tampoco había oído a su padre usar el tono de reprimenda que toda la familia se reserva para Kevin.

—Zach —dice su padre.

Él no pide perdón, se limita a seguir subiendo las escaleras sin soltarme la mano. Me pongo roja porque ahora todos pensarán en qué estaremos haciendo en el cuarto de Zach, lo que significa que no podemos hacer nada, ni queremos hacerlo, aunque pudiésemos.

—¿Estás bien? —le pregunto después de que cierra la puerta de su habitación y se sienta en la cama. Nunca lo he visto tan raro, tan malhumorado.

—Sí, es solo que tengo una cosa que contarte. —No me mira ni me sonrío de esa forma que me hace sentir mariposas en el estómago para asegurarme que todo va bien. Y, por primera vez, no estoy segura de que todo vaya bien. Nos vemos menos que nunca y, de vez en cuando, a Zach se le olvida llamarme o contestar a los mensajes. Aunque yo suponía que estaba ocupado.

Me dejo caer en su silla de escritorio.

—Lindsay me ha estado escribiendo —dice con cierta amargura.

El aire que nos rodea se congela un segundo.

—¿Por qué? —pregunto al final.

Me mira a los ojos por primera vez desde que hemos subido las escaleras.

—Al principio solo era para hablar sobre el laboratorio de biología, pero al final ella...

Pestañeo dos veces.

—¿Sois compañeros de laboratorio?

Zach se gira para parpadear.

—Técnicamente. Es decir, somos varios en la mesa.

—¿Por qué está Lindsay en tu grupo? —pregunto intentando sonar despreocupada, pero sin conseguirlo.

—No es de mi grupo —dice Zach con tono exasperado, como si yo no entendiera hacia dónde va la conversación—. Da igual, nuestros apellidos empiezan por L, ella es Loach.

—Loach —repito.

*Qué clase de instituto de mierda aún sienta a sus alumnos por orden alfabético, pienso mientras intento*

calcular mentalmente cómo de cerca podría estar Laird de Loach.

—¿Cuánto hace que te escribe?

Zach se encoge de hombros.

—Hace un par de semanas. Addie, el...

—Un par de semanas —repito—. ¿Y qué dice?

—Bueno, te lo he dicho, al principio eran solo preguntas sobre el laboratorio y problemas de cálculo... —*Anda, ahora también cálculo, por el amor de Dios*, pienso, pero no le interrumpo—. Y entonces fue más... quiero decir...

Se mira las manos.

—¿Fue más qué? —repito.

Zach suspira y dice en voz baja:

—¿Te das cuenta de que estás repitiendo lo que digo?

Y como no puedo repetir eso, pregunto:

—¿Sabe que tienes novia?

—Claro que lo sabe —dice—. A ver, le dije que tenía.

—Bueno, pues eso es ir con mala leche —digo—, lo de mandar mensajitos al novio de otra.

Zach vuelve a suspirar y pone el pie derecho encima de la cama, aunque sigue llevando las zapatillas.

—No creo que lo haga con mala leche, solo... —*Es una puta*—. Está pasando por un problema familiar.

—Zach —digo con un tono a lo «No, por favor, no me digas que te lo has tragado»—. Katy me dijo en septiembre que Lindsay te echaba de menos.

Se encoge de hombros, sin mirarme a los ojos, y continúa.

—Le dije que sus problemas familiares ya no eran cosa mía. Te lo prometo. Solo quería que lo supieras.

Se inclina y acerca la silla del ordenador hasta que me pone frente a él. Unos pocos centímetros separan nuestras caras y se respira olor a tabaco entre nosotros.

—Por favor, cámbiate el apellido —le pido, y le brillan los ojos grises al reír—. O cámbiate a mi instituto. —Me besa en el cuello—. Múdate a mi habitación.

Continúa besándome, pero yo ya no puedo concentrarme, no puedo hacer nada que no sea pensar en Lindsay, la florecita sensual que llevaba prendida del pelo y las curvas que le marcaba ese vestido negro, diseccionando ranas con una bata de laboratorio sexi.

—Deja de flipar —susurra Zach contra mi mandíbula.

—¡Se te está insinuando!

—Y te lo estoy contando —contesta sin negar la parte de las insinuaciones.

—Pero quiere recuperarte. ¿Cómo quieres que no flipe?

Aleja la cara de mí y frunce el ceño.

—Confías en mí, ¿no? —pregunta.

—Claro, por supuesto —digo, deslizando mi mano hasta la suya, apoyada en su regazo—, pero las chicas como Lindsay...

—Ni siquiera la conoces —señala—. Me conoces a mí, sabes cómo soy. Si eso no es

suficiente, entonces...

Se detiene en el «entonces».

Me siento en su regazo y lo beso. Sí que confío en Zach o, al menos, eso quiero. Pero sé que nadie sale con una chica durante dos años a no ser que esté loco por ella. O al menos, Zach no lo haría, porque él es así.

Y a veces, en algunas ocasiones, como cuando vamos a dar una vuelta en bici por el pueblo, vemos una película o vamos a por algo de comer, su fantasma aparece entre nosotros. Zach se vuelve algo distante, triste o se pone un poco rojo, y entonces sé que se debe a que eso le recuerda a ella. Muchas cosas le recuerdan a ella.

Es como la primera vez que fuimos a Schiavoni's o la noche que Zach me enseñó sus películas caseras en el sótano y no pudo encontrar una en la que no saliera ella.

Desearía poder besarle y hacerle olvidar.

Mientras su lengua se abre paso hacia mi boca, me pregunto si él también lo desea.

Y aunque estoy demasiado absorta en él para decírselo, demasiado falta de aire para susurrárselo, sé que hay una palabra que describe lo que siento por Zach. Aunque yo no la permita, está ahí. Aunque no llevemos juntos tanto tiempo.

Mi cuerpo hace un trabajo extra para decírselo.

Mi corazón late a ritmos descompasados, se para y vuelve a latir mientras me besa.

«Zach, me gusta tu pelo. Tu sonrisa hace que respirar sea más fácil. Todo tú eres bonito. Te quiero, Zach. Te quiero de verdad».

**DESPUÉS**

Enero

Tuve al verdadero Zach frente a mí ayer y lo dejé escapar.

—Lo harás hoy —dice el otro Zach, el de mis recuerdos, desde el asiento de al lado—. Hoy no se escapa.

—Lo sé —contesto, pero me noto los nervios a flor de piel por la posibilidad de hablar con el Zach real y por el sitio al que me dirijo.

Salí del instituto treinta minutos antes que ayer, saltándome la última clase entera. Esta vez, conduzco hacia el norte en lugar de hacia el sur, dirección al cementerio de Lyndale Heights.

Cuando llego al aparcamiento del cementerio, el estómago me da un par de vueltas de campana. Nunca había estado aquí, solo había pasado por delante. Algunas veces sin darme cuenta y otras, con el fugaz pensamiento —a veces, más bien el ruego— de no tener que caminar nunca entre esas tumbas.

Justo entonces pienso que el recuerdo no tiene nada que ver con esto. Puede que sí haya estado aquí antes, para el funeral.

Cuando apago el motor, me giro hacia el Zach de mis recuerdos y le miro a los ojos, llenos de amabilidad y preocupación.

Quiero pedirle que venga conmigo, pero no. Tengo que hablar con mi hermano a solas.

«Haz un chiste sobre conciertos para muertos». Quiero pensar en música, en la canción más alegre que conozco, y quiero que el hermano pequeño que nunca conocí la escuche ahora, que esté en algún sitio o que sea algo que no esté muerto.

—Ahora vuelvo —digo al Zach de mis recuerdos.

Me coge de la mano y la aprieta.

—Vale —contesta, en lugar de lo que en realidad debe querer decir: «No te olvides de mí».

A estas alturas, se da por hecho que no lo haré, así que ni me molesto en decirlo. Me limito a inspirar hondo, separo mi mano de la suya con suavidad y salgo del coche.

Puede que parte de mí sepa dónde se encuentra la tumba de Rory, pero si es así, parece que mi mente no tiene prisa por compartir esa información mientras miro a izquierda y derecha intentando decidir qué dirección coger.

Llego hasta un directorio de mármol colgado en la pared con una lista y un mapa del cementerio. Encuentro la sección donde están las parcelas de los fallecidos entre hace cinco y diez años. Desde donde me encuentro, está a unos cuantos metros hacia el norte. Comienzo a recorrer un caminito de cemento intentando seguir la ruta del mapa. Cuando llego al grupo correcto, 2005-2010, camino entre las tumbas buscando una lápida con su apellido. Mi apellido.

Entonces, la encuentro.

Esperaba encontrarla vacía, sin flores, como muchas de las lápidas de por aquí, pero encima de la tumba hay un ramo de hortensias frescas. Las flores parecen tiritar del frío.

Me arrodillo ante ellas.

Recorro con los dedos las palabras grabadas en la lápida de granito.

La R.

La veo en carne en vez de en piedra.

RORY DAMIEN SULLIVAN. 18 DE OCTUBRE DE 2009 - 9 DE JUNIO DE 2010. En lugar de un poema o una frase, pone: OJALÁ TE HUBIÉRAMOS TENIDO MÁS TIEMPO.

Me tiemblan las manos mientras sigo recorriendo las letras, y se me llenan los ojos de lágrimas.

«Hola, Rory».

No sé qué decir, ni si lo estoy haciendo bien. ¿Cómo puedes echar de menos algo, a alguien, que no recuerdas?

*¿Acaso no lo quería?* ¿Cómo es posible no echar de menos a alguien a quien alguna vez has querido? ¿Es posible que lo haya echado de menos sin saberlo? ¿Se puede echar de menos a alguien en silencio, sin decir nada, en el más silencioso de los susurros, en lugar de a gritos? ¿Está el mundo diseñado de otra forma para mí porque tuve a alguien a quien amé y a quien luego perdí?

Vuelvo a sentir el enfado con mis padres, pero me embarga una tristeza que no me puedo quitar de encima y un sentimiento de culpa por algo que mi interior sabe sin tener que decirlo.

«Lo siento», digo ahogándome un poco con las lágrimas. «Perdóname por no haberte vigilado mejor aquel día. Deberías estar aquí todavía, con nosotros».

Me siento en el suelo y escarbo la nieve con los dedos.

«No me sé los detalles, pero estoy segura de que me gustaba ser hermana mayor. Tu hermana mayor. Seguro que me gustaba llevarte a todos lados, jugar contigo y verte dar tus primeros pasos. Seguro que te tocaba la viola todo el rato. Era un poco odiosa con ese tema entonces». Me río un poco mientras hablo. «Perdona si no te gustaba».

Me doy cuenta entonces de que él era una persona, no un concepto, no algo que nos hubiera pasado. Había cosas que le gustaban y otras que le disgustaban; ocupaba un espacio y tenía una voz y un olor particulares. Algún día se habría hecho mayor y habría hecho cosas que la gente habría recordado. Me parece injusto que nunca vaya a tener esa oportunidad, que haya estado aquí escondido, enterrado, porque no tuvo la oportunidad de expandir su mundo, de hacer amigos e ir al colegio y de conocer gente que no lo olvidara.

Lo más triste de todo es que puedes eliminar a una persona si eliminas a la gente que la conoció. Y eso es básicamente lo que le hemos hecho a mi hermano. Al no hablar de él, mis padres y Caleb lo borraron dos veces, como si nunca hubiera existido.

De repente, vuelvo a llorar. Es un sollozo tan grande que me cuesta respirar. No puedo parar de pensar: *Lo siento. Te quiero. No sé cómo lo sé, pero te quiero.*

Todas las veces que he deseado una versión más completa de mi familia, menos rota, fue porque echaba de menos a un hermano que había perdido. La separación de mis padres, mi relación con Caleb... Si lo pienso bien, su ausencia me ha estado persiguiendo desde entonces.

«Creo que te he echado de menos toda mi vida», le digo ahora. «Siempre lo haré». *De ahora*

*en adelante, de forma consciente.* Y aunque parezca estúpido e insuficiente, siento cierto alivio, cierto consuelo al saberlo. Extrañar a una persona cada día del resto de tu vida no es algo que a todos les toque vivir. Pero es mi hermano y tengo derecho a extrañarlo. Por fin he entendido que, de alguna manera, siempre lo he echado de menos.

«Debí haberte visitado antes», le digo. «Y, de haberlo sabido, más a menudo. Vendré más veces».

Respiro hondo y vuelvo a tocar la piedra de granito.

«Ojalá lo hubiera sabido, Rory».

*Cómo cambiar lo que pasó. Qué decir. Si te parecías tanto a Caleb como en aquella foto.*

*Ojalá hubiera sabido todo este tiempo que te echaba de menos.*

**DESPUÉS**

Enero

Cuando vuelvo al coche, el Zach de mis recuerdos ya no está, pero decido esperar a ver al verdadero Zach antes de traerlo de vuelta.

Tras salir del cementerio, voy a Park Avenue y rehago los pasos que hice ayer. Acabo en el exterior del instituto Meridian diez minutos antes de que se acaben las clases. En esta ocasión, me quedo en el coche y espero a que los alumnos empiecen a salir y a que el aparcamiento se llene de coches. Vigilo a uno en particular: el coche azul brillante en el que Zach y Raj se marcharon ayer.

Esta vez salen juntos del edificio, hablando y riéndose mientras se dirigen al aparcamiento.

Me agazapo en el asiento, espero a que se metan en el coche y a que arranquen el motor. Zach sale de su plaza de aparcamiento, conduce hacia la salida y se detiene en el ceda el paso. Lo veo bajar la ventanilla y sacar medio cuerpo para gritarle algo a un chico que va en monopatín. El chico se gira y, entre risas, le devuelve un corte de mangas.

Zach se ríe mientras sube la ventanilla. No sabría decir si es la misma sonrisa que la de mi Zach, el Zach que he estado recordando, invocando, o lo que sea que esté haciendo.

Entonces salen a la carretera y, antes de pensármelo dos veces, me pongo el cinturón y arranco el coche.

Una manzana más lejos, Zach para en un *stop* y pone el intermitente a la izquierda. Dejo que un coche se ponga entre nosotros y los siga. Sé que lo que estoy haciendo es de locos, puede que hasta ilegal, pero no puedo parar ahora.

Estoy desesperada por conocer a este Zach. Quiero saber qué sabe de mí.

Empezar a seguirles resulta más o menos fácil y sencillo. Pero entonces, así como así, los pierdo.

Giro a la derecha a toda prisa y bajo por una calle de único sentido. En silencio, me odio a mí misma por intentar jugar a los detectives y dejar que se interpusiera un coche. De repente, veo un destello azul. Suspiro aliviada y mantengo la vista en el coche.

Por lo visto, Zach no es muy buen conductor. Acelera sin avisar, gira de manera brusca y frena de repente. Llega un punto en el que parece que estamos yendo en círculos hasta que, finalmente, él y Raj acaban por ir al centro, donde hay un montón de restaurantes. Se meten en lo que parece ser un callejón y estiro el cuello en un intento de ver qué están haciendo. Estoy casi segura de que no tiene salida, así que me paro al lado de la acera. Cuando estoy intentado decidir mi siguiente movimiento, alguien toca tres veces en mi ventanilla. Del susto, pego un salto tal que casi me doy la cabeza con el techo del coche.

Es Raj, con la cara pegada a la ventana. Está hablando, pero no oigo lo que dice. Me hace señas para que baje la ventanilla. Preferiría decir: «No, gracias» y salir corriendo de aquí, pero empiezo a bajarla despacio.

—Hola —dice con voz seria—. ¿Puedo preguntarte por qué aparcas? No puedes estar aquí.

No parece recordarme del día del cine ni de cuando salía con su mejor amigo, pero reparo

en que se estira para ver mi coche y de que me mira con los ojos entrecerrados, receloso.

Lo miro impasible mientras le echo un vistazo a la calle, en busca de una excusa.

—Ah —digo. Lo que en realidad quiero decir es: «¿Por qué haces como si no me conocieras?», pero contesto—: Comida. Yo, eh, este restaurante.

Señalo el restaurante más cercano, tiene un cartel de ¡NUEVA APERTURA! PRUÉBANOS.

—Es nuevo. Quería verlo.

Raj mira hacia donde he señalado.

—Ese es el nuevo restaurante de mi madre. ¿Vas ahí?

—Claro —miento. *No, idiota.* Debería decir que no, pero asiento como una tonta—. ¿Dónde —*está Zach*— puedo aparcar que esté permitido?

Raj frunce el ceño, pensativo.

—Por allí —dice al final y señala un hueco vacío al otro lado de la calle. Parpadea un par de veces mientras maniobro para aparcar, después me bajo.

Raj se ha metido en el Real New Delhi, así que lo sigo, impaciente por saber dónde se ha metido Zach. O, en el peor de los casos, por salir con el buche lleno de comida india.

El olor a curry me envuelve en cuanto entro en el restaurante y me ruge el estómago, lo que me recuerda lo poco que he comido estos días. Noto que comienzo a salivar y empiezo a creer que esta ha sido la mejor decisión que he tomado en todo el día. Al menos, hasta que veo a Zach en la puerta de la cocina. Se está atando un mandil en la cadera, por encima de los vaqueros y sujeta un lápiz amarillo en la boca, concentrado en la tarea. Al entrar, nuestras miradas se cruzan durante un momento y entonces él se da la vuelta, inexpresivo, y se mete en la cocina.

—¡Ma, tenemos un comensal! —grita Raj, que aparece tras la barra.

—¡Llévalo a una mesa! —contesta gritando una mujer; la madre de Raj supongo.

Raj suspira con fuerza y se dirige hacia mí de mala gana. «No puedes estar aquí». Por alguna razón no soy bienvenida y eso me hace un nudo en la garganta.

—Toma asiento, por favor. ¿Qué te traigo de beber?

—Mmm... ¿limonada?

*¿Por qué no me conocen y por qué parecen odiarme?*

—Vale. —Raj asiente y desaparece en la cocina. Me preparo para irme cuando aparece la madre de Raj, una mujer menuda y delgada de cálida sonrisa. Me convence para que pruebe el plato especial de hoy y me pregunta si hace frío fuera y si voy a comer con alguien más. Raj me trae el vaso de limonada y su madre regresa a la cocina, pero él se apoya en la pared con los brazos cruzados y hace como si no me mirase.

Es difícil tragar con tanto ambiente hostil alrededor y, aunque la comida es lo mejor que he probado en semanas, solo quiero irme de aquí.

Entonces Zach vuelve a aparecer. Lleva el pelo mucho más corto en la realidad y parece más oscuro. Se me corta la respiración.

Zach le susurra algo a Raj cuando este pasa por su lado, antes de abrir la caja registradora. Murmura mientras cuenta y levanta la vista varias veces para escribir algo, pero no me mira.

No puedo terminarme la comida. Solo quiero irme.

He aceptado que no conozco a Zach —no del todo—, pero para lo que no estaba preparada era para que me odiase. ¿Acaso le hice algo? Quizá no quiero saber cómo acaba esto.

Entonces, la madre de Raj lo llama y él vuelve a la cocina.

Reprimo los sentimientos que brotan en mi interior y le dirijo unas pocas palabras:

—La cuenta, por favor.

Paso de terminarme la comida.

Asiente cuando nuestras miradas se cruzan. No leo nada en sus ojos, aunque lleve días obsesionada con ellos. Apenas puedo mantener la calma.

Me trae la cuenta a la mesa con una pequeña sonrisa —de esas que te reservas para los desconocidos, con los labios apretados— y luego, vuelve a la barra y hace algo en el ordenador.

Dejo unos cuantos billetes y la propina bajo la copa y trato de salir pitando de allí. Cuando estoy casi en la puerta, le oigo hablar.

—Eh, Addison —dice mirándome a los ojos—. ¿Me estás siguiendo?

**ANTES**

Noviembre

(hace catorce meses)

—Este es el tipo de conversación que se tiene con los pantalones puestos —dice Zach medio dormido, hundiendo la cabeza en la almohada. Me pongo de costado y me apoyo en el codo.

—Te lo digo en serio, Zach. Podrías entrar en la Universidad de Nueva York.

Zach no responde más que un profundo gemido contra la almohada.

—Tienen un programa fantástico de cine, solo tienes que solicitarlo. Seguro que hay competencia, pero eres bueno y me la juego a que podrías preparar algo para la solicitud antes de la fecha límite de la primera fase de admisión.

Zach se levanta de la cama y se retuerce intentando ponerse los vaqueros que estaban en el suelo de la habitación. Me envuelvo en las sábanas y apoyo la cabeza en su almohada. Huele al champú de pepino que ha empezado a usar; cierro los ojos un momento.

—Dudo que les impresionen mucho mis parodias caseras.

—Nunca se sabe —contesto abriendo los ojos.

Aún sin camiseta, Zach se lleva un vaso de agua a la boca y lo vuelve a dejar en la mesa.

—Que les guste o no da igual, ni siquiera sé si quiero ir a la universidad —dice él. Yo me siento en la cama—. Además, de todas las universidades, ¿por qué iría a la de Nueva York?

*¿Porque es donde iré yo?*

Ahora mismo, seguro que llevo unos pelos de loca, pero ni me molesto en arreglármelos.

—¿No quieres ir a la universidad? —pregunto; la sorpresa se refleja en mi voz—. ¿Porque no te la puedes permitir?

—Porque puede que no quiera ir —dice encogiéndose de hombros mientras se agacha para coger mis pantalones de la alfombra y dejarlos a los pies de la cama.

—Zach —digo.

—Addie —contesta.

—Lo estás afrontando con una actitud derrotista. Los comités de admisión de las universidades lo huelen a distancia —replico medio en broma.

—Dios, Addie —dice de repente—. Déjalo ya, ¿vale? Para ti es fácil, eres un puto prodigio. Podrías entrar donde quisieras.

Me quedo asombrada y noto que me ruborizo.

—Eso no es verdad.

—Sí es verdad —dice—. Podrías entrar en Juilliard, pero ni siquiera mandas la solicitud porque te aferras al anticonformismo, a la idea de no ser como los otros putos prodigios.

—No es así. Para nada —contesto levantando la voz también. Lo que me está diciendo me deja atónita. Es la única persona a la que le he contado por qué escogí Nueva York, porque necesitaba llenar algo en mi interior. ¿Cómo puede decirme eso?—. Para mí no es nada fácil. Sabes lo mucho que me he esforzado para tener una oportunidad de entrar en la NYU, lo

que me esfuerzo en tener buenas notas. He estado adelantando lecturas para el siguiente curso durante el verano. Y aunque tuvieras razón en algo, ¿a qué viene esto? ¿Qué tiene que ver lo mío con que tú no quieras ir a la universidad?

—No he dicho que no quiera —contesta con un tono más suave.

—¡Anda que no! —exclamo, sin bajar la voz—. ¡Lo acabas de hacer!

—No sé qué quiero —dice él y se queda callado un segundo, como si tratara de averiguarlo en este momento. Después sigue recogiendo cosas del suelo—. De todas formas, voy a empeñar la CXX.

—¿En serio? —pregunto.

Zach asiente.

—Mis padres no pueden permitirse tener el videoclub abierto. Y aquí se están pudriendo ochocientos dólares en mi mesa y ni siquiera puedo usarla. Además, he vuelto a fumar un puto paquete al día.

Se sienta en la cama, dándome la espalda. Aunque estoy cabreada con él y herida por lo que me ha dicho, veo que lleva todo el peso de la situación sobre los hombros. Noto su frustración mientras se inclina hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—Ya lo arreglaremos.

—Tengo que venderla —dice, sobre todo para sí mismo—. No tendría que haberla aceptado, para empezar. Sabía que no debía hacerlo, pero no pude negarme.

—Zach. —Suspiro y apoyo la barbilla en su espalda desnuda—. No pasa nada. Ya lo solucionaremos.

Nos quedamos así un rato y entonces Zach se gira un poco para que pueda verle la cara.

—Perdona por ser tan capullo, pero sí que eres un prodigio. —Esboza su sonrisa de marras, pero no acaba de iluminarle el rostro—. No tendría que haber dicho nada de lo demás. Solo estoy celoso de tu talento.

Se termina de dar la vuelta y me besa.

—Y yo estoy celosa de lo bueno que estás —contesto.

Me muerde el labio superior.

—No tienes por qué estar celosa de eso. Créeme.

**ANTES**

Noviembre

(hace catorce meses)

El instituto Meridian organiza una función especial del grupo de teatro para el Día de Acción de Gracias y Zach la grabará, así que en estas dos últimas semanas he sabido aún menos de él. Según Katy, Lindsay participa en la obra.

—Si hubiese alguna justicia en el mundo —digo mientras nos arreglamos para ir al estreno—, ella interpretaría el papel de pavo.

Katy resopla entre risas.

—Desde luego tiene una barbilla perfecta para el papel...

—¿Qué? ¡Es diminuta! —exclamo riéndome a pesar del sentimiento de culpa, pero quiero que Katy sepa que aprecio su lealtad.

A poco de descubrir que Lindsay había estado enviándole mensajes a Zach, Katy la dejó de lado diciéndole que las mejores amigas van antes que las amigas del teatro. Entonces se puso a despotricar sobre cómo todo esto (el descarado tonto que se traía Lindsay con Zach) ejemplificaba uno de los principales problemas del mundo del espectáculo: los actores que renunciaban a sus atributos humanos a favor de comportamientos más parecidos al de los borregos. Como tienen muchas amistades en común, Katy aún se sigue llevando con Lindsay, por lo que de vez en cuando me va informando de las novedades.

—Ay, querida —dice ella imitando un acento repipi—, como víctima de la Maldición del Barrigón en Personas Bajitas, no puedo negar la existencia de personas delgadas con papada.

—No tiene papada —respondo, porque es verdad.

Katy se ríe.

Zach y yo no hemos hablado mucho de Lindsay desde el día siguiente a Halloween, exceptuando un par de veces que le pregunté si ella le seguía escribiendo y él contestó que no; él le había pedido que respetara su decisión. Teniendo en cuenta lo poco que nos vemos últimamente, todo parece algo más tenso de lo que ya estaba entre nosotros y mencionar el tema de Lindsay no haría más que complicarlo.

Miro el móvil un par de veces antes de que se apaguen las luces. Envié un mensaje a Zach con los números de nuestros asientos —el de Katy y el mío— y le pregunté si nos veríamos luego, pero aún no me ha respondido.

Por desgracia, Lindsay no va a hacer de pavo. Ni siquiera tendremos la satisfacción de verla en un disfraz de peregrino mal entallado. Su personaje es el de una refugiada de un principado europeo sin nombre que se traslada a una escuela estadounidense justo a tiempo para Acción de Gracias y debe atravesar la jerarquía social del instituto mientras aprende las tradiciones profundamente arraigadas y el legado de nuestros antepasados.

—Demasiada mierda intensiva para un jueves por la noche —susurra Katy justo antes del entreacto, lo que me provoca un ataque de risa incontrolable.

Me paso toda la noche examinando la sala por si veo a Zach. Al final, lo encuentro justo

después del entreacto. Está en la parte posterior, en lo alto del balcón de la segunda planta del auditorio, grabando con la cámara. Lleva una camiseta naranja y unos grandes auriculares alrededor del cuello. Lo saludamos desde nuestros asientos, pero creo que no nos ve. Está superconcentrado, su atención nunca abandona el escenario.

Una vez localizado el objetivo, sigo mirando hacia atrás y hacia arriba, sin esperar que me vea ya que solo soy un puntito, un asiento más en un auditorio lleno. Pero observo la cuidadosa manera en que trabaja, la quietud de su cuerpo: puede pasar minutos enteros sin moverse ni una pizca.

Miro de nuevo hacia el escenario, el fascinante monólogo de Lindsay, y luego vuelvo a él. Y de nuevo, de vuelta al escenario. Veo que sus hombros se elevan ligeramente con cada inhalación y descienden al exhalar.

Solo cuando Katy me da un codazo me doy cuenta de lo que estoy haciendo: estoy copiando sus movimientos. Me inclino hacia la izquierda cuando lo hace él, me muevo hacia delante, me muevo hacia atrás.

Pero minutos después de que Katy me dé ese golpe, vuelvo a hacerlo.

Me inclino lentamente hacia delante, mirando el escenario, mirando cómo él la mira.

Y durante todo el último acto, no puedo respirar.

Porque él está conteniendo la respiración.

**DESPUÉS**

Enero

No puedo respirar.

«¿Me estás siguiendo?».

Las palabras de Zach, el Zach de verdad, flotan en el aire entre nosotros.

—No. Sí. Bueno, es posible.

Se me enredan las palabras.

—Estaba bastante seguro de que la de ayer eras tú —dice Zach con los brazos cruzados sobre el pecho. *Mierda, me vieron de verdad*—. Pero hoy ya estoy seguro del todo.

—Lo siento. Es que necesito hablar contigo.

Él asiente, pero me mira con el ceño fruncido.

—Entonces, ¿te acuerdas de mí? —pregunta con un deje de amargura y la postura rígida.

—No —reconozco—. Es una larga historia. ¿Podemos hablar?

Se toma su tiempo para responder mientras me sostiene la mirada. Al final se le suaviza un poco la expresión.

—Tal vez pueda hacer el descanso ahora. Se lo preguntaré a la señora Gupta.

Lo observo desaparecer por la cocina mientras se quita el delantal. Por un momento se me pasa por la cabeza la idea de salir corriendo, de irme antes de abrir otra caja de Pandora, una que quizá no pueda cerrar. Una con la que seguramente no pueda vivir.

Zach vuelve a salir de la cocina y lo sigo hasta la calle. Ambos entrecerramos los ojos por la fuerte luz del sol a pesar del aire frío. Respiro y me pongo frente a él; quiero saberlo todo. Para empezar de nuevo con buen pie, siento que deberíamos presentarnos.

—Hola —digo al fin.

*Eres real. Estamos manteniendo una conversación.*

Le sonrío y él duda, pero finalmente me devuelve la sonrisa. Esta vez se le ven los dientes. Es deslumbrante. Y es hermosa, pero reservada, rígida. Y pienso: *El Zach de mis recuerdos me sonríe con toda la cara. Es menos nervioso que el chico de la vida real que tengo frente a mí.* Casi preferiría hablarle a mi Zach sobre esto, explicarle cómo fue y ver su reacción, en lugar de estar viviendo este momento. Sé que se reiría de la parte en que terminé atiborrándome de comida india en lugar de enfrentarme a Zach.

—¿A dónde quieres ir? —pregunta Zach—. Mi coche sigue siendo un pedazo de chatarra, pero seguramente se esté a gusto.

*Sigue siendo un pedazo de chatarra.* Me observa, preguntándose si entiendo la referencia o si recuerdo haber estado allí dentro.

*Cuando subió al autobús, el Zach de mis recuerdos dijo que el pedazo de chatarra de su coche no arrancaba.*

Me duelen las orejas por el frío.

—Vale.

Zach abre la puerta de su coche y entramos.

Miro a mi alrededor, los asientos de cuero, el koala que cuelga del espejo retrovisor. El

suelo y los asientos están llenos de revistas de cine, botellas viejas y DVD. Necesito que algo me sea familiar: el olor, la calidez, lo que sea.

—¿Qué haces? —pregunta Zach. Tras la actitud defensiva, oigo una curiosidad genuina en su voz. Me parece ver algo de tristeza en sus ojos—. Katy me dijo que te habían operado.

—¿Te lo contó? A mí me ha dicho que no lo sabía nadie más.

*¿De verdad pensó que me enfadaría si se lo contaba a Zach?*

—Supongo que creyó que debía contármelo para que yo no te molestara. Me dijo lo que habías hecho y que ya nunca recordarías...

—Lo nuestro —digo y él asiente—. No lo recuerdo, pero descubrí lo del... —trago saliva — empalme de memoria.

—Al principio no lo sabía. Ni siquiera me dijiste cuándo... —Niega con la cabeza; el dolor en su voz es palpable—. Lo hiciste sin decir nada, como si todo lo que hubiera pasado entre nosotros no importara. —Se pasa la mano por el pelo—. Aún sigo sin entenderlo.

Por esa razón se ha comportado de forma tan fría conmigo. Por haberlo borrarlo de mis recuerdos.

De repente me siento avergonzada, porque yo era importante para él. Está claro. Entonces, ¿por qué lo hice?

—Lo siento —le susurro

Él se encoge de hombros.

—Katy dijo que querías que me mantuviera al margen y que, si alguna vez te veía, tenía que hacer como si no nos conociéramos. Aun así, intenté llamarte y hasta vine a verte al instituto, pero Katy amenazó con darme una paliza si no te dejaba en paz.

»Me dijo que esta era tu forma de superarlo y que no tenía por qué gustarme, pero que debía respetarlo. Raj, la única persona a quien se lo conté, y yo no supimos qué hacer cuando de repente nos empezaste a seguir. —Su enfado parece haber desaparecido y, en su lugar, aparece un sentimiento de dolor—. Y una cosa es que nos encontremos por casualidad, pero no entendía a qué tipo de juego enfermizo estabais jugando; si es que Katy estaba detrás de todo eso, porque sé que no soy santo de su devoción. Pero entrar al restaurante de la señora Gupta y venir a mi instituto, ¿para qué? ¿Para demostrarme que ya no significo nada para ti? ¿Y que nunca volveré a serlo?

Siento como si me estuvieran clavando miles de alfileres en el pecho.

—No he venido por eso. Nunca haría eso.

—Bueno —dice Zach pasándose la mano por la cabeza, como si esperara que hubiera más pelo allí—. Te he visto un montón de veces desde que... rompimos. —Me mira. Lo miro—. Y desde la operación. Normalmente ni siquiera me miras.

—¿Nunca? —pregunto, algo incrédula. Aunque no conociera a Zach, seguramente me fijaría en él. Esa sonrisa, esos ojos. Supongo que tal vez con el pelo más corto, pero...—. Me da la sensación de que, a pesar de todo, me fijaría en ti.

Se sonroja un poco y se ríe.

—Gracias, pero no. Ha sido... —Busca la expresión correcta— una especie de rallada monumental. Y ahora estás... aquí.

—Tuve un accidente hace casi tres semanas —digo—. En el autobús Blue Earl.

—Joder —responde Zach, con los ojos muy abiertos—, algo había oído. ¿Estás bien?

Veo que le tiemblan las manos, como si estuviera tentado a extender una hacia mí, pero la mantiene sobre su regazo. Toda su preocupación se refleja en su rostro.

—Estoy bien —digo. Entonces le cuento lo que ocurrió después con el chico del bus, que ahora es más que un simple chico en un bus, es él, y a Zach se le ensombrece la expresión.

—Eso sí es una rallada monumental —comenta.

Le cuento todo sobre el hermano que no sabía que había tenido, que me enteré de que la aparición que veía era en verdad un recuerdo y que todo eso me condujo hasta aquí.

—Perdón por acosarte —termino.

—Sí, lo mismo digo —dice Zach, algo asustado.

Los dos nos reímos, un poco incómodos.

Parece mayor que el Zach que he estado viendo, y noto una punzada de tristeza al darme cuenta de que no conozco a ninguno de los dos Zachs. Es curioso cómo la forma en que lo recuerdo es, a la vez, distinta y completamente igual a su verdadero yo.

—Todos me dicen que estaba... —Hago una pausa—. Que estaba deprimida después de lo que fuera que pasara entre nosotros.

Zach se mira las manos.

—Sí, lo sé. Katy me amenazó de muerte con unas palabras bastante fuertes.

Esbozo una sonrisa.

—La cuestión es... Entiendo por qué lo hiciste, por qué me odiabas. Pero aunque hubiera sido al revés, yo nunca querría olvidarme de ti. —Noto en su voz que está herido, pero a la vez es insistente, como si hubiera estado esperando la oportunidad de decirme esto desde hace mucho, mucho tiempo—. Todavía no puedo creer que lo hayas hecho. Me parecía un acto tan cobarde. Siempre te había considerado una persona valiente.

Me arde la cara de la vergüenza; estoy enfadada conmigo misma. Sin memoria, sin contexto, no puedo defenderme.

*Soy una cobarde.*

*Lo era.*

*¿Lo soy?*

—¿Qué pasó? —pregunto al cabo de un momento—. ¿Por qué lo hice?

Zach me observa con expresión cautelosa.

—No sé si... Tal vez no debería decírtelo. Y no estoy seguro de querer hacerlo.

Ahora tiene la cara roja.

—Zach —digo. Me invade una oleada cada vez más intensa de rabia. Estoy harta de que la gente me oculte cosas y me mienta, incluida yo misma—. ¿Pasó algo?

—Mmm, sí —dice, como si no estuviera del todo seguro de lo que estoy preguntando.

—¿Yo estaba allí?

—Esto... sí, claro que estabas.

—Entonces no te enfades conmigo sin decirme por qué, sin dejar que lo entienda. Cuéntamelo todo. Por favor.

**ANTES**

## Finales de noviembre

(hace catorce meses)

—Pero, ¿te gusta la idea o no? —pregunto a Katy al día siguiente de asistir a la obra del Día de Acción de Gracias de Lindsay.

—Sí, sí, me encanta. Me inclino ante ti. La única forma imaginable en la que podrías ser una mejor novia sería que te clonaras y que las dos os tirarais a Zach al mismo...

—Vale, está bien. ¡Para! —digo—. Ayúdame a llevar esto.

—Ese proyector parece pesado de narices —dice Katy, soplándose la manicura reciente y cuidada, con las uñas cortas para que no le estorben al tocar, mientras me rodea—. Traeré las palomitas.

Suspiro y llevo el proyector yo sola hasta la puerta de la casa de Zach. Lo dejo en el suelo, voy a por los nueve DVD que recogí esta tarde en el videoclub de su padre y cierro la puerta del coche de Katy. Le pedí que me echara un cable con la instalación del proyector que la señora Dubois me había dejado prestado; ese proyector que se muere de asco en un rincón de la sala de música porque nadie lo usa. La familia de Zach me deja usar el sótano. Kevin incluso ha colocado sábanas sobre los muebles, como en los viejos tiempos. Lo único que tengo que hacer es configurar el proyector, y la noche perfecta de Zach estará lista.

En parte lo hago porque entre los ensayos y las actuaciones, apenas lo he visto en la última semana y media. Parece algo más, ya que ambos hemos estado ocupados el último mes con las típicas cosas con las que siempre parecemos estar ocupados. En parte también lo hago por la promesa que le hice de desengrasarlo.

—¡Puaj! —grita Katy cuando se lo cuento.

—No seas mal pensada. —Me río—. Me refiero a inspirarlo, motivarlo, alentarlo.

—Sí, claro —dice Katy, sorbiendo el batido que ha insistido en pillar del Shake Attack de camino. («Eso te pasa por hacerme conducir. Y aunque todos los indicios apunten a que soy intolerante a la lactosa», había dicho Katy, a lo que yo me había reído, «necesito energía para todo el trabajo pesado que haremos»).

Resulta que la única persona que al final hace el trabajo pesado soy yo. Saco los doce carteles de Ciano de la habitación de Zach y los cuelgo alineados en las paredes del sótano para esta noche.

Katy esperará conmigo hasta que llegue Zach. La última actuación termina a las ocho y el elenco no sale hasta las nueve, pero Zach me dijo en su último mensaje que está muy cansado y que no piensa quedarse mucho rato, de lo contrario me habría llevado con él.

—Bueno, Katherine —dice Kevin, sentándose en el sofá junto a Katy—. Si quisiera empezar con un instrumento musical, ¿cuál me recomendarías?

Katy me lanza una mirada escéptica.

—Mmm, no sé. ¿Qué tipo de música te gusta?

—Todos los tipos —dice Kevin, arqueando las cejas—. Y personalmente, creo que se me

daría genial con la armónica.

—Kevin —le digo, con ese tono de advertencia que todo el mundo emplea con él, aunque no estoy del todo segura de hacia dónde quiere ir a parar.

—O debería decir —continúa Kevin— el órgano bucal.

Empieza a hacer fuertes ruidos de besos y luego echa la cabeza hacia atrás y suelta una risotada desenfadada, golpeando el brazo del sofá.

—Joder —me susurra Katy—, pero ¿qué edad tiene este niño?

—Cumpló quince dentro de dos semanas —dice Kevin—. Seré lo bastante mayor para tener citas.

—Dios —suelta Katy con asco y yo me echo a reír. Le habría dicho a Katy que finalmente había encontrado a su media naranja, pero seguro que Kevin lo malinterpretaría, y lo último que quiero es alentar este ligoteo descontrolado que se lleva.

—Oye, ¿dónde está tu novio? —pregunta Katy al cabo de un momento—. Yo tengo todo un mundo de adolescentes esperándome allá afuera.

Miro de nuevo el móvil. Aún no hay noticias de Zach. Le he enviado un par de mensajes de texto, pero no quiero enviar demasiados o sospechará que estoy tramando algo.

—Son las ocho y media —digo—. Debe de estar de camino.

—Oye, Raj se dejó el *Dungeon World 2* aquí. ¿Queréis jugar? —pregunta Kevin de repente.

—¿Eso es un eufemismo de algo? —me pregunta Katy.

—Creo que no.

—Vale —dice Katy, escudriñando a Kevin—, pero no sé jugar.

—Será un placer enseñarte, guapa.

Empieza a explicar pacientemente de qué va el juego. Los tres nos vamos turnando para jugar durante media hora hasta que nos empezamos a aburrir otra vez.

—Pero ¿dónde se ha metido? —digo en voz alta.

Le envío otro mensaje de texto preguntárselo. Cinco minutos y cero respuestas más tarde, Kevin saca una caja nueva de pintura para la cara que le compraron en el último viaje familiar a Caldwell y convence a Katy para disfrazarnos de zombis y asustar a Zach cuando llegue.

Así pues, nos sentamos y empezamos a mezclar colores. Kevin aprovecha la oportunidad de tocar el rostro sin acné de Katy durante aproximadamente media hora más.

Ya son las nueve y media y Katy se estira y dice:

—Te quiero, Sullivan, pero Gilbert tiene que irse. De todos modos, no sé qué me convenció de que sería bonito veros a los dos comeros la boca cuando él llegue y vea la sorpresa. Todo esto es una excusa para hacerlo.

—Como si necesitara una excusa para comerle la boca a mi novio —digo, burlona.

—Puaj —suelta Kevin, que también parece cansado.

—Gracias por ayudarme —digo, abrazando a mi amiga.

Vuelvo a mirar la hora. El plan era que Zach y yo escogeríamos una película y pasaríamos un par de horas viéndola (o no viéndola, quién sabe) y luego volveríamos mañana para seguir con la maratón, pero dentro de poco tendré que irme. Mi madre ha salido de cena esta noche

y contaba con volver a casa antes que ella. Claro que también esperaba que Zach apareciera antes de las diez.

—Permitidme que os acompañe hasta la salida —dice Kevin, corriendo delante de nosotras por las escaleras del sótano.

—Eso no está mal —dice Katy—. En serio, tira la caña a personas de tu edad.

Kevin se ríe y desaparece por el pasillo.

Katy y yo salimos por la puerta y nos vamos por el camino de entrada. Katy es la primera en pararse en seco. Se ha quedado completamente inmóvil a mi lado.

Yo también me detengo y sigo su mirada, hasta la acera, donde hay aparcado un coche que nunca había visto antes.

Y Zach está dentro.

Y veo las manos de ella en su pelo, veo cómo se lo acaricia con los dedos y cómo lo toquetea. Ella tiene la espalda apoyada contra la ventana de la puerta del asiento del acompañante. Ambos están en el mismo asiento. Ella lo está besando.

Y él a ella.

Es un frenesí de movimientos, hay urgencia. No hacen solo una cosa: no solo se besan, se besan y se tocan el pelo. O se tocan el pelo y hablan; les tiemblan los labios al decirse algo que solo ellos pueden oír.

Es como si los observara durante días. Mentalmente, arrastro uno de los sofás del sótano y me dejo caer para mirar cómo Lindsay besa a Zach. Cómo Zach besa a Lindsay.

Veo que Katy me sujeta el codo, como si quisiera evitar que me echara a correr, como si fuera a moverme. Como si fuera a dejar este sofá desde el que los estoy mirando: son dos personas alejadas de mi mundo. Extraños.

A uno lo quiero.

A uno lo quiero muchísimo, joder.

—Pero serán hijos de puta... —dice Katy en voz baja, o tal vez lo está gritando, porque parece que Lindsay reacciona a esas palabras. Se aparta de Zach con los ojos muy abiertos y él sale del coche y viene hacia mí...

Ay, Dios mío.

Quiero cerrar los ojos para no verlo. Ver sus ojos grises llenos de lágrimas y escuchar lo mucho que lo siente, que ella lo había acercado a casa porque no le arrancaba el coche.

Ver mis puños golpeando su pecho una y otra y otra vez.

—¡Hay que joderse, Lindsay! ¡Eres increíble! —Katy le grita a su amiga. Lindsay está sorprendida y aterrada, ya que Katy tiene la cara pintada como un zombi—. ¿Cómo puedes considerarte siquiera un ser humano? —grita Katy.

Lindsay se abraza a sí misma, a salvo detrás del volante, y la mira fijamente.

Katy sigue gritando.

De repente, Lindsay toca el claxon que está en medio del volante y nos sobresalta a todos.

—¡Déjame en paz! —grita.

Esto hace que Katy vuelva a gritar y Lindsay la responde a gritos.

Zach y yo estamos junto al coche, frente a frente, a unos treinta centímetros de distancia y

aún aturcidos, viendo a Lindsay y a Katy montar el follón que deberíamos estar montando nosotros.

Cuando por fin hablo, mi voz suena vacía.

—Me dijiste que ya no estabas enamorado de ella. Me dijiste que lo nuestro había terminado. E idiota de mí, yo te creí.

—Addie —dice Zach al fin dando un paso hacia mí. Doy un paso atrás—. He cometido un error. No estaba pensando. Lo siento. Lo siento mucho.

Tiene la voz tomada y ahogada. Con la brisa, su pelo y su aliento flotan danzando, como burlándose de mí.

Lo peor es que todavía quiero besarlo, a pesar de querer matarlo. Quiero gritarle, pero quiero hacerlo cerca de él. Quiero decirle que lo amo.

En cambio, digo:

—Te odio, Zach.

Niega con la cabeza, dolido, deseando que retire lo que he dicho.

No lo hago. No lo haré.

El mundo empieza a difuminarse a mi alrededor y empiezo a caminar hacia el coche de Katy. Oigo el final de su discusión con Lindsay, y con eso me refiero a que todavía están gritándose una larga retahíla de obscenidades, pero sin referirse a lo que ha pasado o está pasando. Solo «zorra», «puta», «perra», «caraculo».

Zach me sigue hasta el coche de Katy, me sigue suplicando. Tal vez haya una versión alternativa del presente en la que doy media vuelta, en la que escucho lo muy arrepentido que está y lo perdono. Tal vez no importe que ella salga en todas sus películas o que casi todas vayan sobre ella o que yo interpretara ese papel en una de ellas, en la que el personaje se daba un aire a Lindsay. Quizás estoy tan desesperada por querer a alguien, por querer a Zach y que él me quiera también, tan desesperada por abrir los ojos y ver lo que siento por él, que puedo olvidarme de todo lo demás.

Pero no.

No puedo.

Me giro y lo miro; y me da igual si las lágrimas me resbalan por las mejillas, me da igual que las lágrimas ya me estén resbalando por las mejillas.

—No te me acerques, joder —digo mientras abro la puerta del coche de Katy y me subo.

**DESPUÉS**

Enero

Tengo la sensación de que todo lo que me está contando no va conmigo. Me cuenta el principio, el nudo y el desenlace tal como él lo recuerda, pero perfectamente podría ser la historia de dos extraños, dos personas que no conozco y que nunca conoceré.

Incluso cuando Zach dice:

—Lo siento, Addie. De verdad que lo siento. —Es como si esa disculpa le perteneciera a otra persona. Asiento vagamente, inexpresiva—. Sé que entonces no quisiste oírlo, pero lo siento de verdad.

Asiento de nuevo.

Menciona de paso la noche que pasé en su casa cuando su familia no estaba. Aunque ninguno de nosotros lo dice, sé lo que significa.

Nos acostamos.

Zach y yo.

En realidad, eran Zach y ella. La otra Addison. No me siento distinta, no he notado nada diferente y creo que lo sentiría si fuéramos Zach y yo. Lo habría sentido.

—La cagué —dice con voz suave, una voz que me obliga a mirarlo. Tiene la cara roja. Entrecierra un poco los ojos, como si aún estuviera enfadado consigo mismo—. Te quise de verdad. Espero que lo sepas.

Sus ojos grises se posan en los míos mientras me lo dice y siento que el aire se me escapa de los pulmones, lo que confirma, supongo, que sus palabras me pertenecen. O que quiero que lo hagan.

Quiero que Zach me haya amado. Quiero saber al menos eso.

—Entonces, ¿eso fue todo? —pregunto cuando recupero el habla.

Entiendo por qué estaba loca por él y cuánto pudo significar para mí. Imagino lo mucho que me afectó la ruptura, pero según mi familia y Katy, me dejó hecha polvo.

¿Fue porque nos acostamos? ¿Estaba aún más enamorada de él de lo que puedo llegar a comprender? ¿O simplemente fui demasiado débil como para pasar página?

—Eso fue todo —dice Zach.

Tiene razón. Soy una cobarde.

¿Borré mi memoria por una ruptura?

Frunzo el ceño mirando el salpicadero; ojalá encontrara la manera de rebatir las cosas que Zach me ha contado, alguna forma de hacer que todo lo que sentía antes —amor, traición, tristeza— me pertenezca de nuevo.

—Lo siento mucho. No puedo imaginarme estar en tu lugar —dice Zach.

Me miro las manos en el regazo y, de repente, me avergüenza pensar que este chico me haya visto desnuda. Es el único que me ha visto así. Y apuesto a que alguna vez también yo conocí los contornos de su cuerpo.

¿Cómo es posible olvidar todo eso?

—Bueno y, ¿cómo empezaste a trabajar en el Real New Delhi? —pregunto, cambiando de tema para evitar la pesadez y la desesperanza que se cierne sobre todo mi ser.

Aunque la ruptura fue horrible, quiero que me resulte familiar. Quiero que él me resulte familiar.

Zach me sonrío y siento unas cosquillas en el estómago. Puede que solo me haya recordado al Zach invisible, al Zach de mis recuerdos, pero me gusta poder reconocerlo. Y *madre mía*.

—Hace unos cinco días —dice con una sonrisa—. ¿Se nota mucho?

—No mucho, no —le digo—. Ya he visto que el restaurante es nuevo.

Su sonrisa me cautiva, la forma en que sus labios se inclinan hacia arriba, y me sonrojo por la idea de haber besado esos labios, de haber hecho mucho más que eso.

—Sí, mis padres cerraron el videoclub hace meses y durante un tiempo estuve trabajando en el Cineplex del centro, pero lo dejé poco después de que rompiéramos. El dueño es un poco imbécil, así que casi todos los que trabajaban allí lo han dejado. Entonces, la madre de Raj me preguntó si quería trabajar en su restaurante. Comida gratis. De ninguna manera iba a rechazar una oferta así.

Me río y él sonrío, pero no se ríe.

Su mirada se vuelve distante y yo me pregunto si estará pensando en una versión mía de la que no tengo recuerdos. Toqueteo el cenicero medio abierto que tiene en el coche; en parte porque estoy inquieta, siento que necesito mi viola, pero también porque sigo tratando de reconocer algo de lo que hay en este coche.

—Hace muchísimo que no miro qué hay por ahí dentro —dice él, echándole un vistazo al cenicero—. Desde que dejé de fumar.

—¿Lo dejaste?

Cuando lo miro, Zach asiente, sonriente, y parece que se ilumine el interior del coche.

—¡Eso es fantástico! —digo.

Él ríe.

—Sabía que te impresionaría. —Nota que sigo mirándolo, por lo que añade—: Nunca fuiste muy fan del tabaco.

—Bueno, eso sí parece un rasgo mío. Por fin.

Zach esboza una sonrisa triste.

De repente, le vibra el teléfono en el bolsillo y, cuando lo saca, dice:

—Mierda, ¡hace más diez minutos que se me ha acabado el descanso!

—Vaya. —Me desinflo. Ya no se está tan bien aquí en el coche, pero no me importa la idea de quedarme sentada con Zach durante horas.

Salimos de todos modos y él viene hacia mí.

—Si alguna vez me necesitas, ya sabes dónde estoy.

Asiento con un nudo del tamaño de una casa en la garganta. Parpadeo rápidamente para no llorar.

—Oye —dice Zach, envolviéndome suavemente entre sus brazos. Y esto, justamente esto, me resulta familiar. Me arden las puntas de las orejas y no es por el frío.

Apoyo la cabeza sobre su pecho y oigo el latido constante de su corazón a través de su

camiseta. Estoy temiendo el momento en que me suelte.

El momento llega demasiado pronto.

Cuando nos separamos, me doy cuenta de que no han vuelto los recuerdos, lo que sentía al estar con él. Supongo que, en el fondo, esperaba que así fuera. Que el mero hecho de estar en su compañía, de tocar al verdadero Zach, me ayudaría a recordarlo todo.

—Tenía la esperanza de que al verte avanzaría algo, pero... —Se me apaga la voz—. Supongo que tendré que creer en tu palabra de que fue así como sucedió todo —le digo, medio riendo, aunque no es gracioso. Y aunque se me escape una lágrima.

Zach frunce el ceño y me mira como si me compadeciera.

—Estoy bien. Lo prometo —digo, secándome la mejilla con una mano.

Él asiente sin dejar de mirarme, luego echa un vistazo al restaurante y, finalmente, empieza a caminar en esa dirección.

Entonces siento algo, una confirmación, como un contundente golpe en el pecho. Estuve enamorada de este chico. El Zach de mis recuerdos no es real; si apoyo mi cabeza contra su pecho, es mi propio latido el que escucho. Cuando habla, lo que oigo es mi propia voz, mi mente.

Pero aquí está el verdadero Zach, el que todavía me hace sentir mariposas en el estómago. Y si lo dejo marchar...

—¡Zach! —lo llamo.

Él para y se da la vuelta. Doy un par de pasos hacia él.

—¿Quieres que...? —Trago saliva—. Cuando termines el turno, ¿podríamos quedar?

Veo cómo se sonroja. Se mira los dedos y luego vuelve a mirarme, y noto que el alma se me cae a los pies.

—O quizá no —digo, tratando de parecer tranquila, intentando mantener la compostura.

—No es eso, es solo que... —Zach baja la vista y luego me vuelve a mirar—. Es que Lindsay y yo todavía estamos juntos.

Se me corta la respiración.

*Ah.*

—Ay, vaya. —Me arde la cara—. Lo siento. Dios. Te lo juro que no lo sabía.

—Lo siento, Addie —dice Zach, por millonésima vez hoy.

Asiento y echo a andar rápidamente en busca de mi coche, aunque no sé bien por qué se está disculpando concretamente. Si por romper mi corazón primero, porque yo no puedo recordar nada de lo que pasó, o por seguir enamorado de Lindsay, después de todo este tiempo.

**ANTES**

## Finales de noviembre

(hace 14 meses)

Es el día después de Acción de Gracias, ocho días después de encontrarme a Zach y a Lindsay en el coche de ella, y el pecho aún me duele... ¡De lo estúpida y ciega que he sido!

Pero lo echo de menos.

Echo de menos su risa alegre y amplia. Echo de menos su pelo entre mis dedos. Sentir su aliento, incluso cuando olía a tabaco, rozándome la mejilla y la boca. Echo de menos estar entre sus brazos, la sensación de su cuerpo junto al mío.

Los primeros días apagué el móvil. No quise sus mensajes en el contestador, ni leer sus SMS, y pedí a mi madre y a mi hermano que lo echasen cada vez que viniera a casa.

Pero permitirme escuchar un mensaje, solo uno, fue como entrar en un agujero negro. De repente, me encontré escuchándolos todos, algunos hasta tres y cuatro veces.

Él seguía repitiendo lo mismo:

*Lo siento, Addie.*

*La he cagado.*

*Déjame que te explique.*

*Esto no tenía que pasar. Lo juro, solo fue una vez.*

A veces se los ponía a Katy para que los escuchase y pensábamos en nombres horribles para él. Ella lo suele llamar Zach-o-Mac-o-Jack, en un intento de hacerme reír. Y me río, pero se nota que es fingido.

El último mensaje es del martes, hace tres días. No había estado tanto tiempo sin intentar contactar conmigo. Me pregunto si se habrá dado por vencido. ¿Habrá aceptado que se ha acabado? ¿Y yo? ¿Quiero que se acabe?

Tontamente, esta noche, mientras estoy tumbada en la cama, lo llamo. Coge el teléfono al cuarto toque, jadeando como si hubiera corrido para cogerlo.

—¿Sí? —dice. Respiro, pero no respondo. Se me va a salir el corazón del pecho.

»Addie —dice al cabo de unos segundos. Sé que es por el identificador de llamada, pero quiero pensar que reconoce el sonido de mi silencio, de mi respiración agitada intentando contener las lágrimas—. Addie, hola.

—Te odio muchísimo ahora mismo —susurro al teléfono.

—Lo siento, no quería hacerte daño. —Parece que él también esté al borde de las lágrimas.

—¿Fue solo una vez? ¿Un error? —pregunto, parafraseando los mensajes que me ha dejado.

—Una vez —me promete. No responde a mi segunda pregunta.

—Creo que nunca superaste lo de Lindsay. Niégalo, dime que miento.

Nuestras voces son calmas, suaves, casi susurros, como si nos estuviéramos contando secretos en la oscuridad.

—Creo que ha sido porque estuvimos juntos mucho tiempo... Y no es tan fácil echarla de mi vida. Pensaba que sí, pero no. Sigue siendo mi amiga y pensé que eso estaría bien. Pero no

lo sé, supongo que no.

Noto cómo me hierve la sangre conforme habla.

—Entonces, ¿qué quieres, Zach? —susurro.

«¿A quién quieres?». No quiero ser una opción. Me da muchísima rabia, pero me traiciona el corazón; lo lleva él en el bolsillo donde guarda los chicles de menta, donde tras introducir las manos y prometer ayudarlo, mis dedos salieron vacíos.

—No quiero que me odies —responde—. Quiero que quedemos, lo hablemos a la cara y...

Lo interrumpo:

—¿Que qué quieres? —Nos quedamos en silencio y digo enfadada—: Averígualo. —Y cuelgo.

Pasan otros dos días.

Domingo.

Intento no pensar en él, en la llamada ni en el hecho de que no pudiera contestar cuando le pregunté qué quería, a quién quería.

No ha llamado desde que le colgué.

Hoy, volviendo de casa de mi padre —estuvo fuera en Acción de Gracias, así que Caleb y yo hemos ido esta mañana a verlo—, he sentido un dolor afilado e increíblemente intenso en el pecho, como si se me hubiese roto una costilla. Lleva ahí los últimos diez días, pero me doy cuenta ahora, mientras conduzco, de que por muy furiosa que esté con Zach, no lo he superado. Quizá me ayudaría verlo en persona, como él quería. Tal vez, solo tal vez, aún quede esperanza para nosotros.

No sabe que estoy yendo porque no tenía pensado ir. En cuanto accedo al aparcamiento del videoclub, mi mente se llena de pensamientos indeseados... ¿Estará detrás del mostrador? ¿Cómo llevará el pelo hoy? ¿Me saludará cuando me vea con esa sonrisa alegre y cautivadora? ¿O estará arrepentido y nervioso?

Después, mientras me acerco y salgo del coche pienso: *¿Y si no está aquí? Es domingo. ¿Y si está trabajando en Cineplex?*

Pero en cuanto pongo un pie en el asfalto, incluso antes de llegar al escaparate de la tienda, tengo la respuesta a mis preguntas. Está trabajando hoy. Y no está detrás del mostrador, está subido a una escalera en el lateral derecho de la tienda, colocando espumillón en las estanterías para decorar la tienda por Navidad.

Ella está junto a la escalera, con unos vaqueros metidos por dentro de unas botas de montar marrones, sujetando la escalera con una mano mientras gesticula con la otra.

No me puedo mover.

No puedo hacer nada salvo mirar por el cristal.

Él baja de la escalera y le da unas tiras de espumillón; ella le lanza una a él y le coloca la otra en su cabeza.

Él se ríe y le dice algo. Después él le toca la espalda y la cintura, solo un segundo. Luego desplaza un poco la escalera y se vuelve a subir para seguir colocando más espumillón.

Eso no significa que estén juntos, que casi estén juntos o que no lo estén.

No importa y no lo puedo saber ni quiero saberlo.

Le dije que averiguara qué quería.

Y lo ha hecho.

Lo ha hecho.

Mientras yo estoy aquí observándolos, el dolor que siento en el pecho se encoge y se expande hasta que se convierte en una oleada de tristeza y rabia.

Me duele respirar, quedarme quieta, darme la vuelta y volver al coche. Y solo puedo pensar que siempre ha sido ella.

¿Por qué me permití quererlo, estar con él? Todo lo que he sentido con él, por él —todas las cosas que le dije que nunca había contado a nadie más— y, a pesar de todo, nunca he sido ni seré suficiente. Él me despertó, me revivió; eso mismo fue lo que Lindsay hizo por él.

¿Lo que ha pasado entre nosotros ha significado algo? ¿O toda nuestra relación ha sido una mentira?

Me desplomo en el coche y el mundo ruge con su silencio. Y todo acaba justo afuera de donde empezó: en el videoclub del padre de Zach.

Porque él la sigue queriendo.

*Siempre ha sido ella.*

No recuerdo nada que me haya dolido tanto.

**DESPUÉS**

Enero

Finjo que me entretengo con algo en el coche hasta que Zach entra en el restaurante de la madre de Raj y desaparece. Y entonces me hundo en el asiento y cierro los ojos.

«Zach», susurro, y espero a oír el sonido de su voz. «Zach», repito en un tono más alto. Abro los ojos y no lo encuentro por ningún lado. Pienso en el *Aria para la cuerda de sol*. Nuestra canción.

La tarareo y sigue sin pasar nada.

«¡Zach!», grito dentro del coche. «¿El Zack de mis recuerdos?».

Nada.

No aparece de repente sentado en el asiento del pasajero. No aparece cruzando la calle viniendo hacia mí.

No veo su ondulante pelo rojo, ni su radiante sonrisa, ni siquiera su cigarro. Nada.

Y, de repente, recuerdo lo que me preguntó en el restaurante el sábado por la noche: «¿Qué crees que pasará cuando lo encuentres?».

Y lo que dijo la mañana que fuimos juntos al instituto: «No me olvides».

Lo nervioso que estaba por si yo encontraba al Zach de verdad y él dejaba de existir.

Pero no lo olvidé. No lo hice. Solo por hablar con el Zach de verdad, no...

No pretendía hacer que se fuera.

Ni siquiera nos despedimos.

No sabía que sería la última vez que nos viéramos.

*Zach, Zach, Zach.*

«¿Dónde estás?», digo en voz alta mientras me embarga una oleada de pánico. «Vuelve».

El zumbido que emite la calefacción del coche me responde con un cálido silencio.

«Vuelve», le susurro. A nadie.

A mí misma.

**DESPUÉS**

Enero

Las lágrimas me salen a borbotones. Me abrazo, me inclino hacia atrás apoyándome en el reposacabezas y lo único que hago es hiperventilar y sollozar porque no puedo dejar de pensar en todas las cosas que he perdido sin saberlo.

Sigo aparcada fuera del restaurante y no puedo parar de darle vueltas a cómo hubiera sido tener un hermano pequeño. Un bebé de deditos rosados, que balbucease en cuanto me viera y bailara sentado en su trona, y que oliera a jabón de bebé, a polvos de talco y a vida nueva.

No puedo dejar de pensar en el día en que lo pusimos en esa tumba diminuta, que ha estado allí todos estos años y a la que yo no he vuelto más. Tendría que haber vuelto.

No dejo de preguntarme sobre la primera vez que vi a Zach y en si me gustó en cuanto lo vi. Y por qué no recuerdo lo que sentí cuando lo besé por primera vez y cuando entrelazábamos nuestras manos.

Perdí la virginidad con él y se supone que eso tiene que hacerte sentir diferente. Y todo este tiempo no lo he sabido. Ni siquiera ahora lo sabré.

¿Cómo era tener su pelo entre las manos y qué verdades le conté sobre mí, le regalé, que ya nunca volveré a recuperar?

¿Quién era yo cuando lo quería? ¿Estar enamorada volvía el aire más ligero, fresco y melódico? ¿Disfrutaba de más días buenos, días en los que ensayaba mejor y estaba más segura de quién era? ¿Tenía los ojos más abiertos y mis labios eran distintos porque los besaba él? ¿Era esa típica chica que no puede dejar de sonreír y que le cuenta a todo el mundo sobre el chico que le gusta, o era callada, fría y reservada como siempre había esperado ser?

No recuerdo absolutamente nada de estar con él o de no estarlo. ¿Me hizo diferente de verdad? ¿Nuestra relación significó algo para él si ahora sigue con ella?

Podría sacarme esa espina de dolor, de traición, si pudiera volver a tener el conocimiento y los sentimientos de todos aquellos días. La consciencia cierta y clara en mi cabeza. Daría lo que fuera por recuperarlos. Incluso me valdría su réplica invisible, el chico que no era Zach, pero que me había llevado hasta él. Y la versión de mí misma que nunca supe que había existido.

Noto el impacto de todo lo que he perdido, de todas las cosas que he olvidado para siempre, una y otra vez, hasta que me dejan sin aliento.

**DESPUÉS**

Enero

—Necesito su ayuda por favor —murmuro atropelladamente en una sola frase en cuanto llego al mostrador donde está la recepcionista.

Vuelve a ser Heidi, pero al hombre que estaba de prácticas no se le ve por ninguna parte. Conduje hasta aquí después de perder el control dentro del coche y pensé que tendría que suplicar para que me vieran en la clínica Overton, ya que no había pedido cita.

Sin embargo, parece ser que el doctor Overton me dejó entrar por mis «síntomas», los efectos secundarios imprevistos que he estado teniendo.

—Por favor —repito. Debo de haberlo dicho demasiado alto porque mientras Heidi intenta calmarme y los demás pacientes se me quedan mirando, la enfermera del mechón morado sale corriendo de la sala. Vuelve acompañada del doctor Overton, que lleva en las manos una barrita de cereales y chocolate a medio comer y me mira con sorpresa.

—¿Addison! —dice—. ¿Qué haces aquí?

—Necesito que me ayude.

El doctor y la enfermera se miran. Confirmando definitivamente que sí, que ella también me conoce, mientras sigo al doctor Overton a su oficina y me siento frente a su escritorio por tercera vez en una semana.

—¿Qué pasa? —me pregunta con cierta preocupación en la mirada.

—¿Se acuerda del chico que veía? ¿Del recuerdo? —El doctor Overton asiente—. Se ha ido. No logro hacer que vuelva.

Por sus hombros, veo que se relaja un poco.

—Bien, eso es bueno, ¿no? —Me observa con atención.

Niego con la cabeza.

—No, no es bueno. Él es lo único que tengo.

De la primera vez que me enamoré. De las dos personas que me borraron de la mente.

El doctor Overton frunce el ceño y parece no saber muy bien qué decir. Al final, se ríe.

—No es lo único que tienes, Addie. Tienes dos padres que harían cualquier cosa por ti y...

—No lo entiende —lo interrumpo—. Es como si hubiera un vacío enorme en mi interior.

—Se me traba la voz—. Y no sé cómo llenarlo. Cómo volver a ser normal y feliz. Cómo volver a mirar a mi familia.

Saber que no son lo que yo pensaba. Que yo no soy quien pensaba.

El doctor Overton sigue frunciendo el ceño.

—Quiero que usted llene ese vacío —digo despacio—. Necesito que me devuelva los recuerdos.

Se queda en silencio un momento antes de exhalar por la nariz. Me sonrío con tristeza como si me entendiera de verdad.

—Addie, ojalá pudiera, pero me temo que no estoy en posición de hacer eso —dice.

—Eso no me vale —replico alzando la voz—. Solo oigo hablar de lo fácil que es borrar los

recuerdos en Overton, que te borren el pasado. Así que debe de ser igual de fácil recuperarlos. Decir que no puede hacerlo no me basta.

Sé que me he pasado de irrespetuosa, pero, en lugar de estar enfadado, parece conmovido cuando acabo de hablar. A sus ojos se asoma algo parecido a la empatía, como si tuviera sentimientos encontrados.

—Addison, sé que has pasado unos días muy complicados. Sé que estás enfadada y estás en todo tu derecho de estarlo. Si estuviera en tu lugar... —El tono de su voz empieza a bajar—. ¿Sabes qué es lo que más me gusta de este trabajo? ¿Lo que me fascina de las mentes?

Por suerte, no espera a que responda.

—Me fascina la idea de que llevemos fragmentos de lugares, de personas y de cosas que hemos vivido. Es algo que parece improbable y casi milagroso, si te paras a pensarlo. Todas las cosas que nos importan se quedan con nosotros. Ocupan un cierto espacio en nuestro interior. A veces, también fuera, supongo. —Me sonrío y entonces me doy cuenta de que habla del Zach invisible, de la aparición que he estado viendo.

Se frota los ojos con las manos y me doy cuenta de que esto es algo que lleva pensando mucho tiempo.

—De vez en cuando, a menudo, de hecho, me recuerdo que no juego con neuronas, ni electrodos, ni recuerdos. Trabajo con fragmentos de la vida de las personas, de sus corazones. Y no me lo tomo a la ligera. De verdad que no.

Los dos nos quedamos en silencio unos instantes y aprovecho para insistir.

—Entonces, ¿me ayudará, por favor?

—Ojalá pudiera. De verdad, pero nunca he realizado un procedimiento de recuperación con éxito. Mi padre está trabajando en ello, pero aún le queda bastante para conseguirlo. No puedo hacer nada.

Hundo la cara entre mis manos.

El Zach de mis recuerdos ha desaparecido. Mi hermano ha desaparecido.

¿Y para qué? ¿De qué han servido estas últimas semanas si solo me han hecho ser consciente de lo que me falta y nunca tendré?

¿Cómo podré sentir ahora algo que no esté incompleto, vacío o que no sea un mero reflejo de la realidad?

¿Cómo puedo volver a mi vida normal, a soñar con ir a Nueva York, a hacer planes para la universidad y para el resto de mi vida, cuando una gran parte de ella y de quien soy ha desaparecido para siempre?

¿Cómo sigo adelante?

Todo lo que tengo en el lugar de mi pasado es algo roto. Es una tristeza que nada puede apagar, una niebla que no me deja ver. Saber que mi familia me ha mentado durante años, que yo me he mentado a mí misma. Que soy la razón por la que mi familia se ha desmoronado. Que si hubiera actuado de otra forma, quizá mi hermano hoy seguiría vivo.

No puedo.

Es demasiado.

¿Cómo hago para pasar página? Eso es lo que quiero. De alguna manera, eso es lo que

siempre he querido: superarlo. Después de la muerte de Rory. Después de que Zach me rompiera el corazón.

Por eso siempre he tenido ganas de irme de Lyndale.

Quiero lo que me espera a continuación.

—Addie, lo siento muchísimo —dice el doctor Overton y parece que es sincero.

Me tiemblan tanto las manos que solo puedo mover la cabeza y, de repente, me viene un pensamiento.

Me descubro la cara y lo miro.

Si no hay forma de recuperar los recuerdos, de llenar este vacío nuevo y amenazante para mí, tal vez sí pueda hacer algo después de todo.

—Si no puede devolverme mis recuerdos —susurro—, ¿podría eliminar estos para siempre?

Ahora no solo me tiemblan las manos, sino también la voz.

—¿A qué te refieres con «estos»? —dice frunciendo aún más el ceño.

—Todo lo que he descubierto. Desde que el chico se subió al autobús... No, incluso antes. Tampoco quiero la *Suite* de Bach, ni el concierto.

El doctor Overton me mira confuso pero me deja continuar

—No quiero saber nada de Rory, ni de Zach. No quiero saber que lo borré, ni que lo he visto hoy. Quiero borrar todo lo que he vivido estas últimas tres semanas.

Niega con la cabeza.

—Con esa serían ya tres intervenciones y aún seguimos examinando los efectos del accidente. No creo que podamos llevarlo a cabo.

—No es peligroso. Es lo que dice en todos los folletos y anuncios. Además, dijo que mi TAC estaba perfecto. Es lo que quiero. Por favor. —Llegados a este punto, estoy prácticamente histérica.

—Pero Addison —insiste él—. ¿Te das cuenta de que no los recuperarás? ¿De que todos esos recuerdos desaparecerán para siempre si hacemos lo que nos pides?

Ahora mismo, lo que más quiero es pasar página, y Overton me ha ayudado a hacerlo en otras ocasiones, ¿no? Quizá no del todo, pero casi. Por eso vine aquí por segunda vez. Por eso volveré a hacerlo.

—Lo sé —respondo temblando todavía.

—Vale, de acuerdo.

La música de la sala de espera se cuela por la rendija de la puerta. Aprieto fuertemente los puños. No quiero pensar en nada más.

—Solo una cosa —añade el doctor—. Aún tienes diecisiete años. No podemos operarte sin el consentimiento de tu padre o de tu madre. Tienen que darnos permiso y, dadas las circunstancias de la última vez, bueno... uno de ellos deberá estar contigo durante la intervención.

**DESPUÉS**

Enero

Bruce, el novio de mi madre, es la primera persona en verme al entrar a las oficinas de Channel Se7en.

—¡Hola, señorita! —exclama en cuanto llego a toda velocidad a la entrada llena de cubículos, donde está leyendo un papel. Lleva un chaleco de punto a cuadros, unos pantalones grises y unos mocasines. Sin calcetines, como siempre.

—¿Todo bien? ¿A dónde vas con tanta prisa?

—Tengo que hablar con mi madre —digo—, ¿sabes dónde está?

Frunce el ceño, preocupado, y se mira el reloj.

—Seguramente esté en una reunión en la sala de juntas, pero puedo pasarme un momento si quieres y le decimos que la estás buscando, ¿vale?

—Gracias —le respondo mientras se aleja por el pasillo.

A Bruce le encanta utilizar la primera persona del plural para todo. En el caso de que mi madre y él tuvieran un hijo, Dios no lo quiera, sería uno de esos padres que van diciendo por ahí «estamos embarazados».

Pero siempre se ha portado bien con Caleb y conmigo.

Camino de un lado para otro mientras espero a que vuelva. Son poco más de las cuatro. Solo falta una hora para que cierre Overton. ¿Y si el doctor Overton ha cambiado de idea sobre lo de intentar el procedimiento?

El sonido de los tacones de mi madre anuncia su llegada antes de que aparezca por la esquina.

—¿Qué te pasa? ¿Qué ha pasado? —pregunta, apresurándose hacia mí—. Bruce me ha dicho que parecías preocupada.

—Quiero olvidarme de todo esto, de las últimas semanas. De descubrir lo de Rory —le digo en cuanto se para frente a mí.

Echa un vistazo alrededor, me lleva a su oficina y cierra la puerta después de entrar.

—El doctor Overton está dispuesto a operarme si firmas el consentimiento y me acompañas.

—Addison —comienza a decir. Parece aturdida—. Has insistido muchísimo en que estaba mal, en que nunca debimos haber borrado a... tu hermano.

Incluso ahora le sigue resultando difícil decir su nombre.

«Rory, Rory, Rory».

Lo hago por ella mientras pueda. Lo hago por él también, antes de que le traicione por segunda vez. Por tercera vez.

Está muerto por mi culpa.

Ni siquiera fui lo bastante fuerte para recordarlo.

Aquel día en el cementerio, le prometí que le recordaría para siempre, pero Zach tenía razón: soy una cobarde.

—Bueno, supongo que tenías razón la primera vez. No soy lo bastante fuerte para soportar la verdad. —Me echo a llorar y me envuelve con sus brazos. Me aparta el pelo de la cara.

—Ay, cariño —me dice—. Ay, Addie. —Nos quedamos en silencio y comienza a trazar círculos en mi espalda con su dedo; después añade—: Cambiaste mucho después de la primera intervención, ¿sabes?

Recuerdo la sensación de que algunas cosas desaparecían, la sensación de querer más de lo que tenía. ¿Se sentía culpable mi madre por lo que me había arrebatado o porque por fin podría dormir por primera vez en meses sabiendo que yo también?

—Me acuerdo —digo.

—Sabes que tu padre no estará de acuerdo. Ya sabes lo que piensa de Overton.

—Bueno, él no está aquí, ¿no?

—¿Y qué me dices de los efectos secundarios de cuando borraste al chico? Eso no le había ocurrido nunca a ningún paciente. ¿Y si no es seguro? ¿Y si los efectos secundarios son aún peores esta vez?

—Mamá, por favor. —Mi madre siempre ha intentado protegerme porque, ahora me doy cuenta, su mayor miedo es no poder hacerlo. Así pues, apelo a esa parte de ella que espera que algo me ayude, ya que ella no puede—. Esto es lo peor. Tener solo algunas piezas, pero no todo. Saber solo los pedazos malos pero no los buenos. No quiero seguir así. Solo... solo quiero pasar página. Solo quiero olvidar.

**ANTES**

Diciembre

(hace trece meses)

—¿No te parece un poco extremo? —dice Katy y parece que tiembla un poco—. Te van a hurgar en el cerebro.

—Quizás, mi cerebro necesita que lo hurguen —murmuro, temiendo que sea cierto.

Estoy tumbada de lado en la cama con los ojos hinchados de haber llorado. Katy está en el suelo, paralela a la cama, mirándome.

—Quiero partirme los putos dientes, pero no puedo dejar de pensar en él —digo mientras noto cómo los ojos se me empiezan a llenar de lágrimas otra vez. Y entonces quiero partirme los míos por seguir llorando. Hace días que vi a Lindsay y a Zach en el videoclub de su padre. Más de dos semanas desde que los vi juntos por primera vez. Días en los que mi madre ha estado preocupada, deambulando muy seria como si acabase de ver a un fantasma, y Caleb sintiendo lástima por mí.

Y tengo este sentimiento de pánico, de estar cayéndome en un agujero del que no puedo salir. Del que no sé cómo salir.

—Debo de haber estado equivocada con todo esto. Tal vez estaba todo en mi cabeza.

Katy lo niega.

—No estaba todo en tu cabeza. En todo caso, él te ha engañado. Y quizás, se haya engañado a sí mismo.

No sé si duele más porque estar con él me hacía sentir como siempre había soñado; me hacía vibrar, me hacía sentir más ligera, más viva. Y quizá no era solo por Zach, por él en concreto, sino por la manera en que el amor te hace abrir los ojos y te obliga a estar despierta.

—Todo me recuerda a él. La comida sabe horrible. No lo entiendo. ¿Qué tiene que ver la comida con él? No comía gracias a él, ¿sabes? No era nada gracias a él.

—Salvo ser fan de Ciano —señala Katy sonriendo con un aire ligeramente burlón, como lleva haciendo desde que Zach y yo rompimos.

—Bueno, quizás eso sí —reconozco. Me giro y me quedo mirando el techo—. Dios, ¿por qué salí con él si me dijo que seguía enamorado de ella? Me lo dijo antes de que pasase nada.

—Pues mal por tu parte, pero sigue siendo su culpa —dice Katy—. Datete un puntito en la boca. No es tan difícil, joder.

Me quedo mirando un bulto del techo, varias líneas y hendiduras.

—A mi madre le preocupa que algo vaya mal... clínicamente. O que pase pronto. Pérdida de apetito, llanteras incontrolables, ganas constantes de vivir en chándal. —A mí también me inquieta que algo vaya mal. Nunca me había sentido así. Me giro hacia Katy—. ¿Cuál es tu diagnóstico?

Hace como si tuviera que pensárselo mucho.

—Es un claro episodio depresivo. Una ruptura inesperada, sin especificar. De gravedad moderada a severa, pero sin duda curable.

—Creo que nunca te he oído dar un pronóstico tan positivo. —Intento parecer esperanzada, pero dudo de su pronóstico. Cada célula que antes vibraba con alegría e ilusión se estremece ahora con un dolor agudo y horrible.

Solo quiero que pare.

—Bueno, ya sabes, es una situación especial. Eres mi mejor amiga, la puta ama, y sé que puedes estar mejor. Que estarás mejor. Ni siquiera sé por qué te estás planteando la cosa esa de... ¿cómo se llamaba? Hasta he olvidado el nombre. Lo del palmo de memoria ese.

—Empalme de memoria —le digo, acordándome de todas las páginas de información que he leído sobre el tema. Recuerdo que encontré el anuncio un día cualquiera en el parabrisas del coche de Zach. Menuda paradoja.

Con el empalme olvidaré todo de Zach: sus ojos, su cara, su olor. Olvidaré que rodamos una película, que me quedé dormida en sus brazos y que me reí a carcajadas en el parque mientras nos perseguían los pájaros. Además, la intervención parece corta y segura. Genial.

—Addie, sé de sitios donde hacen amputaciones legalmente, pero eso no significa que quiera amputarme un brazo. Y, además, ¿qué me dices de tus padres? No te van a dejar.

—No tienen por qué saberlo.

Katy da un grito ahogado.

—¿Y cómo vamos a conseguirlo?

—Nosotras no, pero quizá Beatrice Lane y Kathleen Kelly sí puedan.

—Addie...

—Se supone que es segurísimo. Además, no es tan caro... Puedo costearlo con lo que tengo ahorrado.

—¿Con el dinero que has estado ahorrando para irte de aquí? ¡Ni se te ocurra! —Katy se incorpora y me mira a los ojos—. Sé que ahora te duele, Addie, pero ¿estás segura de que merece la pena? ¿Estás segura de que es lo que quieres?

—Si no lo hago... —empiezo, pero pronto me quedo sin palabras. *Me quedaré aquí atascada, atrapada reviviendo el dolor, el desamor y la rabia una y otra vez.* Es como si algo estuviera mal en mi cabeza.

No me quiero imaginar encontrarme a Zach y a Lindsay, verlos juntos otra vez.

—Te pondrás bien, lo sé —dice Katy.

Pero yo no. No recuerdo haberme sentido así de rota antes.

—Ojalá pudiera dejar de pensar en lo fuerte que me latía el corazón la primera vez que me besó o en las mariposas que sentí en el estómago la primera semana. Ha sido el primer chico con el que he estado —digo frotándome los ojos con el dorso de la mano—. Creo que me sentiría mejor si todo lo que he sentido por él o con él no fluyera por mi cuerpo cada segundo de mi vida. Ojalá no lo hubiera conocido.

Tengo el corazón hecho pedazos, herido, diminuto.

Quizá no soy lo bastante fuerte. Quizá no puedo soportar todo el repertorio de cosas buenas y malas, las idas y venidas de la vida. Del amor.

Quizá mi madre hace bien sobreprotegiéndome.

Quizá la única forma de sentirme mejor, ahora, sea olvidándolo.

**DESPUÉS**

Enero

Mi madre sale del trabajo inmediatamente y conducimos rápido, tras dejar mi coche en el aparcamiento de Channel Seven, para poder llegar antes de que Overton cierre. Me alegro de que no tengamos casi tiempo para seguir hablando del tema, para pensarlo más, porque si lo hiciera, empezaría a dudar. Empezaría a oír a Zach en mi cabeza diciéndome que borrarlo por primera vez, y ahora por segunda, es ser una cobarde. Me preguntaría si a lo mejor, con el paso del tiempo, me alegraría de haber recuperado esos retazos de mi vida, el Zach de mis recuerdos, Rory, entender al fin por qué mi familia es como es. Por qué soy como soy.

Pero no hay tiempo.

Cuando llegamos, el doctor Overton está acabando con su último paciente; va a hacer horas extras por mí. Relleno un formulario sobre mi historial médico mientras mi madre completa una hoja de consentimiento. ¿Me hicieron firmar algo así la última vez que estuve aquí? ¿Apunté a Katy como contacto de emergencia y me sentí así de asustada, de extraña, al renunciar a una parte de mi vida?

Pienso en Katy. ¿Qué dirá cuando se entere de que lo he vuelto a hacer? ¿Estará decepcionada? ¿Enfadada? ¿Aliviada?

¿Y Caleb? ¿Y mi padre?

¿Y Zach?

Intento no pensar en ellos.

Después de ponerme la bata verde de rigor, viene a buscarme el radiólogo.

—Primero te haremos un escáner de exploración —me dice, y después me explica cómo funciona la máquina y cómo me tengo que colocar—. La máquina nos dice cómo es tu cerebro en su estado natural y nos deja comprobar si es seguro practicarle la intervención. Quiero que te concentres en las fotografías que saldrán en el monitor mientras tomamos las imágenes de tu cerebro. ¿Alguna pregunta?

Niego con la cabeza y me introduzco en la misma máquina con forma de donut de la última vez, salvo que, en esta ocasión, el médico baja un monitor blanco y pequeño con dibujos de distintas formas —varios triángulos, círculos y polígonos danzan por la pantalla— mientras la máquina murmura silenciosamente. Después me llevan a otra salita donde una enfermera, a la que no había visto nunca, ayuda al doctor Overton con el ordenador y luego observa cómo este me pone electrodos en la cabeza. Mi madre está sentada en una sala contigua, como las que tienen los técnicos de rayos X, mirando a través del cristal, moviéndose inquieta como la noche del accidente, como si estuviera a mi lado en el hospital.

*¿También estuvo ahí sentada la primera vez, cuando borraron a Rory?*

—Dormir es el mejor método para el proceso de consolidación, así que te administraremos un sedante. Te sentirás un poco mareada después. —El doctor Overton comienza a nombrar una lista de cosas que sentiré por la operación y continúa con los efectos secundarios: lo peor son los dolores de cabeza, el sarpullido por los electrodos, las náuseas y el mareo. Como es

una clínica de día, me puedo ir a casa en cuanto acaben, pero como he tenido complicaciones anteriormente, el doctor le ha dado a mi madre su número y estará en alerta las próximas cuarenta y ocho horas por si algo va mal.

»No es un procedimiento invasivo, de modo que no creo que haya ningún problema — dice para tranquilizarme.

Por fin estoy tumbada en una cama de hospital, llena de electrodos. La enfermera que está a su lado mira detenidamente el ordenador, desde donde pueden ver una imagen activa de mi cerebro. Noto un hormigueo en los dedos de lo nerviosa y asustada que estoy.

Me digo a mí misma que estoy lista para olvidar. Que estoy lista para empezar de nuevo.

—Quiero que pienses en lo primero que recuerdas de aquel sábado, el sábado del autobús —me pide el doctor Overton.

Me concentro en el momento en que me levanté ese día, aquel sábado antes del accidente, antes de conocer al chico.

—Relájate, lo estás haciendo genial —me anima el doctor con una voz suave y algo distraída.

—Estoy seleccionando la circunvolución del cíngulo —susurra la enfermera.

—¿Posterior? Perfecto —señala el doctor—. ¿Podemos leer el hipocampo?

Analizan en voz baja lo que están viendo en la pantalla.

—Vas muy bien, Addie —repite el doctor Overton y luego, por el rabillo del ojo, veo que asiente a la enfermera. Estoy pensando en cuando guardé la viola en su funda y cuando mi madre me dejó en la parada del bus el día que empezó todo. Y de repente noto que la enfermera me extiende algo frío por el brazo y después noto el pinchazo de una aguja y todo se vuelve borroso.

El doctor Overton dice:

—Yo también tuve a un Zach.

Sorprendida, logro mirarlo medio adormilada.

—Se llamaba Nina. Fue mi primer amor —continúa. Me doy cuenta de que está charlando sin más y me vuelvo a relajar. Ojalá no hablase de Zach. Ojalá hablase de algo que no importara.

»Gira un poco a la izquierda, Leslie —dice cuando le echa un vistazo al ordenador. Después sigue hablando con Leslie, conmigo o quizá consigo mismo—: No la veo desde el último año de instituto, por lo menos. —Hay un deje de tristeza, de melancolía, en su voz. Sin embargo, estoy tan confusa por la intervención que es difícil asegurarlo.

»De vez en cuando creo verla en el mercado o en el gimnasio. Es muy extraño. —Se ríe entre dientes y Leslie se ríe con él—. A veces pienso en ella y me pregunto si estará igual. Qué habrá hecho después de la universidad, si alguna vez piensa en mí. —La voz suena cada vez más débil—. Dónde estará ahora. —Se detiene—. Y qué ha hecho con el trozo de mi corazón que le di.

**ANTES**

Diciembre

(hace trece meses)

Estoy dentro del coche frente a la clínica Overton. No dejo de temblar, aterrada pero también agradecida. Estoy muy agradecida por que Katy me haya traído, por que esté aquí y haga esto conmigo.

—Toma —dice y me deja un sobre en el regazo tras apagar el motor—. Para hoy.

Al abrirlo, me encuentro un fajo de billetes. Tras un momento de confusión, entiendo lo que pretende y niego con la cabeza con ímpetu.

—No puedo aceptarlo, Katy. De ninguna manera.

—Bueno, no puedes gastarte todo lo que has ahorrado y quedarte atrapada en Lyndale. Entonces tendría que ir yo sola a Nueva York y no pienso permitirlo.

—No pasará. Ya me las apañaré, pero ni de coña voy a aceptar tu dinero. ¿De dónde lo has sacado?

—Robé a un chico, digo... un banco —contesta, y yo resoplo—. Vale, he empeñado algo que me mandó mi padre. Un conjunto de perlas que solo me pondría si fuera la primera dama o algo por el estilo.

—¡Katy! —exclamo—. ¿Por qué haces eso? ¿Un regalo de tu padre? ¡Tienes que recuperarlo!

—No lo quiero. Quiero que seas feliz. Quiero que vayas a Nueva York. No quiero mierdas que me recuerden lo poco que mi padre sabe de mí. Porque, a ver, vale que no se sepa la fecha exacta de mi cumpleaños, pero se equivoca como unas tres décadas con mi edad.

—Sin embargo, el brazalete de plata sí te gusta. Siempre lo llevas puesto. —Señalo su muñeca.

—Porque es mono. —Se encoge de hombros—. Lo que significa que probablemente lo escogió su nueva mujer. Me gustaría pensar que me conoce lo suficiente como para saber qué cosas me gustan, pero ¿unas perlas? De todos modos, con lo que me ha sobrado puede que me dé para comprar un Stentor nuevo. Llevo cuatro años con el mismo violín. —Me mira y dice—: Cógelo, ¿vale? Si vas a hacer esto, si de verdad tienes que hacerlo, entonces quiero ayudarte.

La miro durante unos segundos, pestañeo para aguantar las lágrimas y la abrazo.

—Te lo voy a devolver.

—No, no lo harás.

—Sí —insisto mientras nos empezamos a quitar los cinturones.

—Olvídalo, ¿vale? ¿Lo pillas? —pregunta, riéndose de su propio chiste. Nuestra risa es algo forzada y, mientras bajamos del coche y caminamos hacia la clínica, me pregunto si su corazón late igual de rápido que el mío, si también tiene un nudo en el estómago y si su mente también se acelera.

Al cabo de unos minutos, cuando la enfermera viene a buscarme, dejo a Katy en la sala de

espera. Se queda mi móvil y el suyo, ya que no se permiten dispositivos electrónicos en las salas de intervenciones. Antes de irme, mi mejor amiga me lanza una mirada llena de complicidad, miedo y algo más que no sabría definir: puede que arrepentimiento.

*¿Por qué estamos aquí? Larguémonos y vayamos a casa.*

Pero la enfermera me espera. Es bajita y parece joven, lleva una mecha rosa brillante en el pelo. La sigo por el pasillo, aferrando el boli y el formulario que he empezado a rellenar en la sala de espera. Me da una bata de hospital para la intervención y me envía al vestuario.

Mientras me cambio, no dejo de dar vueltas sobre lo mismo: *No pienses, no pienses, no pienses.*

Si lo hiciera, saldría corriendo de aquí. Iría a la sala de espera a por Katy y la llamaría Katy en lugar de Beatrice y ella me llamaría Addie en lugar de Kathleen, e iríamos a su casa o a la mía a hablar de música o de Juilliard o de la NYU. Intentaría olvidar a Zach llenando mi mente con otras cosas y otra gente, en lugar de borrarlo.

Pero ¿y si no es suficiente? ¿Y si no puedo superarlo? Me sigue doliendo el pecho de solo pensar en él.

Y aun así, no puedo parar de pensar en si esto está mal. Si es una tontería. Si me voy a arrepentir.

Se me acelera el corazón, me sudan las manos y el pánico aumenta en mi interior, cada vez más rápido: *No pienses, no pienses, no pienses.*

—¿Te falta mucho, Kathleen?

—Un momento —contesto. Mientras oigo los pasos de la enfermera alejándose, veo el boli y el portapapeles con el formulario que debería haberle entregado encima de la ropa que me acabo de quitar.

Y, a pesar del mantra que se repite en mi cabeza, pienso: *¿Y si después me odio por esto?*

La enfermera vuelve —se queda esperando fuera— y cojo los vaqueros del montón de ropa dejando que el resto caiga al suelo. No me los pongo porque no me creo lo bastante fuerte para vivir con este dolor, porque olvidar sigue siendo la forma más fácil de pasar página.

En cambio, les doy la vuelta y empiezo a escribir, garabateando lo más rápido que puedo. Escribo todo lo que me da tiempo de escribir. Todo lo que diría a la chica que desearía ser, a la chica que espero que sea un poco más valiente que yo.

—El doctor Overton ya está preparado —dice la enfermera, y entonces recojo la ropa de nuevo y abro la puerta. Le entrego el formulario y me devuelve una sonrisa.

—Todo irá bien —promete y sonrío de una forma que no quiero olvidar.

Otra mujer me hace un escáner cerebral; uno de exploración, explica. Entonces vuelve la enfermera con la mecha rosa en el pelo y me lleva a una sala donde un doctor de unos sesenta años me estrecha la mano y me explica lo que va a pasar, los sedantes y los efectos secundarios.

—¿Me puede explicar de nuevo cómo funciona? —pregunto en un momento de pánico. Primero creo que el doctor Overton se enfadará, pero está claro que no se cansa de explicar el trabajo de su vida.

—Mira, cada vez que recordamos algo, no nos limitamos a sacarlo de una cajita y volverlo a guardar. En realidad, estamos volviendo a formar el recuerdo de esa cosa. Es como si cada vez

que abrieras un documento en un procesador de texto lo volvieras a descargar y lo guardaras de nuevo en la misma memoria. Sobrescribes el archivo. A esto se le llama «reconsolidación». Creo que por eso hay veces que sentimos que estamos reviviendo cosas que recordamos.

Asiento y pienso en todos los recuerdos que tengo de Zach; parecen demasiado reales, son demasiado.

—Empezamos pidiendo que pienses en lo que quieres olvidar. Cuando accedes a ese recuerdo, nosotros podemos localizar los conectores neurológicos involucrados e interrumpir el proceso de reconsolidación. Es como si interrumpiéramos el proceso de descarga para que no se guarde. ¿Lo entiendes?

Vuelvo a asentir mientras me acuesto en la cama y me agarro a los lados para no salir corriendo. Pienso en Katy en la sala de espera, en mi madre en el trabajo, en mi padre en algún lugar lejano.

Y en Zach. En Zach... antes de olvidarlo.

Su pelo, su sonrisa, su olor, su forma de reír, sus películas.

—Empecemos por el día que lo conociste. ¿Te acuerdas?

Pienso en el calor que hacía el día que conduje hasta At Home Movies y en el chico de ojos brillantes que salió de detrás del mostrador cuando abrí la puerta.

Zach, el chico que quiero.

El doctor y la enfermera hablan sobre lo que ven en la pantalla, soltando palabras que me resultan completamente extrañas.

—Lo tenemos —dice por fin la enfermera, que me inyecta algo en el brazo—. Relájate, Kathleen, a partir de ahora nos encargamos nosotros.

*No pienses, no pienses, no pienses.*

Cuando el sedante empieza a hacer efecto, resulta fácil no hacerlo.

**ANTES**

Diciembre

(hace trece meses)

—Es probable que empieces a sentirte algo confusa, un poco adormilada. Eso es perfectamente normal —dice el doctor—. Intenta relajarte.

—Está muy inquieta —contesta una voz de mujer. Creo que la enfermera, pero no lo sé.

—Tranquila. —Me coge la mano y la aprieta.

Me ayuda. Calma el temblor que siento por todo el cuerpo, que vibra como al pulsar la cuerda de un instrumento.

Noto cómo me agarra la mano, y su calor, mientras me voy sumiendo en un estado tranquilo y algo confuso. Cuando siento que las cosas empiezan a desaparecer, cuando veo que empiezan a nublarse en la ventana de mi mente, me entra el miedo. Primero desaparecen los coches. Vehículos con la parte delantera redondeada y las luces como ojos saltones en una calle que reconozco vagamente. Después desaparece el césped. Después las mesas y la gente. Desconocidos en distintas partes de diferentes escenas.

Cuando el sonido desaparece con ellos me entra el pánico.

¿Qué estoy haciendo?

Intento apretar la mano de la mujer para decirle que pare, que no quiero olvidar.

*No quiero olvidar.*

Ni cómo me sentía.

Ni cómo dolía.

Todavía no.

Porque fue importante y me hizo diferente, y quizás estaba equivocada. Quizá pueda soportarlo.

*Puedo con ello.*

Pero parece que mis manos no se mueven, no envían ningún tipo de mensaje a la enfermera, y la gente, las cosas y los recuerdos siguen desapareciendo.

Así que busco algo a lo que aferrarme. Un pilar firme y fuerte en medio del tornado: una pieza de música. Bach.

Siempre he escondido cosas en mi música. No sé si bastará.

Aun así, me aferro a ello. No lo suelto.

**DESPUÉS**

Enero

Según me voy hundiendo, me entra el pánico.

Por la sensación de que las cosas desaparecen, de que los bordes se vuelven borrosos, por el vacío que han dejado las cosas a las que no puedo aferrarme.

—Relájate —dice una voz lejana, y me lo repito a mí misma.

*Está bien. Lo olvidarás. Estás a punto de empezar de cero.*

Aun así, no puedo detener la tormenta que siento en el pecho, la sensación que me dice que algo no va bien.

Intento articular palabras, pero no puedo. Pedir un minuto o cinco. Antes agradecí que no hubiera suficiente tiempo, pero ahora lo quiero. Ahora lo necesito.

Se me empieza a nublar la mente con imágenes que no dejan de dar vueltas. El accidente.

Más vueltas.

El chico gótico.

La cama del hospital.

Más vueltas.

El cine.

Zach a mi lado, compartiendo mi chaqueta.

La tumba de Rory.

Más vueltas.

*Estas son cosas que me han pasado. Estas son algunas de las cosas que he hecho.*

Pienso en el *Aria para la cuerda de sol*. Esta es la pieza que me hizo recordar.

No quiero olvidarlo. No quiero olvidar nada.

Pero ¿y si no soy lo bastante fuerte? ¿Si no soy lo bastante fuerte para soportar el dolor de tener fragmentos únicamente, de saber que nunca tendré todas las piezas de mi vida? ¿Y si no soy lo bastante fuerte para articular palabras en medio de esta niebla y decirle al doctor Overton que no quiero olvidarlo?

Intento formar palabras, pero ni siquiera me noto mover los labios.

—P... pa... p...

*Parad.*

Más vueltas.

*Parad. Parad, por favor, parad.*

Más vueltas.

Las cosas que sé de mi vida ahora no son más que esquirlas de un vaso roto, las consecuencias, lo que me han contado y lo que he descubierto. No son más que una sombra, una réplica de lo que pasó y de cómo paso.

Pero merezco saberlas. Y merezco mantenerlas.

*Parad, parad, parad.*

No soy lo bastante fuerte. Nunca lo seré.

Dejo de intentarlo cuando las cosas se ponen feas. Prefiero vivir a través de las historias de los demás porque no soy lo bastante valiente para vivir la mía propia.

Así soy yo.

—P... pa... p...

Más vueltas.

—¿Addie? —pregunta una voz. Sigo sin saber quién es.

¿Me han oído?

¿Me lo estoy imaginando?

¿Soy lo bastante fuerte?

—Parad —digo.

*Parad.*

Y al final, por fin, paran.

**DESPUÉS**

Enero

—Abre los ojos. Despierta —susurra mi padre mientras me revuelvo.

Cuando los abro, encuentro a mis padres, uno a cada lado de la cama, y mi madre me abraza.

—¿Lo han hecho? —pregunto con la voz apagada contra su camisa—. ¿Lo he perdido todo?

—No —dice ella—. Se detuvieron justo cuando estaban apuntando al primer recuerdo, pero como ya estabas sedada, te dejaron dormir.

Desde el otro lado, mi padre me mira asombrado.

—Tu madre me llamó al poco de empezar. Me pidió que viniera.

—Ah —digo entrecerrando los ojos. Luego aparto la vista porque no tenemos nada que decirnos. Porque probablemente le duele que no le haya dicho nada de esto y porque no quiero enfrentarme a su decepción ahora mismo.

Sin embargo, unos minutos más tarde, cuando el doctor Overton nos da permiso para ir a casa, papá me pregunta si puede llevarme él a casa a pesar de que ya estaba subiendo al coche de mamá.

Miro a mi madre, que se encoge de hombros.

—Me acercaré a los estudios con Caleb para recoger tu coche.

Ya en el coche, miro por la ventana sin decir una palabra. Comenzó a nevar mientras estábamos en la clínica Overton y siguen cayendo copos gruesos y pesados. Las aceras ya están casi completamente blancas. Es hipnótico ver cómo caen y reestructuran el mundo al esconder los bordes, las piedras, las escaleras y los tejados.

—Me alegro de que no hayas seguido adelante. —No digo ni mu, ni me giro para mirarlo—. Sé que has tenido que enfrentarte a muchas cosas estos días, Addie. Y siento mucho cómo ha salido todo.

Pensé que no iba a decirle nada, que tenía tan poco que decirle yo a él como él a mí durante los últimos años, pero de repente estallo.

—¿Cómo pudiste dejar que me operara la primera vez? Luchaste para que Caleb pudiera elegir, pero no hiciste lo mismo por mí. ¿Por qué? ¿Por qué simplemente te diste por vencido conmigo? Aunque yo estuviera de acuerdo, tenías que haber sabido que no era lo que quería de verdad. Ni siquiera lo intentaste.

—Discutí con tu madre muchas veces por eso, Addie.

—Pues está claro que tantas no fueron. Está claro que te rendiste.

—Mira... sabía que no podría vivir conmigo mismo si ella tenía razón, si al final tocabas fondo y no lograbas recuperarte —dijo. *Así que también pensaba como ella, no me creía lo bastante fuerte para poder superar la muerte de Rory*—. También me convencí de que si me iba, si os dejaba, no formaría parte de ello. Que no sería cómplice de la mentira.

Noto que las lágrimas me arden en los ojos.

—Pero ¡lo fuiste! ¡Me has mentido durante años!

Soy una hermana mayor. Lo soy, o lo era. *¿Qué nombre damos a lo que una vez fuimos y ya no somos, pero siempre seremos?*

—Lo sé —dice papá, que también parece estar a punto de llorar—. Ahora me doy cuenta. Y no solo por Rory, Addie, sino también por dejar que creyeras que no eras lo bastante fuerte. Al hacer lo que hicimos... al permitir que pasara, tu madre y yo fuimos los primeros en decírtelo. Y con el tiempo te lo dijiste a ti misma también. Y te lo creíste. Pero no era... no es cierto.

Suspira.

—He vivido con depresión toda la vida, Addie, y no tengo palabras para describir lo difícil que es vivir así. No es solo tristeza. Al menos para mí. Algunos días es una combinación de los peores sentimientos que he tenido en la vida: miedo, tristeza, apatía, soledad, pena, inquietud, desesperanza. Y otros días no siento absolutamente nada, solo vacío y hueco, como si mi cerebro ni siquiera se encendiera. No sé si tú hubieras vivido o vivirás la misma vida, pero me dolía verte a los once años, me duele verte ahora y preguntarme si habrás heredado eso de mí, mi incapacidad de enfrentarme al dolor.

Lo miro y vuelvo a apartar la mirada, esforzándome por no llorar.

—Pero te estás enfrentando a él —digo, despacio, al cabo de un momento—. Perdiste a Rory y perdiste a mamá y no te has rendido. ¿Por qué no pensaste que yo también podría haber heredado esa parte?

Se queda inmóvil un momento y luego asiente. Está inclinado en el asiento y conduce despacio porque la carretera empieza a ser resbaladiza.

—Mientras dormías, estuve hablando con el doctor Overton y me contó que las experiencias remodelan el cerebro. Ya sea depresión, alegría o amor, se puede ver cómo cambia físicamente la mente de una persona. Al eliminar la primera tragedia que viviste, también borramos la forma en que tu mente aprendía a enfrentarse a ella. Quizás estabas aprendiendo demasiado despacio para nosotros, quizá necesitabas más ayuda, más terapia o medicación, pero tu cerebro se estaba ajustando para lidiar con ese dolor y nosotros lo impedimos. Así que, cuando ocurrió lo de Zach, tu primer instinto, aun sin saberlo, fue eliminar la fuente y no enfrentarte a ella.

»Addie, permitir que creyeras que no eras lo bastante fuerte fue una cosa, y estuvo mal, pero la mayor mentira fue hacerte creer que hay cosas que no se pueden superar. Que no merece la pena tratar de superarlas. No quiero que pienses eso, que no puedes seguir adelante o que no puedes superar aquello a lo que te enfrentas. —Hace una pausa—. Siento mucho haber participado en enseñarte eso.

Se me nubla la vista, pero me encojo de hombros.

—La segunda vez pude escoger, ¿recuerdas? Y decidí volver a hacerlo.

—Bueno, hoy has tenido una tercera oportunidad y has decidido pasar página. Espero que sigas haciéndolo.

Lo miro perpleja. «Pasar página». Hace tan solo unas horas pensaba que eso significaba borrar todos los recuerdos desde el accidente de autobús. Elegir dejarlo todo atrás y seguir

adelante en lugar de vivir como si nunca hubiera ocurrido.

Hay una gran diferencia.

Y significa que me queda una cosa por hacer.

**DESPUÉS**

Enero

La fachada de la casa de Zach está cubierta de nieve y es prácticamente indistinguible del resto de casas de la calle. Menos mal que Katy me ha ido guiando desde el asiento del pasajero. También hay un coche de color azul claro aparcado frente a la casa que aún no está completamente cubierto de nieve.

Me ha costado un poco convencer a mi madre de que me dejara coger el coche.

—Esta fue la escena del crimen —susurra Katy cuando llegamos a la entrada—. Aquí los pillamos.

—Ah —digo mirando a mi alrededor, pero no hay ni rastro de los recuerdos. La decepción solo dura un milisegundo antes de ser eclipsada por lo que hemos venido a hacer, la razón de que estemos aquí.

Llamo al timbre y al cabo de unos segundos oímos unos pasos que se acercan. De repente, la puerta se abre de par en par. Durante un instante, pienso que es Zach. Puede que incluso el Zach de mis recuerdos, porque este chico es más joven, más bajo y más delgado que el Zach con el que hablé ayer. Entonces el chico abre mucho los ojos y sonríe con una sonrisa muy diferente a cualquiera de la colección de Zach.

—Pero bueno. Hola, señoritas.

—Eres asqueroso, Kevin —le espeta Katy antes de que pueda averiguar quién es este chico y por qué está aquí.

—¿Está Zach en casa? —pregunto. Ahora Kevin me mira, me observa. Me conoce. Y hay una versión de mí que le conoce.

—¡Zach! ¡Addie está en la puerta! —grita, sin apartar la vista de mí—. Pensaba que lo odiabas.

Esboza una sonrisa burlona y me doy cuenta de que no sabe lo del empalme, que lo borré. Para el hermano pequeño de Zach, tuvimos una ruptura completamente normal.

Cuando Zach sale a recibirnos tiene los ojos abiertos de la sorpresa.

—Mmm, hola —dice con incertidumbre, mirando a una y a otra—. ¿Algún problema?

—Sí, tu sentido moral. ¿Cómo te atreves a llamarla cobarde después de engañarla, cabronazo? —bufa Katy.

La agarro del codo para contenerla mientras que ambos, Zach y Kevin, parecen desconcertados. Katy debía de llevar muchísimo tiempo con ganas de enfrentarse a Zach, porque cuando le pedí que me acompañara a su casa le faltó tiempo para coger una horca y leña. Le lanzo una mirada —«tranquila, Katy»— y me hago cargo de la situación. Ella cede; seguro que recuerda que de camino hemos quedado en que sería yo quien hablaría.

—¿Puedo hablar contigo en privado? —pregunto a un Zach ruborizado.

Teniéndolo delante, empieza el revoloteo en el estómago, el encanto de sus ojos grises, las ganas de tocarle el pelo. ¿Por qué no le toqué el pelo al Zach de mis recuerdos antes de que se fuera?

—Mmm, sí, vale —dice rascándose la nuca.

Me recuerdo a mí misma que no es el Zach de mis recuerdos, que este es el chico que me rompió el corazón. Puede que ambos tengan el mismo aspecto, hablen y se muevan igual, pero uno ya no está y el otro es alguien a quien amaba.

Sigo a Zach, pero oigo la voz de Kevin a mi espalda diciéndole a Katy:

—Yo te haré compañía, nena.

No alcanzo a oír lo que le responde, pero su tono mordaz es inconfundible. Intento no sonreír.

Según sigo a Zach a través del pasillo —pasando junto a retratos familiares y a una fotografía firmada de una estrella de fútbol— me esfuerzo por captar algo que me resulte conocido. Noto la calidez de la casa y me imagino sintiéndome cómoda aquí alguna vez, pero no lo recuerdo. No de la manera detallada en que recuerdas los lugares en los que has estado.

Zach se apoya contra la isla de la cocina y me ofrece un taburete, pero niego con la cabeza.

—¿Y bien?

Al otro lado de la estancia hay un pez más grande que mi mano dentro de su pecera; agita la cola como si saludara.

Quiero pensar en todas las cosas que la Addie del pasado querría que Zach supiera. Todas las cosas que podría haber sentido o querido decir, pero no tuvo la oportunidad. Sin embargo, no sé lo suficiente de ella ni sé lo que sabía para hablar por ella, así que inspiro hondo y digo cómo me siento ahora.

—Me llamaste cobarde —digo empezando a la mitad de un pensamiento, porque no sé por dónde más empezar. No tengo el contexto de muchas de las cosas de mi vida, pero no puedo seguir esperando. Quiero que mi vida sea mucho más que esto—. ¿Por borrarte?

Zach vacila.

—Lo que quería...

—Lo fui —digo, interrumpiéndole—, pero no te correspondía a ti decírmelo. Fue una elección estúpida, pero yo lo decidí así. Tu forma de actuar el otro día en tu coche fue totalmente injusta. Fuiste *tú* quien me rompió el corazón. Fuiste *tú* quien me mintió. No estás en posición de decirme que la que ha obrado mal he sido yo o que soy yo quien te debe una disculpa. No estoy obligada a recordarte.

El dolor se asoma a su rostro, pero no dice nada.

—Quiero hacerlo —reconozco; noto que se me quiebra la voz—, pero solo porque me importabas. Porque lo cambiaste todo. Tú has sido el primer chico al que he amado.

—Lo siento, Addie...

—No recordarte es culpa mía y viviré con ello el resto de mi vida —continúo—. Pero el cobarde fuiste tú al no contarme que seguías enamorado de Lindsay. Por tratarme como si no te importara.

—Te dije que lo estaba. Desde el primer momento. Te dije que debíamos ser amigos.

Yo... no recuerdo eso.

—Entonces, ¿por qué cambiaste de parecer? ¿Por qué dejaste que las cosas fueran a más entre nosotros?

—Porque... —Zach suspira y se pasa la mano por el pelo como hacía el Zach de mis recuerdos, pero ahora tiene menos—. Me encantaba lo abierta que eras, lo dispuesta que estabas siempre a probar cosas nuevas. Y yo quería ser un poco como tú. No quería seguir deprimido por Lindsay. Quería abrirme a algo nuevo y olvidarme de ella.

*Así que yo no era la única que intentaba olvidar a alguien.*

Me mira a los ojos.

—Sé que estuvo mal y que no fui sincero contigo ni conmigo mismo, pero aunque no había superado a Lindsay, sí me gustabas y me decía que esa era la única forma de pasar página.

«Pasar página».

Ahí está otra vez.

—¿Al menos puedes entender el dolor que sentía y por qué quise borrarte? No tenías por qué engañarme. Si no lo habías superado, si aún la querías, tendrías que haber sido sincero conmigo. Podrías habérmelo contado.

Parece avergonzado, pero me sostiene la mirada.

—Lo sé, Addie. Lo siento. La cagué. A veces me odio por lo que hice.

Guardo silencio un momento y digo:

—No tendrías que haberme usado como una muleta, pero creo que para poder pasar página hay que enfrentarse a lo que llevas detrás y soltar lastre. Por eso he venido.

No le estoy exculpando.

Dejo que se vaya.

**DESPUÉS**

Enero

Katy sigue hablando del tema cuando llegamos a la entrada de su casa. También mientras saludamos con la mano a su madre, que está viendo un programa de investigación de crímenes en la sala de estar, y subimos los escalones de dos en dos hasta su habitación.

—De todas las cosas, ¿quién hubiera pensado que a ese mocoso le disuadiría lo de «estoy en una relación»? —Por «mocoso» se refiere a Kevin—. Se echó atrás sin más.

—Por supuesto, tu sermón sobre el libro *Vindicación de los derechos de la mujer*, que ni siquiera has leído, no tiene nada que ver, ¿no? —le pregunto, mientras entramos en su habitación, que huele igual que mi mejor amiga. A lavanda.

Cuando terminé de hablar con Zach, volví y encontré a un Kevin morado mientras Katy le echaba la bronca: «¿Acaso sabes lo que hacemos REALMENTE las chicas en las fiestas de pijamas? Hablamos de los tíos pervertidos que nos piropean por la calle y se relamen los labios, y de que a nadie le gustan. ¿Tú quieres ser así, Kevin? ¿QUIERES?». Supongo que necesitaba desahogarse con él, ya que no había podido hacerlo con Zach.

Katy arrastra una silla hasta su armario y saca una caja de cartón.

—No, creo que el mocoso sabe que Mitch tiene los muslos más duros de Lyndale. Y que lo dejaría hecho papilla en una pelea.

—Dios mío, Katy —digo, mientras ella se ríe de su propio chiste—. ¡Puaj!

Se encoge de hombros, baja y me da la caja. Está llena de todas las cosas que cogimos de mi habitación antes de operarme; llena de cosas que, de alguna manera, están relacionadas con Zach: fotos, terrormedias en DVD, notas y utensilios varios. También la ropa que llevé el día del procedimiento.

Cojo un DVD en cuya cubierta aparece una persona llena de lo que parece ser una gran cantidad de ketchup. Pone el nombre de Zach en el lomo.

—¿Debería enviarle esto por correo?

—¿Cómo sabes que no te lo regaló? —dice Katy, descartando la idea—. De todos modos, la mitad de mis pertenencias son de mis ex. ¿Recuerdas a Marvin el Bocas? —Asiento y señala una lámpara en su escritorio—. ¿Y a Josh Comosellame?

—¿MacPherson?

—Lo que sea. Estos shorts deportivos son suyos. Y ya te digo que no tendría ni una sola camiseta si devolviera las cosas —me cuenta—. No, no, pequeña saltamontes. No escuchaste mis grandes consejos cuando te rompió el corazón ese Zach o Jack o Mac, pero ahora te regalaré mis enseñanzas. Pides cosas prestadas a otras personas: libros, ropa, DVD, costumbres, bromas, y al cabo de un tiempo, rompéis y dejáis de recordar de quién es qué. Todo se funde y ni siquiera importa, porque ahora es tuyo. Así es el círculo de la vida.

—Creo que a eso se le llama robo —le digo, arqueando las cejas con escepticismo, copiando su expresión característica.

—Se llama apropiación —rebate Katy.

—Y robo.

—Vale, tal vez tenga un pequeño problema —admite encogiéndose de hombros—. Pero, vamos, la regla es que puedes quedarte un objeto por cada vez que te meten la lengua hasta la campanilla.

—Puaj.

—¡Ah, también había esto! —dice. Vuelve a su armario y me da el paraguas más grande que haya visto jamás.

»Parte del montón de Zach.

—¿De dónde es?

—De la tienda de descuentos —dice ella—. Y del día del mejor lavado de coches de tu vida.

*No entiendo qué significa.*

Zach me contó lo más destacado de nuestra relación, pero obviamente omitió algunas cosas. Y tal vez lo que él considere detalles más importantes difiera de lo que fue importante para mí.

—Te contaré lo que yo sé —dice Katy, y me da un apretoncito en el brazo—. Cuando quieras.

—Vale. —Asiento e intento mantener a raya una oleada de emoción. La abrazo—. Gracias.

Nos abrazamos un rato y luego Katy me aparta en broma.

—Te quiero, Sullivan, pero *estoy en una relación*, ¿recuerdas? ¿Quién iba a decir que esa frase era tan poderosa? Dios, ¡no me extraña que las personas normales salgan durante siglos!

—¿Quieres decir que otras personas no salen con alguien por tener unos muslos tan duros como piedras? —pregunto, fingiendo sorpresa mientras salgo de su habitación, con la caja en los brazos. Katy me lanza una almohada que casi me da en la cabeza, pero sonrío. Está contenta.

Conduzco de camino a casa lo más rápido que puedo en la nieve, muerta de ganas por ver qué hay dentro de la caja. La sostengo contra mi pecho mientras subo las escaleras, mientras me siento en el suelo de mi habitación y comienzo a sacar los objetos uno a uno. Hay dos entradas para un concierto en la universidad del mes de septiembre en el que estuve con Zach. ¿Fue allí donde escuché por primera vez *Aria para la cuerda de sol*? ¿El verdadero Zach sabe que esa era nuestra canción? Nunca lo sabré.

Me llevo las entradas al pecho, echo de menos al Zach de mis recuerdos. Hay muchos DVD y un hábito de monja.

Hay fotos mías con Zach. En una estamos sentados en una habitación que no reconozco —¿la suya?— y sonrío a la cámara mientras le beso una mejilla.

Noto una punzada en el pecho.

En una foto salimos Zach, Raj y yo; los echo de menos, es una amistad que no conozco.

*Hay tantas cosas que no sé.*

Miro los últimos objetos: la ropa que llevé el día que borré a Zach. Un par de vaqueros claros, zapatos negros de tacón bajo, camisa blanca y chaqueta azul. ¿Creímos que eso me haría pasar por una de diecinueve, por Kathleen Kelly? Pero si ni siquiera sé caminar con

zapatos de tacón.

Pronto no hay nada más por descubrir. Nada que me diga quién era y qué sucedió. Algo es algo, sí, pero quiero más.

Quiero más cosas materiales, pruebas de que viví otra vida, una forma de recordar.

¿Y qué hay de Rory? ¿Qué tengo de él? ¿Por qué las paredes no están llenas de imágenes de su cara? ¿Por qué no tengo una caja llena de cosas para recordarlo?

Empiezo a asimilarlo todo: las cosas que acabo de ver y me dan pistas sobre mi relación con Zach, las cosas que nunca sabré sobre estar con él, sobre tener un hermanito... y el impacto es tan grande que necesito sentarme en la cama.

Sigo respirando, aunque noto los pulmones demasiado llenos de aire. Pasan varios minutos así y entonces cojo mi viola. La sujeto del mástil y con los dedos busco las cuerdas, acaricio sus curvas como si siguiera unas palabras escritas en braille. Me la acerco a la barbilla y toco. Solo unos pocos compases, unos segundos de la pieza de Prokofiev en la que he estado trabajando este último mes. En realidad, su melodía es más adecuada para violín, y la pieza que tengo es en realidad de Katy, cambiada a una nota más baja, pero su estado de ánimo —su sonido nostálgico, desesperado y pesado— está hecho para mi viola. Me ayuda a estabilizarme, a encontrar el ritmo en el *staccato* apresurado de rostros, segundos y sentimientos —demasiados y, a la vez, demasiado pocos— atestados en los resquicios de mi mente. Y luego improviso, compongo mi propia melodía, una sobre perderme y encontrar el camino a casa, sobre la niebla más espesa que puedas imaginar y cómo empujar, pelear, abrirte paso a través de ella. Sobre despertar.

No es muy buena todavía, pero me es familiar. Y puedo trabajar en ella: puedo comenzar a escribir mi propia historia. Una donde no haya una sola cosa —música, un niño, una familia rota— que componga *toda* la historia. La señora Dubois siempre dice que lo importante es la alegría con la que se toca.



Más tarde, cruzo el pasillo y llamo a la puerta de Caleb.

—Hola —dice cuando entro.

Dudo en el umbral. Él también duda. Me siento en el borde de su cama. Sé que estoy haciendo una mueca al examinar su habitación, pero no puedo evitarlo.

—¿Cuándo fue la última vez que recogiste tu cuarto?

—Te lo puedes quedar, si quieres —dice Caleb.

—¿Qué? —Frunzo el ceño.

—Cuando miraste en mi ordenador, estaba rellenando solicitudes para academias de aviación. Bueno, comenzando a rellenarlas, para luego acobardarme, dejarlas y volver empezar. Siempre dando vueltas.

»Hace un par de días, me senté y me obligué a hacerlo. A terminar. —Se encoge de hombros—. Tal vez no entre en ninguna. En ese caso, me quedaré con esta dichosa habitación.

Ambos reímos.

—Entonces, ¿has mandado la solicitud? —repito, sorprendida, encantada. Él asiente, parece

feliz—. ¿Por qué no lo has hecho antes? A ver, sé que sentías que debías quedarte y compensar el hecho de que yo no recordara... —Me detengo porque parece una estupidez. ¿Por qué *se quedó* Caleb?

—Todo el mundo habla del día que murió Rory —dice. «Nadie habla del día que murió Rory», quiero replicarle, pero le dejo continuar—. Papá estaba en el trabajo. Mamá estaba durmiendo. Pero ¿dónde estaba yo? Nadie habla nunca de dónde estaba yo.

—Mamá dijo que no estabas en casa. ¿Dónde estabas? —Le hago la pregunta obvia.

—Estaba en el espectáculo aéreo de Lyndale. Victor, el de la casa de al lado, y yo nos acercamos en bici al recinto ferial aquella mañana, a pesar de que mamá me había dicho que no fuera. —Hace una pausa y continúa—: Antes de irse la noche anterior, papá me dijo «cuida de lo que está en tierra». Siempre me lo decía, porque yo era el mayor.

—Caleb —digo, porque imagino dónde va con todo esto—. Tenías trece años. ¿Por qué no ibas a salir con tus amigos? ¿Y qué hubieras hecho de haber estado en casa?

—Tal vez habría sacado a Rory de su cuna cuando comenzó a llorar. Tal vez hubiera visto que la puerta del sótano no estaba cerrada antes de que fuera demasiado tarde. No lo sé. Siempre sentí que debía quedarme, como si quedarme cerca de casa, sin salir de Lyndale, reparara algo. Y también quería cuidar de ti, pero cuando empezaste a hacer planes para irte a Nueva York...

—Te enfadaste.

—Ibas a dejarme aquí y no habría arreglado nada. Rory aún estaba borrado, tú tendrías una vida y yo no. —Se encoge de hombros—. Después de todo esto, quiero salir de aquí.

—¿Y pasar página? —añado.

—Exacto —dice.

La idea de quedarme en esta casa a solas con mamá se me antoja triste. Papá se ha ido. Mis dos hermanos, también.

Cuando se lo digo, Caleb resopla.

—Tal vez pueda instalarse el capullo, si sientes que necesitas una figura masculina fuerte.

Finjo que me dan arcadas.

—Aun así, pronto estarás fuera de aquí. Te irás a Nueva York y serás tan grande con tu música que el capullo de Bruce usará tu nombre para conseguir mesa en todas partes. Aunque espero que mamá ya no esté saliendo con él para ese entonces.

—Muy bonito, Caleb —le digo.

Ambos nos reímos, y me gusta. Lo echaba de menos. Ver que nos llevamos bien, que mantenemos una conversación que ambos entendemos.

—Caleb —digo—. Háblame de Rory. Algo que recuerdes de él.

Caleb tiene que pensárselo un momento, luego se inclina hacia atrás y dice:

—Mira, algo que no se sabía mucho: Rory era un poco cleptómano.

Suelto una carcajada.

—¿Qué?

—Es cierto. Una vez, cuando Rory tenía unos seis meses, estábamos en el coche y mamá paró en la gasolinera. Mientras ella repostaba, entramos en la tienda a comprar algo de

comida. Lo llevábamos en su carrito mientras hablábamos de qué barritas de cecina compraríamos. Pagamos y cuando ya nos íbamos el viejo detrás del mostrador comenzó a gritarnos para que volviéramos. Rory había metido un paquete de chicles en el carrito.

—¿Crees que lo cogió él? —pregunto.

—Tú juraste que no lo hiciste y yo juraría que no lo hice. Quizá se cayó del estante y fue a parar al carrito.

—O Rory era un cleptómano —digo, riéndome.

—Exacto —Caleb sonrío, recordándolo todo. Siento una punzada de dolor; ojalá lo recordara yo también, pero me alegro de tener esto al menos. Tener una imagen mental del momento—. El tío no nos creyó y nos tuvo allí, gritándonos, hasta que llegó mamá, lo pagó y explicó que solo había sido un malentendido.

No sé si veo borroso por las risas o por las lágrimas.

—Otra cosa es que Rory odiaba tu música y tus ensayos un poco menos que el resto de nosotros —añade Caleb en voz baja, como si supiera que esto significa mucho para mí—. Incluso bailaba dando saltitos y contoneándose. —Me río ante el intento de Caleb de demostrarlo bailoteando sentado en la silla del ordenador—. Tocábamos todo tipo de música y él meneaba los dedos de los pies. Música *country*, rap, electrónica... le iba todo. Asentía o aplaudía un poco, agitaba las muñecas...

Caleb está sonriendo, y me pregunto si ha estado esperando esto, esperando el momento en que pudiéramos hablar de nuestro hermano pequeño. Recordarlo, echarlo de menos.

R, de recuerdo.

—Pero cuando tocabas, el niño se relajaba. Le encantaba. Te quería.

Ahora hago las dos cosas: llorar y reír.

La diferencia no está muy clara.

Tampoco importa.

**DESPUÉS**

Enero

Cuando vuelvo a mi habitación después de hablar con Caleb, me siento más ligera y pesada a la vez. Me siento triste, pero convencida de que he hecho lo correcto en la clínica.

¿Cómo llegué a pensar que olvidar era la manera de pasar página?

¿Cómo podría haberlo hecho sin dudar?

Estoy guardando todas las cosas de Zach en una caja, todos los recuerdos que tengo y que tendré de él. Doblo la ropa que llevé para borrarlo y en los vaqueros veo una flor de cuatro pétalos dibujada con bolígrafo azul. Frunzo el ceño porque nunca dibujó en los vaqueros.

*¿Cuándo he hecho eso?*

Entonces, por motivos que no logro explicar —supongo que para comprobar que son míos—, vuelvo la cinturilla hacia fuera para mirar la etiqueta. Sí, son míos.

En ese momento me llama la atención una línea azul hecha con bolígrafo. Y veo que hay algo escrito en la parte interior de una pernera.

Arrugo la frente, los vuelvo del revés y contengo el aliento al leer, con mi letra: «Te llamas Addison Sullivan».

Me tiembla la respiración, pero conservo la calma y sigo leyendo. «Escribí esto antes de que borren a Zach de mi mente». Me siento tan mareada que apenas puedo respirar.

«Te llamas Addison Sullivan y tienes diecisiete años, pero de eso te acordarás. De quien no te acordarás es de Zach, el chico que te rompió el corazón».

Sí me acordaba, quiero decirle a mi yo del pasado. De alguna forma, sí me acordaba. Me obligo a pensar en el Zach de mis recuerdos: su sonrisa, su pelo, la noche que lo conocí en el autobús, pero no logro hacer que aparezca.

*Se ha ido.*

La tristeza escuece, pero prefiero tener un fragmento de la verdad a que tan solo sea una ilusión, un indicio de algo que no es lo mismo que lo auténtico.

Pienso en lo que me dijo Katy hace unos días: «Habrás otros chicos, ¿vale?». Otros Zachs.

Y sé que tiene razón.

Cuando empiezo a leerlo de nuevo, digo las palabras en voz alta, me las adjudico. He dado y he recibido muchos detalles e información de la gente estos últimos días, pero esta vez yo me cuento mi propia historia, mis hechos.

No sé dónde o a quién le he oído decir que cuando te ocurre algo, ya sea lo mejor o lo peor que te haya pasado, puedes contarle como mejor te plazca.

Lo importante es que es tuya.

*Te llamas Addison Sullivan y tienes diecisiete años, pero de eso te acordarás. De quien no te acordarás es de Zach, el chico que te rompió el corazón. No quieres recordarlo hoy, pero tal vez sí quieres algún día.*

*Ve a buscarlo y haz que te lo cuente.*

*Es importante. Quién era él, quién eras cuando estabas con él y quién fuiste después.*

*O no vayas. Tú eliges.*

*Busca todo lo que venga después.  
Después, vendrán muchísimas cosas.  
Pero abre los ojos.*

## Agradecimientos

Este libro no existiría sin mi agente, Suzie Townsend, quien ha sido una defensora incansable de mi trabajo. *Lo que quedó de ti* empezó como una «cosa» desorganizada y mal planificada, y tú supiste qué hacer con ella. Gracias a mi editora, Julia Maguire: trabajar contigo ha sido una delicia. Gracias por preocuparte por la historia de Addie y Zach. A mis hermanas y a mis padres, siempre os estaré agradecida por vuestro amor y vuestro apoyo incondicional. Muchas gracias también a Ray Shappell por una cubierta tan especial, y a Heather Kelly, Artie Bennett y Dawn Ryan, así como a todo el equipo de Random House y Knopf. Millones de gracias a todo el equipo de New Leaf, sobre todo a Kathleen Ortiz y Sarah Stricker, la reina de los GIF. Miles de abrazos a mis amigos escritores, en particular a Mariah Irvin, que leyó uno de los primeros borradores de este libro y no salió corriendo despavorida. Y, por último, pero no por eso menos importante, gracias a mis compañeros, amigos y familia, que me han apoyado todos estos años. Habéis cambiado las cosas por completo.